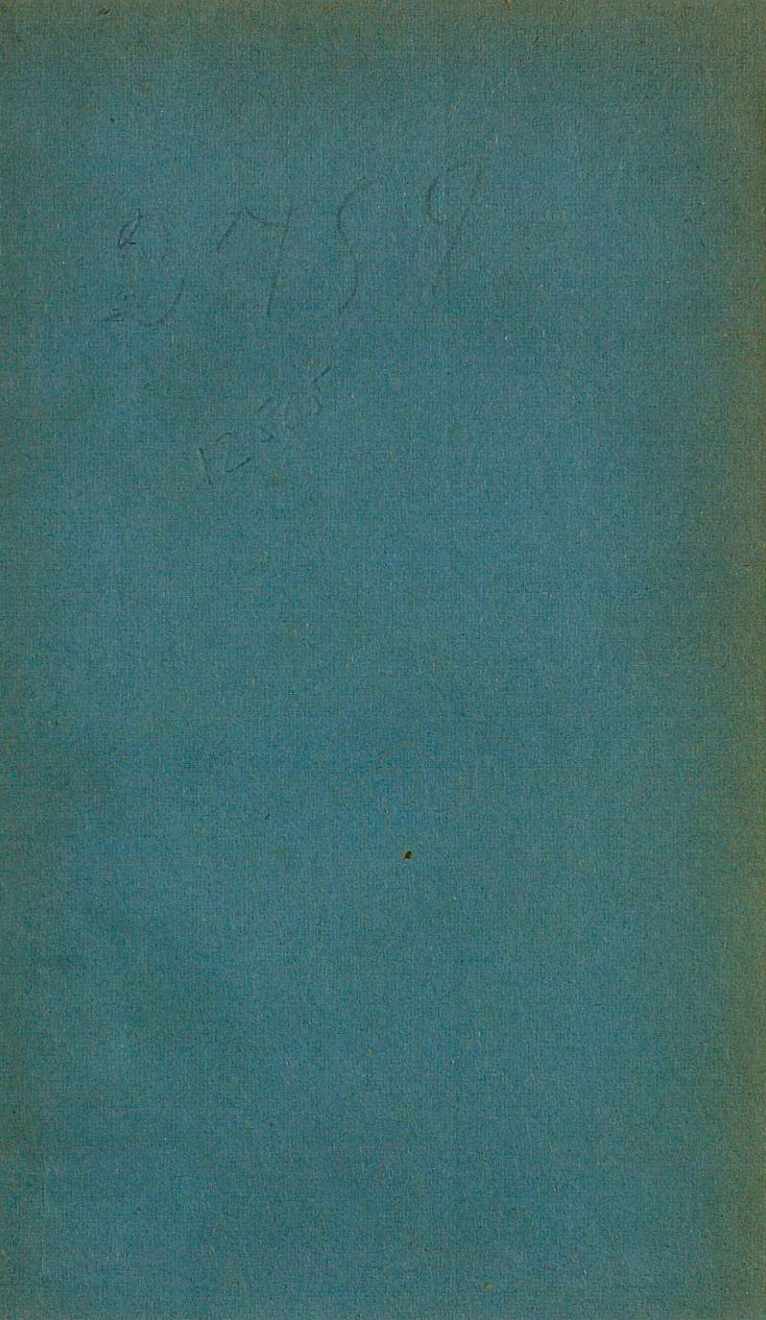
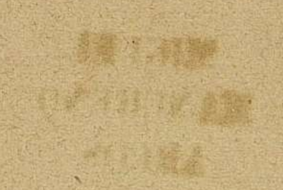



UMASS
BOSTON







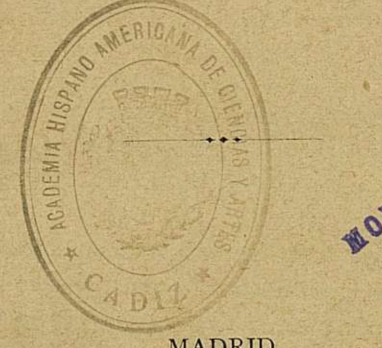
FERNANDO RESASCO

EN LAS RIBERAS DEL PLATA

VERSIÓN CASTELLANA

de

ANTONIO SÁNCHEZ PÉREZ



MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FE
Carrera de San Jerónimo, 2.

1891

Imprenta de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.

PRIMERA PARTE

EL EMBARCO Y LA TRAVESÍA

CAPÍTULO PRIMERO

La conquista del pasaporte.—Siete días de asedio.

—Dispense usted. ¿Es ésta la oficina en que se expiden los pasaportes?

—Esta es. ¿No ha visto usted el letrero en la puerta?

—Lo pregunto, porque en este bendito Palacio la mayor parte de los letreros que hay en las puertas corresponden á cosas completamente distintas de las que en ellos se dice.

—Abreviemos. ¿Para dónde necesita usted pasaporte?

—Para la América del Sur.

—Explíquese usted más.

—Quiero decir para los Estados del Plata, el Brasil, Marruecos...

—Pero esto no es de América.

—Así me han dicho; pero no importa.

—¿Tiene usted ya el *nulla osta*?

—¿Cómo ha dicho usted?

—El *nulla osta*.

—¡Ya! Comprendo: del latín *nihil obstat*... (1)?

—Lo que sea... ¿Usted tiene ó no tiene ese documento del inspector de su distrito?

—A propósito... ¿De qué distrito soy?

—Usted lo sabrá.

—No sé absolutamente nada de esto, porque, si he de hablar á usted con franqueza, no suelo tener asuntos con la policía; casi me avergüenza confesarlo. De todas maneras, esperaba yo que teniendo, como tengo, mis papeles en regla, el pasaporte sería fácil de obtener.

—Sí, señor; siempre que usted presente el *nulla osta*.

—Comprendo; ahora mismo voy á casa del inspector de mi distrito, y dentro de pocos

(1) Palabras latinas que equivalen á *nada se opone*; esto es, no hay dificultad para que al interesado se le expida el pasaporte.

(*N. del T.*)

momentos estoy aquí de vuelta con el documento.

—Perfectamente.

—Pues hasta luego.

—Para servir á usted.

Esta conversación, palabra más, palabra menos, sostuvimos un empleado en la oficina de pasaportes y yo, en el *Palacio Ducal* de Génova, y en uno de los últimos días de Marzo de 1889.

A la salida pregunté al primer agente de Orden público á quien ví en el atrio, á qué distrito pertenezco, diciéndole previamente la calle en que está mi habitación.

El primer guardia no supo decírmelo; lo mismo le sucedió al segundo; pero el tercero pudo al fin enterarme de que yo pertenecía al distrito del *Muelle*.

Bajé la cuesta Pollaroli, me interné hasta San Donato, subí luego por el callejón de San Agustín, en el cual me habían dicho que se hallaba instalado el despacho del inspector de aquel distrito. Muy cerca de las tres cuartas partes del callejón había ya subido, cuando descubrí un pórtico bastante desaseado para que pudiera comprenderse que allí debía de haber alguna oficina del Gobierno. Efectivamen-

te, después de subir varios tramos de escaleras, que mi olfato no olvidará nunca, logré hallarme en la Inspección del Muelle.

Allí estaba, como de centinela, otro guardia.

Preguntéle si se hallaba en su despacho el Inspector.

—Según y conforme—respondió el guardia

—Se trata, le dije, muy confiado en el buen éxito de mi empresa, de que me dé el documento en que conste que no hay dificultad en que yo saque mi pasaporte.

—Pues bien: en ese caso no está; ó, por mejor decir, no puede ahora dedicarse á esas cosas.

—¿Y cuándo podrá dedicarse á ellas?

—Después de las dos.

—¿De hoy?

—O de mañana; cuando usted quiera.

—Vendré hoy, después de las dos; hasta luego.

Salí; para hacer tiempo, leí los carteles de funciones religiosas fijados en la puerta de alguna iglesia, y á las dos torné por mi callejón de San Agustín arriba...

—¿Está el inspector?

—No está.

—Pero me habían dicho, esto es, usted mis-

mo me había dicho que después de las dos...

—Después de las dos, si no está, no está.

—¿Cuándo puedo volver para el negocio de mi *nulla osta*?

—Pues mañana por la mañana, á cosa de las diez.

—Corriente... Confiemos en que no sucederá lo mismo.

Las diez en punto eran cuando al día siguiente penetré de nuevo en la inspección de mi distrito.

—¿Está el señor inspector?

—Está; pero ahora se halla muy ocupado con asuntos de unos ladrones.

—¿Y cuándo podrá ocuparse con los negocios de los hombres honrados? Como el de mi documento.

—Pues esta tarde. Después de las dos.

—¿Será esto otra burla?

—Aquí no hay burlas...

—Quería yo decir si el señor inspector estará realmente visible después de las dos.

—Puede usted probar.

—Ya he probado tres veces.

—Pues pruebe la cuarta.

—Así lo haré. Ya veo que en este mundo es menester hacer de todo para vivir... y viajar.

Y á las dos retorné á la oficina. Estaba de centinela otra guardia. Sentado á una mesa vi á otro, vestido de paisano, que hacía crujir una pluma de ganso en las hojas de un registro.

—¿Qué quiere usted? me preguntó el guardia.

—Quiero ver al señor inspector—contesté, con la fuerza que me daba la tranquilidad de mi conciencia—y me han dicho esta mañana, después de haber estado aquí tres veces, que á las dos le encontraría de seguro.

—¿Quién? ¿El señor inspector? preguntó el de la pluma de ganso interviniendo en la conversación.

—Precisamente.

—Pues bien: no está, contestaron á dúo guardia y escribiente.

—¿Y cuándo me sería posible encontrarle? murmuré con uno de esos suspiros profundos que en la vida ordinaria se reservan para la mujer querida.

—Vuelva usted mañana á las diez, respondió el guardia.

—¿A las diez precisamente? pregunté con la mayor humildad.

—Diré á usted, contestó el de la pluma, dejándola un momento en la mesa; si se trata...

—Se trata, me apresuré á decir, de un do-

cumento de *nulla osta* para mi pasaporte.

—Entonces, tratándose de eso, mejor será que venga usted mañana á las dos.

—Bueno; vendré mañana á las dos, dije volviendo á tomar mi sombrero; y saludé.

Puntualísimo como quien no debe dinero, volví á presentarme al otro día á las dos en punto en la inspección. La escena se hallaba exactamente lo mismo que veinticuatro horas antes; con el mismo guardia y el mismo pendolista á la mesa.

—¿Está el señor inspector? comencé á decir según costumbre.

—¿Qué se le ofrece á usted? me preguntó el guardia.

—Vengo por el documentito para mi pasaporte.

—¿Tiene usted ya dispuesta su solicitud? me preguntó casi con benevolencia el de la pluma, que á la sazón se la había colocado detrás de la oreja.

—¿Qué solicitud?

—¡Caramba!... La solicitud para obtener el documento.

—¿Ha de ir extendida en papel sellado?

—¡Es claro!

—¿De qué precio?

—Diré á usted, me dijo más benignamente el hombre de la pluma; el asunto de la solicitud no es tan fácil y sencillo como usted puede figurarse.

—Me figuro que sólo se trata de solicitar del inspector...

—Del ilustrísimo señor inspector que tenga la bondad de facilitar á usted el documento para obtener el pasaporte.

—Perfectamente.

—Pero es que si usted no redacta la solicitud de un modo, por decirlo así, adecuado, de un modo, ¿cómo diré yo? exacto y preciso...

Herido en lo vivo, á mi vez, como hombre de pluma—aunque no de ganso—contesté en seguida:

—Paréceme la cosa más fácil del mundo redactar una solicitud tan sencilla.

Y salí del despacho, no sin enterarme de que el papel sellado había de ser de dos reales, más el diez por ciento del impuesto... de la guerra que se acabó hace ya veinticuatro años.

Una vez adquirido el papel sellado, redactada la solicitud en la forma más respetuosa que pude hallar, volví á la oficina del inspector, muy seguro de que ya no encontraría más dificultades.

Nueva desilusión. El papel era el que la ley exigía; los términos de la solicitud estaban perfectamente en regla. ¿Qué faltaba? Una... mejor dicho, dos cosas sencillísimas...; un par de testigos buenos y dispuestos á ratificar la solicitud, á darle valor y á hacerla digna de mejores destinos ante el ilustrísimo señor inspector.

Conocida ya, por conducto de la boca fatídica del escribiente, esta suprema é indispensable necesidad de los dos testigos, se me dijo también que hasta el día siguiente el señor inspector no estaría visible.

Total: tres días enteramente perdidos en obtener, no el pasaporte, sino el documento necesario para pedirlo.

En la mañana del día siguiente andaba yo, con tiempo bastante, á caza de dos testigos, que habían de ser personas de mayor excepción y, lo que aún importaba más, *conocidas*.

Personas *conocidas* son, para estos menesteres, las que han sido ya muchas veces empleadas para tales incumbencias de testimonios en las inspecciones, en los juzgados, en los tribunales, en las administraciones de correos, telégrafos, etc., hasta haber sido testigos de bodas.

Quiso mi estrella, propicia en esto, que los dos testigos, con todos los arrequives legales ne-

cesarios estuvieran á tiempo á mi disposición; hasta uno de ellos, para mi mayor tranquilidad, había tenido que presentarse pocos días antes en la inspección misma de mi distrito, con motivo de un escándalo que cierta criada había promovido en su casa.

Las diez eran cuando nos presentamos los tres en la oficina para conquistar el *nulla osta*.

El escribiente de la pluma de ganso, al verme y oirme, se apresuró á gruñir:

—Para este asunto será mejor que vuelvan ustedes esta tarde á las dos, ó mañana por la mañana.

Yo, por el contrario, le repliqué sin vacilaciones, que un par de testigos prontos á dejar sus asuntos por una nonada, ó, lo que es igual, por un *nulla osta*, no se encontraban fácilmente á todas horas, y que yo tenía verdadero empeño en conservar aquéllos dos, dotados de todos los requisitos legales, que la fortuna me había deparado, y no me sentía con fuerzas de ánimo bastantes, ni por mi cuenta ni por la de mis testigos, para volverme por donde había venido, sin realizar mi propósito.

El pendolista calló, y nosotros tres esperamos con toda paciencia muy cerca de una hora á que el señor inspector se dignase admitirnos á

su presencia. Pero las molestias no parecían próximas á terminar, porque el inspector, después de enterarse de lo que allí nos llevaba, manifestó que le parecía muy irregular presentarle simultáneamente la solicitud para obtener el *nulla osta*, y los testigos para autorizarla. Éstos habían de presentarse como corolario de la aceptación, por parte de la autoridad, de la solicitud. Menos mal que aun este obstáculo pudo superarse, y el importante funcionario se prestó, por último, á escucharnos.

Después de examinar atentamente nuestras fisonomías, me dijo, entre otras cosas muy peregrinas:

—¿Ha cumplido usted ya sus compromisos de la quinta?

Parecióme entonces que el almanaque americano colgado en un testero se burlaba de mí, y un poco también del señor inspector.

—Dos veces, por lo menos, ha pasado ya la quinta, respondió por mí uno de mis fiadores; el más anciano.

Entonces, al propio tiempo que me dirigía otras preguntas más ó menos inútiles, el inspector comenzó á escribir en una hoja de papel, después de haber anotado no sé qué cosas en un terrible registro.

Cuando me creía en legítima posesión de un documento que había de abrirme paso al gran Océano, el señor inspector me preguntó:

—¿Tiene usted ahí el sello?

—¿Qué sello?

—El sello de una peseta, que luego es una peseta y veinte céntimos.

—Perdone usted, pero estoy tan poco enterado de estas cosas...

—Ya lo veo.

—De todos modos, compraré el sello y lo pegaré.

—Pero yo no puedo dar á usted el documento sin el sello.

—Corriente, haremos otra cosa; voy ahora mismo á comprar el sello, y vuelvo con él.

—Está bien; pero habrá de ser mañana, porque hoy no puedo dedicarme á esto...; es absolutamente imposible.

Mis dos fiadores bramaban.

—¿Y estos señores? pregunté señalando hacia las víctimas en segundo grado.

—Pueden retirarse, contestó el funcionario, porque ambos habían prestado ya los testimonios precisos, y hasta los habían firmado.

Mis dos hombres respiraron entonces como si se les hubiese aliviado de gran peso; no así

yo, que todavía no podía suponerme á la mitad del camino.

Prescindo, en gracia á la brevedad, de otras muchas dificultades que cuando yo menos podía esperarlo sobrevinieron en el asunto del pasaporte. Dueño ya, cuando Dios lo quiso, de mi *nulla osta*, enderecé mis pasos á la oficina de los pasaportes. Desde ésta me enviaron á la tercena para la conquista de un sello de diez pesetas (que luego son doce). No es preciso advertir que en idas y venidas de una oficina á otra, y desde el sello ordinario al extraordinario, las horas se pasan que es una bendición de Dios.—En las oficinas del Sello puede uno estarse perfectamente más de media hora sin llegar ni aun á ver el perfil de un empleado, hasta que, conseguido esto, falta saber si al empleado le acomodará ó no le acomodará escucharle,

Una vez provisto de todos los sellos, certificaciones, etc., que el arte del Estado exige para tormento refinado de las gentes, ya está usted en situación de aspirar á la posesión legítima de su pasaporte; pero aún falta averiguar cuándo podrá el empleado, casi siempre uno solo para la expendición, despachar á usted, que está esperando su turno entre una muchedumbre de emigrantes ú otra cosa.

Y cuando, después de larga espera, parece á usted lógico que haya llegado ya su turno, aún tiene usted que oir una vez más el estribillo eterno: «Vuelva usted mañana.» — Esto me ocurrió; pero en honor de la verdad no lo sentí, porque ya había comenzado á tomar afición á esta aventura de la conquista del pasaporte; fuí, por último, en el día siguiente admitido á la presentación formal del documento *nulla osta* y al pago del sello indispensable para el pasaporte. El empleado, después de recibir todo eso y de mirar de reojo el *nulla osta*, me dijo:

—Venga usted mañana, después de las cuatro, á recoger el pasaporte.

Debo agregar á todo lo dicho, aunque sólo sea de pasada, que al día siguiente, cuando á las cuatro dadas fuí á la oficina de los pasaportes, me encontré la puerta cerrada y se me acercó por caridad un guardia para decirme que la oficina estaría abierta al siguiente día por la mañana; y, en efecto, en dicho día me fué dado realmente el poseer mi pasaporte en regla; total: una semana casi por completo dedicada á tan preciosa adquisición.

Creí que todas aquellas dilaciones me habían alcanzado por estar yo alistado, desde muy antiguo, en el libro de los desdichados; pero un

conocido mío, médico, el cual había resuelto entrar á ejercer su profesión á bordo del buque *Lavarello*, me consoló haciéndome saber que debía yo considerarme muy afortunado si había conseguido salir del negocio sin más tropiezos, y me pintó las penalidades soportadas por él para conseguir su *nulla osta* y su pasaporte, con palabras conmovedoras y capaces de arrancar lágrimas á un marmolillo. Para muestra basta con el botón siguiente:—Las autoridades de Génova dicen al doctor que no puede concedérsele el pasaporte como no se provea de una autorización del Ministerio. El Ministerio responde... que no responde, porque este asunto es de la competencia exclusiva de las autoridades locales de Génova. Estas replican, y el doctor está medio loco, sin saber á qué santo volver la vista. Persiste el inspector en decirle que no puede darle el *nulla osta* si antes no se arregla con la capitanía del puerto. La capitanía torna á decirle que nada puede hacer sin un decreto del Ministerio. Por último, un amigo le aconseja que, antes de apelar al suicidio, se dirija á la autoridad superior de la provincia; esto es, al gobernador. Y por ese camino consigue al fin reivindicar sus derechos de ciudadano libre y obtener su pasaporte.

CAPÍTULO II

El embarco.—Una despedida de Edmundo De Amicis.—La Compañía Pasta.

Es dable, tanto á los autores de gran valía cuanto á medianos escritores—y saben ustedes perfectamente á quién aludo en este caso—describir cuantas veces se quiera un embarco y un viaje por América, sin que el testigo presencial abrigue temor alguno de que al exponer sus impresiones va á seguir las huellas de los narradores que le han precedido. Es siempre tal y tanta la variedad de episodios nuevos que se presentan, de tipos peregrinos y dignos de llamar la atención, de vicisitudes tan distintas unas de otras, que en realidad puede asegurarse que en este campo hay siempre mies para todos, medianos inclusive...; y esto me envalentona. Baste saber, por lo que á la variedad de tipos respecta, que en el día 3 de Abril de 1889 me embarcaba yo para América en el DUQUESA DE GÉNOVA (de *La Veloz*), llevando por compañeros de viaje, además de unos mil emigrantes (poco más ó menos), una Compañía dramática

italiana de primer orden, la de Francisco Pasta; un contingente reducido de músicos y danzantes, sin contar otros artistas que se embarcarían después en el mismo buque al pasar por Barcelona, y sin contar, tampoco, con que entre los pasajeros de clase había chalanes, comerciantes de cuadros antiguos, inventores de polvos *insecticidas* (1), cajeros retirados, fotógrafos, fabricantes de campanas, disecadores de aves, y así ascendiendo por esferas superiores, hasta cónsules y ministros.

Pero no quiero apresurarme: después del embarco habrá tiempo. No es ya cosa sencilla, en los puertos italianos, el embarcarse, ni aun teniendo el pasaporte perfectamente en regla. Así como es menester á fuerza de sudores conquistar el pasaporte, es preciso también sudar y demostrar una paciencia sin límites para lograr entrada en el buque. Así ocurría, al menos, en el día tantos de Abril de 1889; y ahora, aplicadas las nuevas leyes sobre la emigración, sucede algo peor todavía. De tal modo es esto verdad, que los jefes de las Sociedades de navega-

(1) La Academia Española no ha dado aún carta de naturaleza á este vocablo, muy usual entre los tratantes en drogas.

(*N. del T.*)

ción entre los dos mundos nunca se han visto amenazados de tantos riesgos como ahora, después de la reforma, ni acosados por tantas molestias y tantos engaños legales; mientras á las gentes caritativas les quedan la satisfacción y el entretenimiento de leer cada dos días que Asdrúbal Pappataci ha sido reconocido legalmente como agente de emigración; Epaminondas Tartufi, como subjefe; Pompeyo Lasagna, como contra agente, y así por el mismo orden. Clasifiquemos, pues. Primera estación de este *Via crucis*, conquista del pasaporte; segunda estación, su entrega en las oficinas de navegaciones en el acto de adquirir el billete; tercera estación, remitir por sí mismo, y previamente, los equipajes á bordo; cuarta estación, espera de algunas horas antes de la salida del barco, en la escalera...

Porque es necesario tener en cuenta que se trata ahora de reconquistar el pasaporte; cumpliendo con su deber, la Compañía lo ha remitido á la autoridad del puerto, y ésta debe entregarlo personalmente al interesado, que sin ese documento no puede subir á bordo. ¡Voto al infierno! de aquella cancela fatal ni una mosca pasa si no lleva su pasaporte en regla.

Esperemos, esperemos, pues, de pie derecho

bajo el cobertizo enorme del puente Federico Guillermo, á que se abra el ventanillo desde el cual serán distribuídos los pasaportes. Estamos allí, en montón, cerca de mil cien personas entre emigrantes y viajeros de primera y de segunda clase. Nada de remilgos y nada de preferencias; ¡vive Dios! que debíamos considerarnos hermanos todos. Si la señorita melindrosa se siente molestada por el hedor proveniente de un grupo de *pelagrosos* (1) mal curados, por los cuales se halla rodeada; si el pasajero algo delicado de los pies padece con los pisotones de un vecino excesivamente grosero; si á Tizio le tunden las costillas con su presión insistente los codos de aquella inundación de emigrantes; si Cayo lanza bocanadas frecuentes de humo, bastante para precipitar un mareo que principia; si el eterno Sempronio, metido en aquella horrible confusión de tantos elementos más ó menos sospechosos se encuentra con la novedad de que ha perdido su portamonedas, no

(1) En el Diccionario de la *Academia* se define la voz *pelagra;* pero, por razones que desconozco, no está incluído el vocablo *pelagroso;* y como no hay manera de nombrar de modo distinto á los que padecen esa enfermedad, empleo la palabra que me parece adecuada y propia.

(*N. del T.*)

hay sino tener un poquito de resignación y otro poquito de tolerancia para todas estas miserias vulgares y estas imposiciones de las leyes. Al fin y al cabo trátase únicamente de estar entre la muchedumbre, en aquella enorme menestra humana, dos ó tres horas nada más, fuera del tiempo necesario para que después de algunas falsas alarmas, se abra realmente el ventanillo desde el cual han de ser devueltos á los emigrantes y á los pasajeros sus respectivos pasaportes, y toda aquella multitud de aspirantes al embarco pueda exhalar un suspiro ruidoso de satisfacción.

Verdad es que durante aquella espera enojosa, bajo aquella cubierta obscura y en una atmósfera impregnada de los olores de que ya ustedes saben, alguna señora, ó no señora, había de ser sacada de entre la muchedumbre á consecuencia de un desmayo.

Pero ya está dicho desde los tiempos del gran Bonaparte que no se hacen tortillas sin partir huevos, y de partir huevos entienden perfectamente las autoridades marítimas de Génova.

Gemía yo hacía más de una hora entre aquellas apreturas, aquellos empujones, aquel hedor, y el conmovedor aspecto de tantos desmayos.

De pronto se oyó partir de las primeras filas de los impacientes un prolongado *¡aaah!* que recorrió toda la masa reunida bajo el cobertizo. Había aparecido un representante de la autoridad en la puertecilla con un paquete de pasaportes. Sobrevino inmediatamente un movimiento de manos de los más próximos á él, que se tendían en actitud suplicante. Los de las filas primeras estaban ciertamente mejor que los otros; pero es fácil comprender que con aquella friolera de presión á la espalda estaban deseando quitarse de en medio. Para contener los entusiasmos de los más adelantados, tronó de pronto (mejor dicho que tronó, estaría crujió, porque aquella era una voz de caña rota); tronó, digo, la voz de aquel sér tan esperado de todos para advertir que no debía oirse más que un solo nombre cada vez. La pretensión era legítima. Todos callaron durante algunos segundos, y después diez, veinte, ciento, gritaron simultáneamente sus nombres respectivos.

—Uno, uno solo cada vez, vociferaba el empleado, amenazando al propio tiempo con el tremendo castigo de dar á todos con la puerta en las narices.

—Hagan ustedes el favor de callar, dijeron entonces, asustados con la amenaza, los más

adelantados, á los que lo estaban menos, y al cabo y al fin se restableció un poco la calma.

El de la puertecilla, invitando ahora al uno, después al otro de los suplicantes á decir sus nombres, comenzó la devolución de los pasaportes.

Hallábame yo como á la mitad del montón inmenso que, merced á la distribución comenzada, principió á aclararse. Un vecino, hombre al parecer de agudo entendimiento, me dijo: «Si no utilizamos los codos para adelantarnos, nos quedaremos los últimos.» La advertencia era oportunísima, porque algunos de los que se hallaban detrás empezaban ya á ganar terreno sobre nosotros, no sin aplastar despiadadamente cuantos pies hallaba á su paso. Él—mi vecino de la derecha—y yo, principiamos, pues, á contender á empellón limpio; alguna maldición recogimos en nuestro atrevido viaje; los botones de nuestros sobretodos se enredaron más de una vez en los encajes de algunas blondas; pero al cabo llegamos á la meta, y tendiendo vigorosamente los brazos, pronunciamos á un tiempo mismo nuestros nombres respectivos.

—Uno solo, uno solo, ó me voy, gruñó por centésima vez aquella especie de monstruo;

y muy pocos minutos después había yo reconquistado mi pasaporte.

Ya en tal punto creía yo hallarme, casi, casi, á las puertas del paraíso; es decir, en el puente postizo que servía de entrada al buque. Pero otra voz superior me advirtió á tiempo que antes de pasar á bordo tenía que esperar aún bastante, siempre en homenaje á la regularidad. Son cosas todas que en algunos tiempos hubiesen parecido niñerías, pero que para mí pasaban ya de la raya.

Con el pasaporte en el bolsillo salí á tomar aire fuera del cobertizo, al sitio en que todos los curiosos pueden entrar y ver á los que parten, y con ellos el costado de los buques.

Vi entonces á bordo del *Duquesa de Génova*, yo, que era *candidato* á viajar, tenderse hacia mí varias manos de personas que habían ido allí para saludarme y darme el consabido abrazo de despedida. Conocí entre aquellas personas atentas al diputado José Besco y á Angelo Roncelli. Este último, que posee un diccionario de su exclusiva propiedad para ciertas desgracias de la vida, me hizo comprender de un modo bastante expresivo que se hallaba allí esperándome hacía algunas horas, y que si yo hubiese tardado un poco más en aparecer me ha-

bría enviado al... en un país que no es América.

Consideré inútil preguntar á éste y á los demás corteses amigos cómo habían logrado el privilegio de ir á bordo, en tanto que yo, con mejor derecho, me encontraba en aquel punto.

En vano me gritaban ellos que fuese á bordo, ó, lo que es igual, á mi casa. Mostrábales yo el pasaporte como un talismán... que no valía para nada... ó valía para muy poco. Y menos mal que el *comandante en jefe* de *La Veloz*, el marqués Marcelo Durazzo Adorno que, con su puntualidad acostumbrada, estaba allí velando para que todo anduviera bien, me hizo saber que existía un modo, aunque llegaba á mí demasiado tarde (si bien, como se dice en España, nunca es tarde si la dicha es buena), de suavizar un poco los rigores en lo relativo á la subida á bordo. Aun prescindiendo de esos rigores, hacía falta abrirse paso entre la multitud apiñada bajo el cobertizo; multitud que á la sazón había ensanchado algo, no mucho, y de cuyas apreturas había yo salido muy poco antes, como suele decirse, con las manos en la cabeza.

El capitán del *Duquesa de Génova*, Julio Mascazzini, que hacía un momento había bajado á tierra, no sé para qué asuntos, estaba á la

sazón volviendo al buque. A sus faldones me agarré, y no tuve motivos para arrepentirme; vi cómo hendía las masas con su práctica, unida á la autoridad que el grado le daba, y mucho antes de lo que yo podía esperar me encontré á bordo—por supuesto, después de haber entregado otra vez á los agentes de la autoridad, en el puente de paso, aquel talismán terrible, quiero decir, mi pasaporte—en tanto que dos ángeles custodios, con sendos penachos ondulantes á merced del viento, me medían con la vista de pies a cabeza. Digo á ustedes que días como aquellos acabarían cien veces con diez años de vida, si los aires del mar en tan larga travesía no vigorizasen después los pulmones, salvo los casos en que el mareo persistente venga á debilitarlos más.

El que sube á un barco para permanecer en él mucho tiempo, se dirige ante todo á echar una ojeada cariñosa á su equipaje propio, y, lo que importa aún más, á escudriñar los rincones de la vivienda. Un baúl enorme en que se contenían, además de otras bagatelas, un proyecto de ley, mío inédito para simplificar las formalidades de los puertos en Italia, estaba ya colocado en la estiba. Volví á ver con gran contentamiento mi reducido equipaje y lo hice colocar

cerca de la litera que se me había señalado—el número 35, para quien quiera echarlo á la lotería.—Cuando penetré en mi camarote, recibí la grata sorpresa de encontrarme allí una tarjeta *sui generis*, es á saber, una caja de botellas de vino, reconocido en seguida como excelente; vino que Edmundo De Amicis llamaría vino de amigos.

A propósito de Edmundo De Amicis, de él me había llegado poco antes, desde Turín, una cariñosa carta, uno de esos documentos del corazón que jamás se olvidan; á la carta acompañaba otras de presentación para amigos personales del ilustre escritor en Buenos Aires; cartas que De Amicis espontáneamente me enviaba.

Aunque se me tilde de vanidoso, no puedo resistir á la tentación de copiar algunos párrafos de esa cariñosa carta:

«Siento vivamente la contrariedad de no pasar con usted algunos días antes de su partida. ¡Me habría sido tan grato poder decirle todo lo que no he escrito en el libro! (*En el Océano*), acompañar á usted á bordo, y ser el último que estrechase su mano deseándole feliz viaje! Ya que esto no me sea posible, espero que tendré el gusto de ver á usted á su regreso y de oir de

sus labios la impresión que habrá producido en su aspecto aquella tierra americana..........

....

....

»Desde lejos acuérdese usted también de mí, y crea que nadie le deseará más cordialmente que yo, buena fortuna y feliz regreso. Abraza á usted con todo el afecto de un hermano, su

EDMUNDO DE AMICIS.»

Habíamos quedado en el camarote yo, mi maleta y el vino. Séame lícito ahora subir á cubierta para saludar á los amigos que han venido á despedirse de mí y para conocer á las personas que serán mis compañeros de domicilio por dieciocho ó veinte días.

La compañía Pasta, gracias á una prudente y previsora disposición de su empresario Moreno, representado por Milone, se encontraba ya á bordo, habiendo conseguido evitarse la tortura de la terrible espera bajo el cobertizo, que he descrito ya á mis lectores. Desde aquí difundíase, por dentro y hasta por fuera, un cuchicheo, un rumor de voces de los elementos más alborotadores de la Compañía, y casi todos lo eran; las señoras, por supuesto, en primera línea.

Numerosos eran los conocidos que habían

acudido al puente Federico Guillermo para dar un adiós cariñoso á tan recomendable colección de artistas que se despedían para el otro mundo... por una idea, y que, durante la estación de Carnaval, había divertido entre nosotros al público de buena, de buenísima pasta.

De aquí, naturalmente, saludos expresivos desde el puente al barco y viceversa: cambios de despedidas, de felicitaciones, y hasta de besos y de sollozos. Un quidam gritó con indecible sangre fría desde el puente: «Con tanta pasta á bordo, el buque va bien de provisiones.» Aquella fué la ocurrencia más feliz de la situación. ¡Calcúlese cómo serían las otras!

El coeficiente inseparable de toda artista—ustedes lo saben—es el perrillo; por la suerte del suyo temblaba la Tessero Guidona; y temblaba la pobre Giagnoni, y temblaba la Zuchini Majone; todas temblaban por sus perros respectivos. La una tenía al animalito cariñosamente abrazado; otra le preparaba con gran cuidado una camita; la señora Tessero prefirió el sistema de tener casi siempre su perro debajo de su silla de paja, que parece hecha adrede para ocultar el huésped canino en la planta baja.

Una actriz cuyo nombre no recuerdo (como

tampoco recuerdo el color de su pelo), repetía con mucho afán á los camareros y á cualquiera otra persona de á bordo: «¡Mis pajaritos! ¡Mis pajaritos!... Se los encargo mucho.»

Un marinero que andaba algo de prisa, cansado de aquellas obstinadas y repetidas recomendaciones, le respondió al cabo: *¡Dale!... Señora Melindres, que tenemos otras cosas en que pensar, más que en sus pájaros.*»

Entretanto, principaba el buque á tragarse el grueso de los emigrantes y de los viajeros de pago. Hervía en su trabajo la machina arrojando á bordo cajas, cajones, baúles, sacos y bultos de todas clases; á cada momento sonaba, hasta destrozar los tímpanos, *el ronco son de la tartárea trompa*, que no es otra cosa—como todos ustedes saben—que una escapada de vapor encomendada á cierta máquina brutal de timbre terriblemente *abaritonado* (1).

(1) No se nos alcanzan las razones que la Academia Española, que incluye y define en su Diccionario las palabras *tiple*, *tenor*, *contralto* y *barítono*, habrá tenido para prescindir de las voces *atiplado*, *atenorado*, *acontraltado*, *abaritonado*, que son de uso frecuente y además necesarias para expresar ideas que no tienen más sencilla expresión: respetando nosotros, aun sin conocerlas, esas razones, no podemos privarnos aquí de una palabra que traduce el pensamiento del autor.

(*N. del T.*)

A cada nuevo ruido de aquellas señales crueles, los ánimos van enterneciéndose más. Son aquellos los instantes supremos que los inquilinos del barco recordarán después como los en que

Dieron el postrer adiós
á sus más dulces amigos.

Prepondera en aquellas despedidas el vulgarísimo *¡Ea!* que Dante no habría previsto seguramente entre los vocablos obligados para tanta parte de la *Italia Superior*.

Menos mal que para nosotros los de Liguria subsiste aún, como nota característica, la frase: *con que buen ánimo y feliz viaje*.—Es un poco larga; pero lo dice todo. «Lleve usted muy buen viaje, coma usted, beba usted, y si le ataca el mareo, piense en que precisamente de ese mal ninguno se ha muerto.»

Prosiguen entretanto pasando desde el puente al barco mis compañeros de desdichas, con quienes dividí poco hace las amarguras del cobertizo donde esperábamos la reconquista de nuestros pasaportes. El personal de á bordo corre de una parte á otra para adoptar las disposiciones definitivas. Se multiplica el capitán, y el comisario trabaja por ciento. Los

emigrantes, relegados en segunda hacia la proa, comienzan á agruparse en bandas para entonar coros de circunstancias. Sin embargo, los que tienen consigo algo de equipaje, y muy especialmente las mujeres, procura colocar su ropa lo menos mal posible, sin pensar en los fardos de grandes dimensiones que están ya colocados en la estiba.

Por mucho rato continúa el paso de los que llevan en hombros colchones, mantas, y todo el resto de sus comodidades domésticas que han de constituir en el nuevo mundo el último recuerdo de cuanto aquellos desdichados lograron sacar de su patria. Un hombre del pueblo, al pasar á bordo, lleva debajo del brazo una almohada, de muy discutible mullido, y mostrándola casi con aire de triunfo dice: «¡He aquí todo lo que me llevo para América!» Algo es una almohada, y yo he leído en cierta ocasión que una almohada colocada á tiempo debajo de una cabeza, puede decidir de la salvación de una vida.

Otro, blandiendo al tiempo de pasar á bordo una hachuela, dijo: «En América, partiendo leña, ganaré millones.»

Un oficial de la tripulación le dice:

—Buen hombre, mientras usted se halla em-

barcado, tendrá la bondad de darme, para guardarle, ese instrumento.

Desde allí veíamos desfilar lo más común en un barco de emigrantes, es á saber, mujeres con niños en brazos y otro que se agarra á las faldas de su madre, la América de todos los niños que tienen madre todavía. Vean ustedes pasar al único que hace alarde de emprender el viaje con la misma indiferencia con que pasaría de una orilla á otra orilla de un río pequeño, y se burla de los compañeros cuando los ve enjugarse las lágrimas después de haber dado un adiós triste y un apretadísimo abrazo á los que han ido á fortalecerles en aquel trance.

Vean ustedes ahora desfilar, entre otros, al aspirante eterno á ganar solamente el pan nuestro de cada día, sin más companaje; éste, levantando una cazuela y escuchando los mugidos del ganado vacuno embarcado ya, dice «Esperemos que en estos veinte días no ha de faltarnos, por lo menos, el caldo.»

De vez en cuando, al contemplar á viejos achacosos que pasando desde el puente á la nave se estremecen como si aquella vetusta armazón hubiese realizado ya el último de los esfuerzos posibles, no puede menos de preguntarse uno si la resistencia de aquella máquina

tan gastada durará al menos toda la travesía, y qué podrán hacer luego, en el país del trabajo, aquellas residuos de un ser viviente.

Observo que el anciano, en el instante de pisar el barco que ha de transportarlo al otro lado de los mares, á seis mil millas de distancia, no es parlanchín, ni se distrae con la vista de sus compañeros de embarco, sino que, al contrario, se halla siempre concentrado en sus propias meditaciones. Verdad es que si estuviera familiarizado con el poema del Dante, aquel buque le parecería la barca de Caronte. Conocedor ó desconocedor de *La Divina Comedia*, el anciano, al poner el pie en la embarcación, piensa seguramente que es más que probable que su pie haya hollado por última vez la tierra de su patria, y que aún es discutible si llegará á pisar la otra lejana que le espera.

Cierto es que veo pasar delante de mí, entre la multitud que el buque prosigue devorando, algunos pobres tísicos, muchos sujetos solamente huesos y piel, de veinte, de treinta y de cuarenta años, que en realidad de verdad, tendrían razón para sentirse envidiosos de algunos viejos, aunque sólo fuese por la patente ya adquirida por éstos, de resistencia... al tempestuoso mar de los años.

Pero cuando tropezaban mis ojos con algún joven vigoroso y membrudo, ejemplar soberbio y representante de la campiña y del trabajo, que abandonan su patria para emplear con mejor interés el capital de sus músculos y de su tórax, el espíritu y el corazón se me ensanchaban, si bien volvían á encogérseme muy pronto al pensar que existe una enfermedad común que empuja á toda esa gente, á jóvenes y á viejos, á niños y mujeres, á sanos y á enfermos, á buscar fortuna: la enfermedad del hambre, que no respeta ni á las constituciones más robustas, antes al contrario, tiene para éstas la circunstancia agravante del mayor apetito.

Desde los que desfilan por el tablado para entrar en la nave, paso mi vista á la escala donde alcanzo á ver grupos de gentes que se dan los últimos y más conmovedores abrazos; mujeres que dicen al emprendedor marido:—«Que lleves muy buen viaje y que vuelvas muy pronto.»—Estas últimas palabras son interrumpidas por estallidos de besos.

En otro grupo, niños y muchachas que, abrumando á besos y abrazos á un excelente *paterfamilias*, le dicen: «Papá, escríbenos pronto.»—Después amigos que se quedan y que, sacudiendo con energía la mano derecha á los que par-

ten, les dicen: «Me das envidia.»—Es un modo de consolar como otro cualquiera.

Una madre llega para acompañar hasta el puente á su hija, que parte con el marido, ganoso y necesitado de tentar mejor fortuna. La pobre señora, que hasta aquellos días habrá tenido constantemente á su lado á su hija idolatrada, la estrecha y torna á estrecharla contra su pecho, la besa febrilmente, le dirige palabras entrecortadas; parece que el corazón se le destroza. Oigo la voz de la pobre madre que dice sollozando:—«¡Ah, Dios mío! La he criado como la cosa más querida... y debo dejarla para siempre!—No, mamá, la interrumpe su hija; volveremos á vernos.» Y se separan anegadas en llanto.

Entretanto de la nave gritan:—«Los que han de marchar, que suban pronto; los que no marchan, que bajen ya.»

Con menos emoción que la sentida por tantas otras gentes, que no van á realizar un simple viaje de ida y vuelta, acércanse mis amigos á darme el último apretón de manos. Aunque la partida sea para un viaje corto; aunque se parta con la certeza ó la esperanza del pronto regreso, el *quid* de la cuestión es siempre el mismo. Uno sabe cómo estaba en tierra; pero ignora

lo que sucederá en el mar y después del mar.

Vean ustedes, si no, un sucedido. Hubo un sujeto, D. Fulano de Tal, comerciante muy rico, el cual partió para Buenos Aires con billete de ida y vuelta, sin otro fin ni más propósito que verse cara á cara con un deudor moroso, de quien constaba al acreedor que estaba en fondos y que marchaban perfectamente sus negocios en el país. Nuestro hombre, comerciante bien acomodado, iba allá sólo para decir en crudo al deudor que ya se le había acabado la paciencia. Emprendió efectivamente su marcha el acreedor; hizo excelente viaje de ida, pero no así el de vuelta, que se proponía haber emprendido al cabo de ocho ó diez días, pues ni embarcado se mareaba, ni en tierra firme se ponía enfermo. Pero el desdichado no regresó á su patria. En el calor de una disputa el deudor había cogido unas tijeras enormes y se las había clavado en el costado con tal fuerza, que á los pocos momentos era cadáver aquel adversario. (¿Y qué peor adversario que un acreedor?)»

¡Fíense ustedes luego de los viajes de ida y vuelta!

Con unas y con otras, estamos en el momento crítico en que los que han de partir se encuentran ya á bordo, y el que se ha de quedar,

ha bajado á tierra; salva, sin embargo, una escepción honrosa.

Nunca está demás, y es muy del caso entre la prudentísima y avisada policía italiana, verificar otro minucioso escrutinio para ver si con los viajeros de primera, de segunda, de tercera y hasta de cuarta clase, si la hay, van ladrones, asesinos, desertores de la última quinta; y también ahora, en cumplimiento de las recientes disposiciones gubernativas y parlamentarias, si hay alguno incluído en la nueva ley sobre emigración, como tipo probable de infracción legal, ó merecedor de multas, de carcel y hasta, con el tiempo, de presidio y de horca, á cargo del armador ó acaso por él mismo.

Resumiendo: quieran ustedes ó no quieran, es menester que todos desfilen, pobres y ricos, desesperados y desesperadísimos, por delante de las siempre vigilantísimas miradas de los agentes de la autoridad. Desfilan todos como otros tantos candidatos al castigo; algunos ojos que lanzan llamas, ciertas miradas de lince, se fijan persistentemente en usted, haciéndole escalofriarse, como si se le ocurriese la posibilidad de un delito de acción ú omisión cometido por aquella eterna *ignorantia legis* que servirá para cualquier cosa que no sea exculpación. Antes

por el contrario, el Gobierno se encarniza más con ésta que con cualquiera otra falta. Muchos desfilan á los cuales todavía se pregunta quiénes son y adónde van, y para qué van.

Basta: también este último examen de la vigilantísima autoridad que ha dejado huir tranquilamente á América centenares de cajeros infieles, de asesinos, de bribones de todas castas y tamaños; también esta última formalidad, repito, fué sobrellevada felizmente para nos otros, que en el día 3 de Abril de 1889, á eso de las cuatro de la tarde, zarpábamos de Génova para la Plata.

Y casi casi me atrevo á dar á ustedes mi palabra de honor de que si otra vez—ahora que estoy de vuelta—me veo en el caso de partir para el antedicho país, he de principiar por hacerme *japonés* (1) ó bien, para que caiga en verso... embarcarme en puerto francés.

(1) Para conservar el consonante ha sido preciso traducir *chinese* por *japonés,* sin lo cual no era posible traducir esta humorada del autor.

(N. del T.)

CAPITULO III

¡Por nosotros se va!...—El niño despertador.—El padre de almas.

¡Se va! ¿Y cómo? Quince millas por hora, cuando no dieciséis, ó más si llega el caso. Ya se han cambiado los últimos saludos mutuos desde el barco al puerto, y viceversa. Se ha disparado la última descarga de besos entre las dos partes diametralmente opuestas: la que se queda y la que se va; los pañuelos aún continúan agitándose por mucho tiempo, con la pueril ilusión del que se cree reconocido en aquella señal suprema. La escala desaparece; dibújase por última vez, en medio del puerto, á la vista de los que parten, el anfiteatro de colinas, jardines, cúpulas, torres, casas; la eterna concavidad brillante siempre; y un rápido aparecer y desaparecer de naves cerca de la nuestra, que cada vez marcha con velocidad mayor; estamos muy cerca de la salida del puerto.

Con este motivo, una señora muy delicada que se encuentra en el salón, chupando limones á toda prisa, pregunta á un camarero que á la

sazón pasa por allí con su bandeja, si no hemos salido todavía del puerto.

—Fuera del puerto—contestó el preguntado—estaremos cuando usted sienta en el buque mucho más movimiento y el mareo comience á hacer de las suyas en la mayoría de los pasajeros.

El último gajo de limón se le cayó de las manos á la pobre señora y al poco rato comenzó á moverse con ese malestar inexplicable que es el purgatorio de los viajes por mar.

¡Qué bello es, en la primera noche de tales viajes, irse muy tempranito á la cama, creyendo que acaso un sueño providencial evite el mareo ó el miedo de tenerle! El cuidadoso camarero llega, después de las dos campanadas de ordenanza, para avisar que ha sonado la hora de la comida.

El que se sienta á una mesa nueva para él—la de á bordo en este caso puede llamarse *novísima*, porque los *abonados* no pueden serlo más de veinte ó treinta días, si ya no es que se trata desde luego de un viaje de circunnavegación;—el que se sienta, vuelvo á decir, á una mesa nueva para él, dáse primeramente á devorar con los ojos á las gentes que le acompañan. Antes que á ningún otro, á los vecinos colate-

rales, para ver si son personas que le inspiran confianza. En segundo lugar, devora al que está sentado enfrente de él; examina después á las individualidades más distinguidas de la mesa, estéticamente consideradas; después va fijándose en los tipos más extraordinarios. No tardé mucho en convencerme de que entre éstos el más notable era el bueno de Bracci, el característico de la Compañía Pasta. Aquel día, sin embargo, estaba de humor poco jovial: parecía un tirano.

Sabiendo cuántos habían de ser, sobre poco más ó menos, los comensales, podía decirse que la mesa por aquella primera vez estaba muy lejos de hallarse completa. Compréndese que á la hora de la comida inaugural estén muchos aún alimentándose con lágrimas, con emociones, con recuerdos queridos, y tarden un poco en adaptarse nuevamente á las necesidades de la vida, que—lo mismo en el mar que en la tierra—son siempre necesidades inexorables.

Los cómicos presentes en esta primera reunión, eran muy pocos. Para representar el arte en su mayor viveza, acaso en su excesiva viveza, ví una bailarina, de las primeras parejas, un poquito huesosa, pero dotada de un apetito excelente y con hermosos brillantes en sus orejas.

Reservado estaba á esta bailarina dar el espectáculo de una exhibición opulenta de vestidos, á dos por día, diferentes siempre unos de otros mientras duró el viaje. Después... otro tiempo, otros trajes.

Entretanto, el verdadero, el magnífico espectáculo era ofrecido desde la primera noche, estaba en el ambiente mismo. Puede asegurarse, á propósito de las gentes del teatro, que el comedor del *Duquesa de Génova*, iluminado con luz eléctrica, es todo lo más distinguidamente teatral que puede imaginarse. Figúrense ustedes, si es que todavía no lo han visto, un hermoso, extenso, dorado y exornadísimo salón, dividido en el sentido de la longitud por una mesa, sobre la cual, de distancia en distancia (como á cada seis puestos) se ven colocadas unas columnitas que de la manera más graciosa y más elegante desempeñan el rudo papel de sobrellevar el peso de la gran viga central, en la que van á empotrarse los ejes de la cubierta. Á lo largo de ambos lados de la mesa hay varias mesillas que, cuando no hay mesa, son el refugio indicado de los jugadores de ajedrez, de naipes, sin que esté excluído el inocente juego de damas; y si llega el caso también se juega á la lotería.

La cristalería de variados colores que cuelga

en el reverso de las bandejas, que semejan otras tantas flores de largas corolas, reflejan la luz eléctrica con todos los colores del iris, de un modo tan brillante, que la vista parece deslumbrada por la contemplación de un prodigioso conjunto de zafiros, esmeraldas y rubíes. Todo es allí elegancia y alegría, y en las paredes del comedor se admira tal delicadeza en las labores, que constituye un lujo realmente excepcional para una sala de á bordo. Y que era superabundante el lujo en la construcción de este buque magnífico, así como en la de los otros dos de igual tipo y de extraordinaria velocidad que bajo los auspicios de *La Veloz*, tomaron respectivamente los nombres de *Vittoria* y *Duca de Galliera*, lo supo admirablemente la Sociedad mejicana por cuya cuenta fueron construídos esos tres surcadores del mar, dedicados exclusivamente á transportar á personas ricas, porque los puestos cómodos, bien calculados, no pasaban de cuatrocientos, y de la tercera clase ni aun en broma se hablaba. Pero precisamente se ha dicho que con céntimos se forman los millones, y además la experiencia ha demostrado hasta la saciedad que sin tercera clase, sin sitio para la masa que emigra no puede obtenerse provecho en tales viajes. Muy pronto la

Sociedad mejicana, con todo su lujo, se arruinó, y *La Veloz* pudo decir, al comprar su material: *Mors tua, vita mea* (1); en tus buques viajarán cada vez cientos de ricos y millares de emigrantes.

Séame ahora permitido volver á la mesa. Poca gente había, como he dicho, en este *estreno;* pero, en compensación, esa poca gente demostró hallarse provista de mucho apetito, porque el mar, cuando no produce náuseas, es en realidad el mejor de los aperitivos. Entre los comensales adquirió muy pronto notoriedad el director espiritual, un curita que desde el principio de todos los preparativos que he narrado, manifestaba extraordinario afán para decir al que no deseaba saberlo: «Estoy á bordo para servir como sacerdote por cuenta, no de la Sociedad de navegación, sino de una Sociedad de propaganda de la Fe cristiana.»

Hablábase, entre plato y plato, de ese terrible Golfo de Lyon que llegaría en aquella misma noche..., ó, mejor dicho, al que nosotros llegaríamos para hacernos padecer y destrozarnos de mil maneras. «Pasado éste—decía para tranquilizará los más impresionables uno de los oficiales—

(1) Tu muerte es mi vida.

todo lo restante del camino es una balsa de aceite; pero en este Golfo es indispensable que den todos su tributo al mareo, á no ser los que sean medio ballenas.»—¡Bonito modo de tranquilizarnos!

Alguno preguntó al comandante:

—¿No podríamos alejarnos de ese Golfo maldito lo bastante para escapar de su furor?

—Una vez, dijo el comandante, ese Golfo traidor lleva tan lejos sus furores, que procurando huirlos fuimos á concluir á la costa de Córcega. ¡Ah! Pero entonces no se trataba del *Duquesa de Génova*.

Por fin, más de uno y más de dos habrían pagado de muy buena gana doble el precio del viaje por evitar el dichoso Golfo. Pero ya se sabe que no es tan fiero el león como la gente lo pinta, y el Golfo de Lyon fué aquella noche un golfo de adormideras que no interrumpió el sueño al que consiguió dormirse á pesar del miedo al monstruo.

Porque lo que en las primeras noches quita el sueño á los pasajeros no es tanto el movimiento de las aguas del mar, cuanto la hesitación común que produce el convencerse de que será necesario dormir durante veinte noches, ó más acaso, en aquella especie de palomar de hom-

bres que se nombra litera; y gracias que pueda tenerla medianamente arreglada y situada de suerte que no necesite realizar difíciles ejercicios gimnásticos para trepar hasta ella, pisando en su ascenso, ya la mano, ya el pie, tal vez las narices del que duerme en el departamento de abajo.

Quiéranlo ustedes ó no lo quieran, la primera idea que les asalta ante la litera, es la idea de la sepultura. Dispénsenme ustedes el recuerdo; pero así sucede.

Ahora bien: aunque poco puede importar, ó puede no importar nada á Europa la noticia, quiero decir que para mí el conciliar el sueño en la primera noche de viaje, fué cosa muy sencilla. Cerré los ojos, me volví y me revolví de mil maneras; por último, adoptada la posición, entre el sí y el no, que podía parecerme propia de quien duerme en amplio lecho, me dormí. Se entiende que entré en el primer sueño; pero no siempre corresponde el resto á la facilidad de la entrada. Efectivamente, el alboroto que no produjo aquel pobre y calumniado Golfo de Lyon, hubo de producirlo un chico inocente, muy pequeñuelo sí, pero con una voz tan penetrante, que habría sido más que suficiente para desvelar á todo un lirón. Pertenecía, por legíti-

mo derecho conyugal, á una familia numerosa que se había embarcado en Génova; para desgracia nuestra, la situación céntrica del camarote donde el mamón estaba con la nodriza y el resto de la tribu, facilitaba el que pudieran oirse desde cualquiera otro de los nuestros los escogidos trozos de música vocal que el angelito estaba ejecutando.

Allí, además de los gritos del chico, escuchábase una mezcolanza de estos ó parecidos conmovedores diálogos:

—¿Por qué no le das una tetita?

—Ya se la he *dadu.*

—Mécele ahora un poquito.

—*Mecidu he ya; parèceme que el barco nus mece á todus lu bastante.*

—¡Mentirosa nodriza; el mar parece de aceite!

Entretanto, el chiquillo continuaba chillando.

Estimulados por aquellas voces infantiles, comenzaron muy pronto á dar señales elocuentes de vida los numerosos perros y perrillos que las artistas tenían en sus respectivas literas. Principió entonces un concertante que habría eclipsado los más formidables del maestro Meyerbeer.—Estáte quieto, Mosquito.—Cállate, Lolina.—Acaba ya, Lobo. Y entretanto, *¡guau, guau!* por acá; *¡güe, güe!* por allá.—Interjec-

ciones expresivas de alguno que pretendía dormir, y vuelta otra vez al:—*¡Dale una tetita!*—*¡Ya nun sé qué vuy á darlu!* Y otra voz, que hasta entonces no se ha oído, grita:—*¡Déle usted un par de patadas!* Por último, como si todo aquello fuera poco, oíase al propio tiempo incesante campanilleo, repetido golpear en las puertas, ir y venir continuo de camareros llamados simultáneamente en todas direcciones: un estropicio del diablo, en una palabra.

¡Todo lo cual era ya algo para una primera noche de calma!

El apresurarse á madrugar para enterarse de si el buque va costeando ó si está en alta mar, y sobre todo si el cielo está sereno y el mar nada malo anuncia, es un cuidado al cual nadie se sustrae en el segundo día del viaje.

Se sale también sobre cubierta, y á lo más alto y á lo más ancho que se puede, á respirar el aire libre...; desde aquí, después de haber mirado por todas partes, el mar y el cielo, y preguntar al personal de á bordo acerca de la situación del buque, se va al comedor, ó llámese la sala para comer, que luego es sala para todo. El primer encuentro original al despertar del primer sueño fué para mí el del reverendo del buque. Miróme el tal como á uno de sus futu

ros catecúmenos; á mi vez le miraba yo, pero muy principalmente por la extraña figura de su gorro, terminado por una especie de cuerno que tal vez para un supersticioso, el primer ministro de Italia, por ejemplo, podría ser de buen agüero.

Hallarse en una sala de á bordo y no hablarse, no es humano; di, por consiguiente, tres pasos hacia el reverendo; él, por su parte, dió cuatro hacia mí: con que nos encontramos á dos pasos de nariz á nariz. De mis narices nada de importante puedo decir á ustedes; en cuanto á las del cura, eran unas narices un poco dantescas; una boca seca, seca hasta el punto de inspirar, para ser franco, muy poca confianza, si los ojos, un tanto maliciosos, no atrajeran, por el contrario, algo de familiaridad.

Todo esto en una cara muy larga; de color, amarillento en ocasiones; matiz del cabello, dos negros y uno blanco; estatura, más que regular; porte, indefinido y afectado; señas particulares, un hombre convencido de la gravedad de su misión.

Después del cambio de frases cortadas y casi incoherentes como éstas: — Estamos en el mar... Ya estoy deseando tocar tierra... ¡Eh... ¡América!... ¡Hermoso tiempo hay! Después de

estas frases hechas, comenzó el reverendo espontáneamente á enterarme de su vida y milagros; díjome que había sido director de un colegio, pero que lo había dejado y que estaba cada vez más convencido de que la juventud de hoy no es la juventud de sus tiempos.

—Creo, intenté responder por mi parte, que siempre es, más un día que otro, la juventud misma.

—Óigame usted, replica el cura; estoy convencido de que el bien se encuentra hoy en los campos; el bien virgen. ¿Usted me comprende?

—¿El bien virgen? Lo que es eso, de veras, no lo entiendo del todo.

—Aludo al terreno virgen, y, por lo tanto, en aptitud aún de dar fruto excelente.

—Mucho ojo, señor cura, que los campesinos son maliciosos.

—¿Qué sabe usted de eso? me contestó el padre de almas.

Aquel «¿qué sabe usted?» me pareció un poco atrevido para un interlocutor á quien no conocía yo tres minutos antes.

Pero el cura, dando á sus ojillos la expresión más dulce que le fué posible, prosiguió:

—Le digo á usted que es un terreno virgen, y que se puede arrojar en él buena semi-

lla, en la seguridad de obtener buen resultado.

—Y ahora que habla usted de semilla, le dije, esa pobre gente—ó gente virgen, como usted quiera—se ha cansado de sembrar en los campos de la patria y se lanza á la ventura, y por millares de personas en cada embarco, á buscar algo mejor; acaso en América encontrarán esos terrenos vírgenes.

—Y éste es, replicó el sacerdote con el más íntimo convencimiento, éste es el momento que considero oportuno para echar la buena semilla en esos espíritus, abatidos acaso por la miseria, pero siempre vir...

—¡Vírgenes! Ya me lo ha dicho usted.

—Y tenga usted la seguridad de que las almas imbuídas en principios sanos y no corrompidas aún por la podredumbre funesta que ha invadido las otras capas sociales, resultará también, en el nuevo mundo, elemento de civilización.

—Eso será un gran bien, dije.

—¿Qué sabe usted de eso? volvió á decirme, siempre muy persuadido de que cuanto de sus labios salía era oro contrastado.

Le dispensé otra vez aquel paréntesis un tanto ofensivo, pero perdonable, toda vez que se trataba de una especie de muletilla.

—Entretanto—dijo el médico de las almas—quiero ir ahora á tantear un poco el terreno en la tercera clase para dar comienzo á mi tarea, porque debe usted saber—y al decir esto el presbítero se contempló á sí mismo como aquel que sabe que solamente depende de Dios—que yo no soy el capellán del buque por cuenta de la *Veloz*, sino encargado de una misión particular por cuenta de una asociación...

—Lo sé; me lo ha dicho usted ya.

Esperaba yo que volvería á decirme «¿qué sabe usted de eso?...» pero no; se limitó á preguntarme con sencillez:

—¿Quiere usted venir?

—¿Adónde?

—A realizar una excursión por la tercera clase.

—La realizaré seguramente; pero no ahora.

—Usted, á lo que me figuro, volvió á preguntarme, ¿va á la República Argentina á negocios comerciales?

—Nada de comercio, señor cura.

—¿Es usted artista?

—Nada de artista.

—¿Marino?

—De agua dulce.

—Pero, en fin, ¿usted qué es?

—¿Qué sabe usted de eso? le dije para servirme una vez al menos, y más oportunamente, de la locución de mi interlocutor.

En este punto vino un camarero á preguntarme si quería el café.

Cogí al vuelo el ofrecimiento para decir al padre:

—Ahí tiene usted lo que soy: un gran consumidor de café.

—Es un género colonial muy importante, me dijo el presbítero, que no carecía de ingenio.

Y se encaminó á la clase tercera, aquel objetivo preferente de su misión de catequista.

CAPITULO IV

En Barcelona.—Otros compañeros de viaje.—El hombre-mujer, y viceversa.

No voy á dar áquí una reseña circunstanciada de cuanto hice y de cuanto hicieron los que iban conmigo en el resto del día, porque no me considero obligado á escribir un diario de mi viaje por mar. Solamente diré que los pasajeros de primera clase no se mostraron tan ganosos de presentarse en el escenario de... sobre cu-

bierta como podría yo haber supuesto, y que muchas y muchos brillaron durante todo el día por su ausencia.

Pero, en desquite, el niño que en el transcurso de la noche nos había dado el concierto vocal de que ya tienen ustedes noticia, se dió á conocer mejor durante el día en la sala, en el puente, en los corredores, en una palabra, donde mejor podía lucir su vocecilla. Me ha faltado decir que la bailarina lució un traje nuevo en el almuerzo, y otro, con ciertas tendencias de amazona, en la comida.

De cuando en cuando se observaba la aparición de algunas señoras que iban á encogerse como ovillos, al aire libre, en alguna silla, ó bien tomaban en los divanes del salón alguna postura que podría parecer un lenitivo al mal que las molestaba.

Que el director de la Compañía dramática, el señor Pasta, estaba allí, todos lo sabíamos; dónde se hubiese ocultado, nadie podía decirlo. Corrían voces de que se había encerrado en su litera. Es verdad que en su segunda travesía tenía fama de ser el enemigo más furibundo del mar. En cuanto á los otros, había la esperanza de que, terminadas las primeras escaramuzas, se convertirían fácilmente á la fe marina; por lo

que respecta á él, al buen Pasta, capaz hubiera sido de enterrarse durante la travesía en su camarote para ocultarse á sí mismo y ocultar á los demás los horribles padecimientos del que aborrece el mar como puede aborrecer la luz el topo.

En conjunto, en este segundo día el buque presentaba en sus distintas partes, lo mismo arriba que abajo, el aspecto de un campo elegido por dos ejércitos beligerantes, después de la primera refriega. Muchos los incólumes, no pocos los heridos, más algunos muertos, en cuyo número podría ser incluído provisionalmente el señor Pasta. Alguno que había ya escogido su autor predilecto con quien iniciar las lecturas de la travesía, principiaba á ponerle cerca de sí, ó á cortar tranquilamente las páginas. Otros, sentados á las mesitas del salón grande, procuraban utilizar el juego de cartas; pero faltaba siempre en este primer día un individuo que hacía el cuarto ó el quinto de la partida.

En jugar con señoras no había que pensar. La Tessero, pálida como una *María Antonia* en su última hora, tapada hasta la nariz, dejaba ver un par de hermosos ojos llenos de lágrimas y contraídos por el sufrimiento; también había sido derrotada por el mar.

Mientras pasaba yo por aquel campo del dolor, vino á herirme el tímpano una vocecita de un timbre deliciosamente melodioso y que conocen perfectamente mis lectores. Era la pobre Giagnoni, que me llamaba.

—¿Ya no conoce usted á su actriz? me preguntó sumergida en su silla de paja.

Aquello de *su actriz* tiene explicación muy sencilla: la Giagnoni había desempeñado el papel de protagonista en algunas comedias mías, y últimamente en el drama *Por la honra*. Digo á ustedes el título, porque de otro modo ni aun el título quedaría.

—En verdad, respondí á la Giagnoni, que reconozco en seguida la hermosísima voz de usted; pero todo lo demás, permítame usted que se lo diga, el mar lo ha transformado de tal manera, que me parece usted muy desconocida.

—Estoy muy mal...

—Esto pasa pronto, amiga mía.

—Mi enfermedad no pasará hasta el día en que lleguemos á tierra; todo lo del mar me produce náuseas horribles.

—Siendo así, dejo á usted sola.

—No, al contrario; cuénteme usted algo de Génova, donde he nacido, como usted, y donde he sobrellevado ya tantas desgracias, que debe-

rían habérmela hecho odiosa...; y en vez de odiarla, cada vez la amo con amor más profundo.

—Pues bien; relataré á usted...

Y comencé á contarle que *una vez era* un tal Cristobal Colón que, cuatro siglos después de su aparición, había sido cortésmente invitado á prestarse como motivo y objeto de fiestas extraordinarias en Génova,..

—¡Oh! por caridad, interrumpió la Giagnoni; ¡no me hable usted de Génova! ¡Me produce náuseas!

—Entonces hablaré á usted del desenvolvimiento progresivo de las obras de nuestro puerto.

—¡El puerto! murmuró la actriz disgustada: hágame usted olvidar, por amor de Dios, el Mediterráneo, el Océano, y, sobre todo, no me hable usted de puertos, porque se aumentan las náuseas.

—Callaré.

—No, no, hable usted: ¿no hay ningún tema que pueda distraerme?

—La circunvalación del monte...

—¡Ay, Dios!.. Recuerdo que la he atravesado en carruaje y dando tumbos... Me parece que aún estoy allí... ¡Qué sacudidas!... ¡Qué náuseas!

Y al decir esto. la pobrecilla se llevaba el pañuelo á la boca.

—Soy verdaderamente desgraciado, le dije, intentando un golpe supremo; pero hablaré á usted de una comedia que estoy preparando.

En este momento la actriz fué acometida de un verdadero trastorno; no he visto nunca más terribles efecto del mareo.

¿Y Garzés? ¿Y el brillante Garzés? En los comienzos de la travesía, como en su continuación, se mostraba invulnerable. Entretanto estaba madurando un proyecto suyo, llamado á causar una revolución completa en el arte náutico; quiero decir, un flotador enorme, todo de corcho, provisto de todas las comodidades de la vida, sin excluir algunas incomodidades; como (para citar una) el periodiquito diario con su imprenta correspondiente; las oficinas de la redacción; los apuntes del noticiero; la ojeada general á la política; los telegramas super y submarinos; los chismes y cuentos de á bordo; avisos de cobranza. Todo esto era un idea—lo repito—del brillante Garzés; y el que quiera realizarla, que levante el dedo. También habría celebrado Garzés proveer este gran flotador de paseos públicos, jardines, árboles, fuentes, pi-

caderos, cocheras y, si Dios quisiere, tiro al blanco y tiro de pichón.

Alrededor de las siete llegábamos á la rada de Barcelona. Allí pensé que era yo el único sobreviviente de una de las más audaces expediciones de que las historias nos hablan. Realmente no ocurre todos los días que cincuenta escritores, más ó menos auténticos, legítima representación de todas las provincias de Italia, se muevan para conquistar—á falta de una *Tierra Santa*—la cortesía de un pueblo que no los conoce, pero que, llamándose pueblo español, tiene que mostrarse hospitalario por excelencia. Y yo—lo recordé precisamente al acercarme á Barcelona—era uno de los *sobrevivientes* de aquella gran expedición emprendida en Génova en Agosto de 1886: las generaciones veni deras se maravillarán de esto. ¿Quién de nosotros no se entusiasmó entonces? O, para emplear una voz ménos enfática, pero más propia: ¿quién no quedó enamorado de la grandiosa capital de Cataluña? No bien resonó á bordo la consoladora voz: «¡Estamos en Barcelona!» sentíme impulsado de un deseo frenético de bajar á tierra; de volver á contemplar aquellos muelles, aquellas escalinatas donde, tres años antes, el primer magistrado de la ciudad había salu-

dado á nuestra embarcación con palabras dignas de otros argonautas. No veía yo la hora de encontrarme en la *Rambla,* en las hermosas calles sombreadas por plátanos; anhelaba yo ver de nuevo aquellos edificios, aquellas iglesias, aquellos mercados, aquellas fuentes, y sobre todo—no lo oculto—aquellas adorables catalanas.

—¿A qué hora podremos bajar? pregunté con impaciencia febril al capitán.

Éste apaciguó mi frenesí respondiéndome que no era posible pensar en eso hasta el día siguiente; hasta que se hubiera tomado un práctico y cumplido las innumerables formalidades que, poco más, poco menos, afligen á todos los puertos del universo, si bien siempre se hallan en primerísima línea los puertos italianos.

Bajé tranquilamente á mi camarote y me dormí lo más pronto que pude, seguro de anticipar mi desembarco.

Mis sueños, por extraña anomalía, se circunscribieron á muy modestos horizontes. Soñé que yo era nada menos que un buen padre de familia y un esposo hastiado; que tenía algunos rorros en mis rodillas, otros que metían sus manecitas en mis bolsillos para buscar dulces; otros, en fin, que se deshacían en llanto, mien-

tras yo no hallaba manera de tranquilizarlos. Soñé que me había puesto al frente de una agencia de colocaciones de nodrizas; que me habían dado la honrosa, pero no apetecible, presidencia de no sé cuántos Jardines de la infancia, hospicios de niños abandonados, casas de destetados, asilos de huérfanos. Al despertarme no acertaba yo, por de pronto, á explicarme aquellas caminatas espirituales por el mundo de los pequeños, cuando la vocecilla estridente del angelito de quien ya he hablado á ustedes, vino á darme la clave de aquel cúmulo de paternidades imaginarias.

Muy de madrugada, un murmullo, un cuchicheo extraordinario se escuchaba á bordo. Hasta los muertos habían resucitado; quiero decir, que hasta el director Pasta se presentó vivo. El nombre de Barcelona estaba en todos los labios; el que la había visto se disponía—salvo las debidas excepciones—para volver á verla; gran parte de los artistas deseaban ardientemente que llegase la hora de visitar la ciudad que para muchos de nuestros cantantes y artistas representa, puede decirse de este modo, un pimpollo de América en el Mediterráneo.

Entretanto bajé...; pero ¡cuán distinta era mi visita de ahora á Barcelona de cuando llegué la

vez anterior! Entonces, á nuestro desembarco, la bajada estaba obstruída por curiosos; ahora, por lo que respecta á mí, no hubo más que un curioso, el cual se obstinaba en saber á toda costa en qué fonda quería hospedarme. Le respondí que viajaba de riguroso incógnito y que por esta razón me era imposible satisfacer su curiosidad. Entonces, en la visita primera digo, recuerdo, entre otras cosas, que los guardias municipales nos dieron escolta de honor; en esta segunda, como yo me hubiese permitido aproximarme al grandioso monumento á Colón, del cual en otra ocasión solamente había visto la base, llegóse á mí un guardia municipal para decirme bruscamente que siguiese mi camino.

—¿Seguir mi camino?... ¿Y por qué, hijo de todas las Españas? pregunté asombrado.

—Porque hoy no es jueves, respondió muy españolamente el otro.

—¿Y qué culpa tengo yo de que no sea hoy jueves?

—Todos los jueves se puede pasar sin pagar multa. Usted hoy, que no es jueves, ha pasado las cadenas, por consiguiente...

En efecto, yo, sin percatarme siquiera, había ido al otro lado de la cadena que rodea el monumento; estuve muy tentado de preguntar

al vigilante si, además de la pena de multa, había incurrido yo en la de ser fusilado.

Sin embargo, la nobleza y la cortesía castellanas, ni aun bajo la ruda cubierta de un humilde guardia municipal quedaron desmentidas. Preguntóme si yo era extranjero. Respondí en seguida que yo era descendiente, en línea indirecta, de Cristobal Colón, natural de Vico, distrito de Ponticellos.

El vigilante se enterneció, y con aire de indulgencia me autorizó para traspasar otra vez la cadena y visitar y tocar el grandioso monumento.

A mí, lo declaro con franqueza y sin pensarlo—porque sobre gustos no sé discute,—aquella mole me produjo excelente impresión. Hay quienes se ríen sobre todo de aquellos bajo-relieves que, vistos á dos pasos, parecen ropas bosquejadas, pero considerados en su conjunto contribuyen, con todas las otras partes, á lo imponente del efecto. Estas obras de arte podían estar mejor concluídas; pero al fin es justo conceder un poco á la influencia del *futurismo* (1),

(1) Ni *futurismo* es voz castellana, ni es vocablo italiano (por ahora) *avvenirismo* que el autor emplea. Obligado á traducir el pensamiento del escritor italiano, héme hallado en la necesidad de usar un neologismo, por el cual solicito humildemente la indulgencia de los lectores y de la Academia Española. *(N. del T,)*

hasta en ese monumento, y convenir en que, después de todo, el gran Almirante se destaca y se eleva prodigiosamente sobre aquella columna hermosa y se halla mejor tratado allí, á tal elevación sobre la miseria de los demás mortales, que lo estuvo en los tiempos aciagos en que las cadenas que hoy ciñen el pie de la base, ceñían, sin otros intermedios, los brazos y las piernas del insigne navegante.

El municipal me preguntó aún, por exceso de amabilidad suya, si me parecía más hermoso el monumento de Génova ó el de Barcelona. Yo, enemigo siempre de las comparaciones, le contesté que, de los dos, el monumento á Cristobal Colón que más había de impresionarme, lo vería yo dentro de poco: América.

Después, olvidado siempre por aquellas autoridades locales, que se hallaban entonces tan distante de reconocer en mí la *cincuentava* parte de los vitoreados en otra ocasión, enderecé mis pasos hacia la Rambla en busca de mayores emociones y de otros monumentos.

Lo que es la *Rambla*, lo sabrán ahora todos ustedes, después de las amplias descripciones publicadas por los susodichos cincuenta.

Era todavía muy temprano, y por esta razón aquella gran arteria de Barcelona hallábase aún

animada con la presencia de las avispadas ramilleteras y vendedoras de flores, en aquellos artísticos mostradores de mármol y de hierro fundido que están entre uno y otro plátano. Era la hora alegre del mercado de los pájaros; oíase charlar, alternativamente, á las lindas vendedoras y á las compradoras más lindas todavía... ¿Qué hay en Barcelona que no sea hermoso, fuera de las oficinas de correos? Tengo para mí que aquellos pájaros puestos á la venta, hallándose en compañía tan simpática, no desearían ni por un momento que Leonardo de Vinci, excediéndose, les diera la libertad.

Un compañero de viaje, hallándome en la Rambla, con todo el aspecto de un indagador, me preguntó lo que yo buscaba.

—Una aventura, le contesté.

—Pues vuelva usted aquella esquina, se apresuró á decirme el colega, y encontrará usted en seguida las aventuras á docenas: y me quedo corto.

Sediento de ellas, volví la esquina, ajustándome á las indicaciones de mi compañero, y me hallé delante del formidable cuadro de un charlatán, en cuyo rededor formaba corro la multitud á quien él exponía las aventuras, ilustradas lo menos en doce partes, del cuadro expuesto.

¡En ocasiones, los navegantes tienen ingenio!

Prosiguiendo, sin cuidarme de aquellas aventuras, calle arriba, vine á encontrarme bajo la enorme cubierta del mercado de verduras, de pescado, de carne y de todo cuanto se quiera.

Aquella laboriosidad regocijada me satisfacía lo mismo que el tranquilo y poético mercado de flores y de canarios. Desde allí, después de haber dicho algunos chicoleos á las criadas y á las amas, torné á la Rambla, y para pasar á un orden de ideas más aristocrático, dí la vuelta por la calle de Fernando, donde me encanté cuanto pude contemplando aquellos soberbios y variadísimos escaparates de tiendas lujosas, como compensación anticipada de las tres semanas próximamente de privaciones que la travesía nos reservaba.

Fuí, á pesar de ser de día, á echar una ojeada al Liceo, la quinta esencia del teatro moderno; visité también los dos barracones, más ó menos ecuestres, de la anchurosa plaza de Cataluña, en que se interrumpe la Rambla; volví á contemplar aquella maravilla del arte, casi á á pespunte, que es la Catedral; recorrí aún muchas de aquellas sombrías calles, y cuando creí que me hallaba suficientemente saturado de

barcelonismo, puse término á mi expedición dirigiéndome á una vulgar fonda.

Sobre esta tregua nada quiero decir, porque de fijo no serán ustedes tan atentos que me paguen la cuenta que, con grandiosidad catalana hube de aceptar. Volviendo de nuevo á la Rambla—que se encuentran ustedes bajo los pies por todas partes—atrajo mi atención un grupo de varias personas que cambiaban entre sí abrazos y apretones de manos muy conmovedores, como si una parte del grupo se despidiese de la otra para un largo viaje.

Oí entonces una voz hombruna que decía: «Vamos á embarcarnos en el *Duquesa de Génova*, y tendremos que permanecer embarcados unos veinte días.»

—¿Usted se marea? preguntaba en buen italiano otra voz menos varonil.

—¡Horriblemente! contestó la primera voz; á bordo, ni como, ni duermo, ni me muevo.

Este futuro compañero de viaje, pensé, no irá ciertamente á molestarme en el buque, ni disminuirá mi ración. Detúveme con la curiosidad natural de quien desea reconocer á un futuro colega de travesía, y busqué en el grupo el sitio exacto de donde aquella voz procedía; pero no logré hallarlo tan de prisa como yo es-

peraba. Los hombres permanecían todos silenciosos; las señoras, por el contrario, no daban reposo á sus lenguas.

—Miremos mejor, dije para mi sayo. ¿Dónde estará mi hombre, ese viajero que, una vez á bordo, no come, ni bebe, ni se mueve?

—Pues bien, volvió á decir la voz más hombruna cada vez; por lo mismo que el mar me molesta de ese modo, por despecho, me he mandado hacer adrede para este viaje un hermoso gorro de marinero, con el nombre, en letras de oro, *Duquesa de Génova;* me he comprado camiseta de marinero, porque á bordo tengo el propósito de vestirme de marinero siempre.

—Veamos, volví á decir, observemos mejor á ese extravagante que ya no he de encontrar á bordo, sino confundido entre la tripulación; pero... ¿dónde está?

—Conque, decía otro del grupo, ¿á bordo estará usted siempre de marinero?

—Siempre con traje de marinero.

—¿Hasta con calzones de lo mismo? preguntó un caballero.

—¡Eso no! oí que contestaba riéndose ruidosamente mi hombre; es decir, el que suponía yo hombre.

Porque, en efecto, era una cosa muy diferente, y vino á demostrarlo la carcajada que sorprendí en aquel original interlocutor; era, en verdad, una mujer auténtica y muy agradable. ¡Vean ustedes en qué gargantas van á meterse algunos vozarrones!

En tanto que miro y estudio á la simpática señora, oigo que del grupo sale otra voz, de mujer—si Dios quiere.

—Por lo que respecta á mí, dice, cuando estoy á bordo, cómo por cuatro, bebo por diez, duermo por doce, y cual si esto no bastase, fumo por quince.

—He ahí una mujer, dije en mi pensamiento, que merece dar la vuelta al mundo en ochenta días. Sin embargo, busco á la mujer, y no la encuentro: vigilo, por consiguiente, esperando una segunda emisión de voz.

—Lo que me entristece, siguió diciendo la misma voz afeminada, es que, á bordo, quien no participa de mis opiniones es mi mujer.

—¡Mi mujer! exclamo entonces todo asustado: ¡entonces esta mujer es un hombre, y viceversa!

—Ten mucho cuidado, De Lucía, dijo á la sazon una del grupo; cuando en Buenos Aires cantes el *Barbero* con la Patti, ponte en guar-

dia contra aquella *Rossina* que ha *inutilizado* ya á un marido, y á otro lo tiene de cuartel.

—¡La Patti! replicó entonces la mujer de la voz varonil; tendrá primeramente que habérselas conmigo en *Semíramis*, donde cantaré la parte de su hijo.

—¡Buenas notas se oirán entonces! terminó otro de los que formaban aquel interesantísimo grupo.

Entonces acabé de orientarme por completo: mi compañera futura de viaje era una artista de la Compañía lírica del *Politeama* de Buenos Aires; Compañía cuyo *caput stipitis* (1) era Adelina Patti.

Y ahora, ¡adiós, Barcelona, adiós!

CAPÍTULO V

¡Sólo uno fué el vencedor!—Ciento setenta á la mesa.—Cuatro sobrevivientes.

Como prueba de mi cariño á Barcelona, aduzco este hecho: torné á bordo cuando ya el buque se disponía á levar anclas. El capitán

(1) Locución latina que, *en este caso*, vale tanto como *figura principal*.

(*N. del T.*)

Mascazzini me dirigió, con motivo justificado, una reprimenda:—Cuando se viaja, me dijo, es necesario convertirse en soldado.

Y yo respondí:—He sido más que soldado; en Barcelona la he dado de comandante con una hermosa criada catalana que encontré en la Rambla...

El capitán no me dejó proseguir; á dos pasos de nosotros, estaba el sacerdote.

—Su reverencia, dije, no se escandalizará por esto; si he seguido—con miras puramente artísticas—los pasos de una catalana, he visto también en otra calle pasear bajo los plátanos á un clérigo con el cigarrillo en la boca y una muchacha catalana en animado coloquio.

—¿Qué sabe usted de eso? chilló el cura muy irritado con la enunciación de aquel hecho, realmente sencillo, pero rigurosamente exacto.

—Lo que celebraría yo saber, respondí de pronto, es lo que ha hecho su reverencia mientras yo me hallaba ausente.

—Pues verá usted, me dijo con aire candoroso aquel restaurador de almas, cogiéndome del brazo como á su mejor amigo, en tanto que el capitán del buque se alejaba He realizado muy cuidadosamente y muy á conciencia una excursión entre aquella pobre gente—y al ha-

blar así me señalaba la tercera clase;—y cada vez se arraiga más profundamente en mí el convencimiento de que allí está el buen terreno, el terreno adecuado para la siembra.

—Al tema de siempre, pensé.

—¡Oh! sí, replicó muy satisfecho aquel hombre, cada vez más persuadido á dar importancia á su propia misión; hay buena semilla que arrojar en ese campo.

—No lo dudo...

—No; crea usted también que en Italia falta todavía una escuela preparatoria del emigrante.

—¿Fundará usted esa escuela?

Temí que el padre cura me endilgara su muletilla de siempre: «¿qué sabe usted de eso?» pero no; antes al contrario, me dijo:

—Verá usted: tengo datos de tal manera satisfactorios para mi propósito, que muy lejos de lisonjearme, estoy más que seguro del buen éxito.

—¿Y esos datos? objeté con incredulidad sincera.

—¡Si yo dijese á usted, replicó el ministro de Dios, que he despertado, sin pretenderlo, una emulación noble entre aquellas pobres gentes, sobre quién había de ayudarme á misa!

—Y las mujeres, ¿entran también en esa competencia?

—Vamos, vamos, chilló el presbítero, oiga usted, señor Mefistófeles. Cuando hay competencia en eso de ayudar á misa, ¿no significa que hay buen terreno y buena semilla?

—Pues entonces, ya no necesita usted sembrarla; es que estaba sembrada ya.

—Pero venga usted acá, le digo, y escuche, si quiere, volvía á decirme el cura, cada vez más entusiasmado con su misión. Cuando hay buena semilla, es cuando entre los infelices aldeanos saben veinte, y tal vez más, lo que probablemente no sabrá usted, aunque conoce el latín.

—¿Y qué es eso que yo no sé?

—Ayudar á misa.

—Confieso que esa ciencia no entró jamás en mis moradas espirituales.

Pues bien: yo le aseguro que esos aldeanos son al contrario; tienen á mucha honra y aun á vanagloria ayudar á misa.

—Porque no saben lo que chapurran.

—¿Quiere usted callar? me gritó el padre común como si hablase desde el púlpito. Esos aldeanos que van á ayudar á misa...

—¿Qué aldeanos, ni qué?... interrumpió en aquel momento la voz más áspera entre todas

las voces posibles. La misa he de ayudarla yo, señor cura.

—¿Usted? ¿Qué sabe usted de eso? chilló el hombre piadoso al que interrumpía, que no era otro que el brillante Garzés.

—Es claro, insistió el artista con la más seria entre todas las fisonomías de su repertorio. Yo le ayudaré á misa, y las señoras actrices asistirán á oirla diariamente.

—¡No bromee usted acerca de estas cosas! replicaba el señor cura, que no era por cierto hombre de acoquinarse.

—Acabemos, protestó Garzés enojado: ó cree usted que yo tengo, como cualquiera otro, el derecho de hablar en serio cuando la ocasión llega, ó no creeré yo nunca en la seriedad de su propaganda.

Herido en lo vivo, dijo el sacerdote:

—Nada me parece más natural que eso de que un alma de artista pueda manifestar seriamente el propio entusiasmo para la palabra de Dios.

—¡Dios! dije á mi vez fervorosamente, Dios, el gran arquitecto; el primer artista del universo.

Entretanto, salíamos del puerto. El movimiento de á bordo presentaba alguna novedad,

precisamente en gracia á los elementos nuevos y prometientes que Barcelona nos había regalado.

Juzguen ustedes: varios cantantes de la Compañía del *Politeama* de Buenos Aires, á quienes ya he presentado en la Rambla; algunos que promiscuaban, y, sobre todo, una Compañía completa de zarzuela, con su *bravo* maestro director y compositor, sus no tan bravos coristas, y, sobre todo, una comitiva de muchachas lindas y pizperetas, condimento indispensable de una zarzuela, la opereta verdaderamente característica de España, algo agotada á veces, presumidilla menos veces, casi siempre divertida! y siempre, sin casi, característica.

Yo, que había nacido realmente con tendencias y aficiónes de noticiero, provisto de lápiz y de libro de memorias, me presenté en aquel instante al comisario Ciulfo (un apellido que tiene un no sé qué de bárbaro, y que es, sin embargo, en este caso concreto, el prototipo de la cortesía), y le pregunté á quemarropa:—¿Total de los embarcados, hoy día de la fecha?

El preguntado, como perfectamente al cabo de lo que le concernía, contestó en seguida:

—Tripulación, 134.

—Prescíndase de la tripulación.

—Total de pasajeros, entre las tres clases, 1.118.

—Creía yo que íbamos muchos más.

—He dicho á usted el número exacto, y si desea usted más pormenores, le diré que de los emigrantes son: napolitanos, 480; venecianos, 300; los demás, lombardos, toscanos y piamonteses.

—Gracias, señor comisario.

Un joven, como de veintiocho años, se paró en aquel momento á mirar con mucha atención al comisario, con quien yo hablaba en el punto de la cubierta que está situado entre la salida del salón principal y la entrada de la tercera clase.

—¿Es usted mismo el señor comisario? preguntó con el tono de quien necesita afirmarse un poco en su creencia.

—Así dicen, respondió Ciulfo.

—Pues bien, replicó el otro con muchisíma seriedad; si para el sostenimiento del orden y el mantenimiento de la disciplina; para vigilar aquel mar muy á menudo alborotado y tal cual vez algo peligroso de la clase tercera, necesitase el jefe de á bordo un auxiliar, una fuerza moral... acuérdese usted de mí y cuente conmigo.

—Para hablar con verdad, nada de eso es preciso, respondió el comisario.

—Lo decía, prosiguió el de los ofrecimientos, porque yo tengo dispuestos y á mano mis papeles, que hablan por mí.

—También los demás los tienen, caballero.

—Pero yo, señor mío, soy un ex furriel del ejército italiano, voy en tercera clase primeramente por estudiarla, y además porque en el servicio de esta dichosa Italia se gana muy poco... al menos los buenos patriotas como yo. Como la administración, la verdadera y breve contabilidad la tengo al dedillo... ¿comprende usted?... podía yo haberlo sido todo, y sin embargo... Pero ya ve usted... ¿qué recompensa se logra en Italia por obrar bien y por tener alguna experiencia de los negocios? Luchar, luchar, siempre luchar. Ahora soy de tercera clase; pero en América... allí está la palestra... hoy tercera clase y gracias... mañana, millonario, dueño de castillos.—Poco me faltó para interrumpir al orador diciendo por mi cuenta: eso es, castillos en el aire; pero me limité á murmurarlo con suma prudencia entre dientes, alejándome para no asistir á todo el canto primero de aquel poema heroico cómico. Ciulfo, á su vez, para desembarazarse del importuno, se apresuró á unírseme y me dijo:

—Ese que ha visto usted ahora, es induda-

blemente el más desventurado de los emigrantes posibles: los demás saben, sobre poco más ó menos, lo que habrán de hacer...

—Pero éste, repliqué, tiene ya su millón en el bolsillo.

—Y en perspectiva un refugio en cualquier *comisaría.*

—Que no han de confundirse con las nuestras.

—Ya verá usted las *comisarías* en la Plata.

—Espero no verlas.

—Pruebe usted á incurrir en una distracción, aunque sea muy inocente, replicó el otro· que sabía de *argentinismo* bastante más que yo; pruebe usted, por ejemplo, cuando se recoja de noche y ya tarde á su casa, á equivocarse de puerta, al introducir la llave en la cerradura.

—Pintaré una cruz de blanco en mi puerta para reconocerla de pronto. Entretanto, señor comisario, dígame usted: ¿le parece creíble que este ex suboficial, este hombre de orden dispuesto á prestar su apoyo al capitán del buque, vaya á dar de bruces, á las primeras de cambio en una *comisaría*?

—Dígame usted antes, dijo Ciulfo. ¿Qué opinión ha formado usted de ese sujeto, después de haber oído su fragmentos épicos?

—Pues bien: dudo, por ejemplo, que pueda suceder á este hombre equivocarse al introducir la llave en la cerradura.

—Porque probablemente no tendrá á su disposición ni cerradura ni llave.

—No lo dudo, si él persevera en esas ideas, y, sobre todo, en esa actitud, aunque yo no conozco todavía América.

El buque proseguía adelantando sus quince millas por hora. Corría que era una bendición de Dios. Cielo perfectamente sereno; mar tranquilo; ningún incidente á bordo; el presbítero más confiado cada vez en los resultados de su propaganda: ¿qué más podía pedirse?

Las montañas y las rocas de España se dibnjaban en el horizonte con maravillosa pureza. A bordo, los enemigos del mar parecían todos convertidos.

La escena siempre iba aumentando en animación. Por todas partes aparecía un nuevo y alegre semblante: una actriz por acá; una cantante por allá; la bailarina ostentaba su traje número cinco; la Rubini, una actriz aficionada que iba con la Compañía Pasta, había sacado á relucir un vestido rojo escarlata; el director de la Compañía deseaba organizar algún juego de cartas; el capitán estaba de un humor envidia-

ble; el hijo de la Tessero, un jovencillo largo y estrecho como una caña de Indias, tranquilizaba cariñosamente á la madre sobre la salud del perrillo: en fin, todo iba perfectísimamente.

Hasta se principiaba á charlar de la actitud de Boulanger en Francia; un asunto que ahora que acabo de escribir estas líneas, se ha desvanecido, pero que á nuestra salida del continente habíamos dejado en su apogeo.

De pronto se oye una campanilla. Es el primer toque de aviso para la comida. La contralto Guerrina Fabri, mi hombre mujer de la Rambla de Barcelona, aparecía—en cumplimiento de su promesa—en traje de marinero de la cintura arriba... Dejemos el resto.

Las actrices, cantantes y danzantes, de la zarzuela aparecen á su vez, con la obligada sonrisa estereotipada en sus semblantes. Se presentó, al cabo, entre los de aquel grupo, un hombre en zapatillas, con una almilla no muy larga, sin corbata y con los pantalones no muy bien asegurados en la cintura. Supuse que fuese el *no-guardarropa* de la zarzuela y era sencillamente el empresario de la misma; un hombre de desenfado á toda prueba, á juzgar por las apariencias.

Se oyó el segundo toque.

Bracci sale del comedor con el rostro radiante.

—¿Qué hay? le preguntó Posorini.

—He visto el *menú* (1) en las manos de Ciccio, jefe de los camareros y mi ilustre conciudadano. ¡Oh! *¡Menú delicioso!* Imagínense ustedes qué sopa; la reina de las sopas.

—¿Qué sopa? preguntamos todos impacientes:

—Una sorpresa: pasta... en caldo.

Un grito de excecración cubrió la voz de Bracci y todos se encaminaron al comedor.

¡Oh qué hermosa mesa! ¡Qué hermosa mesa! había exclamado aquel milanés del mar á quien todos ustedes han conocido.

Era aquél un cuadro esplendoroso, un suceso artístico, sobre todo por hallarse en aquella ocasión casi completo el número de los elementos de todos las gradaciones artísticas, desde la lírica á la dramática, desde el baile á la... *olla podrida*.

Debo tambien, ya que de esta mesa trato,

(1) Bajo la responsabilidad del autor dejamos en francés este vocablo que Resasco emplea, también en francés, sin duda porque no tiene correspondencia exacta en italiano; como sucede hasta cierto punto en nuestro idioma.

(*N. del T.*)

apuntar un incidente personalísimo. El jefe de los camareros (*maître d'hotel*), me llevó aparte y me dijo que desde entonces para en adelante mi puesto en la mesa era el de *á latere* del capitán. La honra de figurar al otro lado correspondió á la diplomacia, esto es, al Sr. D. Carlo Calvo de Capdevila, mitiro splenipotenciario de la República argentina en Bélgica; ministro que á la sazón viajaba en uso de licencia de bastantes meses. El sitio inmediato al Ministro correspondía á su señora: una verdadera y arrogante hermosura argentina. Después de mí se colocaba un cónsul argentino, también en viaje con licencia; era el señor Merengo, natural de Niza, y que para no quitar la razón al más insigne de todos los hijos de Niza, era ya soldado de Garibaldi en la guerra de la independencia italiana y después cónsul argentino en Niza. ¡Qué hermosa mesa! Séame lícito repetirlo, que no es ciertamente la glotonería del estómago, sino la de los ojos, la que me lo hace repetir. Incluídos los recién llegados, estábamos ciento setenta viajeros de primera clase; la Tessero parecia haber rejuvenecil do en diez años lo menos desde el día anterior; la Giagnoni se presentaba por primera vez en la mesa, para mostrar confianza absoluta en el mar. Baste, por último, decir que, además de la

sopa de pasta, preconizada por Bracci, estaba también á la mesa el Pasta verdadero y auténtico, con su señora. La actriz Bianco parecía blanca y linda como una paloma; la Esterina Monti, bullía más viva y más alegre que unas vacaciones, é iba constantemente desde un sitio á otro; la actriz Stoch departía muy animada con su perrito; la hija de Braci, rivalizaba en alegría y en moverse de un sitio á otro con la Monti; la Zuchini Majon no es ya la animosa suegra del diablo, pero nos parece la más feliz de las nueras.

Pasta se sentaba en la primera mesita, á la derecha del cabecera de mesa, inmediata al actor, todavía un *caballero*, *Beltramo*, *su más fiel amigo*. En la misma mesita la Beltramo daba diariamente muchos recuerdos á su hijo, un niño extremadamente travieso.

También los recién llegados de Barcelona se presentaban con unos bríos de muy buen agüero; la Fabbri *marineaba* prodigiosamente; de De Lucia se desprendía á muchos palmos de distancia el tenor de gracia; las *zarzueleras*, reunidas todas en grupo, daban con sus cuchicheos idea de un mercado de negritos. El empresario de las mismas, con aquella eternas zapatillas, con su invariable camiseta con la supresión

de la corbata, parecía una nota discordante entre tanta elegancia; ¡él que en los ensayos no cesaba de recomendar que nadie desentonase! Su procedimiento, en realidad, no carecía de malicia: ante él, y con él comparado, cualquier artista de su Compañía lucía más.

La bailarina no parecía aún bastante satisfecha consigo misma, porque sólo *se andaba* en el sexto traje. En esta comida llevaba en la cabeza, y se la ofendía no reparando en él, una go rra de oficial de marina. La usurpación de prendas propias de los hombres se echaba de ver en toda la línea femenina. La Rubini, mejor que ninguna, llevaba su blusa garibaldina; la Fabbri, ya lo he dicho, era un marinero, principalmente en la voz.

«¡Qué hermosa mesa!»—Ya no volveré á decirlo. El capitán se mostraba amable y expansivo como nunca; dirigía muchas palabras en español al ministro; seis en francés al cónsul; diez en italiano á mí: tenía además repertorio de otras tantas frases de cumplimientos para el sexo bello. Parecía, sin embargo, como si se le notase en el rostro una sonrisa algo mefistofélica, que ya no era su sincera sonrisa de siempre. Alguno, muy satisfecho, hubo de preguntarle:

—Capitán, ¿cuántos nudos corremos ahora?

—Demasiados, respondió Mascazzini; y una arruga todavía más mefistofélica que las otras vino á oscurecer la expresión de su entrecejo: yo lo vi porque me hallaba á su lado.

—Cuando se anda así, exclamó la Rubini, nunca puede ser demasiado.

Los platos se sucedían; las copas sonaban, produciendo las siete notas y sus accidentes; un rayo de sol penetraba con voluptuosidad para dorar el ambiente. Pero la alegría de los mortales, sobre todo cuando viajan en buques, es humo pasajero. Cátate que el mar, sin hacer que le precediese, por cortesía, el menor aviso, comienza á moverse con fuerza; imaginan todos, al principio, que se trata de una cosa efímera. Pero muy pronto la agitación se hace convulsiva: el buque se entrega á un balanceo desconsiderado. Las espumas de las olas entraban por las ventanas del comedor, que fueron cerradas inmediatamente, aunque en vano; rompíanse los platos; las botellas y las copas rodaban por todas partes; los nuevos manjares se perdían en aquello espantosa confusión; los camareros vacilaban y no conseguían sostenerse en equilibrio; la hélice daba golpes desesperados; todo aquello que no derriba el movi-

miento del buque, lo tumbaba el viento inexorable como un ejército de Orlandos furiosísimos.

¿Y los pasajeros? ¿Quién puede pintarlos? De las mujeres, poco antes tan alegres y tan hermosas, aun incluídas las feas, no quedan sino criaturas que se retuercen, que no cesan de hacer contorsiones, que parecen caerse á pedazos como trastos viejos. Los hombres—al cabo y al fin *nobleza obliga*—las cogen del brazo, y aun á muchas en brazos, sin más remilgos; pero con el mar y con el mareo no hay sexo fuerte que valga; los auxiliares, los caballeros, sucumben á su vez; abandonan de pronto á las señoras, no sin decir con palabras entrecortadas:—Perdón, señora mía, pero ya no puedo. Los camareros suspenden el servicio de la mesa, para convertirse en enfermeros; recogen y levantan en montón, á los aterrados y á los enfermos; las actrices, á quien tantas veces hemos visto en escena brillantes y triunfadoras, parecían (y perdonen ustedes la comparación) andrajos de la calle; algún intrépido procura permanecer en equilibrio, pero cae miserablemente sobre sí mismo y sobre los demás; entre las frases sueltas que por acá y por acullá se oyen, la más frecuente es: «Lléveme usted á mi camarote;» ó bien: «Déme usted algo para el estómago.»

El pasajero que tras de heroicos esfuerzos logra permanecer en equilibrio, pregunta al capitán, al salir de la sala:

—Pero ¿dónde estamos?

—En medio del golfo de Valencia, responde Mascazzini.

—¡Maldito sea él! gritaron cien voces.

Restablecióse por fin la calma, no en el mar, eso no, sino en la sala del buque; una calma relativa, se entiende. De tanta vida, de tanto ruido y tal movimiento, sólo queda la habitación desierta; el hueco de tantos sitios precipitadamente abandonados.

—Veamos, dice entonces el capitán: ¿cuántos hemos quedado en la mesa?

Nos contamos: yo, y de esto me vanaglorío, era de los *sobrevivientes;* éramos cuatro, á saber: naturalmente el capitán, el cónsul de Merengo y el que esto escribe (eso por lo que respecta al sexo fuerte); el otro sexo se hallaba representado por una muchacha graciosísima, la señora Mascharpa, corista de ópera italiana.

Todos cumplimentamos á nuestra compañera, al propio tiempo que compadecíamos á las víctimas; la animosa artista nos respondió: «Ahora soy medio ballena; ésta es mi séptima travesía de Italia á América.»

—¡Si llegamos allí! oímos gruñir en este momento á una voz sepulcral.

Procuramos todos averiguar la procedencia de aquella voz, y descubrimos al pie de un sofá, próximo á un rincón, un desdichado que, cogiendo con ambas manos la pata de una de las mesillas de juego, colocada la cabeza en el sofá, y extendido lo demás del cuerpo en tierra, había estudiado, y acaso encontrado, la posición más á propósito para sostenerse en equiilibrio.

—Garantizo á usted la llegada, respondió el capitán al infeliz postrado: llegaremos á América; lo que ahora pasamos es una molestia insignificante.

—¡Ay! ¡Lo llama molestia insignificante!— gritó el aterrado viajero, con los ojos bizcos del susto.

—El Pampero que parte de la costa de Montevideo, dijo la señora de las siete travesías, alguna vez y muy particularmente en estos casos, se deja muy atrás esta agitación del golfo de Valencia.

—¡Ah! ¡Usted llama á esto agitación! replicó más exacerbado el infeliz; y para consolarse, como allí nadie manifestaba estar dispuesto á compartir su terror, salió en busca de otro

semblante extraviado que pudiese dignamente hacerle compañía, sin dejar de gruñir, por supuesto: «¡Maldito viaje!»

En esto penetró en la estancia el *Ungido del Señor*. Confieso que me había olvidado de él completamente. Había principiado á comer cuando todos, y con muy regular apetito; pero á los primeros amagos de turbulencia del golfo le perdimos de vista... quizás porque había ido á fortalecer con su ayuda y su consuelo á los de la tercera.

—¡Pobre de mí! ¡Pobre de mí! gritaba D. Aurelio—tal era su nombre de pila—poniéndose una mano en el pecho y apretándose la cabeza con la otra.

—Dígame usted, le pregunté: ¿qué piensan de esta manifestación de los elementos sus ovejas de tercera clase?

—En estos casos, replicó el sacerdote, es mucho más espantoso hallarse sentados á una mesa, que estar tendidos por el suelo: aquí á lo menos, no hay el peligro de caerse de la silla.

—Puedo asegurar á usted, dije entonces, señalando hacia mis compañeros, que nosotros no nos hemos asustado.

—¿Qué sabe usted de eso?

—Sé con toda certeza que hemos comido con excelente apetito, y ahora nos levantamos de la mesa y le saludamos con todas las consideraciones debidas.

CAPÍTULO VI

Molestias y pasatiempos de á bordo.—Los emigrantes.—Incidentes de amor.

En el siguiente día comenzaba á señalarse aquel punto de los viajes por mar en el cual la normalidad de la existencia á bordo va consolidándose, y por consiguiente se experimenta más viva la necesidad de las ya indicadas distracciones.

El contemplar lo vario de las costas de España ya constituía por sí sólo una distracción envidiable, sobre todo si se consideraba que al siguiente día nos encontraríamos fuera del estrecho, como si dijeramos, fuera de nuestra casa, esto es, de aquel Mediterráneo, que es un poco de todos nosotros.

Otro entretenimiento agradable de aquel día fué observar la mayor abundancia de embarcaciones que nuestro rapidísimo buque se dejaba atrás, por mucho que aquellos menos afortunados

corredores echaban humo todos como fumadores turcos, y como turcos más que nuestro *Duquesa de Génova.*

La distracción más interesante para mí, que la estuve meditando tres días, fue una excursión á la tercera clase. Como novicio en tales expediciones, hube de pisar no sé cuántos zapatos y tropezar con varias piernas y muchos brazos, y aun con algunas cabezas de personas tumbadas en el suelo, antes de hallar un paso en la zona democrática.

La primera impresión, aun estableciendo determinadas comparaciones, fué favorable. Salía yo—y perdónenme las señoras compañeras mías en primera clase;—yo salía, vuelvo á decir, de ver en el salón y en el castillo de popa rostros, en su mayor parte frescos si ustedes quieren, pero pintados, empolvados, embadurnados; cejas más ó menos artificialmente arqueadas; algunas protuberancias apócrifas; tal cual trenza de contrabando; algún pecho —lleguemos aquí y no pasemos adelante—bastante procaz para no ser algo sospechoso. Por el contrario, al penetrar en la clase tercera, en el instante consagrado principalmente á la operación del aseo y el tocado, la autenticidad de varias cosas que no son nunca de despreciar, se me pre-

sentaban evidentes. Muchas mujeres estaban arreglándose el pelo; no es éste en realidad el más decente de los espectáculos, pero al cabo y al fin una larga y oscura cabellera agrada á la vista; algunos hermosos cabellos rubios de mujeres del pueblo,entre las manos de la peinadora, parecían hilos de oro. De esta riqueza indígena y auténtica eché de ver en seguida bastante, bien así como ojillos traviesos y seductores, formas opulentas de matronas, algo villanescas si se quiere, pero vistosas, y hasta gracia y delicadeza aristocráticas esparcidas acá y allá por la mano próvida de Dios entre aquella democracia.

Entre los hombres, la tosquedad y la rudeza estaban muy lejos de ser exclusivas. Impresionáronme algunos jóvenes de rostro compungido y de labios tristes, que formàban singular contraste con sus compañeros que alborotaban y se divertían grandemente. Los vestidos de aquellos jóvenes que á la sazón, como suele decirse, dejaban ver la trama, denuuciaban, no obstante, por el corte y la calidad del género, la elegancia de tiempos ya pasados. Más de uno y más de dos de aquellos vestidos, muy lejos de haberse gastado en las oficinas ó en los bancos del trabajo y de los negocios, habían pasa-

do su existencia en la cervecería ó en cualquier otro lugar de públicos pasatiempos. Estos tipos, repito, formaban rancho aparte. Oí que el famoso ex furriel, de quien ya tienen ustedes noticia, se dirigía á uno de esos avanzados del tiempo perdido, y que se hallaba sentado en uno de los primeros peldaños de la escala que conducía al camarote del capitán y le decía:

—¡Ánimo, joven! en América no sucederá á usted esto; allí será reconocido el verdadero mérito. Esperemos.

—Vea usted, dije para mí, dónde ha ido á colocarse el verdadero mérito.

Un fulano, con una especie de juego de ruleta, iba sacando céntimos á los más bobos. Pasó un oficial de á bordo y se apoderó del artefacto ingenioso.

—¡Vaya una gracia! gritó el ruletero.

—Repite la observación, dijo el oficial, y me apodero también de ti.

El otro se convenció muy á tiempo de que le convenía conservar la propia libertad.

—Porque se deduce lógicamente—se apresuró á decir el ex furriel, cuando hubo pasado el oficial—que este juego no se ha hecho para los pobres: la ruleta está reservada, por completo, á los señores que aún tienen el lujo de poseer

una pistola en el bolsillo, para levantarse la tapa de los sesos en el caso de grandes pérdidas.

Entretanto, y prosiguiendo mi excursión, encuentro al reverendo que está charlando muy íntimamente con una mujer bastante vieja. Si ésta tiene la debilidad de confesarle sus pecados, y si la propaganda del presbítero se limita á tales pruebas, la misión no va á producir grandes resultados.

Sin procurar yo, ni por pienso, buscar propaganda, entréme en el grupo de emigrantes, precisamente para oir algo de sus hechos, lo cual á bordo es siempre lícito. Veo dos mujeres, joven la una, la otra vieja, sentadas sobre un lío de cuerdas, con tres pequeñuelos que se disputan entre sí los gajos de una naranja.

Regalo á los pequeñuelos otra naranja—una de las mayores generosidades que me he permitido en mi vida.—En seguida pregunto á la mujer, en cuyo acento reconocí inmediatamente que procedía de las provincias meridionales, dónde van á establecerse. Me responde que van á la colonia de Santa Fe.

—¿Con quién viajan ustedes?

—Con estos pequeñuelos.

—¿Y dónde están los hombres de la familia?

—Mi hombre, responde la más jóven, está

hace ya tres años trabajando en América.

—¿Y ahora se ha decidido á seguirle el resto de la familia?

—¿Qué hemos de hacer? Mi marido, cuando estaba en el país, trabajaba poco y la familia crecía. Se fué para América, ¡pobrecillo! pensando únicamente en nuestro bien. No pretendía, como otros, hallar una fortuna, sino ganar lo suficiente para que viviéramos todos. Es hombre robusto, sabe su oficio y encontró muy pronto trabajo bastante. Nos enviaba dinero, y nosotras, en pago, le enviábamos nuestras bendiciones.

—¡Oh! sí, interrumpió la anciana, muchas veces hemos bendecido á aquel excelente hombre.

—Por último, dije, su marido de usted se halla tan bien en América, que se decidieron ustedes á irse para hacerle compañía.

—¡Oh! no señor, dijo la joven; no nos hemos decidido á dejar nuestro país porque mi esposo haya encontrado allí la fortuna; para nosotros los pobres no hay fortuna en ninguna parte. Pero el pobre hombre, que está allí trabajando, tenía que quitarse el pan de la boca para mandarnos algún dinero. Antes lo que enviaba eran todos sus ahorros; ahora ya no bastaba eso, porque

para enviarnos, por ejemplo, un peso, ¿comprende usted? había de pagar peso y medio, y de aquel medio necesitaba él ¡pobre hombre! que también ha de comer. Viendo que eso del cambio no se arreglaba nunca, y al no saber qué determinación tomar ni á qué santo encomendarnos, nos hemos decidido á irnos también, y de este modo no habrá que hacer más que un puchero y de él comeremos todos.

Por aquellos días el cambio del oro en la República Argentina estaba al 50 por 100 y las relaciones de economía doméstica entre los emigrados de aquellas colonias y sus familias de Santa Fe se hallaban ya lo suficientemente desequilibradas para que fuese necesario el procedimiento de reunirse en un punto solo toda la familia.

Imagínese lo que sucedería después, cuando un escudo enviado desde la República Argentina á Italia valía poco más de una peseta.

Mientras reflexionaba acerca de aquel triste caso económico, hubo de llamar mi atención uno de esos altercados que en tercera clase son muy frecuentes. Oí una voz que dominaba á las otras, que pronunciaba estas palabras:

—He dicho á usted que no hablase más de esto. ¿Me ha entendido usted?

Muy poco tardé en enterarme que los principales actores de la disputa eran tres: un anciano todavía bastante vigoroso, que debía de ser el padre; una muchacha muy hermosa, de elevada estatura, de ojos expresivos, en que se adivinaba la vida y el sentimiento, de negra cabellera, que terminaba en una trenza caída por la espalda; ésta debía de ser la hija, y un arrogante joven.

Yo había sorprendido el diálogo en momentos de calor, y me detuve para oir el resto.

—No le basta á usted haber sido causa de mi ruina, gritaba el viejo volviéndose amenazador hacia el joven; ¡quiere usted también causar mi deshonra!

El joven, que se expresaba con tanta calma cuanta agitación manifestaba el viejo, contestó en tono muy comedido:

—Que haya yo sido causa de la ruina de usted, no lo niego; pero no ha sido mía la culpa.

—Yo, replicaba el viejo cada vez más enfurecido, con respecto al tío de usted, era casi como de la familia desde hace veinte años.

—Pues yo, contestaba el joven, era, sin casi, de la familia suya, y ahora ya me ve usted aquí, emigrante como usted... y ya sabe usted el porqué...

—¡Pero usted, gritó el viejo descomponiéndose, nos ha seguido en este viaje con intenciones de bandido!

El joven estuvo á dos dedos de arremeter á puñadas contra el viejo cuando oyó aquella injuria; volvió, sin embargo, sus ojos á la hermosa muchacha que seguía aquel altercado con la expresión de toda la pena, de todas las angustias que soportaba, y la dijo:

—Luisa, por consideración á usted, no por otra razón, tolero estas impertinencias de su padre. Él sabe que yo vivía con lujo y que por haber afrontado las iras de mi tío, á quien disgustaba mi amor á usted, he quedado pobre; he dejado en Italia ¡esperanzas, porvenir, todo... todo menos el corazón: ése está siempre con usted.

—¿Y quiere usted que yo le diga cuatro verdades acerca del tío? interrumpió el viejo; fué injusto con respecto á mí; pero en lo que respecta á usted, tuvo mil razones para oponerse á que su sobrino se casara con la hija de su jardinero, como el tal sobrino pretendía.

—¡Pretendía casarme! contestó con orgullo el joven. Luego, delante de todos estos señores que me escuchan, principia usted á desmentir, sin quererlo, que yo sea un bandido. Si yo lo

fuese, lejos de aspirar á casarme con la hija del jardinero de mi tío, que es una doncella honrada y digna y que me ama...

En este momento la muchacha, aunque nada que fuese nuevo se decía, púsose encarnada como la grana.

—Si yo, prosiguió el enamorado, en vez de ser un hombre honrado, hubiera sido un mal caballero hubiese obrado de distinto modo: créalo usted.

—Pues bien, contestó el viejo, que, sin embargo, debía de estar convencido de haber escuchado una de aquellas verdades que son incontestables y no admiten réplica. Su tío de usted se opuso al matrimonio; quiso usted insistir y entonces él la tomó conmigo, y me despidió de su casa, y me privó de prestar un servicio que, si usted quiere, será de gente pobre, pero que, sin embargo, requiere algún ingenio; habíale yo convertido un erial en un paraíso de arte y de perfumes.

Y al decir esto, el anciano se mostraba un tanto cuanto satisfecho de sí mismo.

—No lo niego, dijo el joven, cogiendo al vuelo la ocasión de elogiar al anciano, ya que en ese punto lo merecía.

—Pues bien, continuó diciendo el viejo; des-

de el momento en que su tío de usted me ha despedido, desde el momento en que eso me ha valido la pérdida de mi posición y me pone en el caso de emigrar, ¿qué viene usted á buscar aquí? Dígamelo usted, caballerito.

Al decir esto, el anciano, clavando sus ojos de basilisco en el rostro del joven, se cruzó de brazos, como el sofista que, imaginándose haber hallado un terrible argumento *cornuto*, supone que al adversario no le queda más recurso que el de batirse en retirada.

Pero, por el contrario, el joven le respondió con su tranquilidad acostumbrada:

—He venido aquí en uso del derecho de viajar que tenemos todos.

El otro tomó aquella contestación por una insolencia, y gritó muy sobrexcitado:

—Usted ha venido para asediar á mi hija; pero ¡ay de usted!—y al decir esto el buen hombre extendía nerviosamente el dedo índi ce—¡ay de usted si le veo alrededor suyo!... y no me venga usted hablando de libertad. Tú, vete abajo, prosiguió dirigiéndose á la joven. que sollozaba.

A este último golpe, gritó el joven:

—Arroje usted todas sus injurias, toda su rabia sobre mí, que, á pesar de todo, no me

consideraré ofendido; pero no aflija usted á esa inocente por culpa mía.

—Acabemos, y quede sentado de una vez para siempre, agregó el irascible padre, no piense usted más, ni mucho ni poco, en nosotros y ya que la desdicha ha querido que se halle usted á bordo, hágase usted cuenta de que nunca nos ha conocido.

—Eso se dice muy fácilmente, murmuró el joven.

—Nosotros, vámonos, dijo entonces el viejo hablando á su hija, la hermosa Luisa, que parecía en su expresión triste, la estatua del dolor. Ella no replicó, pues seguramente conocía el carácter paternal del irritado viejo, y siguiendo el camino que éste se abrió con muy malos modos entre aquel círculo de seres humanos que estaban allí para oir la conclusión de la disputa, se dirigió hacia abajo para respirar un aire menos respirable.

El joven se quedó allí—perdóneseme lo ramplón del símil—como quien no sabe á qué carta quedarse. El individuo había logrado interesarme. Un sobrino de su tío que quiere casarse con la hermosa hija de un jardinero; la hija que se ha enamorado de él ¿y cómo no? el tío que responde con los rayos de su indignación hasta arrojar

de su casa á la familia que podía ser causa de una mezcla de sangre, hasta dejar que huya su propio sobrino, por no desistir de esa negativa; ¿qué podía imaginarme más conmovedor, como episodio que tiene á bordo su acto segundo?

Quien ha sido actor en un incidente que ha conseguido llamar la atención ajena hasta con gregar un círculo de lo menos diez personas, siente luego que el incidente ha terminado y echa de ver el actor que ha picado en sus espectadores curiosidad, la precisición inescasable— de rumiar aún algunas de las frases más salientes entre las que han hecho el gasto de la discusión.

Nuestro joven, mientras se abría paso entre el círculo de curiosos que iba deshaciéndose, continuaba murmurando:

—Sí... precisamente bandido... ¡Bandido á mí! Dejo á todos ustedes decir si mi proceder es el de un bandido.

—Realmente, me arriesgué á decir, cuando el pobre enamorado vino á pasar delante de mí, viéndolo nadie lo diría.

—¿Comprende usted que tengo razón? se apresuró á preguntarme.

—Desconozco lo sucedido, respondí con cierta ligereza con que procuré ocultar mi curiosidad.

—Lo sucedido, replicó el joven, no tengo en verdad ninguna razón para callarlo. Yo amaba ardientemente á esa niña....

—Hasta ahí, dije, ya he comprendido lo bastante.

—¡Ah! ¿Ha oído usted algo? Pues bien: yo pregunto: cuando un hombre ha renunciado á una vida de comodidades, á su posición, á su porvenir, para participar del destino de la mujer á quien ha amado, ¿tiene ó no tiene derecho para que no se le considere como un bandido?

—La pregunta de usted, le dije, me autoriza para apreciar los hechos con cierta libertad.

—Pues bien, preguntó el joven con más viveza: ¿qué me dice usted de mi actitud y de la vehemencia de ese anciano?

—Por lo que respecta al viejo, contesté, lo compadezco, porque sé que el pobre hombre ha perdido...

—¡Ha perdido! replicó el joven, ha perdido el ejercicio de una profesión que puede perfectamente ejercer en cualquiera otra parte. Yo, en cambio, lo he perdido real y verdaderamente todo.

—Convengo en ello; pero ¿y ahora?

—¿Quiere usted preguntarme qué intenciones tengo para seguir á esa joven?

—Precisamente... En eso se halla mi curiosidad.

—No se hace en vano un viaje á América. Tengo dos buenos brazos y los mejores propósisitos; si logro salir adelante, no habré sido, de seguro, el primero. Entonces el padre de Luisa, á quien yo amo, y que me corresponde, comprenderá si soy un bandido y un haragán.

—Éste, hube de exclamar interrumpiéndole, es el propósito de un hombre honrado.

—Gracias, caballero, contestó el enamorado en tono de sincero agradecimiento.

—Pero, me apresuré á decir, permítame usted que le manifieste que el viejo tiene también muy fundadas razones...

—¿Para tenerme por bandido?

—No, para desear que cese esta situación, crítica para las dos partes..., mejor dicho, para las tres..., porque usted no se halla hoy, seguramente, en situación de casarse con su hija;—tiene razón el viejo, repito, para pretender que cesen, ó, cuando menos, se suspendan las relanes entre la una y el otro.

—Podrá ser que usted tenga razón; inútilmente probaré; al corazón no se le manda. Comprendo ahora que existe un destino que me une, que me adhiere inexorablemente á esa familia.

—Al padre, prosiguió diciendo, le disgusta ese vínculo sin la sanción superior: por una y por otra parte hay razones muy atendibles.

—¡Y cuánto no padece, dijo suspirando el pobre joven, aquel ángel! porque es realmente un ángel; yo creo que existen en el mundo criaturas que desempeñan, sin quererlo, un irresistible imperio de amor.

—Y ahora, ¿cómo terminará todo esto?

—Ahora, ya que otra cosa no, estoy satisfecho de hallarme cerca de ella. Porque yo también soy de la tercera clase. Aquí estamos juntos.

—¡Muy mal!

—¡Utopias!... al fin todo es viajar...

—He dicho «muy mal,» por lo que se refiere á la proximidad.

—¿Quiere usted saber cómo concluirá todo? Si en América, según ya le he dicho, hago fortuna, me casaré con Luisa: en otro caso, ó me levantaré la tapa de los sesos, ó me arrojaré al mar.

—¡Excelente remedio para su adorada!

—Esperemos en el porvenir.

—Con todo mi corazón se lo deseo excelente... y deje usted en paz la tapa de los sesos, y no piense en servir de pasto á los peces.

Me he detenido, quizá demasiado, en un episodio patético; pero convengamos en que cualquier cosa que á bordo acontezca, ya una borrasca del mar, ya una tempestad del amor, es siempre algo que se gana en el capital de las distracciones.

Al despedirse el joven, de quien ya parecía yo el mejor amigo á los cinco minutos, me entregó su tarjeta, en la cual leí su nombre de pila, muy significativo para un héroe de amor: Pablo.

En lo que se refiere al conjunto de los amores de la tercera clase, que preparados ó fortuitos, legítimos ó fraudulentos, no faltan nunca, diré á ustedes que, á bordo del *Duquesa de Génova*, el encargado todas las noches de proceder, á son de campana fatal, á la separación inexorable de ambos sexos, á la interrupción violenta de todo tierno coloquio, á la amenaza de las iras divinas y humanas, era el mismo, mismísimo insigne *Sampon* que ejercía idénticas funciones á bordo del *Nord-América*, cuando Edmundo De Amicis se embarcó para la República Argentina.

CAPÍTULO VII

Se pasa clandestinamente el Estrecho.—En Tánger.—Ver y no tocar.—Una ciudad de cartón.—El señor Pierino.

Calcúlese si tendría yo deseos y curiosidad de ver frente á frente el estrecho de Gibraltar, esa puerta del Mediterráneo cuyo cerrojo posee la pérfida Albión. Adrede había yo hecho solemne voto de dejar del lado de acá del Océano todos los lugares comunes en que me había empapado en el transcurso de algunos lustros de vida exclusivamente europea, y aun diré exclusivamente periodística.

Al emprender mi viaje, deseaba yo, ante todo y sobre todo, ver tres cosas: primeramente la emoción mía en el momento de abandonar la madre patria para trasladarme á América, y en este concepto, lo confieso, quedé casi del todo desilusionado. Ver, en segundo lugar, el Estrecho, si bien en esto de las estrechuras tenía yo algunos conocimientos prácticos. Ver, en tercer lugar... se lo diré á ustedes en otra ocasión porque ahora nos hallamos para llegar al Estrecho.

Quiso el destino que el paso del Estrecho cayese para nosotros de noche, con la circunstancia agravante de ser noche tempestuosa y muy oscura. A medida que nos adelantábamos más y más hacia el Estrecho, más se encolerizaba el capitán, á quien se oía decir:

—¡No nos faltaba más que esta niebla ahora!

—¿Hay peligro? iba á preguntarle en aquel momento ansiosamente un individuo, en quien reconocí al arrinconado del golfo de Valencia.

El capitán midió de alto á bajo á nuestro hombre, en quien era todo pequeño, exceptuando los dos ojos constantemente abiertos, muy abiertos; más abiertos de lo natural; dos ojos en los que puede decirse que estaba estereotipada la expresión del espanto.

—¿Me pregunta usted si hay peligro? dijo el capitán; ¿peligro de qué?

—Peligro en pasar el Estrecho con esta noche, con esta niebla, sin ver, sin oir...

—¡Bah! seguramente, respondió el lobo marino, peligro lo hay... y no lo hay.

—Pero, caballero, por favor, insistió el otro abriendo los ojos más todavía: ¿hay peligro ó no lo hay? ¡Sáqueme usted de penas!

—¡Distinto del golfo de Valencia! exclamó el capitán acordándose mejor del tipo.

—Es decir, insistió el otro conteniendo hasta la respiración...

—Es decir, contestó Mascazzini con la serenidad del que se resigna, que de noche y con esta niebla, un choque entre dos buques nada tendría de improbable.

—¿Qué dice usted?

—Digo lo que es demasiado verdad, caballero.

—¡Jesús María y José!... pero ¿no podríamos suspender el viaje?

—¡Suspender! he ahí un verbo que no he visto jamás desde que navego.

—Quería yo decir, continuó el otro con el conmovedor tono de la súplica persuasiva, que desde el momento en que la noche adelanta y hay niebla, y se trata de atravesar un sitio peligroso, podríamos hacer una paradita.

—¿Una paradita? ¡Usted está loco!

—No lo estoy, pero me volveré loco de miedo, lo confieso. Miedo muy justificado en esta ocasión, si existe un peligro que puede destruir un buque que ha costado muchísimo dinero, eso sin contar con la vida de tantas personas.

—Pero usted sabe perfectamente, amigo mío, dijo el capitán con la mayor seriedad del mundo, que no es posible dar batalla sin hacer sa-

crificios, y que el mar es una batalla constante.

—¡Una batalla! gritó el otro, cuyos ojos parecían ya próximos á saltar de sus órbitas; pero el deber de usted.

En este momento el segundo jefe, Ghizolfi, llegaba para decir algo urgente al capitán.

—Perdone usted, mi deber me llama á otra parte, dijo Mascazzini; y siguió precipitadamente al segundo.

—¡Acaso algún peligro ya próximo! balbució aquel ser impresionable, que se quedó solo conmigo.

Mantúvose durante algunos minutos silencioso; después dijo, tal vez ganoso, sobre todo en aquellos momentos supremos, de hallar rostros amigos: Me parece que le conozco á usted.

—Lo miré con fijeza, y contesté:

—No soy de la misma opinión.

—¿Usted es de Génova?

—Lo soy.

—Yo no soy de Génova... pero para los negocios si lo soy. ¿No conoce usted al que nombran en los Bancos el señor Pierino?

—¿Es usted?

—Sí.

—Tengo mucho gusto en conocerle.

—Mi gusto sería mil veces mayor si le hubie-

se conocido en sitio distinto del mar, entre estos peligros incesantes...

—¡Y me habían dicho que este es un viaje de señoritas! ¡Oh! ¡Los negocios! ¡los negocios... Si pudiese yo retroceder... ó por lo menos pasar el Estrecho de día.

—¿Para ver el peligro cara á cara?

—Se rie usted de mí...; pero con esta niebla y con estos buques que muy á menudo no saben lo que se hacen...

—Agregue usted, señor Pierino, la circunstancia agravante de que yo soy un hombre aciago.

—Quiere usted bromear; ya lo comprendo.

—No, lo digo muy en serio; donde yo voy, siempre ocurre alguna desgracia.

—¡Vaya, vaya!

—Como usted lo oye. Durante el año en que yo nací ocurrieron cosas increíbles. Recuerda usted después la guerra del sesenta y seis; no salió bien nunca porque estaba yo sobre las armas; la desdicha de Custozza, á mí se debió.

Aunque Pierino es miedoso, y mucho, comprendió que yo trataba de darle broma, y para cambiar de conversación me dijo:

—¿Parará usted mucho tiempo en Buenos Aires?

—Parar se dice muy pronto...; el asunto es llegar, señor Pierino.

—Ea, acabe usted y dejemos las chanzas; seamos hombres.

En aquel momento hendía los aires, á muy poca distancia de nosotros, el silbido vibrante de una señal marítima. El señor Pierino se estremeció; aguzando cuanto le era posible la mirada en la dirección en que se había oído la señal, exclamó:

—¡Virgen santa! Tal vez un buque.

—Eso es, respondí; un buque seguramente, y que viene en dirección contraria al nuestro.

—Y el nuestro, ¿por qué no responde?

—Porque no se *nesecita*, contestó un marinero que á la sazón pasaba próximo á nosotros.

—Esto me tranquiliza, dijo el señor Pierino, después de algunos instantes de calma y de reflexión; si hubiese habido verdadero peligro, nuestro buque contestaría; ahora ya lo hemos pasado.—Conque usted decía, prosiguió dirigiéndose á mí otra vez, que piensa usted detenerse en Buenos Aires.

—No, contesté; mi intención es detenerme antes en el Paraguay.

—Usted, es claro, viaja por negocios.

—Nada de negocios.

—¡Ah! ya; ¿es usted de la Compañía cómica?

—Mucho menos. Me inclino más á lo trágico.

—¿Pertenece usted á los cantantes de ópera?

—Muchísimo menos. ¿No oye usted esta voz?

—¿Pues entonces?

—Viajo por gusto; esa es la verdad.

—¡Ah! ¿Usted llama, á éstas, expediciones de recreo?

—¿Quiere usted que le diga, en confianza, por qué viajo? dije entonces á mi incrédulo compañero.

—Sí, hombre, dígamelo usted.

—Pero le ruego, señor Pierino, no hable de esto á nadie... y mucho menos á bordo.

—Nada tema usted; soy discreto.

—Se lo recomiendo mucho, y muy de veras, ¿sabe usted? Viajo porque...

—Pero, vamos, acabe usted.

—Pues bien: viajo porque estoy tísico.

—¿Tísico usted?

—Sí...; ya he arrojado por la boca, en un esputo, dos pulmones; ahora estoy con el tercero á vueltas.

Mi interlocutor huyó como caballo desbocado, y si no me dió un par de puntapiés, fué porque tuvo miedo perder el equilibrio.

Una vez solo, pensé que era preferible buscar

mejor compañía. Quise echar una ojeada al salón, que resplandecía con toda su fantástica iluminación, quizá precisamente para combatir aquella situación nebulosa é insegura.

Encontré á Pasta jugando con tres de sus amigos; á la bailarina, que estaba contemplándose al espejo; al maestro de la zarzuela, que ensayaba un bolero al piano; una de aquellas... *toreras* que se entretenía en quitar las pulgas á su perro; la Monti, que chupaba naranjas; la Rubini que dormía tendida en un diván; su doncella, que le decía cuánto mejor era dormir en el camarote; el hijo de la Tessero, que se peleaba con la camarera de su madre.

A propósito: es preciso que yo hable á ustedes un poco de este excelente jovencito; si el hijo de la Tessero fuese comediante, podríamos nombrarlo «el Sarah Bernhardt» de nuestro teatro dramático. Es un buen muchacho, inverosímilmente delgado y mucho más alto de lo que corresponde á su edad. Cuando se inclina, parece que va á romperse en dos; si extiende un brazo, lo confunde cualquiera con un instrumento de ingeniería, si da dos pasos, se nos aparece delante. En resumen, y con todo eso, es un muchacho muy simpático y que está desarrollandose; es decir, lo estaba en la época

de nuestro viaje; ahora es muy natural que se haya desarrollado, porque la adolescencia, como el tiempo y los nísperos, realizan milagros de desarrollo. La camarera de su madre, una buena mujer que le vió venir á este mundo, y lo repetía diariamente diez veces, no se separaba de él; á cada frase del muchacho había de ponerle puntos y comas; á cada estornudo, un *¡Jesús!* Solamente se necesitaba una travesía para que el mozo se emancipase; pero, para no anticipar los sucesos, ya diré á ustedes otra vez cómo se verificó ese acontecimiento de la emancipación del muchacho.

En conclusión: viendo que en aquella sala yo no podía hallar asunto para distraerme y pasar desvelado algunas horas, renuncié definitivamente al espectáculo del estrecho de Gibraltar no visto de noche y aplazando esa vista para el viaje de vuelta, fuí á encerrarme en mi camarote.

No molestaré á ustedes diciéndoles que el muchacho de siempre estaba entonando uno de sus trozos predilectos. Quiero tender un velo sobre los sucesos de aquella noche, en la que el buque había de llevar á cabo una de las tareas más delicadas de la travesía.

Al día siguiente, y todavía muy de maña-

na, no dudé ni un momento solo de que se aspiraba un aire más puro que el acostumbrado. Me levanté de prisa, con la esperanza de ver todavía un pedazo del Estrecho; pero me hallé en la costa de Marruecos. Vi al cura muy atareado, y con una cara que no era la de todos los días. Recordé entonces que era domingo y ví que el presbítero hablaba con el personal de á bordo de los preparativos para la misa que había de celebrarse sobre el puente y cerca de la estancia del capitán.

—De vestiduras sacerdotales, así decía el cura, traigo los baúles llenos; pero en todo lo demás es menester que ustedes piensen, exceptuando el misal y un Cristo que yo tengo. Las velas habían de estar resguardadas con dos copas; el vino y el agua, eso se comprende, en dos frasquitos, á modo de ampollas.

—¿Cómo quiere usted el vino?

Pareció dispuesto á decir, quizá involuntariamente: *del bueno;* pero se limitó á responder:

—Basta que sea vino sin agua.

La pretensión no era excesiva. Además, así lo disponen los cánones.

—¡Qué tal, reverendo! ¿Cómo lleva usted su propaganda? le pregunté lo más respetuosamente que pude.

—Aunque la noticia le desagrade, me respondió D. Aurelio, puedo decirle que va perfectamente.

—Me alegro infinito; así...

—Entretanto, voy á decir la misa, que de hoy en adelante se celebrará todos los días.

—Mejor que mejor.

—¿Le molesta á usted por casualidad?

—¡Muy al contrario! Cada uno á su oficio.

—Porque no es la Compañía la que me paga...

—Ya me lo ha dicho usted, y me lo ha repetido.

—¿Puedo ofrecer á usted esto, señor cura? dijo en aquel momento la Rubini, que estaba envuelta en el más rojo de todos sus trajes, y ofrecía al eclesiástico un gajo de limón.

—¡Diablillo tentador! *Vade retro!* respondió el clérigo. Sabe usted perfectamente que voy á decir misa.

—¡Ah! ¿Va usted á decir misa? ¡Bien! ¡Muy bien!

Y diciendo esto, y palmoteando y saltando como un chiquillo, la Rubini fué á esparcir la noticia entre todos los viajeros.

—¡La propaganda hace milagros! dije.

—¿Qué sabe usted de eso?

—Que estamos en Tánger, contesté, volvién-

dome hacia donde apuntaban algunos anteojos de marina.

Y la capital marroquí apareció á nuestros ojos con todo el aspecto de una ciudad... de cartón, ligeramente colocada sobre colinas de papel mascado.

Habíase, entretanto, amontonado gran golpe de gente en rededor del capitán para preguntarle si se podía desembarcar en Tánger.

—¡Imposible! respondió Mascazzini; la agitación del mar no lo consentiría.

—¡Pero á mí no me asusta el mar! gritaron mil voces, entre las que no se hallaba la del señor Pierino.

—Por otra parte, seguía diciendo el capitán, no es solo el inconveniente el del mar, es también el del tiempo: vamos á detenernos tan poco delante de Tánger, que no vale la pena de desembarcar.

Agitábase el mar entretanto en un flujo y reflujo que debía de parecer muy poco agradable al amigo que ustedes saben, y la ciudad de cartón seguía aproximándose de suerte que ya podía distinguirse, entre otras cosas, un burrero por la calle que costeaba el mar y que debía de llevar á su destino una carga de verdura.

—¡Oh, qué hermoso es Marruecos! gritaba la bailarina poseída de entusiasmo.

—¡Pero, por hoy, no bajamos! le dije, no sin verdadero dolor, al pensar en la privación de un desembarco tan anhelado.

Como si surgiesen repentinamente del fondo de las olas, aparecían en rededor del piróscafo, primero dos, después cuatro, luego diez barquillas tripuladas por ciertos tipos de remeros, unos negros como la misma obscuridad, blancos los otros... como una tela sucia.

Chapurraron muy pronto algo de su vocabulario, que realmente podría denominarse internacional, porque se les oían vocablos españoles y palabras turcas; francés mezclado con italiano; algunas frases del dialecto genovés, sin excluir algunas de nuestras voces intraducibles.

Nuestro buque se halló invadido al cabo de dos minutos por gran número de vendedores de gorras, dátiles, frutas, abanicos de paja, zapatillas y otros géneros de menor cuantía.

El capitán repitió todavía varias veces la advertencia de que nadie podía desembarcar en Tánger, y saltando á una lancha, se encaminó, llevado casi más rápidamente que al vapor por cuatro remeros, hacia la ciudad.

Conviene saber que yo había hecho, mucho

tiempo antes, solemne promesa á los dioses de pisar el suelo marroquí, y no quise faltar á ella, pues que se me presentaba ocasión de cumplirla. Por esta razón, una vez ausente el capitán, aproveché el ir y venir desde la barca al buque de tantos hijos del continente negro para asegurar un pasaje hasta Tánger, en una de aquellas barcas; con tanta más razón, cuanto más claramente vi que era fácil entenderme con aquellos indígenas, y que el idioma del Dante, se chapurra por allá en todas partes. Hasta uno de aquellos remeros negros me dijo justamente—peor que le habría dicho el Dante por supuesto—cuántas *palancas* costaba el lujo de aquella expedición de ida y vuelta.

Bastantes de mis compañeros de á bordo, que habrían celebrado mucho violar también la prohibición, se quedaron con tanta boca abierta cuando vieron lo que yo hacía. Y aunque, cuando ya me alejaba, uno gritó cómo había encontrado aquella barca, le respondí: *audaces fortuna juvat.* No veía yo el momento de estar en tierra, sobre todo porque la agitación de las olas era tal, que temí alguna vez hallarme en el duro trance de ser salvado por alguno de aquellos tipos poco cariñosos. Yo también me habría vuelto negro.

Por fin tocamos la tierra de Marruecos; nada hay, sin embargo, peor, y me convencí de ello también en aquella ocasión, que verse en la necesidad de visitar un pueblo importante en cinco minutos, máxime cuando se trata de un pueblo que, como éste, es completamente nue vo para nosotros, en sus costumbres y en su estructura. Ya lo he dicho: un pueblo de casas de cartón; de cartón me parecían también, y colocadas allí por broma, las almenadas murallas. Las montañas y colinas calcáreas, que se hallan muy próximas á la ciudad, me parecían, ni más ni menos, telas de papel mascado. A desvanecer en parte esa ilusión óptica vino muy pronto cierto trabajo de terraplén que vi cerca de la muralla: aquello era tierra de verdad.

Perdóneseme que hable tan á la ligera de cosa tan importante, pero ya lo advertí: era aquella una excursión á vuelo de paloma viajera.

Entretanto, una vez en tierra, y después de ponernos de acuerdo sobre que la barca no se movería de allí hasta mi vuelta, pregunté á los mismos remeros á qué calle podría yo dirigirme para ver el pueblo muy pronto. Los remeros me aconsejaron lo más natural: esto es, ir todo derecho.

Del capitán ,que había desembarcado poco

antes, no se veía ni rastro, por lo tanto no se me lograba saber si había ido en línea recta ó en línea quebrada.

Anduve, pues, hacia adelante: no sabía, sin embargo, si entre los curiosos que por el camino se habían puesto á mirarme como á un animal raro, habría yo podido orientarme mejor que con las noticias de mis barqueros; porque esta gente me parecía más marroquí desde los pies hasta la cabeza.—¿Qué haré ahora ya que estoy desembarcado?—Tal fué la pregunta que me dirigí á mí mismo varias veces.

Delante de mí se presentaba una hilera de casas amontonadas unas sobre otras, con algunas callejuelas por acá y por allá, casi siempre formadas por arcos, que se internaban Dios sabe en qué laberinto marroquí.

Si me interno un poco y me pierdo, dije para mi sayo ¿quién me responde de que haya quien de un modo inteligible me indique el buen camino? Todo esto dependía tal vez de falta de valor, no lo niego; porque el hombre atrevido va muchas veces hasta el fin del mundo sin guía. A nuestro Consulado no me gustaba ir, porque en él estaría probablemenle, más aún, de seguro, nuestro capitán.

Si aún hubiese vivido el comendador Scovaz-

zo, nuestro ministro plenipotenciario en Marruecos y se hubiera hallado en Tánger, estaba hecha mi suerte, aun perdiéndome, porque él, en 1878, había estado á visitarme solemnemente en Génova, y en la redacción de *El Caffaro*, por haber yo escrito en son de elogio acerca de él mismo y de los principales personajes de la Comisión marroquí que gestionaba, por aquel entonces, la fundación de una fábrica de armas en la capital de Marruecos, bajo la inspección de oficiales italianos; este pensamiento se realizó después en Fez. Entonces Scovazzo me dijo: «Si va usted alguna vez á Marruecos, tiene usted su casa en...»

Pero el pobre Scovazzo ya no existía. ¿Qué hacer? Miro á tierra en busca de una idea, y ven mis ojos un trozo de empedrado. Si esto se halla empedrado, pensé, es claro que puede considerarse esta circunstancia como indicio de civilización. Ánimo, pues: en pos del empedrado encontré gran número de asnos errantes. Por fin tropiezo con una tienda en que veo mesitas parecidas á las de nuestros cafés. El adorno más vistoso era un diente enormísimo de elefante. Para sustraerme á las miradas de varios curiosos que seguían con obstinación mis pasos, y con especialidad de un tipo, de color de café con leche,

que pretendía venderme á todo trance zapatillas, me decidí á penetrar en el café. Una mujer de color de canela me pregunta inmediatamente, de una manera casi inteligible, qué es lo que deseo; para no perder tiempo le pido la primera botella marroquí que alcanzo á ver en el mostrador; será lo que fuere. Me lleva un pedaz o de papel y en aquel recipiente deja caer un poco de tabaco para liar un cigarrillo. Desgraciadamente yo no fumo. Indico entonces mis deseos de otra bebida y la mujer me sirve—acaso para su gusto—el néctar de los dioses, esto es un brebaje indefinible que se parece un poco á nuestro tamarindo con una parte de ruibarbo. Para no dar motivo á difíciles explicaciones acerca del pago, arrojo en el mostrador una moneda de medio duro y me devuelve no sé cuánto. Hecho lo cual, me alejo con principios de dolor de vientre. ¿Pero era realmente un café aquel establecimiento en que había yo entrado? Las consecuencias que tuvo mi entrada me lo han hecho dudar siempre.

De pronto se alegra mi vista al contemplar otro indicio de la civilización: es á saber, un carruajillo. El caballo me parece muy flaco, pelado del todo y tan lleno de barro, que no hay manera de adivinar su color verdadero. El au-

tomedonte mismo, sin sombrero de copa, me hace señas invitándome á subir; acepto y me coloco en el carruaje, sin que nadie se acerque para abrirme la portezuela, porque no hay portezuelas.

El cochero me pregunta ¡oh maravilla de las maravillas! en correcto italiano á dónde quiero ser conducido. Miro un instante en rededor mío. y me aprovecho de la ocasión para convertir el automedonte en *cicerone*, con que mato de un tiro dos pájaros.

—¿Qué es eso? pregunto señalando un edificio más bajo que las ordinarias casas de cartón.

—Eso, me contestó, es el *Kasbah*.

—Pues me quedo lo mismo que estaba, porque no sé lo que es el *Kasbah*.

—Un trozo de la gran ciudadela, ya en ruinas.

—Corriente. ¿Y ese otro edificio, que me parece realmente una casa muy bella?

—¡Ah! esa es la gran mezquita.

—¿Un harén, no es esto?

—¿Cómo dice usted?

—Quiero decir un harén... de turcos.

—¡De turcos! no conozco eso.

—¿Y esa otra casa de piedra?

—Es una sinagoga. Hay muchas aquí, por-

que tenemos gran número de hebreos: el Gobierno les aplica una tarifa especial que produce bastante.

Levanto acta del hecho para inspirarle una idea en tiempo oportuno á Lázaro Gagliardo, de quien soy elector, y que en la época de mi viaje, es subsecretario de Estado en el Tesoro. Un impuesto de esta índole podría ser acaso la salvación de la Hacienda nacional, pero acaso también hallaría viva oposición por parte del insigne Luzzatti.

—Por último, digo á mi hombre, lléveme usted un poco por los alrededores, y siguiendo, pongo por caso, esa calle.

Y le señalo una que me parece menos *asesina* que las otras. El caballo parece que me mira de reojo. Entretanto yo felicito al cochero por su erudición lingüística, porque, entre otras cosas, le he oído dirigir una expresión genuinamente italiana al caballo, al tiempo de darle un latigazo, para decidirle á moverse.

El cochero me dice que con mucha frecuencia llegan á Marruecos comerciantes europeos.

—¿Y en qué vienen á comerciar? le pregunto.

—En muchas cosas; un poco de todo, me responde mi hombre, principalmente en pieles

marroquíes, que fuera de aquí no las hay mejores, ni tan buenas.

Como no tengo amigos en la dignísima y honrada clase de negociantes en pieles, y como recordé perfectamente algunas carteras que en cierta ocasión se fabricaron con la piel del ajusticiado Pranzini, me permití preguntar á mi hombre, ya que el caballo iba muy despacio y se podía con toda comodidad departir con quien lo guiaba, le pregunté, digo, si la famosa piel de *marroquí* significaba acaso, perdonen ustedes la ignorancia, piel de los súbditos leales del *Scheriff*.

El cochero se horrorizó, y me dijo espantado:

—Pero, señor, ¿por quién nos ha tomado usted?

—Pues entonces, repliqué impaciente, ¿de dónde viene la piel de marroquí?

—Pues viene de nuestros corderos y de nuestras cabras... ¿Y usted creía...?

Y pensando en mi supina ignorancia dióse á reir cont al fuerza, que temí por la integridad de su piel *marroquina*... próxima á reventarse.

Hasta aquí todo iba perfectamente: el viaje debía ser breve, pero hermoso, útil, instructivo. Había visto, cuando no otra cosa, una mezquita. Pero el infeliz caballejo se fatigaba horrible-

mente al ir cuesta arriba por aquellas calles, verdaderamente muy empinadas.

—¿Qué come esa bestia? pregunté de pronto al cochero.

Éste, que no era tonto, me contestó:

—Tal vez crea usted que si mi caballo se cansa tanto en seguir su camino es por estar mal alimentado. Pero le aseguro á usted que es uno de los caballos más hermosos y más robustos de Marruecos.

—¡Demontre! exclamé muy impresionado y dirigiendo otra mirada de compasión al bucéfalo: Ya se comprende, seguí diciendo, que esta es la primera vez que me hallo en país árabe; tierra de los verdaderos caballos.

—Aquí el terreno, continuó el auriga, volviéndose por completo hacia mí y sin curarse de vigilar los pasos de su inteligente animal, aquí el terreno es muy suave.

—Pantanoso, podrá usted decir mejor que otra cosa.

—De ningún modo; terreno fertilísimo por todas partes; basta remover con el pie esta tierra ó arrojar en ella á la ventura una semilla sin necesidad de abono. Es verdad que el terreno es poco á propósito para ir por todas partes en carruaje.

Precisamente en aquel momento nuestro carruaje dió un terrible vuelco. El auriga lanzó una blasfemia y se dejó caer de su asiento. Permanecí yo mitad en el coche y mitad en tierra; afortunadamente también esta vez mi buena estrella me salvó. Dirigí una mirada al terreno; era todo un montón horroroso de piedras y de fango; miré al caballo; tenía las piernas delanteras, secas lo mismo que mondadientes, sumergidas en el barro, y las postreras dobladas bajo el peso del vehículo: estaba así sin moverse y sin descomponerse: decididamente debía de ser también un caballo de... cartón.

Lo que dijo el cochero, aproximándose á su bestia, era una mezcla del vocabulario de todos los países, que no logré descifrar.

—Le pago á usted hasta aquí, le dije para que no comenzase otra lucha; y le entregué muchas monedas, todas de cobre, para producir más efecto.

Y sin detenerme á oir más, retrocedí muy convencido de que había visto lo suficiente de Marruecos. Enderecé hacia la playa mis pasos, atravesando las fortificaciones con troneras, que por su seriedad muy discutible, son realmente dignas de formar pareja con ciertas cárceles modernas, de presuntuosa arquitectura

militar, que he visto en un país muy civilizado (1). Ya en la playa, reconozco á mis dos barqueros, y me parecen dos amigos antiguos comparándolos con todo lo que acabo de ver, incluso un bazar, al que eché una rápida ojeada á mi regreso y del que huí muy pronto porque me pareció un bazar de ropavejeros.

Mis barqueros, para colmo de cortesía, se apresuran á quitarme un poco de barro que llevo en el sobretodo y en el sombrero; en seguida me hicieron bajar á la lancha y me llevaron al buque.

El capitán no había vuelto aún. Á bordo todos me pedían noticias del capitán, y yo, por decir algo. les respondí: «Lo he dejado en una mezquita.»

Después de todo, pensé, no iba descaminado el príncipe de Joinville cuando, en 1844, al frente de flota francesa, bombardeó á Tanger; el príncipe esperaba sin duda que la ciudad renacería de entre sus ruinas más bella y más habitable y no se había equivocado.

(1) El autor italiano alude indudablemente á una obra moderna de su país; pero la alusión resulta ininteligible para la generalidad de los lectores de otros países. Hemos creído, no obstante, que á fuer de fieles traductores debíamos conservarla y *qui potest capere, capiat.* (*N. del T.*)

Por lo que respecta á mí, estaba más que satisfecho con sólo tener derecho á decir con verdad que había pisado tierra de Marruecos: lo demás lo dejaba aplazado para otro viaje... Al que me preguntó qué había visto de más notable en Tanger, le respondí: «*muchos borricos.*»

CAPÍTULO VIII

Comediantes y artistas de la ópera; bailarinas y zarzuela en mezcolanza.—Bajada en Las Palmas.—Un encuentro entre dos mellizos.

Reanudado el viaje, ni el resto de aquel día ni el siguiente ofrecieron cosa alguna notable sino la mar constantemente borrascosa y una danza de delfines que se reunían en grupos de á diez, y aun de á ciento, sobrenadando como cuerpos flotantes para enterarse de lo que hacíamos.

No se veía más, ni en el almuerzo ni en la comida, que la imponente hilera de señoras y caballeros ó no caballeros (porque siempre hay en todas partes aígún mal educado) á quienes la borrasca inesperada del golfo de Valencia había

trastornado. Todos parecían algo recelosos. Es cosa sabida: si a bordo no sucede nada de anormal en el sentido benigno, el recelo viene por sí solo. Si hay una persona antipática, ésta es precisamente la que encuentra uno delante de sí á todas horas. No faltará entre los camareros uno que sea bobo; pues ése será precisamente el encargado de servirnos. Si notan ustedes en la mesa algunas ausencias, son precisamente, por casualidad, de las personas que os parecen más simpáticas. Si se levanta alguna voz, es precisamente la que más molesta á ustedes y con más crueldad desgarra sus oídos. Es fatalidad del embarcado.

Para romper esta monotonía—así lo pensaban al menos y esas eran sus intenciones—los artistas de la zarzuela ensayaban despiadadamente de día y de noche.

Los más duros de comprensión y por lo tanto necesitados de mayor número de ensayos, eran los coristas, que constituían un tormento general.

Un día, entre estos ensayos de la *zarzuela* pareció que penetraba un rayo de sol: estábamos todos reunidos en la sala, poco antes de comer. Una lindísima española—cuyo nombre quiero enviar á los cinco ó seis representantes

de la posteridad, á los que según mi cuenta, tengo derecho—la señorita Luisa Tomás, cantante simpática, tanto por su figura, cuanto por su voz, toda gracia, toda dulzura y sin la coquetería que se advierte en tantas otras que se hallan en el mismo caso, entonó prodigiosamente una voluptuosa canción, en la que se repetían mucho las palabras *Cosa buena*, Cuando la cantante hubo concluído su danza, estalló una tormenta de aplausos. Se solicitó en nuestra insistencia la repetición de *Cosa buena* (1); el maestro gruñó un poco diciendo que aquello no era un teatro; por último se concedió la repetición. Bracci estaba loco, tanto por la canción en sí, cuanto por la gracia con que había sido cantada, y quería una tercera audición; pero no le fué concedida.

Si dijese á ustedes que había en todos vehementísimos deseos de oir, una vez al menos, las voces famosas de la Fabbri y De Lucía y que la travesía llegó á su término sin que fuesen satisfechos esos deseos no contaría sino la verdad, lo rigurosamente histórico. Y, por el contrario,

(1) Por las señas, la canción á que alude Resasco es el popular tango de *El Café*, de *Certamen Nacional*, de Perrín y Palacios.

(*N. del T.*)

cuando lo esperábamos menos, descubrimos un modulador de cancioncillas de *género* en el actor Passerini que se acompañaba á sí mismo con la guitarra. Fué recompensado con muchos y muy nutridos aplausos: y hasta sus notas sentimentales conmovieron tanto á cierta señora, que una noche hubo de decirle en el calor de su entusiasmo: «Cuánto celebraría yo que estas lindísimas canciones las cantase usted todas para mí; para mí sola.»

Era una declaración en toda regla; pero la señora tenía ya, con creces, la edad reglamentaria para ser elegible en el Senado, y Passerini pasó á la orden del día dando por terminado el incidente.

Entretanto, dominada ya, como he dicho, la tristeza de los otros dos días, después de la parada en Tánger, llegamos á Las Palmas, primer sitio abordado por Cristobal Colón con sus tres carabelas cuando partió de Palos. Primeramente comenzó á destacarse una islilla, pequeña y casi avergonzándose de dejarse ver, después otra; luego otras varias más juntas, y por último el desfile de estas Canarias, llamadas en otro tiempo *Las Afortunadas*, no duró por cierto media hora... porque después de haber sido vistos los primeros islotes al rayar el día, nos hallamos en-

frente de la Gran Canaria á cosa de las seis de la tarde. Las señoras se aprovechaban de este vuelo por delante de las islas Canarias como otras tantas canarias próximas á salir de las jaulas. Todos estaban muy contentos; es decir, todos menos uno: el señor Pierino. Le pregunté la razón de su disgusto y me contestó:

—Hay demasiadas islas, ¡demasiadas islas!; y lo que más me disgusta es que ese bendito capitán no piensa en el peligro de pasar tan rápidamente un mar que, hallándose sembrado de islas, debe de estarlo también de escollos.

—Agregue usted á eso la circunstancia, dije con refinada crueldad al aterrado preopinante, de que estos nuevos parajes fueron funestísimos, no hace muchos meses, á un buque de la misma Compañía *La Veloz:* el buque nombrado *Sud-América.*

—No me hable usted de eso, gritó el señor Pierino asustado y huyó, según creo, á sumergir su cabeza en alguna cuba para proporcionarse algún aturdimiento con que borrar de su memoria el recuerdo de aquella catástrofe inol vidable.

Real y verdaderamente, á todos nosotros se nos encogió el corazón cuando encontrándonos en el puente para contemplar el risueño puerto

de La Luz, cerca del maravilloso arrecife sobre el cual se eleva la ciudad de Las Palmas, el bravo teniente Ghizolfi, indicándonos una boya, y poco más allá el extremo de un mástil que salía tristemente del mar, nos dijo: »Allí se fué á fondo el *Sud-América*, ahí se ven sus restos. En ese reducido espacio, sorprendidos por la catástrofe cuando menos podían figurárselo, lucharon desesperadamente por la existencia más de cincuenta desdichados, cuyos corazones palpitaban ya por el próximo regreso á la patria, y en lugar de eso hubieron de perecer aquí sumergidos en el seno de ese mar tan tranquilo.»

Otro motivo de conmoción, si bien de índole completamente distinta, se nos presentó cuando nuestro buque se detuvo delante del puerto de La Luz. En aquel momento, después de haber cargado ya de carbon, estaba para partir con dirección á Génova el *Duque de Galliere*, hermano carnal del *Duquesa de Génova*. Es necesario imaginarse lo que es el encuentro de dos buques de la misma Compañía, que cambian entre sí un saludo oficial enarbolando las banderas, mientras la tripulación del uno que va hacia América saluda á la del otro que torna á la patria. La masa emigrante que va á resolver en lejanas tierras el problema de las propias esperanzas, ó, si se quie-

re, de sus engañosas ilusiones, saluda á la otra masa que vuelve. En esta ocasión, cosa que no siempre acontecía en aquella época, también el buque que regresaba iba lleno de gente. Las dos naves hermanas se aproximaron, casi se oían. De la proa del *Duquesa de Génova* partían frenéticos gritos de *adiós*, á la masa de proa del *Duque de Gallieri.*

—¿Habéis hecho buen viaje? ¿Lo habéis pasado bien en América? Muchos saludos á la patria. Saludad vosotros á esa América. ¡Viva Italia! ¡Viva siempre y siempre la patria!

Durante este cambio de saludos cariñosos había yo pasado á la tercera clase; poco faltó para que no me entristeciese el no pertenecer á ella, pues sentíme más conmovido en aquellos instantes de legítima emoción.

Vi entretanto á dos seres que sin tomar parte ostensible en aquellas demostraciones, se impresionaban fácilmente con ellas. Eran Luisa y Pablo, sentados muy próximos la una del otro, y lo que me asombraba verdaderamente, era que el anciano no estuviese allí. En aquel momento la joven estaba deshecha en lágrimas. Detúveme saludando á Pablo por su nombre, porque á la sazón me consideraba en relaciones de buena amistad con él. Oyendo aquel grito de: «saludos

á Italia» que les salían de lo más profundo del corazón, decía la pobre Luisa: «¡Si fuera posible tornar al punto de que hemos partido!

— No, respondió el joven, es mejor ensayar las tierras en las cuales no hemos padecido todavía, y que acaso nos proporcionarán mejor fortuna. ¿No es verdad, caballero? exclamó el joven, dirigiéndose á mí; diga usted si no es cierto que en América los italianos están ayudándose mutuamente.

—Si he de decir la verdad, contesté, voy precisamente ahora á estudiar al italiano en América. Soy, al menos he sido, en Italia publicista y lo que puedo asegurarles con toda certeza es que no me ha ocurrido nunca leer un periódico italiano de la Republica Argentina que no contenga un cúmulo de improperios contra sus colegas de la prensa italiana que se publica en aquel país. De todas maneras, compañero, como usted no es periodista, puedo vaticinarle que sus bellas esperanzas obtendrán una espléndida confirmación.

Pregunté por el anciano.

—El pobre papá está enfermo, me respondió con prontitud Luisa; ahora me separo de su lado. ¡Pobre padre! ¡cuántas molestias, cuántos dolores á su edad!... ¡y todo por mi causa!

Y al decir esto tornó al legítimo llanto!

—El corazón me anuncia, dijo Pablo para reanimar á la hermosa, que América nos verá hechos marido y mujer, y que tu padre, que ya lo será de ambos, nos dará todas sus bendiciones.

Por mi parte hubiera bendecido entonces á los pobres muchachos para que terminaran allí mismo sus infortunios.

En este momento el joven, acercándose á mí mientras la muchacha seguía lloriqueando, me dijo algunas frases que fueron muy de mi agrado.

—En mi patria, murmuró en voz muy baja, no he sabido hacer sino de gran señor; pero ahora que he abandonado en Italia toda vanidad, toda ilusión, exceptuando ésta del amor, que no es una ilusión sino una fe, comprendo que aunque hubiese de labrar la tierra, aunque tuviese que doblar la cerviz á los trabajos más duros, tendré la fuerza de someterme á todo, siempre que cada una de las jornadas de lucha por la vida aproximase más y más el día en que pueda dar mi nombre y mi mano á esa desdichada niña, hoy inconsolable.

La joven se había levantado, y tendiendo la mano á su enamorado, le dijo:

—Adiós, Pablo, me voy al lado de mi padre.

Después de saludarme muy cortesmente, bajó la escala, seguida siempre por las miradas cariñosas de Pablo, hasta que desapareció.

—¡Cuántas y cuántas entre las señoras y señoritas de la primera clase, me dijo entonces el enamorado, no valen ni por su virtud, ni por su belleza, ni por su instrucción, lo que vale esta adorable y desdichada doncella!...

Viéndolo y oyéndolo ahora el pobre joven me pareció mil veces más enamorado que el día en que presencié su reyerta con el padre de Luisa.

—Es seguro que ni por su instrucción, repitió Pablo, aunque yo nada hubiese opuesto á su afirmación. Esta niña, siguió diciendo, tiene gran amor al estudio, singular talento, dignos compañeros de su excepcional belleza.

A poco, á muy poco que hubiera yo seguido oyéndolo, mi apasionado interlocutor hubiera concluído por querer convencerme de que uua mujer tan peregrina como ésta qne él amaba, no existía ni en el antiguo ni en el nuevo Continente.

Observé entonces que en la parte menos democrática del buque sucedía algo de inusitado. Una barca iluminada con farolillos había venido

desde el puerto hacia nuestra nave; de la barca habían salido muchos caballeros vestidos completamente de negro, que habían subido á bordo del *Duquesa de Génova.* Me despedí de mi amigo Pablo; le dirigí todavía algunas de aquellas frases de consuelo que cuestan muy poco, pero que son la expresión sincera del corazón, y volví á entrar en los dominios de la primera y la segunda clase.

Los recién llegados, tan peripuestos, estaban deshaciéndose en cumplidos delante de la *prima donna* Guerrina Fabbri, que á la sazón había dejado sus atavíos de marinero para adoptar otro traje más propio del nuevo orden de cosas que con el paso del Estrecho había comenzado. En Tánger la señora Fabbri había comprado de los semibárbaros venidos á bordo un *fez* muy encarnado, y se lo había puesto y le conservaba en la cabeza con la más perfecta convicción musulmana. Además, y como consecuencia necesaria del color del *fez*, la señora Fabbri llevaba aquel día, con esa marcial gracia propia de su figura varonil, una garibaldina, alrededor de la cual había revoloteado todo el día un moscón viejo de la primera clase, que cada cinco minutos declaraba á la cantante de formas tentadoras que con todo aquel fuego enre-

dador de su hermosura producía un efecto por necesidad incandescente. La Fabbri dejó al viejo que dijese cuanto quiso decir, pero cuando el *mariposón* en un punto culminante de su entusiasmo, se aproximó á ella mirándola con dos ojos de salmonete pescado cuatro días antes, pronunció algunas palabras sumisas, que yo no pude oir, la cantante le contestó: «¡Pero se le va á usted la cabeza!...» El moscón se alejó pero con las alas quemadas.

Vuelvo á nuestra visita de ceremonia. Nuestros hombres habían ido á bordo para dar á la señorita Fabbri las gracias por un concierto de beneficencia en que ella cantó, no recuerdo cuándo ni dónde, para socorrer á los perjudicados por la catástrofe del *Sud-América*. Y como en este mundo, siempre y en todas partes interesado, para renovar la gratitud hay en cual quier ocasión motivo, aquellos señores iban á suplicar á la artista que tomase parte aquella misma noche, así como el tenor De Lucia, en un concierto ya preparado, para el cual solamente se esperaba el arribo á Las Palmas del *Duquesa de Génova* con aquellos dos inimitab' s ruiseñores. De modo que para el concierto estaba todo pronto, si se exceptúa el permiso de los cantantes. El que artísticamente tenía consigna-

dos á los dos reclutas del Politeama Argentino para consignarlos á su vez—en el mejor estado posible—al señor Ciachi, era el empresario Milone, aquel agregado á la Compañía Pasta que ya he presentado á ustedes.

Y con Milone, el hombre más invulnerable en su *splin* de cuantos iban á bordo, fueron á consultar ambos artistas.

—Quien responde á Ciachi de vuestra vida y de vuestra garganta soy yo—así contestaba el bueno de Milone. Ahora, si estos buenos palmípedos—así nombraba él á los habitantes de Las Palmas—al oir vuestras voces prodigiosas, se entusiasman en tales términos que os detienen en la isla presos como á los demás canarios para aclimatar la clase, me quedo yo á la luna de Valencia.

Los atentísimos emisarios comprendieron que era necesario hacer también algunos cumplidos al señor Milone. Yo conocía perfectamente el flaco del amigo en tales ocasiones, y dije en voz queda á uno de los organizadores del concierto:—Invitando para la fiesta á ese señor, aunque sea en concepto de vigilante de los dos canarios, asegúrenle ustedes que tendrá en ella una butaca muy cómoda y muy bien situada, en la cual podrá dormir á su gusto y

acaso ver el espectáculo, fingiendo no oirlo.

El emisario se limitó á elogiar ante Milone la elasticidad, la blandura del sillón, casi para acostarse, que pondrían á su disposición. Milone no quiso resistir más, y dijo á los dos artistas:

—Preparáos, pues, y marchemos; yo estoy ya dispuesto.

Y durante aquella noche, el buque permaneció aliviado de tan precioso peso.

Alguien dijo una vez, y dicho quedó, hastiado ya de conciertos:

—Quiero establecer mi domicilio en algún islote del gran Océano para no oir nunca hablar de conciertos.

Quede dicho también para ese armonifobo, que tampoco las islas Canarias le sirven para vivienda. Tal vez no exista en el mundo una isla sin conciertos.

En la mañana siguiente bajé yo también al puerto de La Luz. El cónsul De Marengo, que se dirigía al puerto en la misma barca conmigo, el administrador de Pasta y otro viajero, dijo:

—He hecho ya unas cuarenta veces el viaje á América, y tanto de Las Palmas cuanto de sus usos y costumbres, estoy suficientemente práctico; voy, por consiguiente, á imponer á ustedes mi programa: déjenme ustedes á mí el

cuidado de ajustar con estos barqueros; lo mismo digo del cochero, porque desde el muelle á la población hay cerca de media hora de carruaje; no compren ustedes canarios en Canarias, porque aquí cuestan más que en ninguna otra parte del mundo; si ven ustedes alguna mujer guapa... figúrense, ante todo, que es fea; si algunos granujillas llegan en rededor de ustedes gritando ¡viva Italia!, respondan ustedes inmediatamente ¡viva Las Palmas!, y sigan ustedes adelante. En la fonda háganse ustedes explicar, siempre en idioma que no sea *el canario*, los platos y los vinos que quieran darles.

Escribí en mi libro de memorias todas aquellas saludables máximas, y próximo ya á tocar tierra, paréme á contemplar con admiración la hermosura y solidez del muelle y la comodidad relativa de la escala en Las Palmas. Había llegado entretanto el momento de pagar á nuestro barquero.

Dejamos, naturalmente, y según estaba ya convenido, la palabra á nuestro experimentado consejero.

—Os pagaremos á la vuelta, dijo él á los tres tripulantes de la lancha.

—Pero es que nosotros nos tenemos que *dir*, contestaron en español muy incorrecto los otros.

—Si ustedes tienen que *dirse*, peor para ustedes.

Otro de los tres replicó más resueltamente que era preciso pagarles en seguida.

—Eso será según vuestra ley; no según la nuestra.

Ante aquella obstinada resistencia, los de la barca solicitaron que, al menos, se ajustase en seguida el precio de ida y vuelta.

—Lo ajustaremos después, contestó nuestro intérprete.

—Pero...

—¡Ea! No molestéis más...

—Y dándonos primero el ejemplo, se plantó de un salto desde la barca á la escalera, y los tres remeros quedaron gruñendo entre sí mientras íbamos nosotros en busca de un carruaje venciendo no pocas dificultades para desembarazarnos de insistentes ofrecimientos de los vendedores de sillas de palma, de frutas, de jaulas para pájaros, y hasta de plumas sin los pájaros. Presentóse de pronto un jorobadillo á preguntarnos si nos hacía falta un carruaje; era conocido antiguo de nuestro consejero, y le contestó que sí. Cuando aquel *portafortuna* de carruajes se alejó, se nos presentaron seis ó siete, pero como ninguno de ellos estaba, por de·

cirlo así, bajo los auspicios del jorobado, esperamos, en tanto que los otros eran inmediatamente alquilados por los pasajeros que habían desembarcado después que nosotros, de los cuales se reía muy de veras nuestro consejero.

Mientras el jorobadillo continuaba haciéndose esperar, nosotros, desde el punto árido y desierto de arena amarillenta de nuestra parada, contemplábamos á la izquierda de nuestro sitio de desembarco la belleza de la población de Las Palmas que, surgiendo casi de las espumas del mar, iba como esparciéndose alegremente, entre lindos grupos de palmeras y otras pintorescas vegetaciones, hasta la falda de la montaña con la que, vista desde el buque, la ciudad parecía formar un solo cuerpo. Alejándose del mar aquella colina que se halla aquí bruscamente cortada á pico, aparecía sembrada de casetas muy blancas, en tanto que sobre el elevado cerro, á mano izquierda, se alzaba un castillo almenado, con su torre vieja, que fué nombrado en otro tiempo del Bey.

Hallábase no muy distante del sitio en que esperábamos, el cementerio; triste superficie cavada entre paredes y rodeada por verja, con su capillita en el fondo y espacioso campo delante sembrado de cruces. Buscamos inmedia-

tamente las tumbas de las víctimas ocasionadas ocho meses antes en el choque del *Francia* con el *Sud-América*. Una cruz más alta y más blanca que las otras, se elevaba sobre el sitio en que se hallaban enterrados los primeros de aquellos infelices que, alegres ya por la certeza de saludar nuevamente á la patria, regresando para gozar los ahorros acumulados con tantas privaciones, no preveían de seguro el triste caso de una embestida por parte del rápido buque francés, que justamente había reservado su movimiento á todo vapor para aquella rada placidísima, destinada, por la intuición estratégicamente mercantil de los ingleses, al abordaje de los buques necesitados de proveerse de carbón. Para nosotros que, separando las miradas de aquella triste fosa, podíamos volverlas hacia el inmenso mar, aparecían en tal instante los brazos de aquellos cincuenta desgraciados tendiéndose desesperadamente entre las ondas en la lucha terrible con un mar tan tranquilo, y en la invocación extrema de un socorro prestado demasiado tarde.

Ante aquella tumba, sobre la cual aparece alguna corona de flores ya marchitas experimentó nuestro corazón una de esas amarguras que quitan por algún tiempo hasta la respiración;

creíamos oir una voz que se elevaba de la boca entreabierta de aquel sepulcro para deplorar la horrible muerte que tantos infelices hijos de Italia habían encontrado tan inesperadamente.

Como no teníamos ni flores, ni coronas, arrojamos sobre aquella tumba, como postrer recuerdo, nuestras tarjetas; desde allí volvimos silenciosamente al punto de espera.

El señor De Marengo bufaba: Parece que en esta isla no dan buena suerte los jorobados.

Pasó un carruaje; pero no había allí jorobado alguno, ni en el pescante ni en ningún otro sitio.

Nos aproximamos al coche, y el cochero dijo inmediatamente:

—¡Va tomado!

—Sí, por nosotros.

—No... replicó el cochero, no: está alquilado por el ingeniero.

—¡Aquí somos todos ingenieros! dijo uno de nosotros.

Y sin otra explicación subimos al coche maldiciendo al jorobado.

¡Las Palmas! He ahí un nombre verdaderamente no usurpado. Alejándose rápidamente del erial, internábase el vehículo en un lago de vegetación, en un encanto de perfume y de jar-

dines que, en realidad, compensaban los quince días de absoluta privación de tierra que habríamos de pasar todavía. Los tipos más originales y más extraños de cuantos por las calles transitaban, eran las aguadoras, envueltas en grandes chales que cubren hasta la cabeza. Algunos de los cántaros que aquellas excelentes *palmeras* llevan con tanta desenvoltura, son de enorme volumen.

El ajo, por lo visto, debe de ser un producto de mucho comercio en Las Palmas, porque por todas las calles encontrábamos ajeros, con su mercancía colocada en forma de elevadas pirámides sobre la cabeza. Vendedores de tiestos con plantas y flores se hallan á cada dos pasos. Palmeras y palmitos aparecen diseminadas en jardines, en colinas, en senderos y hasta en las calles.

Como De Marengo había previsto en su advertencia preliminar, á lo largo de la calle pasaba nuestro coche muy frecuentemente entre dobles filas de granujillas, que gritaban hasta desgañitarse: ¡Viva Italia! Pero inmediatamente después, agregaban la réplica:—¡Den ustedes algo! ¡Una *palanqueta!*

Como buen genovés, me sentí halagado en mi amor patrio con aquel recuerdo de la tradicional monedita de Liguria, único punto de la Pe-

nínsula italiana donde el vocablo *sueldo* significa menos de cinco céntimos. Digo que aquello me halagó; pero no di ni una moneda insignificante, en obedecimiento á las órdenes de nuestro mentor, y para no estimular á la granujería mlitante de un país amigo.

Otro grupo de aquellos bribonzuelos probó fortuna variando el saludo por el de ¡*Viva América!* pero el viento se llevó inútilmente el eco de sus gritos.

En cierto punto de nuestro paseo vimos un hermoso y artístico mercado cubierto, institu ción por la cual me vuelvo loco, tal vez porque en mi ciudad natal—creo que ya lo he dicho y es muy pasible que torne á decirlo todavía—no hay de esos mercados. Me despedí resueltamente de mis compañeros de expedición, á qnienes aquel no pareció un monumento suficientemente notable, y nos dimos cita para otra hora en cierto Hotel de Inglaterra, que allí existía entonces.

Ya en el mercado, díme á estudiar los principales productos del país. Abundaban entre ellos las verduras, predominando la zanahoria, En los cenachos veíanse en gran número unos peces largos y muy delgados, cuyas escamas reflejaban todos los colores del iris.

Debían de ser sabrosos, pero no me agradaban las raras fisonomías de aquellas víctimas señaladas con dos ojos groseramente circuidos por orlas que parecían un par de gafas aplicadas á los extraños huecos. Supe después que se había hecho gran provisión de estos peces para nuestro buque. «Ahora comprendo por qué me desagradaban, dije entre mí; tendré que habérmelas con ellos en la mesa durante algunos días.»

Al salir del mercado, donde vi en gran abuncia doncellas avispadas y vendedoras corpulentas, como en todos los mercados cubiertos ó descubiertos del mundo, me encontré con el cura del barco.

—Déjeme usted estar, me dijo nuestro capitán espiritual, antes de que yo le hablase; he visitado ya tres iglesias, pero no he podido arreglar nada para la misa.

—Creí que había ido al mercado para intentar algo de propaganda.

—Diga usted lo que quiera, replicó el otro; yo solamente le aseguro que dentro de una hora iré á decir misa á la catedral.

—¿Negocio arreglado?

—¿Qué es eso de negocio? ¡Negocio espiritual!

—Á propósito: ¿ha visto usted qué lujo de

verduras hay en este pueblo? y, sobre todo, ¿cuánto se comercia en ajos?

—Déjeme usted en paz, que ahora necesito pensar en otra cosa.

—Ya me figuro que una catedral en estas islas abandonadas en el espacio, será poca cosa.

— ¿Qué sabe usted de eso?... La catedral es magnífica, y otras iglesias que he visto lo son también, yo se lo digo.

—Después del hermoso mercado cubierto, esto no debe maravillarme.

—Venga usted, pues, á la catedral.

—Espere usted primeramente á que yo me lleve un recuerdo del mercado.

—Absolutamente nada; no aguardo.

Di un par de vueltas y seguí al sacerdote por no perder la visita á la catedral, dedicada al beato Marcial, y me hallé justamente delante de un monumento cristiano del año 1400, de cubierta dentada morisca, con dos torres almenadas y altas y esbeltas columnillas en la fachada.

Envidié á mi presbítero, al que vi entrar allí tan fácilmente como quien penetra en su propia casa, y que tal vez después de la misa tendría el antojo de confesar á cualquiera ovejilla de la Gran Canaria, aunque sólo fuese para oir alguna novedad de la vida íntima de aquel pue-

blo patriarcal de palmas, flores y ajos. También, dije entre mí, cuando vuelva á verle olfatearé al reverendo para enterarme de si conserva la fragancia de las cabezas de ajos.

Lo que más llama la atención en aquella fachada encajonada entre las dos elegantes torres, es el advertir de qué manera la parte central se halla vigorosamente almenada, en una forma más propia de castillo que de templo metropolitano. Desde la iglesia me dirigí al edificio de enfrente para visitar el Museo municipal antropológico y mineralógico. ¿Qué falta á La Palma para ser realmente una gran ciudad?

Todavía recorrí algunas calles y algunas plazas; vi otras iglesias de estilos que oscilaban entre los siglos décimocuarto y décimoquinto; visité una escuela, y volví á reunirme con mis compañeros de expedición en la fonda repostería de Inglaterra. Con ellos volví á bordo, mientras proseguía el trabajo de la carga de carbón y una docena de buques estaban en la rada humeando alegremente.

CAPÍTULO IX

Dormir... morir.—El paso de la Línea.

El capitán me había preparado una sorpresa para esta segunda etapa del viaje.

—He pensado, me dijo, que usted debe de aburrirse yendo solo en su camarote.

—Muy al contrario, me apresuré á replicar, temeroso de que invadiese la litera superior algún huésped poco apetecible.

—Por otra parte, continuó diciendo Mascazzini, también yo me aburro, muy especialmente cuando se pasan los calores tropicales, se me hace muy difícil conciliar el sueño y un compatriota, un paisano con quien cambiar cuatro frases en nuestro glorioso dialecto, sería justamente el remedio adecuado. ¿Quiere usted hacerme el obsequio de ocupar la otra cama de mi camarote de capitán? Cuando nos encontremos en la Línea se alegrará usted de haber aceptado.

De mi litera número 35 no estaba yo descontento; pero cuando calculé que en la cámara del capitán no volvería á oir los gorjeos del incorregible angelito, y por consiguiente mis sueños no serían amargados por la idea de hallarme todavía en la lactancia, acepté dando un millón de gracias. En la cámara del capitán, arreglada y dispuesta como Dios manda, se estaba perfectamente. Mascazzini no tiene el vicio de roncar, ni de leer mientras duerme; de manera que la compañía, aún prescindiendo del

punto de vista de la autoridad, era lo mejor que podía apetecerse.

No diré á ustedes que allí hubiesen cesado todas las molestias, pues el paraíso, como todos sabemos, no está sino allá arriba.

Me ocurrió una, por ejemplo; voy á referirla. Estaba yo precisamente muy próximo á cerrar los ojos y también se hallaba el capitán entre sábanas, cuando dieron dos golpecitos en la puerta, que permanecía abierta siempre.

—Adelante, dijo el capitán, ¿quién es?

—Soy yo; respondió una voz sepulcral.

—¡Ah! ¿eres tú, Francisco? dijo Mascazzini, en tanto que se adelantaba un individuo del ínfimo personal de á bordo, con cara de Cuasimodo enderezado y un acento que denunciaba en seguida al compatriota de Crispi.

—¿Qué quieres? siguió preguntando el capitán.

—Usted ya sabe...

—¿Qué voy á saber, si no te explicas?

—¿No quiere usted ver ahora á ese...?

—Pero ¿á quién?

—Á ese muerto.

Yo, que me enteraba entonces de que había un difunto á bordo, agucé el oído.—Bueno sería, pensé, que este tipejo nos trajese el difunto al camarote antes de arrojarlo al mar.

Menos mal que Mascazzini respondió:

—Si está real y verdaderamente muerto...

—Del todo y por siempre.

—Y si el médico ha certificado su defunción, nada nos queda que hacer.

—Oigo decir que el señor cura desea hacerle antes un funeral, ó cosa así; creo que se reducirá á dirigirle un discurso delante de sus compañeros de tercera clase.

—Pero ¡qué funeral, ni qué discurso! replicó, Mascazzini. El saderdote ha hecho ya cuanto podía hacer, y basta.

—¿Es decir, que puedo arrojarlo?

—Arrójalo.

—¿A qué hora?

—A las cuatro, por ejemplo. ¿Le has... arreglado?

—Nada le falta al pobre viejo. ¡Una cara de resignado!

—Mucho dudo de llegar á tenerla así; estaba ya tocando en los ochenta y dos

—Ya tiene su hermosa cubierta, sus magníficos hierros; en fin, es un cadáver al cual solo le falta el *proficiscere*.

—Pues bien: á la hora que te he dicho, arrójalo al agua.

En aquel momento golpearon más tristemen-

te en la puerta. No soy de los hombres medrosos; pero declaro con verdad que aquel golpe me estremeció debajo de mi manta; temí que el octogenario llegaba para hacer que saldasen su cuenta un poco mejor. No era el difunto; era el cura.

—Capitán, preguntó: ¿qué últimas disposiciones tomamos con este muerto?

La expresión *este muerto*, cuando me hallaba yo metido en la cama, faltó muy poco para que me hiciese creer que el cadáver era yo mismo.

Mañana por la mañana, replicó el capitán, le dice usted una misa, y descanse en paz.

—Eso no había que decirlo, replicó el sacerdote; pero para el momento del *entierro* me incumben, como usted sabe, otros deberes. Y al decir esto, el cura emitía las notas del registro grave.

—Hágalo usted todo como si estuviera en su casa, contetó Mascazzini; mande usted, disponga, y vosotros obedecedle; lo que sí nos interesa es que estas operaciones se lleven á cabo sin mucho ruido; de otro modo, ya se sabe, las señoras se impresionan excesivamente y ¡tenemos tantas á bordo!...

—¡Y los hombres también! grité á la sazón,

comprendiendo cuál iba á ser el color de mis sueños en lo qne restaba de noche...

—Morir... dormir... murmuró el reverendo.

—En fin, á las cuatro también yo estaré allí, dijo el capitán, para ocultar mejor aquellas operaciones extremas.

Ambos salieron de la cámara pronunciando al mismo tiempo las palabras:—Está bien; buenas noches.

Cuando hubieron salido aquellos dos excelentes maestros de ceremonias, pregunté á mi compañero de cámara:

—Capitán, ¿quiere usted decirme cómo ha ocurrido la muerte de ese pobre viejo?

—Falta de respiración, asma; respondió Mascazzini. Ahora déjeme usted dormir, y no se hable más de esto.

La respuesta no me satisfacía del todo. Cinco minutos después el capitán roncaba, ligeramente, sí, pero lo bastante para demostrar que dormía.

Yo también, contra lo que temí, me quedé dormido. ¡Pero qué sueños tan diferentes de los que había tenido otras noches!

Me desperté después de un sueño muy conmovedor; yo, desde mi lecho, había concluído entonces precisamente de echar la bendición á

mis sobrinillos hasta la cuarta generación; era una cosa que hacía llorar á las piedras; después... con una barba blanca que me llegaba hasta las rodillas, me había dormido plácidamente al beso... ó por mejor decir, me había despertado mordiendo las sábanas,

Miro el reloj ¡estaba escrito! son precisamente las cuatro; el capitán no está ya en su cama; me visto en menos tiempo que lo digo, dejo el puente de comandancia; piso á no sé cuántas personas dormidas; bajo al dormitorio de los hombres; desde aquí, y después de varios tanteos topográficos, me encamino á la enfermería; llego á tiempo de ver á un marinero, *Sampón*, ese funcionario de todas las grandes ocasiones, que tiene una linterna; el cura se encuentra muy próximo á él y reza sus oraciones; el capitán observa; Francisco abre una trampa rara, que tiene todas las apariencias de una sepultura; hasta allí hace rodar un cuerpo envuelto en un saco atado en sus extremidades por cadenas de hierro; el lúgubre envoltorio desaparece mientras el sacerdote acentúa sus plegarias, y una anciana, no muy distante, le responde como un eco. La trampa vuelve á ser cerrada; todo ha concluído.

—¿De esta manera tan sencilla se entierra aquí á los muertos? pregunto.

—Enterrarlos, no, me respondió con mucha justicia el marinero de la linterna.

—*Enaguarlos*, pues, le dije, y *requiescat in pace*.

En este momento me asaltó una idea penosa; la de que aquel anciano muerto fuera el padre de Luisa... Pero no: éste no podía ser aún octogenario, por más que un anciano bien conservado representa á las veces diez ó veinte años menos de los que en realidad tiene. De todos modos quise cerciorarme, y supe que el difunto era un desdichado que viajaba sin un solo pariente á bordo, y que se dirigía á Buenos Aires para abrazar á un hijo á quien no veía hacía muchos años y á cuyo lado deseaba concluir tranquilamente sus días. ¡Pobre hombre! ¡¡Morir entre tanta gente y solo!!

Deslizáronse tres ó cuatro días en la calma más perfecta y absoluta; de esa calma que á bordo, piense lo que quiera en contrario el señor Pierino, se hace insoportable; calma de los elementos, como de las ocurrencias, de los sucesos y de las impresiones.

El calor seguía aumentando; esto produjo metamorfosis en el buque; la oficialidad, principiando por el capitán, prescindió en su traje del color azul, adoptando el emblema de la inocen-

cia; esto es, el color de lila. Las actrices, lo mismo que las demás señoras, se aligeraban de ropas y desenvainaban los abanicos de las grandes ocasiones. También las bailarinas sentían el calor, como todos; pero seguramente querían dar pruebas de intrepidez en desafiarlo, porque se las veía muy frecuentemente haciendo piruetas á cualquier hora, lícita ó ilícita, alrededor de las máquinas; evidentemente era que algún médico les había recetado baños de vapor.—El mejor día, hubo de decir un pasajero, vamos á ver á estas graciosas sílfides sentadas allá, en la orla del cañón de la chimenea.

El cura padecía horriblemente con el calor y andaba de continuo en busca de una bocanada de aire, gritando: —¡Pobre de mí! ¡Pobre D. Aurelio! Un día le sorprendí poniendo á su conmovedora exclamación esta añadidura:—¡Pobre de mí! ¿para qué me habré metido en esto?

—Muy bien, señor cura, le dije. ¿Es así como sobrelleva usted las molestias de un poco de calor por la santa causa de la propaganda de la fe?

—Crea usted, me respondió, que no es el calor solamente lo que me causa tanta pena.

—De mí creo que no puede usted quejarse.

—Muy al contrario; antes bien, usted me divierte.

—Pero, sepamos ¿qué es lo que á usted aflige?

—El ver, un día y otro día, que no consigo hacer otra cosa que escribir en el agua.

—¿Conque su propaganda entre los emigrantes?...

—Mal, muy mal.

—¿Pues y eso? ¿Y aquel terreno exuberante, dispuesto para recoger la buena semilla?

—Terreno estéril... terreno duro.

—¿Y aquellos que se disputaban á porfía el ayudar á usted á misa?

—Todos los días les digo la misa; y en cuanto al ayudarla, lo mismo que el oirla, se toma, lo he observado perfectamente, á modo y por vía de pasatiempo.

—La Rubino y casi todos los comediantes, por ejemplo. Y, dígame usted: ¿predica usted? ¿Escuchan sus sermones?

—Sí los escuchan; pero á lo mejor se oye la voz de un emigrante mal criado que, en medio de un consejo saludable, me interrumpe para decir:—Reverendo padre, valdría más que diese usted esos consejos en dinero contante.

—¡Ah! Ya se lo había yo dicho, interrumpí no pudiendo contener la risa.—Padre cura, siempre he creído que había en mí algo de los profetas.

—¿Qué sabe usted de eso?

Mientras mi excelente consultor espiritual estaba para repetir su muletilla, sobrevino saltando la rubicunda Rubino; digo rubicunda, porque llevaba uno de sus trajes de color de escarlata y el rostro radiante más que nunca de palidez.

—Padre cura, dijo la actriz, aquí me tiene usted que acudo á la cita.

—¡La cita! exclamé.

—Una cita como Dios manda, prosiguió la artista sin sueldo: ¿es verdad, ó no es verdad, señor cura, que ésta es la hora establecida de antemano para que yo confiese?

—Es verdad, respondió el sacerdote, porque usted lo ha deseado así, y me ha parecido realmente que en usted se puede encontrar...

No pude resistir á la tentación de decirle:

—¿Ese terreno propicio que no ha encontrado en la tercera clase?

Entonces, ambos á dúo, y con perfecto unísono, me contestaron con el habitual:—¿Qué sabe usted de eso?

—Además, dijo el sacerdote dirigiéndose en tono un poco serio á la actriz, algunas cosas es mejor que se hagan sin decirlo... mucho menos á periodistas... como el señor, que tienen una lengüecita...

—Padre cura, esta es la hora de mi confesión, replicó la actriz dando pataditas en el suelo.

—Y el que no esté iniciado en los trabajos, añadí por mi cuenta, que se retire.

Y dejé allí las velas... del abanico de la Rubino.

Todo esto que relato, aunque absolutamente histórico, es pueril. Pero ¿qué otra cosa quieren ustedes que hiciésemos con aquel calor que nos llegaba de la capa del cielo, del mar, de las máquinas, de las actrices, de las cantantes, de las bailarinas, y, por último, de los cigarros de tantos fumadores? Si dice usted alguna fresca para mitigar el calor de la situación, le silban. Lo he experimentado por mí mismo una noche.

Estábamos reunidos en el salón para tomar el té, que por parte de muchos había sido sustituído con abundantes helados. ¡Qué calor! se gritaba por todas partes: ¡ahoga! ¡Vamos á liquidarnos! ¡no puede resistirse! ¡un poco de aire, un poco de aire, por amor de Dios!

—Señora Guerrina Fabbri, dije en aquel momento; ahora era ya tiempo de que usted se moviese á piedad de todos nosotros y nos hiciera oir una gran aria.

Si hubiera habido piedras á bordo, muero lapidado sin remedio,

Es indudable que el mejor consuelo para los aniquilados y sudorosísimos navegantes, lo proporcionaban los señores oficiales, no los camareros, los cuales, mientras los pacientes gritaban que ya no podían más, les decían para animarlos: «Este calor es una friolera comparado con el que se siente al pasar la Línea.»

Saben ustedes, sin embargo (todos lo sabemos), que cuando uno está preparado para cualquier cosa, buena ó mala, se disminuye mucho su efecto. Esto sucedió también con la Línea, la que fue felizmente pasada en la noche del día 15 de los ya referidos mes y año, con aquellos brindis y aquellas felicitaciones que son de ritual en tal caso.

No sé si sabrán todos ustedes que para este negocio del paso de la Línea es casi de precisión la agudeza y la gracia que debe pasar por toda la servidumbre de á bordo, desde los cabos á los subcabos, de los camareros á los criados, á fin de que los pasajeros de todas las clase la tengan incesantemente á la oreja:

—Señores, hay que pasar la Línea...

—¿Dónde pasarla divertido?

—¡Es una cosa muy curiosa! Pero es necesario un anteojo excepcional, excelente para verla.

—¿El qué?

—Pues la Línea... el hilo.

—¡Ah!

—Es claro; el hilo de la Línea... ¡Y mucho ojo con no romperlo!... Va en ello la seguridad de la nave.

Parecerá á ustedes muy necio todo esto; pero sin embargo, es así, y la atmósfera de la Línea está llena de necedades que en los buques de vapor dicen todos. Digo los buques de vapor y no los de vela, porque en éstos se cuidan ante todo, y en la Línea más que en ninguna otra parte, de mendigar á Dios una burbuja de aire que mueva la embarcación, aunque sólo sea un centímetro por hora; ansiosos como están todos de ver conjurarse el peligro de permanecer parados durante muchos días y convertirse en peces; en los barcos de vela, vuelvo á decir, es de creer que no exista la divertidísima broma del hilo, aunque sea de un hilo menos vulgar.

Hay, á pesar de todo, bajo los trópicos, muy curiosas observaciones que hacer, sin poner en olvido la propia seriedad con la eterna chanza del hilo. Digno es, por ejemplo, de observación que el sol, terminado su camino, dice de pronto: *buenas noches*, sin otros cumplidos y sin que, ni para salir ni para ponerse, emplee ese par de

crepúsculos que en los países habitables de este mundo se hallan instituídos á beneficio de los pintores, de los murciélagos y de los pajarillos.

Es también de notar cuán bello, cuán gracioso y cuán interesante se ofrece á nuestra admiración todo barco que en ese gran océano tropical aparece como una representación varia del mundo habitable, porque todos sabemos perfectamente que, á la larga, la zona tórrida no es lo serio.

Hay otra distracción muy posible en la Línea, ó cerca de la Línea: ver de qué modo el cuento más insignificante adquiere intensidad, fuerza para propagarse y dilatación maravillosa; cómo el incidente de menos importancia llega á tener dimensiones colosales; de qué manera una paja parece viga, y la cosa más vulgar peregrino fenómeno. Dos emigrantes que han disputado un poco, se transforman en dos caníbales que se han devorado mutuamente las tripas. Se rompe una jícara; ya se ha destrozado toda la vajilla. Tiene usted un poco de calentura; le consideran á usted como muerto. Murió un día de lombrices un muchacho; todos, sabiendo que yo dormía en el mismo camarote del capitán, se agolpaban para preguntarme, como conducto autorizado, si era verdad que la escarla-

tina, el escorbuto, la viruela ¿qué se yo? se habían declarado á bordo y que iban muertos quince niños, sin contar con el consabido viejo, que había subido ya al número de cuatro.

Cierta noche, aquel nuestro amigo de Niza que ya he presentado á ustedes, se concertó para jugar con varios compañeros que no llegaban; puso, pues, la baraja en una mesilla del salón, y volviéndose hacia el camarero, le dijo: —Si alguno quiere sentarse á esta mesilla. dígale que está ya tomada; voy á buscar á los compañeros, y vuelvo en seguida.

El murmurador y chismoso, que en estos viajes nunca falta, se apresura á decir por todas partes y á cuantos quieren oirle: —¿Saben ustedes lo que acaba de decir ese ciudadano de Niza? Pues ha dicho: —¡Ay del que sea osado de acercarse á esta mesilla de juego! Le romperé la cabeza, y, en caso necesario, haré que mis amigos me ayuden.

La noticia produce *una fin* del mundo; propágase la terrible amenaza; la superchería va creciendo, y hay casi temor de que se vierta sangre; y cuando el de Niza llega, encuéntrase con que le tienen preparada la represalia más espantosa.

—¿Es usted el que pretendía aplastarnos si nos aproximábamos á esa mesa?

—¿Aplastar á ustedes? No, por cierto: solamente he colocado ahí las cartas para ocupar un sitio que encontré desocupado, mientras fuí en busca de unos amigos, y, según costumbre, he avisado al camarero.

Se deseaba, en resumidas cuentas, que hubiese mostrado las uñas de tigre; por fortuna, á bordo hay siempre *champagne* en que ahogar estas disputas extemporáneas, y también en esta tempestad de una baraja sin jugadores, fueron sacrificadas dos botellas de Champagne.

CAPÍTULO X

El edicto sobre los perros y las actrices en revolución.—Un furriel seductor.—Un muchacho que se emancipa.

Y en la tercera clase, ¿cuál era la influencia de los trópicos? Me perjudicaría si dijera á ustedes que entonces la olvidaba, por causa del calor, ni aun en consideración á la meticulosidad del olfato.

De todos modos, estaba yo obligado á traspasar los confines de la tercera clase diariamente, al dirigirme por la noche á la cámara

del capitán. Pero, además, también la visito de día, y con tal motivo celebro dar buenas noticias del padre de Luisa, el jardinero anciano, á quien hallo curado, si no de la irascibilidad contra el adorador de su hija, del malestar que lo había tenido en la enfermería una semana. Un día me dijo Pablo:—He ensayado decirle que en Buenos Aires espero encontrar un buen empleo, porque un negociante que va en primera clase me ha dado alguna esperanza sobre el asunto, y le he hecho la promesa de casarme inmediatamente con su hija.

—¿Y qué ha contestado á eso el viejo?

—Que preferiría arrojarla al mar.

—No lo crea usted; esos son efectos de la Línea.

A lo cual agregué, observando á Luisa, que estaba sentada cerca de su padre, como á unos veinte pasos de nosotros:

—Hallo á la niña algo desmejorada.

—Estoy alarmado; no hace más que llorar.

—Se podría decir mejor: ¡no sabe otra cosa!

—Llorar y amar; esto lo aseguro, porque me ama inmensamente, y sólo el pensar que yo puedo no ser suyo, la atormenta. Y, sin embargo, embarcándome con ella, siguiéndola en la misma clase, le he dado una prueba...

—Una prueba de amoroso encarnizamiento, sí.

En aquel momento el anciano, volviéndose en la dirección en que la muchacha tenía fija su mirada, reparó en Pablo, lo cual para el padre no debió de ser cosa nueva. Fué, sin embargo, lo suficiente para que, manifestando su enojo, se levantase el viejo y dijera muy bruscamente á su hija, obligándola á seguirle hasta el extremo de la proa: *Vente.*

—Todo eso es efecto, me dijo Pablo comentando aquella acción, del aborrecimiento profundo que ese hombre siente, más que hacia mí, hacia mi tío.

—Eso se ve de sobra, dije yo; á usted le quiere ese anciano... entrañablemente.

¿Se acuerdan ustedes todavía del furriel aspirante á un gran porvenir en el nuevo mundo? El calor, necesario es decirlo, se le había subido á la cabeza más que á los otros. Asistí un día, con el propósito de aprender alguna cosa, á la operación de partir una vaca, operación que se llevaba á cabo en los dominios de la tercera clase. Pasó cerca de mí el Pitt malogrado, y me dijo, señalándome con el dedo los restos sangrientos:—A los ricos, la carne; á los pobres, los huesos.

—¡Bah! le dije, algo del rabo ya le tocará á usted.

—Digo, replicó el ex furriel, que estamos en el ochenta y nueve... y sé lo que digo.

Al día siguiente concurrí, siempre con el propósito de aprender algo, al rancho de la tercera clase. Veo perfectamente que no son criadillas ni platos sazonados con vino de Madera lo que se da á los emigrados; pero, vamos, se les obsequia con una ración de menestra muy aceptable; yo, que á lo menos algo sé en lo relativo á menestras, quise probarla. Veo también carne, procedente sin duda de las mismas reses que se han inmolado á la voracidad de los viajeros de primera clase; es carne asada con su *guarnecido* (1) correspondiente; veo que beben vino á discreción; veo, por fin, que si no hay lo sobrante para estar ahitos, hay lo necesario para vivir, y aun algo más, hasta el punto de que en muchas ocasiones los señores emigrantes arrojan al mar, por medias fuentes, la menestra para dejar sitio á los otros platos. Recuerdo in-

(1) La Academia no ha aceptado aún (por lo menos oficialmente) esta acepción culinaria del verbo *guarnecer*. Paréceme lícito, sin embargo, emplearla, cuando no existe otra que exprese la idea misma con exactitud.

(*N. del T.*)

voluntariamente en aquel momento que el insigne Bertani, en los tiempos en que acudía á la investigación higiénica, solía decirme: «Hay en varias provincias de Italia gente campesina que no come, ni puede comer en todo el año más que polenta, exceptuando un poco de carne, si la hay, en los días de Natividad ó de Pascua.» Pienso, por consiguiente, que aunque sólo sea en determinados conceptos, á bordo están mejor algunas personas: en cuanto á lo futuro, América proveerá. En aquel instante el consabido ex furriel se me planta al lado, cruza los brazos, y me dice:

—¿Acabará bien esta historia?

—¿Qué historia? le pregunto.

—Yo lo sé, me respondió en tono que habría envidiado Salvini; después siguió diciendo: tenga usted en cuenta que no hablo por mí; yo tengo lo que necesito y sé lo que me hablo; en América no ha de faltarme después una posición brillante, porque conozco perfectamente la teneduría de libros y sé de comercio al por mayor.

—Ya me lo ha dicho usted.

—Perfectamente: ahora le digo que el espectáculo de este modo de tratar á los pobres me repugna. Ya sé yo perfectísimamente lo que me conviene.

Menos mal que el furriel estuvo conciso, tanto cuanto fiero, y me dejó.

No se hizo esperar mucho la realización de lo que premeditaba. Al día siguiente por la mañana hubo distribución de anchoas en toda la línea emigrante; la anchoa no es seguramente salmón; pero para algún fin debe de haber sido creada, y además, en los contratos entre el armador y el emigrante, pactos autorizados por la presencia del acostumbrado subagente de emigración, está considerada entre los alimentos admisibles. Pues bien: en el momento mismo en que la distribución quedó hecha, el terrible ex furriel fué á insinuarse entre los grupos de tercera, provisto de un hilo—del cual podría haberse dicho que era el famoso hilo de la Línea—y fué allí enhebrando todas las anchoas que consiguió arrancar á la candidez de aquellos desdichados, que tal vez en algún otro momento habrían bendecido hasta las anchoas. Formada así una formidable ristra de esos pescados, levantóla como un trofeo á la vista de los hombres y del mar, y aquel Espartaco de la emigración gritó:

—Lo digo; ya es tiempo de acabar.

—De acabar en el cepo, le dijo precisamente en aquel mismo instante un subalterno.

—¿Acabar yo en el cepo? gritó el otro.

—Sí, y estos dos muchachos son los encargados de la ejecución del presente decreto.

Y el ex furriel fué conducido por dos marineros á los dominios oscuros del piróscafo. Y así terminó la historia de las anchoas y el hilo.

Volvamos ahora á las capas superiores. El calor producía efectos deplorables, no ya solamente entre los *bípedos implumes*, sino hasta sobre los cuadrúpedos. Los caballos—porque ya creo haber dicho á ustedes que había á bordo caballeriza—relinchaban y se agitaban más que el caballo de Mazzepa; no se diga nada de los perros; aullaban todos, especialmente por la noche, como un solo perro; con la circunstancia agravante de que, con motivo de aquellos benditos trópicos, muchas artistas dejaban desocupadas sus literas para dormir un poco más frescas, ya en un sofá del salón, ya bajo la tienda de popa, sin excluir cualquier espacio libre de la nave donde fuese posible extender un colchón. Los perrillos, ó bien se iban á pelear con las pulgas á los camarotes, ó bien se metían en un cesto cualquiera ó para acompañar á sus amas andaban colocándose en las sillas de paja. Por añadidura, en la mesa (mucho me dolería que quisieran algunas sacarme los ojos, pero pa-

saba así, tal cual yo lo cuento), la exorbitancia artístico-canina no conocía límites. Los perros más comedidos en la mesa eran los que se contentaban con beber, en perfecta alternativa, con sus amas en la misma copa, ó bien con limpiar el plato con la lengua, rebañando los restos de cualquier guisado; ó todavía más á gusto con roer á conciencia un hueso; los más indiscretos, dicho sea con perdón de ustedes, eran que los no satisfechos con aquellos ataques á la buena crianza, llevaban su impertinencia hasta lamer *coram pópulo*, en muestra de gratitud (esto ya se comprende) á sus respectivas propietarias.

Nacieron de esto reclamaciones al capitán por parte de algunas señoras sin perro y de algún otro pasajero molestado, más de lo tolerable, por el aullar nocturno. El capitán, oídas estas reclamaciones, deploró no haber ordenado desde el principio que los perros fuesen todos encerrados á proa, é hizo que se fijase en el corredor de entrada al salón el decreto por el cual se mandaba que, á partir de aquella misma noche, se llevase á cabo la reclusión de los perros en la proa. En aquel día la comida no fué alegre; las señoras actrices no estaban locuaces; aspirábase por el aire un viento de conjuración que

habría helado la sangre en las venas si no hubiéramos estado en los dominios tropicales. Terminada la comida, la mesa quedó desocupada mucho más pronto que de costumbre: formáronse corrillos por acá y por acullá: oíase de cuando en cuando la expresión: «¡Eso es un abuso insufrible!»

En la entrada del salón, cerca de la cubierta, parecía que se esperaba una víctima ya señalada. El esperado era el señor Milone, empresario de la Compañía Pasta, porque no bien salió de la sala para dirigirse sobre cubierta, se desencadenaron contra él, como una borrasca deshecha, treinta ojos, entre masculinos y femeninos, mientras una voz terrible le gritaba:

—¿Y usted va á permitir que se perpetre esta iniquidad?

La voz era de mujer.

—¿Qué iniquidad? preguntó Milone.

—La reclusión de los perros en la proa.

—Porque ahora los chuchos se hacían demasiado molestos, respondió Milone con su acostumbrada flema.

—¡Es una infamia! gritó otra voz...; esta masculina.

—¡Qué infamia ni qué ocho cuartos! Las infamias se hacen de otra manera.

—Sí, es una indignidad, vociferó un tercero.

—Y quien pida más, que levante el dedo, dijo Milone, siempre tranquilo, como un Daniel en la cueva de los leones... ó, si se quiere, de los perros.

La calma, en ocasiones, produce rabia.

—¡No quiera usted burlarse de nosotros! dijo con acento verdaderamente atroz un cómico que por su aspecto parecía modesto y dulce como un pajarillo; ese abuso contra estos pobres animales no se llevará á cabo.

—Ante todo, dijo el empresario, ante todo, usted, señor mío, usted no tiene mujer ni perros.

—Le digo...

—Le contesto que para decir eso de que el ostracismo de los perros no se cumplirá, vaya usted á entenderse con el capitán.

¡Aquí fué Troya! Aquí fué el encarnizarse todos á una contra el inocente señor Milone; entonces, al oirse voces de ambos sexos, amenazadoras todas, y entre las cuales se destacaban estas... (lo diremos así) estas perífrasis:

—Usted no sabe hacerse respetar. Nos ha traído usted al infierno. Mejor estaríamos entre cosacos.

Al oir tantos improperios, nuestro hombre

pierde la paciencia, y mostrando los puños, comienza á responder con arreglo á la *tessitura* general.

El tumulto se aumentó con esto. Oyéronse voces de señoras que exhortaban á sus hombres á desistir. Intervino el capitán. Los neutrales, entre los que yo me hallaba, hacían de público.

Lograda por cinco minutos la suspensión de las hostilidades, la capitanía dió, después de larga discusión y consulta con los pasajeros que habían reclamado, esta otra ordenanza: «Vistos y considerados el vigor y la habilidad dramática con que ha sido sostenida la causa de los perros; considerando el estado extremo de conmoción de las señoras; considerando que está ya hecho una gran parte del viaje, se aplaza por veinticuatro horas la ejecución del edicto sobre los perros, de pequeñas ó de grandes dimensiones; con tanto más motivo, cuanto es más cierto que las señoras propietarias de perros han apelado especialmente á la generosidad del capitán, á diferencia de los caballeros, los cuales, aun sin tener perros á su servicio, han solicitado de una manera menos parlamentaria que las señoras la gracia para los canes. Y se advierte que, cuando los pasajeros sin perros

promuevan nuevas quejas con motivo de los chuchos que con sus procederes poco correctos hayan dado motivo á dichas reclamaciones, éstos serán arrojados, no solamente á la proa, sino más lejos todavía. Dado en el puente del capitán, etc., etc.»

Este acto de inesperada clemencia provocó una tempestad de aplausos y de bendiciones. No faltó quien, en medio de tanto regocijo, pretendiera que fuese disparado el cañón situado en el castillo de popa.

Pero nuestro excelente Ciulfo les hizo observar que aquél no era un cañón que pudiera servir como arma ofensiva, sino un cañón de muy diferente clase: un cañón de salvamento.

—¿De salvamento? exclamaron todos cayendo de las nubes.

—Ciertamente, de salvamento. Sucede, pongamos por ejemplo, prosiguió el comisario, que naufragamos ahora que no tenemos costas á la vista; el cañón entonces no serviría para nada, y perros y no perros pereceríamos todos.

—¡Misericordia! gritó el señor Pierino.

—Pero si, por el contrario, nos hallásemos en peligro mañana ó el otro cuando veamos ya las costas del Brasil, al disparar este cañón veríamos lanzarse á una milla de distancia una

bomba que, siendo atada á una cuerda, pondría muy pronto la nave en relación con quien recogiera la bomba en la costa, si llegaba á ella.

Los incidentes ruidosos podían darse ya por concluídos. Quedaban los incidentes de menor cuantía, bastantes, sin embargo, á constituir pasatiempo, lo cual á bordo es siempre un bello ideal.

El capitán, cuando estábamos próximos al Ecuador y la superficie del barco parecía de noche toda ella un dormitorio solía consagrar algunas horas á realizar registros y reconocimientos en los fondos altos y bajos del buque. Una noche, por ejemplo, sorprendió á un par de gatos... que llevaban á cabo rabiosamente una operación muy arriesgada; estaban devorando entre los dos una rata mayor que un gato: y á bordo las hay de éstas. Baste á ustedes saber que la bailarina, como una noche dispusiese en forma de batería todos sus zapatitos, se los halló á la mañana siguiente miserablemente roídos todos; de modo que la pobrecilla ¡infeliz! se vió acaso obligada á llevar dos días seguidos el mismo calzado.

Otra noche, al entrar el capitán en la sala, encontró al consabido hijo de la Tessero y á la

consabida camarera de juicio, que se habían enzarzado en sus consabidas disputas.

—¡Pero concluya usted de una vez! dijo Mascazzini al simpático mozo; deje usted de perder su tiempo en esas niñerías, y sea usted hombre, por Dios, que ya tiene usted estatura de tal. ¡Emancípese usted de una vez!

—¡Si yo pudiera! dijo como inconscientemente el muchacho.

No quiero molestar á ustedes con la relación circunstanciada de las diferentes tentativas que á esto siguieron; basta decir que, á pesar de las protestas de la criada, protestas fundadas en que se trataba de pervertir al niño—así lo llamaba; ¡un zagalón que tenía más de un metro y ochenta centímetros de estatura!—la emancipación fué cosa acordada. El joven tuvo su sitio propio en la mesa; celebró varias conferencias con el capitán, y pasó á dormir en aire más respirable.

Realmente adquirió más desenvoltura. Poco á poco fué tomando un no sé qué de marino y de hombre libre que le hacía parecer más simpático. ¡Véase ahora para cuántas cosas puede servir un viaje por mar!

CAPÍTULO XI

Los hipnotizados (1) del mar.—América á la vista.—La misa de Pascua.—Un cura que olvida el 48.—El Pampero.

He observado que, por mucho que el mar sea siempre, sobre poco más ó menos, el mismo espectáculo, y muy especialmente bajo los trópicos, salgo con dificultad de esa calma ordinaria sin un solo rastro de islote que interrumpa la monotonía de la superficie, hay personas que no se cansan nunca de contemplarlo atentísimamente.

Para decir que no se cansan nunca, tengo la prueba de una larga fila de emigrantes á quienes veía yo siempre absorto, hasta en la monotonía misma de los trópicos, mirando fijamente al mar en silencio y durante muchas horas consecutivas. Unos cantaban, otros jugaban, muchos se movían; pero aquella docena de emigrantes se hallaban siempre alineados en el mismo sitio

(1) El autor emplea el neologismo *ipnotizzato*, que ha sido preciso traducir por otro neologismo (con ó sin perdón de la Academia)

(N. del T.)

entre el castillo de proa y el puente de mando, contemplando silenciosamente el eterno mar. Parecía que aquellos observadores deploraban verse en la precisión de robar los cuartos de hora que destinaban para sus comidas á tan entretenida contemplación. Uno, joven por su edad, al parecer obrero, estaba siempre sentado á la cabeza de la fila, en el borde del barco, de suerte que un momento de distracción podía lanzarlo al agua; pero no se distraía, no; pensaba siempre en lo mismo; no veía sino el mar, y el mar, y siempre el mar...; contemplábalo constantemente, apoyando el codo en la rodilla y la barba en la mano para no perder ni el más insignificante movimiento de las aguas. Un su compañero había convertido en cama la tabla que cubría el gallinero, permaneciendo allí largas horas, vuelto de espaldas al resto del buque y con la mirada inmóvil, clavada en el horizonte. El tercero, un anciano, había inventado una posición más cómoda; sobre la cubierta del gallinero había puesto un saco para formar su asiento.

En esta sociedad de los inmóviles se hacía notar un agricultor, cuyas apariencias eran las de un completo majadero, pero que mirando de continuo al mar con tanta fijeza y con tan

perseverante afición, se daba como bastante inteligente para comprender tan misteriosa elocuencia. También llamó mi atención entre estos observadores, casi estereotipados, uno de esos jóvenes de buena familia que, después de haber gastado lo suyo y lo ajeno, se decide á cruzar los mares, sin resistirse á confundir su traje, ya un poco gastado, pero de corte elegante, con el tosco vestido de los que emigran. De estos admiradores de mar, siempre en su puesto, podría yo mentar y describir muchos otros tipos; pero pongo aquí punto, para no fatigar á los que se hallan en tierra.

Lleguemos cuanto antes á las costas del Brasil, que estos observadores de puesto fijo podrán ver dentro de poco con mayor provecho.

En la mañana del día 18 se advertía un misterioso apuntar de anteojos hacia el horizonte por parte de la oficialidad, que en estas atentas observaciones dejaba también el puente del mando. Los pasajeros los abrumaban á preguntas:

—¿Es verdad que hoy se verá ya tierra americana? ¿Ahora mismo puede distinguirse algo?

El más galante de aquellos señores oficiales volvióse de pronto á una de las señoras, y le dijo, presentándole el anteojo:

—Mire usted bien en esa misma dirección ¿qué ve usted?

—¡Oh! Veo tierra americana, exclamó la señora radiante de júbilo.

—Eso no es América, dijo el oficial: es sólo una nubecilla que aparece en el horizonte; mírela usted mejor.

—Es verdad, dijo la señora poco satisfecha, al ver que la nube se iba desvaneciendo.

—Pero prometo á usted, dijo el oficial para consolarla, que antes de media hora podré mostrar á usted algo de América.

—Mire usted allá, mire usted allá, la dijo otra vez, después de haber enfilado la puntería de aquel excelente instrumento óptico.

—Ahora veo perfectísimamente, gritó la señora más satisfecha; algo que me parece ser una nube.

—No es una nube; es un buque de vela, le dijo el cruel oficial.

La señora hizo una mueca de despecho, como si protestase de aquella preferencia que parecía dársele en las chanzas.

—Pero, siguió diciendo el oficial, el buque de vela indica que la costa, aunque ahora está invisible para nosotros, se halla muy próxima, porque he reconocido uno de los barcos de vela

que suelen limitar sus viajes á las costas brasileñas.

De pronto se oyó gritar desde el puente: «¡A la vista el puerto de Victoria!»

Inmediatamente á este grito, que significa el primer descubrimiento de tierra americana á la vista de nuestro buque, una especie de corriente eléctrica se estableció desde popa hasta proa; todos se vuelven á la derecha del buque; los unos se agarran á los otros; los ojos de cada uno de los pasajeros de primera, segunda y tercera clase se fijan con el mismo grado de intensidad en el horizonte, aunque para ver América faltaba aún bastante tiempo para los ojos, no auxiliados de unos buenos gemelos.

—Me alegro de que no haya usted sido el que ha descubierto tierra, dijo la señora al oficial que la había embromado dos veces.

Pero el oficial, galante siempre, ofreciéndole su anteojo, dijo:—Vea usted, no obstante, por medio de esta lente lo que sus ojos, aunque hermosísimos y deslumbradores como estrellas, no pueden ver todavía.

Dígase lo que se quiera, es un hermoso momento aquel en que finalmente llegamos á decir: Puedo verte al cabo ¡oh continente no misterioso ya!; te puedo ver, manantial de tantas

fortunas; te vislumbro y nos elevamos sin quererlo al lirismo ¡oh tierra desconocida por muchos siglos para todas las civilizaciones, incluso la cristiana, y adivinada al fin por el genio de un grande hombre, que ha escrito su nombre en el martirologio de los bienhechores del linaje humano y en las páginas de la inmortalidad!

En aquellos primeros momentos nuestros ojos no se sacian de ver aquellas montañas, aquellos picos, primeros puntos del famoso *nuevo mundo*: cualquier puerto nuevo que la vista descubre, por indeciso que aparezca, nos parece bello, sublime. Abandónase la fantasía á los vuelos pindáricos más atrevidos; contémplanse con atención suma los primeros límites de una tierra que tiene fama de aurífera. Transcurrida una hora, si bien aquellas costas se suceden y no se asemejan, no se piensa casi en nada de aquéllo; una hora basta para que también América nos parezca indiferente. ¡Así anda el mundo!

En el día en que comenzamos á descubrir un poco de tierra americana, nuestro buque recorrió 350 millas; esto es, llevó la velocidad máxima de la travesía.

Hénos aquí en el Domingo de Pascua. Durante aquel día, muy pocos pensaron en las costas del Brasil, que proseguían desfilando con pe-

regrina variedad de contornos. La mayor parte de los viajeros hablaban de la Pascua; recordábanse los parientes con quienes se había celebrado aquella solemnidad en el año anterior; muchos sentían que el corazón se les apretaba, pensando en los seres queridos con los que no podrían ya festejar Pascua alguna: se rejuvenecía y se tornaba á la vejez, todo á un tiempo mismo, pensando en la Pascua á medida de los recuerdos ó de las esperanzas.

Por lo que respecta al ungido del Señor, bastaba verle para comprender que había llegado su día grande; iba de acá para allá, desde el puente hasta la cubierta, de la sala á los corredores, de alto á bajo, para que todos le viesen y le oyesen. Si hubiese sido algo marinero, se hubiera encaramado, para mostrarse mejor, al extremo de una entena. El capitán había dispuesto que, por extraordinario, se enarbolasen las banderas en el sitio en que se había preparado el altar. El cura, tropezando ya con uno, ya con otro, de los menos prontos á mostrarse entre sus devotos, añadía:—Espero que por esta vez también usted vendrá á oir misa.

Había yo hecho, en esta ocasión, una proposición honrada y agradable; es á saber: que se celebrase la función de Pascua en el salón y que

en los momentos solemnes viniese el piano á sustituir al órgano, y mejor aún si lo acompañaban las voces de la Fabbri y del tenor De Lucía.

Pero el cura me tapó la boca, diciéndome con una frase nueva en sus labios: —¿Qué sabe usted de eso?

—Ya comprendo, le dije; usted no cambiaría hoy su día por el del Sumo Pontífice; hoy el Papa es usted, y cualquiera otra persona que haga oir su voz, aunque sea mejor que la de usted, le hace sombra.

Entretanto el ministro de Dios, después de haber ido á la sala de los cálculos (donde había instalado su sacristía), á vestirse el alba y una casulla morada, recomienda á su camarero particular que nada falte de lo concerniente al rito, y se encamina con paso grave y mesurado *ad altare Dei*, seguido de un emigrante que le llevaba el misal.

El puente de observación, frente al altar, se había convertido en tribuna, donde se hallaban, ya arrodilladas, ya de pie, la Fabbri, la Tessero, la Giagnoni, y las otras actrices, además de los actores. Pero el brillante Garzés había faltado al ofrecimiento, casi aceptado, de ayudar á misa.

La bailarina envió un recado para excusarse de asistir, porque cuando había pretendido hacer el ensayo general de su traje trigésimo quinto, se le había roto una ballena... del cuerpo, se entiende. Nadie creyó en esas roturas. Otras señoras estaban diseminadas por acá y por allá entre los devotos; hasta la compañía de zarzuela estaba completa; emigrantes agrupados en torno del altar, á lo largo de la escalera, por la que se ascendía al puente; el uno se golpeaba el pecho, el otro balbucía plegarias, alguno parecía que se burlaba del sacerdote, y lo que en realidad hacían era rogar á Dios. Había un devoto que casi casi se destrozaba el pecho de golpearse, y que no paraba de gritar: *Peccavi*, *Domine*, *alleluia*. El señor Pierino, menos ruidoso, tenía siempre este estribillo: *Domine salvum me facere...*

¿Y el terrible furriel?... Mientras duró la ceremonia no le vi ni un momento; ¿y ustedes?

La Pascua tenía además otra cosa buena, el volver desconocidas á muchas de las ovejas de la tercera clase; ¡tanto se habían acicalado para la solemnidad!

Mezclado entre la multitud artística, iba yo tomando en mi álbum apuntes de los tipos más originales. Precisamente en el momento en que

presumía yo haber adivinado la nariz aguileña de una campesina de Cremona, vestida con lujo excesivo, llegó el ministro del altar, el cual ministro acaso aspiraba á que, en aquel día festivo, solamente en él se pensase, ó quizás deseaba todavía ver congregadas allí á sus ovejas para oir uno de sus sermones. Viéndome, pues, bajo las miradas del capitán, entretenido en sacar inocentes apuntes, de los cuales él no consiguió ver ninguno, frunció las cejas y me lanzó á boca de jarro estas palabras:

—En tanto que yo me fatigo para arrojar la buena semilla entre esta pobre gente, usted me los pervierte con esas niñerías indecorosas.

—¿Habla usted en serio? le pregunté con la tranquilidad del que se considera inocente.

—Muy en serio, me contestó el cura.

Al oirle, no pude contenerme y le respondí:

—Pues bien; en ese caso, padre cura, es usted el mayor majadero que he conocido en mi vida.

Esto acontece con mucha frecuencia á los individuos excesivamente apasionados por su propia misión. Un pasajero que presenció la escena, dijo con mucha oportunidad:—Estos botones como muestra de presbíteros intolerantes, sirven mejor de lo que podríamos apetecer para

que se aprecien los beneficios de la libertad que hemos logrado sobre el oscurantismo.

¡Y vean ustedes aquí promovido sin quererlo, un incidente! Pocos días después de la llegada de nuestro buque, los periódicos de la República Argentina, sin que yo hubiese escrito una sola coma, publicaban formales protestas, firmadas por varios pasajeros, con motivo de ciertos rasgos de intolerancia por parte de capellanes, á bordo de buques de *La Veloz*, que habían tomado muy por lo trágico una misión de la cual no les había encargado la compañía... como, según ustedes habrán leído, no dejaba de repetir con frecuencia nuestro egregio presbítero. Y después de este ensayo de los capellanes á bordo, en forma oficoisa, ensayo al cual *La Veloz* se había prestado por cortesía, los señores capellanes fueron suprimidos.

De todas suertes, aquella fué una de las más alegres Pascuas de mi vida.

En los dos días siguientes, continuamos con el Brasil á la vista. Para dar asunto de conversación y de entretenimiento, llegó el pampero que jugaba con nuestro piróscafo, hasta el punto de dar quince y raya á la agitación de Valencia. Con aquellas violentas alternativas en los movimientos de oscilación y de cabeceo, mu-

chos que hasta entonces se habían conservado incólumes, se abandonaron á las más atroces consecuencias del mareo.

En el puente me encontraba yo observando á los emigrantes, cuando el buque era más violentamente combatido por el pampero. ¡Qué escena! Veíase á las madres, en cuyo rededor se agrupaban los pequeñuelos, amedrentados y llorosos, á quienes aquellas horribles sacudidas habían derribado bruscamente al suelo; veía yo aquella masa de seres vivos, amontonados estrechamente, y condenados á la pena de aquel cruel columpio; derribados, ora al un lado, ora al otro, como un campo de espigas sometidas á la fuerza de los huracanes. Los grandes van á caer sobre los pequeños; los robustos aplastan á los débiles, en tanto que se forman con los codos un puntal contra la masa humana que está detrás de ellos. Las mujeres levantaban en alto á sus hijos, para librarlos, en cuanto era posible, de aquella furia, de la cual ellas mismas formaban parte; aquellos pobrecillos lanzan gritos agudos al sentirse apretar hasta el punto de perder la respiración. Algún atribulado, compadecido de quien padece más que él, procura establecer una especie de cordón de resistencia allí donde hay una desdichada criatura acome-

tida de la enfermedad que no se conoce en tierra. A cada instante un golpe de mar, que inunda de agua el buque, interrumpe un momento aquellos gritos, aquellos gemidos, aquellas maldiciones, que vuelven á comenzar con mayor fuerza, por parte de una muchedumbre empapada en agua, hecha una lástima y que en aquellos momentos invoca fervorosamente á la tierra.

Y el pampero, cuando es el verdadero y propio pampero que yo me sé, tiene de peculiar que siendo para la nave una alternativa extraña de movimientos rápidos de balanceo y de columpio, todos aquellos que en el resto de la travesía han aprendido á desafiar, con un suficiente equilibrio, á las sacudidas ordinarias del mar, echan de ver entonces que su arte no les sirve, y que es necesario rendirse á discreción en aquel inmenso destrozo.

Y cuando una oleada furiosa llega á levantar de un modo enorme la parte de proa, se ve cómo aquella multitud de seres aterrados se encoge, se aproximan unos á otros, contienen penosamente la respiración, esperando con espanto la oscilación en sentido contrario. Vi, entretanto, á la pobre Luisa que padecía mucho, y á poca distancia de ella á Pablo, que no dejaba

de mirarla y que solamente por ella padecía.

Abandonando el puente, en el cual había la ventaja de mojarse menos, fuíme á visitar á la gente del salón. ¡Qué espectáculo aquél de rostros lívidos, de personas asidas á las mesas, á los sillones, á las puertas, y no al piano, porque éste, rotas sus ligaduras, se había salido de su terreno y no se hallaba manera de volverle á locar en el sitio debido!

En aquel instante de observación compasiva una voz estridente, como ruido de cadenas, hirió mis oídos, diciéndome:

—¡Y usted dice que viaja por placer!

El autor de esta lamentación, ya lo habrán ustedes adivinado, era el excelente señor Pierino, que realmente ya no podía más; ¡pobrecillo! Puede calcularse cómo se pondría cuando el capitán, presente en la sala para infundir valor á los más impresionados, nos dijo:

—Pues, á pesar de todo, el pampero no me molesta tanto como el pensar que esta noche estaremos cerca de Montevideo, y de seguro allí estará la marea muy baja.

—¿Y esto quiere decir?.. preguntó el señor Pierino. Me parecía que teníamos ya bastante.

—Esto significa, siguió diciendo el capitán,

que es necesario ir con sumo cuidado: hay momentos en que nuestra quilla toca al fondo.

—¿Conque hay peligro? ¿Es decir, que todavía no han concluído nuestras historias? gritó el señor Pierino, abriendo enormemente los ojos.

—No, hombre; no lo hay, no lo hay, contestó Mascazzini: no me asuste usted á las señoras, no hay tales peligros; aquí estamos nosotros para evitar, para anular los peligros; ese es nuestro deber.

En aquel instante una oscilación gigantesca hizo cabecear al buque y obligó á nuestro impresionado señor Pierino á verificar algunas piruetas. Cuando la oscilación y el cabeceo hubieron pasado, preguntó:

—¿Y tardaremos mucho antes de estar en aguas de Montevideo?

—Para usted es lo mismo.

—Dígamelo usted, sin embargo, capitán.

—Cuando vea usted que el mar cambia de color, entonces.

—Entonces cambiaré de color yo también, dijo el señor Pierino, para dar una bromita sin discurrir mucho.

Sobrevino la noche y, como en todas las anteriores, quedamos en salvo. Lo que más ha de apetecerse en los viajes por mar, es tener cielo

hermoso y sereno cuando se arriba á un puerto; en otro caso, el sitio de arribada parece feo, aunque sea un pedazo del paraíso.

Cuando llegamos á la vista de Montevideo, los rayos del sol doraban las alturas. La ciudad apareció como rodeada por los más brillantes colores. Arribando en tales condiciones, no hay más remedio que exclamar:—«¡Qué hermosa ciudad!» aun antes de haberla visto y visitado.

Entretanto á bordo se venía á todo andar la hora de las últimas y conmovedoras despedidas, por lo menos para aquella parte del pasaje que debía desembarcar en el Uruguay, aunque prosiguiese después á Buenos Aires. Ustedes pueden figurarse aproximadamente estos momentos. Una inundación de cajas, de baúles, de sacos, de bultos que se van sacando de la estiba, de los dormitorios y de proa y de popa y de todas partes. Un aproximarse mutuo de grupos que se saludan; un abrazarse inacabable; un despedirse cariñoso de personas que durante veinte días, formando como una sola familia, han aprendido á quererse.

Para muchos de estos amigos de ocasión, de los cuales los unos van hacia una parte y los otros á la opuesta (porque todos ustedes saben que Montevideo y Buenos Aires se encuentran

sobre las dos riberas opuestas del Plata) la pregunta más común es esta:—¿Volveremos á vernos?

La compañía dramática se despidió en Buenós Aires; por consiguiente, adiós Pasta, Garzés, Bracci, Tessero y, sobre todo, adiós... adiós malograda Pierina Giagnoni!

La animosa y simpática actriz—¡nunca olvidaré aquellas palabras!—cómo padecía tanto en el mar, lo mismo cuando estaba en calma que cuando babía tormenta, no bien la nave se detuvo delante de Montevideo, exclamó:

—Y ahora, adiós, mar maldecido; adiós por unos cuantos meses. Después volveré á verte, demasiado que te veré, en Noviembre, y aún me proporcionarás veinte días de tus balanceos y después... adiós para siempre... adiós para no verte nunca más.

—¡¡Nunca más!!... ¡¡y era cierto!

Tu enemigo, pobre y simpática artista, no debía ser el mar: ese infatigable portador de felicidades y de bienandanzas para los hombres como las que, en la anhelada entrada en el puerto, producen la cesación de toda molestia y el hallar más hermoso cuanto más vivamente habíamos deseado. Tu verdadero enemigo, el enemigo que debía acecharte cruelmente al

paso, poco después de haber pisado tu patria, para matarte, era una de esas enfermedades de alfilerazos, que al principio no asustan, como las horribles é inocentes convulsiones del mareo, pero que, no obstante, matan inexorablemente, burlando los esfuerzos de la ciencia. ¡Quién te había de decir, pobre Giagnoni, que aquella primavera, que inauguraste con nosotros á bordo del *Duquesa de Génova*, había ser tu última primavera, y que de pronto, á tu regreso de América, debías apercibirte para otro viaje, del cual nunca se vuelve!

PARTE SEGUNDA

MONTEVIDEO Y BUENOS AIRES

CAPÍTULO XII

En Montevideo.—La fisonomía de los negocios y los negocios sin fisonomía.—El papel más alto que el oro.—Cambio á la vista.

La satisfacción del excelente señor Pierino fué inmensa cuando vió que efectivamente estábamos en el puerto. Contemplaba con verdadera voluptuosidad después de tanta agua azulada, para él antipática, aquella agua amarillenta, y se daba la enhorabuena á sí mismo repitiéndo sin cesar: «Finalmente hemos llegado al puerto.» Uno de los oficiales, como lo viese excesivamente satisfecho, le aconsejó que reservase un poco de aquella alegría para el arribo á Buenos Aires, porque, como el oficial decía muy oportunamente: «El *puerto* de usted, que-

rido amigo, no está aquí, sino allí; además, hay todavía de por medio una noche de navegación fluvial, por ese Plata; y ese, en algunas ocasiones, se enfurece de tal manera que la comunicación entre Montevideo y la capital de la República Argentina se interrumpe. Queda además, cuando el piróscafo ha atravesado lo ancho del río, otro buen trecho por recorrer en un vaporcillo, y en éste se baila que es una delicia.»

—Tanto es así, dijo al oir esas palabras el cónsul De Marengo, que esos vaporcillos del Río se columpian y balancean con gran obscenidad, y alguna vez llegan hasta verter todo su contenido; lo sé perfectamente, porque he hecho más de cuarenta de estos viajes.

—Ya veo que ustedes quieren embromarme, dijo el señor Pierino con cierto tono picaresco; pero, á buena cuenta, ya sé que hemos llegado á las Américas... y lo celebro.

Cuando las formalidades del puerto, que están siempre á muy respetuosa distancia de las ya conocidas de los puertos italianos, lo permiten, se baja en una lancha, y mediante el pago, por ida y vuelta, de dos escudos, se puede visitar la ciudad.

La escalera no es de lo más suavemente accesible que puede imaginarse.

La barca lleva á sus pasajeros adonde puede llevarlos, que no es siempre adonde ellos quieren ir; á fuerza de saltos gimnásticos acontece alguna vez pasar de una barca á otra para llegar hasta la escalera, que es una obra muy atrevida... en madera; alguno tiende al viajero una mano compasiva, y merced á un salto más prodigioso que los otros, se llega á pisar realmente la tierra de Montevideo.

Una vez allí, se desfila un buen rato por delante de los grandiosos edificios de la Aduana, y como para quien llega por primera vez á la América el primer edificio que contempla en el Nuevo Mundo tiene que ser por necesidad interesantísimo, detiénese aquí adrede para observar aquella hermosa construcción, echando de ver, con gusto, que ni puertas, ni ventanas, ni distribución de muchos pisos, nada, en fin, es diferente de los de nuestros países europeos. La Aduana de Montevideo es verdaderamente una construcción que se asemeja á las de Europa bastante más que muchos otros edificios americanos que tienen su carácter propio.

La vista de la Aduana de Montevideo evoca en mí repentinamente el recuerdo de tantas agencias de reparaciones, de indemnizaciones y de no sé cuántas cosas impuestas á un Gobier-

no republicano, ya por uno, ya por otro capitán de buque de guerra italiano que tenían como punto de apoyo de sus pretensiones la mentada Aduana. ¿Qué más? El mismo almirante Persano, bastante más afortunado aquí que en Lissa, con motivo de un conflicto italo-uruguayano, viendo que el Gobierno dudaba en conceder no recuerdo qué satisfacciones, consiguió hacerse dueño, no ya de las aguas, sino de la Aduana misma. Pero como cuando á un Gobierno se le toca su aduana es como si se le tocase el corazón, la reparación fué inmediatamente concedida.

¡Atacad á los Gobiernos y á los particulares en la Bolsa, y veréis!

La circunstancia de haber hallado cierto ómnibus apenas puse el pie en Montevideo, me facilitó la tarea de sugerir un buen pensamiento á los profesores italianos. En la capital del Uruguay, las más importantes escuelas privadas de ambos sexos envían á recoger y llevan después á las casas respectivas á los alumnos, en ómnibus especial. Me pareció muy buena idea.

Como primera población que ustedes visitan al llegar al Plata, Montevideo, pequeña, pero muy simpática, es la que mejor predispone en favor de aquellas ciudades sud-americanas, cu

yos edificios parecen constituir gigantescos tableros de ajedrez, y cuyas calles forman, por consiguiente, una especie de cuadrícula que las hace monótonamente semejantes entre sí. El aspecto de Montevideo con sus calles alegres, variadas, elegantes, interrumpidas por plazas animadas y en nada parecidas las unas á las otras, y entre las cuales merecen ser señaladas como primeras *La Independencia*, *La Constitución* y *La Coganche*, hace que ustedes exclamen: «Pero ¿por qué me han dicho que estas calles sudamericanas tienen tanta monotonía? ¿Dónde se halla esa uniformidad de que me habían hablado? ¿Dónde esa monotonía?»

Para los que hayan de proseguir su viaje á los Estados limítrofes, podría darse esta contestación: «Ya nos veremos en Buenos Aires, ya nos veremos en Rosario, en Santa Fe, y así sucesivamente.»

Pero en Montevideo sucede lo mismo que en Córdoba; las calles tiradas á cordel no excluyen la hermosura, ni la variedad, ni la alegría principalmente, porque hay altos y bajos, lo mismo que en Génova, lo cual es más grato aún por lo que tiene de vista panorámica.

Si el Padre Eterno hubiese dividido toda la tierra en cuadros, repartiéndola así por medio

de ríos, montañas y llanuras, el conjunto, simétricamente dispuesto, habríase estancado antes del séptimo día. Pero en lugar de ser así creó... el mundo, que es bello, porque tiene variedad. Los sudamericanos, por el contrario, dijeron (y lo dicen aún, porque la novísima ciudad de la Plata está levantada con sujeción á este sistema): «Labremos á escuadra nuestras ciudades; sean nuestras casas otros tantos dados, y cuando hayamos de dar ensanche paulatinamente á las ciudades, solamente necesitaremos prolongar la líneas de la cuadrícula y multiplicar el número de calles del tablero. Con este sistema los planos resultan muy simplificados.» A la vista tengo efectivamente el plano del ensanche de Montevideo; si ustedes lo viesen en el papel, dirían de seguro: «Pero, señor, en una ciudad distribuída de este modo, no querríamos hallarnos, ni aun en efigie.»

Pues bien: Montevideo tiene la prerrogativa de agradar, no obstante su plano topográfico. La primera calle que ustedes encuentran, al subir la escalera del puerto, es en realidad un poco fastidiosa, porque en tiempos de lluvia tiene mucho lodo y en el buen tiempo demasiado polvo (y ustedes dispensen el asonante); la segunda calle, en sentido transversal, tampoco

despierta gran entusiasmo; pero á medida que van ustedes internándose se les va ensanchando el corazón: los hermosos y adornados edificios que flanquean las calles reconcilian á ustedes con el país y les prometen, en aquella ciudad pequeña, cuanto podrían hallar de agradable en otras mayores.

Calle del Veintiocho de Julio, calle del Veintiséis de Mayo, calle de Ibicuy, calle de las Misiones, calle del Uruguay y otras muchas de las principales, se dejan admirar de pronto; maravilla la opulencia y el buen gusto de las grandes tiendas y de los almacenes gigantescos. Hay allí, entre otros establecimientos, pastelerías de una suntuosidad parisiense. Se detienen ustedes con satisfacción delante de verjas tan elegantes como artísticas, que cierran bellos y espaciosos patios. Ven ustedes no pocas fachadas de templos de notable riqueza y de sólida cuanto primorosa arquitectura, en su mayor parte de estilo italiano del siglo XV. Ven ustedes teatros de magníficos paramentos y de ornamentación admirable en su interior: el teatro Solís es uno de éstos. Ven ustedes además otros monumentos, como el de la Libertad, en una plaza muy artística, que en verdad no son de esas obras de arte que hacen llorar. Y en el

Sud América tendrán ustedes ocasión de ver en adelante, si me siguen en el viaje, monumentos que hacen llorar...ó reir, á gusto del consumidor.

Ahora, para fortalecerles con un monumento modernísimo que honra al elemento italiano, tanto en lo que respecta al arte cuanto en lo que concierne á la filantropía, suplico á ustedes que me sigan á uno de los puntos más altos, más amenos y más saludables de Montevideo, para admirar el Hospital nuevo de los Italianos, que en la época de mi viaje no estaba abierto ni se había inaugurado todavía, pero que, sin embargo, se hallaba ya bastantemente adelantado para que pudiese anunciarse como muy próxima su inauguración. Este hospital, cuyos planos y diseños dió el arquitecto italiano Luis Andreoni, fué construído con arreglo á un sistema elegante y cómodo de pabellones aislados.

El proyecto general, de líneas soberanamente artísticas, admite la posibilidad de doce pabellones, cada uno de los cuales contenga cómodamente doce camas. La obra quedó, no obstante, limitada, por de pronto, á tres pabellones; los encontré muy bien concluídos y dotados de todo aquello que, no ya sólo el arte, sino la práctica antigua y constante en lo que á hospitales se refiere, aconsejan.

Naturalmente, como acontece con todas las buenas ideas, también ésta de un hermoso hospital italiano en Montevideo necesitó bastante tiempo antes de pasar á su realización. El primer pensamiento de este hospital lo concibió, hace treinta y cinco años, el italiano señor Capurro, padre del actual ministro de la Gobernación. Para este hospital italiano, hecho con subvenciones de italianos, residentes los unos en la Plata y en Italia los otros (entre los primeros protectores del proyecto debo mentar el rey Víctor Manuel II), se emplearon muy cerca de 500.000 pesetas. La inauguración se verificó en el primer domingo del pasado Junio, y con asistencia del vicepresidente Sr. Castro. La apertura al servicio coincidirá con la fiesta del 20 de Septiembre. He ahí un monumento que honra á los italianos.

Y ya que de monumentos hablo, quiero narrar á ustedes una cosa. Poco después de haber desembarcado, en Montevideo, vi, parado en medio de una calle, á un mi compañero de travesía que, habiendo bajado lo mismo que yo, solo para visitar la ciudad, debía continuar su viaje para Buenos Aires. Preguntéle qué buscaba en aquella calle.

—En ésta, ó en otra, me contestó mi compa-

ñero, deseo encontrar un importante monumento.

—¿Nacional?

—Nacionalísimo.

—Desconozco por completo la ciudad, y, por consiguiente, nada puedo indicarle.

De allí á muy poco vuelvo á encontrarlo en medio de otra calle; le dirijo la misma pregunta y obtengo la misma respuesta.

Entré en un café; permanecí allí como tres cuartos de hora; recorrí varias calles; después vine á salir á una gran plaza y en ella torno á encontrar á mi compañero, siempre en la actitud de quien busca algo que le urge mucho.

—¿Busca usted todavía, le pregunté, el consabido monumento nacional?

—Ahora lo busco más que nunca.

—Pero... ¿puede saberse, en resumidas cuentas, de qué monumento se trata? Ahora que he recorrido media ciudad, acaso me encuentre en situación de informar á usted.

—Pues bien, replicó mi hombre; yo, con perdón de usted sea dicho, busco un monumento... indispensable.

Pido á mi vez perdón al colega de travesía, y prosigo advirtiéndole que Montevideo es la primera de las ciudades americanas en las cua-

les han de saber ustedes, para su gobierno, que necesitan renunciar á la esperanza de hallar, por muchas y muy detenidas que sean sus investigaciones, uno de esos monumentos aludidos, que no son, por fin de cuentas, sino un producto de la incontinencia... de los otros continentes. Expliqué en seguida la cosa á mi compañero, que de otro modo quizá estaría aún dando vueltas por la ciudad en busca de una cosa que allí no existe. A las necesidades imperiosas que se satisfacen en esas *obras públicas*, originarias de la civilización de la Roma imperial, están encargadas de proveer en las ciudades sud-americanas las tiendas, cuyos jefes se acomodan de buen grado á esto, en gracia de que todo el que entra está en la obligación de convertirse, por el pronto y aunque sólo sea accidentalmente, en parroquiano de la casa. Fué una idea esencialmente mercantil; un pensamiento de tendero este que hizo, mucho tiempo ha, estatuir que las ciudades sud-americanas permaneciesen limpias de esa clase de monumentos; y es de creer que, más pronto ó más tarde, la clase de tenderos de por allí levantará una estatua á quien concibió un pensamiento esencialmente práctico. Pues es necesario que ustedes sepan, también para su gobierno, que,

á juicio de uno de esos mercaderes, no hay ofensa más grave que la de penetrar en su tienda y salir después sin comprar algo; ofensa que no se atenúa ni aun ofreciendo una gratificación por la molestia ocasionada.

Suplico á usted, hermosísima y egregia lectora, que me perdone esta digresión, que tal vez le habrá incomodado; pero que para mí, créamelo usted, era absolutamente indispensable, toda vez que aquí se trata, ante todo, de presentar los caracteres distintivos de los lugares. Es cierto que podía yo haber dicho, siendo más avisado: «Desde este sitio salte usted á la página tantas.» Pero, al cabo, estas son complacencias de las escuelas viejas, y yo, aunque entradito en años, quiero ser hombre moderno, para no parecerme... á los retrógrados.

Permítame usted, entretanto, despedirme de mi compañero de á bordo, que penetra apresuradamente en una sombrerería—porque en aquellos alrededores casi no hay otra cosa que sombrereros,—y ahora volvamos á mis peregrinaciones.

Hay en Montevideo jardines públicos deliciosísimos; paseos, acaso un poco distantes del centro, pero imponentes por su extensión, especialmente cuando se verifican algunas manio-

bras militares. De todo hay, en una palabra; de todo, menos de lo que llamarían los franceses el *cachet* de una ciudad de negocios.

Esto parecerá á ustedes extraño, pero así es. Cuando ponen ustedes el pie en una ciudad de mucho tráfico, de numerosos negocios mercantiles, ustedes esperan—poco importa que sea con gran disgusto—que aquel pie será aplastado á los pocos momentos por algún fardo, por algún cajón con ruedas, por algún saco enorme, ó solamente rozado por las llantas de una carreta, en medio de la confusión, del movimiento incesante de los negocios, como sucede, por ejemplo, en Génova. Andando por las calles próximas al muelle de las ciudades de mucho movimiento comercial, esperan ustedes un incesante cruzar de carruajes, un frecuente engancharse de ruedas, un llenarse de barro todo y á todos...: se disponen ustedes á oir algunas de aquellas prodigiosas blasfemias que los carreteros y los mozos de toda buena ciudad comercial deben tener prontas en su vocabulario ó jerga, á toda hora y á cada minuto. Deben ustedes tropezar también, así en éstas como en otras calles adyacentes, con hombres que tienen prisa, por estar sumamente ocupados, y que, por consiguiente, van á paso de carga, cuando

no van decididamente á la carrera, moviendo á más no poder los brazos; derribando, siempre que llueve, los paraguas de los demás; hablando entre sí febrilmente cuando van muchos reunidos; no parándose nunca para contemplar un escaparate, ni otra cosa digna de atención; respondiendo muy secamente á los saludos; diciendo, en fin, sin cumplimientos á quien intenta detenerlos: «Tengo que hacer.»

Deben tener, á más de esto, ciertos hombres de las ciudades de negocios, lo que en América llamaríamos colorido local. El humor negro, ustedes lo saben como yo, está muy indicado; el tiempo de los malos negocios debe surgir á la vista por todos los poros. Los muchachos, ó por lo menos los jovencillos, deben darse, á su vez, cierto aire de importancia; las mujeres hermosas han de ser miradas con alguna complacencia por estos hombres atareadísimos, pero siempre con ese aire, con ese no sé qué, en el cual puede leerse: «Quien lo hace todo es siempre el dinero.»

Pues bien; en Montevideo, ciudad de negocios, nada de esto ó casi nada de esto acontece. En el muelle (y he vuelto á él bastantes veces), los fardos, las cajas, los sacos que obstruyen el paso, pueden ser contados por los dedos.

Tal vez consistiría en que durante aquel mes se tiene la buena costumbre de no dejar con frecuencia esos géneros depositados donde realmente no deben estar.

Pero ¿dónde se halla entonces el formidable movimiento de carruajes que transportan á otra parte esas mercaderías? ¿Qué hacen con ellas estos montevideanos, ó quienes por ellos lo hagan? ¿No acostumbran á llevar á cabo transacciones? ¿Cómo imprimen movimiento á los negocios que indudablemente deben de hacer? ¿Dónde están—y ustedes perdonen la pregunta, las blasfemias y obscenidades indispensables en las capas bajas del comercio? Lo confieso: con gran asombro mío, no he oído una blasfemia en Montevideo, ni un juramento. Y eso que hay muchísimos, sobre todo entre los comerciantes, que hablan genovés.

¿Qué más? En Montevideo, no en esta ocasión, en que estuve solo de paso, sino tiempo adelante, fuí al teatro para ver á la compañía Pasta, como fuí también á la ópera. Pues bien, ¿lo creerán ustedes? en la platea, en las butacas, ocupadas por hombres que, tratándose de una ciudad como aquélla, deberían ser gentes del comercio, observé que, sin embargo, se permitían prestar atención al espectáculo, en vez

de leer periódicos ó cotizaciones de la Bolsa, como debía esperarse de personas dignas y serias que piensan en sus negocios mercantiles. No hubo uno siquiera, se lo aseguro á ustedes y pueden creérmelo, que mientras la *prima donna* cantaba el aria del suicidio de *Gioconda*, ó cuando Enzo entonaba la romanza *Oh mare!* tomase adrede el libro de memorias para anotar en él las operaciones del día.

Y ahora pregunto á ustedes: ¿es ésta, ó no lo es, una ciudad de negocios?

No tuve tiempo para conocer íntimamente Montevideo, pero esto me bastó para deducir que es hermosa, simpática, elegante; pero que, por lo demás, no se encuentra en ella la ciudad de los negocios. Un mi amigo, el viajero Arcibaldo Rivera de Génova, nombrado también, por todo el mundo culto, Ovidio moderno, impresionado cierto día, durante nuestra permanencia en Montevideo, por estas mis ideas negativas del colorido local de esa población americana como pueblo mercantil, me contradijo con viveza:

—Vaya—así me hablaba en Montevideo, en el día no se cuántos de Agosto de 1889, esto es, en lo más crudo del invierno:—véngase usted conmigo, hombre inútil, y acompañado por mí,

por Rivera, sabrá usted decir si á mi vez he sabido yo hacer á usted conocer y tocar la verdadera ciudad de los negocios, para que no hable usted de ella con impresiones falsas.

Visiblemente conmovido, me dispongo á salir con Rivera, me adhiero á sus codos, que mi amigo posee muy pronunciados, como quien tiene la costumbre de viajar mucho; entramos, muy cerca del puerto—era día feriado—en un establecimiento de negocios situado en cierto piso bajo de una de las calles mas frecuentadas. Rivera, al entrar, llamó con estrépito; nadie contestó al llamamiento. Nos internamos, casi á tientas, por entre varias cajas y muchos sacos, de los cuales sospeché que eran fingidos, y no logramos ver alma viviente. Adelantamos, á tientas siempre, hasta llegar al escritorio, embutido entre cuatro tabiques de madera y de cristales opacos, y allí no había mas ser vivo que un gato, durmiendo encima de la mesa; el cual gato ni aun se dignó levantar las orejas á nuestra llegada. Permanecimos media hora larga en aquella puerta, para ver si alguno llegaba, y, en efecto, no llegó nadie. Salimos, por consiguiente; mientras murmuraba mi compañero: «¡Es muy extraño!» Yo, por el contrario, confirmando cada vez más mis convicciones, pensé: «Es

muy natural.»—«Vamos á otro establecimiento de negocios, me dice el amigo; está á seis casas de aquí ,y en él hallaremos, no uno, sino diez comerciantes con gran actividad de asuntos y de transacciones.»

Allí nos dirigimos, y entramos en el sitio á que se refería Rivera; otro hacinamiento de cajas, de sacos, de libros mayores; otras llamadas inútiles; otro viaje de exploración hasta el escritorio, y nadie... ni siquiera un perro... ¿qué más? ni aun el gato, que, á lo menos en el establecimiento anterior, realizaba un acto de presencia.

Otras varias veces renovamos las tentativas de ver, según decía el amigo Rivera, un gran establecimiento de negocios. En el último hallamos, entre los sacos, las cajas y un cajón vacío, á un mozo de unos once años; evidentemente el primer empleado de la casa. Este nos dice que su principal ha debido deirse á ver al barbero, y que volverá dentro de media hora. Nos encaminamos a la peluquería, porque ya tengo ganas de ver una cara de industrial ó comerciante; pero el hombre de los grandes negocios ya no esta allí: ha ido á tomar un asiento para el teatro de la Comedia... y tal vez no regresará ya á su establecimiento. Una vez allí,

nos hacemos rasurar, «para no hacer reir» como diría Pablo Ferrari; y Rivera hizo, por vía de añadidura, que le rizasen el pelo. En todo el tiempo que esta operación duraba, ni en labios del barbero, ni en labios de su parroquia, ni en los de otros que fueron llegando después, surgió una sola palabra sobre asunto de negocios: «quizás, pensé entonces, hagan sus negocios á la chiticallando.»

Hallé además en Montevideo usos y preferencias monetarias singularísimas. Por de pronto, dando monedas á un tendero, aun después de haber comprado géneros por un valor equivalente, manifestábase descontento, porque hacía observar en seguida, mirando y remirando por todas partes la moneda, que el papel del Estado del Uruguay valía más que el oro. ¡Y pensar que á pocas horas de distancia, allá en la tierra argentina, un *marengo* se calculaba en seis escudos, y hoy casi se valúa en quince! Y es muy exacto, por otra parte, que en el mismo Uruguay el agio del oro había subido, no ha muchos años, *novecientos doce por ciento*, y á lo mejor, es decir, á lo peor de aquella subida (la historia económica sud-americana ha señalado el hecho con caracteres indelebles), como el Gobierno uruguayo había hecho gran monopo-

lio de aquel papel-moneda legal, caído á precio tan bajo, de una plumada declaró abolido el curso forzoso. Fué, al fin y al cabo, un hallazgo rentístico; y en lo que respecta á la abolición del curso forzoso, no alcanzo á comprender cómo á Magliari no se le ha ocurrido también esto.

Decía yo, cuando surgió esta digresión, que en la época de mi viaje, cuando se daba un napoleón de oro á un tendero de Montevideo, no parecía sino que éste preguntaba al comprador: «¿Qué porquería es ésta que usted me da?» Prefería en todo caso dos medios *marengos*, porque el papel, y mejor todavía el escudo uruguayo, tenía su preferencia.

Tengo á la vista el listín oficial de ahora (Abril-Mayo 1889) del *valor fijo* de la moneda de oro en el Uruguay, y en ese listín se establece que, para una cantidad de cien francos de Francia, Italia, Bélgica y Suiza, se tuviesen escudos uruguayos en papel, 18,66 en vez de 20; para una cantidad de cincuenta francos, 9,33 escudos; para una cantidad de veinte francos (el *marengo*) 3,75 escudos, ni un céntimo más; era cosa de desesperarse.

Y he aquí que hoy, en 1890, en Montevideo yergue su airada cabeza la crisis económica; el

marengo, aceptado casi por lástima durante el año anterior, crece en valor de un día para otro, y hasta se busca con prima; aquel papel-moneda desmerece cada vez más, y nadie quiere ni hablar del curso forzoso, después de aquel Gobierno.

CAPÍTULO XIII

Para Buenos Aires.—La última noche á bordo.

Y ahora, todavía por una noche soy tuyo, ¡oh *Duquesa de Génova!* ¡Cómo se había reducido á la casi taciturnidad el gran salón en aquella noche del día 24 de Abril! Ya no estaban allí los alegres colegas de la compañía dramática; no estaban los alegrísimos de la zarzuela... Solamente para animarnos continuaba allí el muchacho llorón, que en aquella célebre noche, ya fuera por el efecto del vino, ya porque quisiese festejar al nuevo mundo, lloró por cuatro chicos, más un par de gatos.

En la mañana siguiente, disponiendo de tiempo, quise llevar á cabo mi última expedición á la tercera clase.

Vi agitarse un bulto negro, que iba de un grupo á otro grupo; era mi ex amigo el sacerdote, que en aquellos últimos instantes de la travesía iba endilgando recomendaciones, advertencias y el resto de los sermones que hasta entonces habían quedado inéditos. Pero los emigrantes, de los que muy pocos habían desembarcado en Montevideo, pensaban en otra cosa muy distinta de los sermones; arreglaban sus ropas; se lavaban, ó para hablar con más exactitud, se *rebautizaban* con fervor verdaderamente admirable; algunos se vestían ropas más dignas de las circunstancias. ¡Calcúlese si podía yo olvidar á la simpática pareja amorosa!

Pablo, cuando conseguí verlo, estaba defendiéndose de los empellones de la multitud y llevando en la mano derecha, todo lo más alta que podía, una taza, que después conocí como café de color de huevo.

Piensa, dije para mi capote, en un reconstituyente; es de toda evidencia que, aun siendo como es este momento solemne y hasta funesto para él, sobre el dolor está el apetito.

Me dirigí á él; yo quería, cuando menos, saludarle una vez más, y él me dijo:

—Llevo á Luisa esta taza; creo que le sentará bien.

Admiré, como siempre, el heroísmo del amor, y después pregunté al amigo lo que había sido del anciano.

—Está abajo, me dijo, un poco encolerizado; pero no conmigo, que persevero en evitarlo, sino con los otros, porque busca el resto de su equipaje y no lo encuentra.

—¿Y Luisa?

—Está allí, sentada.

Y al decir esto, el joven me señaló á la muchacha, que tomaba el aire en el castillo de proa.

—Hágame usted el favor de saludarla en mi nombre.

El joven me invitó á llevarle en persona el saludo; no me lo hice repetir dos veces, porque siempre se acerca uno de muy buena gana á las niñas bonitas, sobre todo cuando se trata de un adiós último.

—Y ahora ¿dónde irán ustedes? pregunté sin poder contenerme, cuando estuvimos cerca de la joven enamorada.

Pablo guardó silencio durante unos segundos, y dijo después:

—Lo porvenir está en la mano de Dios.

—Nosotros iremos á Rosario, dijo Luisa, que entonces supo que tenía en mí un enamorado platónico.

—Señorita, le dije realmente conmovido, deseo á usted toda la felicidad posible, y se la deseo con todo mi corazón.

—Pablo, dije al otro, que había acabado de agitar el contenido de la taza para entregársela á la adorada niña; Pablo, me parece inútil decir que le deseo á usted lo mismo, por todo lo que pueda valer mi deseo.

La pobre joven había apenas saboreado el líquido, cuando tronó detrás de ella una voz terrible que decía: «¡Luisa! ¡Luisa! ¡Luisa, digo!» Era el viejo, el jardinero cruel, que se hallaba á la sazón á una distancia de diez pasos y cuya voz hizo estremecerse á Luisa en tales términos, que habría dejado caer la taza si yo, inclinándome con oportunidad, no la hubiese recogido.

Entretanto, con la autoridad que, á juicio mío, podía darme el haber sido convidado por el capitán á compartir la fescura de su estancia, di algunos pasos hacia el viejo, y le dije:

—Pero, buen hombre, permita usted que esos dos excelentes muchachos, á la vista de estas tierras nuevas, eleven juntos los más ardientes votos por un porvenir más favorable, que ciertamente han merecido los pobres.

El anciano me miró entre irritado y provocativo. Después me contestó:

—Usted vaya á mezclarse en sus asuntos.

¿Qué querían ustedes responder á eso? La retirada se imponía; pero aún dirigí un cariñoso saludo á Luisa y á Pablo, que se había alejado un poco de la joven.

Pasé á los otros grupos de emigrantes. Muchos de ellos, á mas de haber sido compañeros durante la travesía por mar, debían serlo aún de viaje por largos trayectos de ferrocarril, según que iban dirigidos por los agentes a unas ó á otras provincias; gran parte iban á la de Santa Fe. Eché de ver entonces que Pablo y Luisa no habían sido los únicos en padecer la terrible y dulcísima enfermedad de amor. Sorprendí á una hembra de unos cincuenta años muy cumplidos, y á un hombre de muy cerca de sesenta, que, enamorados hasta el extremo de derramar lágrimas, cambiaban entre sí estas patéticas palabras:

—Es decir, comadre, que ya no volveremos á vernos.

—Tengo ya en *Rosario* una colocación asegurada para planchadora.

—¡Bah! Un oficio que en todas partes puede ejercerse, exclamó el otro; y continuó:—Envíe usted á paseo á la casa de *Rosario*, y véngase usted conmigo á la ciudad nueva *La Plata*.

—¿Y qué haré allí?

—Pues planchar... ó lo que usted quiera; yo voy allá empleado en la luz eléctrica, una ocupación que, por ahora, no es muy conocida en el país argentino, hasta el punto de que, fuera de *La Plata*, no hay población alguna que esté públicamente alumbrada por la luz eléctrica.

—Buena ocupación es la de usted, y buena ocupación es la mía, contestaba la hembra; vamos á ponernos de acuerdo.

—Es cosa muy fácil, se apresuraba á decir el viejo enamorado.

—Véngase usted á *Rosario*, decía la mujer.

—Al revés; vale más que usted se venga á *La Plata*, replicaba el de la luz eléctrica.

Y en estas manifestaciones de un común deseo, las manos tornaban á estrecharse... con fuerza. Después del pecho del hombre se exhalaba un suspiro profundo: después suspiraba también su compañera. Pero como uno y otro echasen de ver que yo les estaba observando, desaparecieron de pronto de mi vista.

De regreso á la sala de primera clase, vi nuevas y no menos crueles separaciones, oí nuevos y no menos conmovedores suspiros. Algunos expresaban á la Fabbri y á De Lucía el pesar de no haber oído á bordo ni una sola nota de aque-

llos labios... La cantante se apresuraba á responder: «Ahora podrán ustedes escucharnos libremente en el *Politeama* argentino.

Libremente, se entiende, pagando cinco, diez ó más escudos cada noche.

Entretanto el buque se detuvo en *alto río*. El ministro de la República Argentina en Bruselas se me acercó para ofrecerme, con una cortesía excepcional, un sitio, mejor dicho varios sitios, incluídos mis baúles en el ofrecimiento, en el vaporcillo con bandera argentina que el Gobierno enviaría á su representante.

Esto equivalía realmente á entrar en la República del Sur por la puerta grande.

Fuí á despedirme de los otros amigos; cambié con el capitán y con todos los oficiales cariñosas despedidas. El primero entre los primeros, y sin cumplir ninguna otra formalidad, llegó el vaporcito del Gobierno. Bajé yo; usted, excelente y atento ministro, bajó; bajó asimismo la distinguida señora de usted. Los demás no bajaron. No me vanaglorío; por esto, pues, de todo corazón habría yo deseado llevarlos á todos conmigo; pero es evidente que empezaba ámanifestarse en mí un poquito de vanidad. Aproxímense ustedes al poder; de frente, de lado, de cualquier modo... siempre han de notar

la aproximación. Nuestro vaporcillo comenzó á deslizarse con una velocidad extraordinaria: por una parte y por otra buscaban mis ojos la costa... y aun las dos costas, completamente nuevas para mí por su índole; parecíame ver aquella confusión de masas amarillentas, de cantiles peregrinos, de aberturas indefinidas, de variados árboles con que salen del paso los pintores escenógrafos para presentarnos riberas nunca vistas. Los rayos del sol enviaban acá y acullá puntos de oro sobre aquel paisaje.

A lo largo del río entristecía la vista el gran número de barcos sumergidos, cuya arboladura, visible aún, aparece á flor de agua.

Por fin nos vemos en un paso entre dos moles gigantescas: estamos en el puerto de *Madera;* el espectáculo se transforma en espléndido, en casi fantástico; nos deslizamos entre espesísima selva de buques en que se ostentan enarboladas todas las banderas posibles. Esto de enarbolar banderas no es cosa discurrida por mí, pueden ustedes creérmelo; debe de ser una invención de algún pariente de Xerjes, el que dirigió al mar una reprimenda tan famosa cuanto baldía.

Y no vayan á figurarse, aquellos de mis lectores que no hayan ido á Buenos Aires, que,

por el hecho de no poderse guarecer en este puerto algunos buques de alto bordo, las naves que en él se encuentran son todas diminutas, como si se tratase de una escuadra de simple aparato teatral. Algo de teatral hay allí, en efecto; la parte por donde nosotros penetramos en el puerto parece la embocadura del escenario de la ópera. No existe un telón que haya de levantarse; pero el viajero pasa de repente, desde una vista árida y triste, á un espectáculo de magia: no sabría yo encontrar un vocablo que pueda dar idea más exacta del efecto que aquel paisaje produce.

Imaginen ustedes únicamente una selva espesísima de barcos, desde los más pequeños hasta los de más imponentes dimensiones. Las labores, las insignias, los mascarones que ornan la proa de los buques, dispuestos como en columna cerrada, constituyen por sí solos una maravilla de colores y de emblemas. Pueden verse indudablemente puertos más grandiosos, en absoluto, que el de Buenos Aires; no he visto ninguno que ofrezca éste tan imponente conjunto de tipos y de banderas. Explícase esto, entre otras razones, por la de que Buenos Aires, centro de atracción y de negocios para todas las naciones del mundo, y consumidor de tantos pro-

ductos pedidos á todos los puntos, debe tener necesariamente en su puerto esa imponente representación cosmopolita.

El cambio peregrino de los idiomas menos análogos entre sí, por el alborotado personal de á bordo, viene á completar aquella extraña exposición de embarcaciones; el ruso, el alemán, el turco, el italiano, el francés, el inglés, el griego, el español, el portugués...: eso sin contar con las gradaciones de los distintos dialectos, surgen de aquella tripulación como un formidable fuego graneado. Un *quídam* lanza contra otro barco palabrotas que me parecen blasfemias.

— Es un griego, me dice en buen español el timonel de nuestra lancha. Aquel alborotador grita á los del otro barco que no sabe cómo se contiene para no saltar al otro lado á imponer una terrible y cruenta lección, para que no volviesen á burlarse... ¡Sombra de Homero! dije entonces; si éste es el griego moderno, yo, á fuer de latino degenerado, doy gracias á los dioses porque la expresión de la quinta esencia del latinismo está hoy reducida al dialecto genovés.

Y cátate que siento en mi oído, en toda su pureza, en toda su corrección, aquel dialecto de mi alma, no bien desembarco en la dársena del

Sur. En la escalera inmensa hay un hormiguero de gentes atareadas. Los barqueros y los mozos se suceden unos á otros, y sólo se asemejan en que hablan todos el idioma de mis abuelos, un poco tosco y acaso algo corrompido, si se quiere, pero siempre originario de la reina del Mediterráneo. Es muy extraño, no obstante, que siendo el *vos* el vocablo característico de nuestro dialecto genovés, haya casi por completo desaparecido en el genovés artificial de estos excelentes porteños, ó al menos del que usan aquellos mozos, servidores del arsenal y sus afines. En nuestra lancha, que por el privilegio de ostentar bandera del Gobierno se aproximó francamente á la escalera sin necesidad de formar cola con los otros barcos, según habría ocurrido en otro caso indispensablemente, saltó de pronto un faquín, el cual me dijo con toda llaneza:

—*¿Quieres que te lleve el equipaje?*

Aquel rasgo de confianza, propio de un antiguo camarada de colegio, me asombró al principio; pero no tardé mucho en convencerme de que en las riberas de Plata no debía de regir, á lo menos en lo que respecta á nosotros, aquella frase del Dante:

El hermoso país en que el VOS *suena.*

El faquín, en efecto, dirigiéndose al ministro, cuya superioridad con respecto á él debía de serle conocida, dijo: «Viniendo con usted, no será necesario que se detenga en la aduana.» Esto, por supuesto, después de haber dado yo el consentimiento para que trasportase mi equipaje.

Entretanto, pregunté al faquín, un hombrecillo vigoroso, como de cincuenta años:—¿Es usted de Génova?

—No: he nacido aquí, lo mismo que mi padre; no necesita usted saber más.

Esta noticia me descorazonó por lo que se refiere al llamamiento de conciudadano que yo me reservaba para el caso de que las exigencias del mandadero me pareciese muy subidas, pues nada habíamos ajustado previamente.

Después de los baúles bajamos nosotros, y al fin el suelo argentino es hollado por nuestros pies. Por de contado que pisar el suelo no equivale á tener de pronto el paso libre, porque á ello se opone aquel *maremágnum* de géneros detenidos para ser embarcados, ó por haber sido desembarcadós; aquel indefinible é intrincado ir y venir de vehículos; aquel correr en todos sentidos de gentes con las mangas levantadas; aquel aproximarse de carruajes y de ca-

ballos, ya de tiro, ya de carga; con más, sobre esto, el acompañamiento de los simples curiosos, que nos da desde luego la idea de la ciudad de los negocios. ¡Ah! En este punto se respira muy pronto el ambiente de la capital de los negocios; tampoco aquí faltan palabras enérgicas, muy parecidas á blasfemias.

Con las debidas frases de agradecimiento me despedí de aquellas atentísimas personas, que con su invitación me habían evitado la molestia de las formalidades del puerto, que siempre se evitan con mucho gusto.

CAPÍTULO XIV

En la Boca no se bromea.

Cuando han subido ustedes los peldaños de la escalera en el puerto de Buenos Aires, todavía no están ustedes en Buenos Aires, sino en la Boca de Baracas. Administrativamente, aquella forma ya parte de la capital, y no dista del centro más de media hora de tranvía; pero las costumbres y los usos son muy distintos. En la ciudad propiamente dicha, por ejemplo, existe la costumbre de respetar y aun temer aquella

institución humana que representa la salvaguardia del público y que aquí se nombra *el vigilante*.

En la *Boca*, por el contrario, si el vigilante pretende que prevalezca su autoridad, hay la costumbre de arrojarlo al río. Por regla general, aun cuando el agente no pretenda imponer con rigor excesivo su autoridad, se prefiere que no perturbe con su aspecto marcial aquellos turbulentos rincones. Los hombres son en la Boca fuertes y suspicaces: las mujeres no lo sé, porque con hombres así me he guardado muy bien de aspirar á conocerlas demasiado. Sé con toda certeza lo siguiente: que en la Boca hallarán ustedes, sin duda, muchísimos hombres animosos; que también existen, en esta especie de Transtíber, una colección de almas fuertes y generosas, de sentimientos evidentemente italianos, que en las grandes ocasiones se manifiestan de un modo admirable, porque aquí la población es en gran parte de italianos; acaso hay veinte mil almas; pero hay también—y ha de serme lícito decirlo—buen golpe de bandidos, de cumplidos ó fugados de las prisiones patrias, de condenados en rebeldía, de aspirantes al presidio, que no hay para qué desconocer ni ocultar por un mal entendido sentimiento de

patriotismo. Es una mezcla tan maravillosa de lo bueno y de lo malo, de lo noble y de lo atrevido, de lo perdido y de lo ruin, que ningún otro punto de la tierra me parece que pueda presentarle igual en terreno tan reducido.

Los alumnos más indisciplinados y los escolares más estudiosos asisten á la escuela pública de la Boca; los arranques más admirables y las acciones más bajas, allí se verifican; no será ciertamente en la Boca donde acontezca, por desgracia, la caída de un hombre al río, sin que inmediatamente se presente un salvador generoso; como no transcurrirán muchos días sin que sea arrojado al río algún hombre por celos, por venganza, ó simplemente por deseos de matarlo. Cuando en la Boca sobreviene un incendio, no se espera á que venga, con tardo paso, del centro de la ciudad, el servicio de incendios; en la Boca los italianos se constituyeron en cuerpo de bomberos voluntarios; se hicieron labrar una hermosa casa; se proveyeron de todos los aparatos necesarios, y cuando acontece una de esas desgracias, el trabajo del bombero voluntario basta, por regla general, á dominarla completamente. Y por otra parte, en la Boca no es raro que se produzca un fuego intencionadamente, ya por librarse de la

sujeción de un propietario molesto, ya para advertir á un almacenista mercantil que su concurrencia no se ve con buenos ojos, y por otras muchas razones.

Hay en la Boca teatros especiales para representaciones dramáticas, y allí es preferido siempre el repertorio sangriento; lo cual no es obstáculo para que el mismo *Cantar de los Cantares* pueda ser comprendido, saboreado y plaudido. El sanguinario Ulises Barbieri es autor y actor en Boca.

En las hosterías se come bien y se bebe mejor y desde luego más barato que en la ciudad; pero algún día se propone un camarero hacer á ustedes que paguen muy caro un consumo cualquiera, tómenlo como una ocurrencia muy graciosa, y no les irá mal. Un día—y al contar esto anticipo los acontecimientos, pero no importa;—un día, repito, tomé muy á mal que en el mismo sitio un camarero, algo torcido de piernas, me hiciera pagar una bebida á precio que duplicaba casi al que por la misma había yo pagado en el día antes. «Te cogí, le dije haciéndole notar la diferencia.—Ayer, por el mismo consumo, pagué menos.» El mozo se acercó á mi oído como para decirme: «¿manda usted otra cosa?, y me dijo: «tenga usted muy

presente que no puedo volver á nuestra patria porque necesito cumplir cierta condena, por haber asestado, en un instante en que se me fué la cabeza, una terrible puñalada á cierto sujeto que la tomó conmigo.»

—El caso es, contesté prudentemente, que yo no la tomo con usted, sino con el precio que usted exige, que hace avergonzar al excesivamente pequeño que me pidió ayer.

Hay en Boca enormes, monumentales edificios, como el de la Aduana, que semeja una fortaleza de la Edad Media; y hay casas que parecen huroneras, casi peores que los famosos fonduchos napolitanos. Las calles son en algunos barrios muy espaciosas; pero para seguir uno su camino con más libertad, debe preferir las más estrechas, porque en las anchas es tanto el cruzar de tranvías y de ferrocarriles, tal la aglomeración de carros de transportes para los trabajos del puerto, que muchas veces se interrumpe el tránsito lo bastante para perder la paciencia: cuando no acaece alguna desgracia horrorosa, como un tranvía destruído por un tren de ferrocarril, que deja solamente un montón de restos del coche y varios cadáveres destrozados, como aconteció en Junio del año próximo pasado.

Algunas calles de Boca son llanas; otras tan empinadas, sobre todo las que conducen á lo alto de la plaza de la Constitución, que las cuestas de Génova, comparadas con ellas, parecerían planos ligeramente inclinados. Las casas en Boca son generalmente bajas y de carácter muy democrático, lo que no impide que formen por aquí y por allá visible contraste un palacio magnífico y lindas *villas*, como si algunos ricos hubieran escogido aquellos apartados arrabales como residencia para el veraneo.

Existen también dos clases sociales, perfectamente distintas, en Boca: la de los que trabajan constantemente, y la de los que no hacen absolutamente nada; lo cual es muy difícil de encontrar en los barrios más elegantes y más céntricos de la ciudad, donde todos hacen algo... bueno ó malo. Los que en Boca no trabajan, antes que rentistas son perjudicados, libres por sus circunstancias de las molestias de la policía. El barrio de Boca no es grande ni pequeño; si ustedes lo recorren en ciertos y determinados días, especialmente de conmemoraciones patrióticas de Italia, es pequeño para la inmensa muchedumbre que por sus calles transita; en otros días, en los que parece que la población ha emigrado al otro lado del río, el espacio resulta

de sobra; semeja un barrio de ciudad muerta.

Al venir de la escalera del puerto, atravesé esta parte tan característica; mejor dicho, esta *obertura* de Buenos Aires. Había yo alquilado el primer coche que se me presentó, algo desvencijado y con un caballo que parecía hermano carnal del de Tánger; pero en desquite el cochero era italiano. Éste, después de haberme hecho recorrer unas calles larguísimas, se detuvo diciéndome:

—No se puede pasar de aquí; la calle está cortada.

—Entonces, pregunté, ¿quién me llevará al *hotel* de Londres?

—Yo, me respondió; pero habrá de ser por otra calle.

El nuevo camino fué un laberinto tal de callejuelas, que para recorrerlas todas hasta la última, aun con el plano de la ciudad á la vista, se habría visto negro el mismo general Lavalle, menor, que, á lo que dicen, es el primer estratégico de la República Argentina.

Al llegar á cierto paraje, díjome el cochero que se iba á beber una copa con sus amigos, en una hostería que allí veíamos, y que volvería inmediatamente.

Yo, recordando entonces la filosofía de las

copas, le dije:—Si usted me lleva sin interrupción á mi fonda, le daré yo una copa de vino, á escoger.

Pero yo no era su amigo, y el cochero no quiso aceptar mi oferta. Yo y el caballo hubimos de esperar, por consiguiente, unos veinte minutos, y me quedo corto. Pareció de pronto como si en la taberna se hubiese originado una riña; al percibir la voz vibrante de su amo, la bestia comenzó á mover sus orejas. Entretanto pensaba yo en el hombre del equipaje, que en aquel momento había de estar esperándome en la fonda de Londres. Por fin veo salir de la tienda doshombres propinándose terribles puñetazos: uno de ellos es mi cochero; lo conozco en seguida, á pesar de que está del todo desconocido, á consecuencia de una puñada de su contrario que le ha aplastado la nariz y le ha inundado el rostro de sangre.

Los combatientes prosiguen su lucha; el uno, esto es mi cochero, retrocediendo siempre; el otro, su adversario, siempre adelantando, llegan hasta el carruaje, que en aquel momento era mío. Procuro bajar por varias causas, y una de ellas la consideración humanitaria de que el interior del vehículo ha de convertirse en enfermería; pero al verlo, me grita mi hombre:—

Vuelva usted á subir; soy con el señor en seguida.—Mientras eso dice, procura asestar al otro un puñetazo en el tórax; pero el adversario le suelta en la cabeza un golpe tal, que lanza su sombrero á veinte pasos de distancia, y mi automedonte pára como quien no ha conocido nunca una lluvia más desagradable,

Si alguno cree que hay exageración en esta escena presenciada en el preámbulo de mi entrada en Buenos Aires, que vaya, si le parece agradable, á cerciorarse sobre el terreno. Creo que aún habrá por allí algo de sangre de mi cochero. El cual ¡pobrecillo! sin pensar ya en contestar á su contrario, permaneció un momento en medio de la calle para enjugarse la sangre, y por último tornó al pescante. No pude resistir á la tentación de preguntarle:

—¿Era éste el amigo con quien iba usted á tomar una copa?

—Figúrese usted, dijo el malaventurado, que este compadre mío me sostenía que en mi carruaje no se puede ir en media hora desde aquí hasta Palermo.

—¿Desde aquí hasta Palermo? grité espantado.

—Quiero decir al jardín público.

—Menos mal.

—Yo, que sé lo que traigo entre manos, sostenía que mi caballo, que no es un rocín, va en un galope; él afirmaba lo contrario. Yo: «no sabes una palabra de esto;» el otro: «tú y tu caballería sois dos bestias;» entonces le di una puñada; él me pega tres á traición; le pego otras dos, y lo demás ya usted lo ha visto.

—¡Vaya si lo he visto! dije con ira, pero librándome muy bien de contradecir al porfiado auriga.

—Supongo, le dije para estimularle moralmente, que usted, aun sin disputar, podría llevarme en cinco minutos á la fonda de Londres, donde me espera mi criado.

—No diré que sea precisamente en cinco minutos, contestó el cochero, pero de fijo llegaremos muy pronto; sin embargo, si usted quiere, puedo llevarle á otra fonda que tiene un amigo mío.

—No, no, le repliqué: ¡líbreme Dios de amigos como los que usted tiene!

Decidióse el cochero á dar un latigazo á su medio caballo, y salimos á un paso que se aproximaba algo al galope. Ya fuera de aquel enlace entre la Boca y la ciudad, que se llama *calle de la Defensa*, se presentó á mis ojos la grandioso, lo imponente, y, por algún edificio, lo

monumental; es decir, que desembocamos en la plaza de la Victoria, el cuartel general de todo movimiento revolucionario.

Para quien por primera vez contempla la plaza de la Victoria, la impresión es de aturdimiento; queda deslumbrado. Los que la ven por segunda vez y la examinan algunas otras, advierten desde luego lo que en ella se ha derrochado, y echan de ver sus defectos; y el primero de todos, el del gran palacio del Gobierno. Es una extravagante amalgama de estilos. La cubierta del edificio es de hierro: se ajusta á la arquitectura francesa del siglo XVII; el piso principal pertenece á nuestro estilo del 1400; el inferior participa de dos estilos, á modo de transición entre el 1400 y el 1500. Pero lo que más especialmente choca en la fachada principal de este gran palacio es la brusca interrupción de la simetría que, como hacia la mitad de la fachada, la cual debería ser una sola cosa, nos la presenta de un estilo diametralmente opuesto al otro.

De todas maneras, prescindiendo de los grandes errores arquitectónicos que pueden ser señalados lo mismo en éste que en los demás edificios, el efecto de esta gran plaza es siempre el que produce una cosa grande, imponente.

Una plaza alegre por excelencia, y siempre teatro de fiestas, desde que para celebrar una fiesta nacional fué improvisada en menos de un mes á fuerza de demoliciones febriles, donde existía sólo un hacinamiento de callejones estrechos.

Supliqué al cochero que se detuviese un instante para gozar de aquel espectáculo que me atraía; pero él, poco artista ó acaso aturdido aún por los puñetazos de su amigo, me contestó: «No puedo, llevo prisa.»

¡Llevaba prisa! ¡Figúrense ustedes si no la hubiese llevado!

El trayecto desde la plaza de la Victoria hasta la fonda de Londres, es corto. Después de haber dado una vuelta de nuevo, se detuvo; pagué, aunque por muchos motivos podía yo considerarme como el acreedor, y me dispuse á entrar en la posada pensando con terror en la protesta que por su largo esperar me presentaría el mozo de mi equipaje en mal provinciano y en peor disposición para las exigencias del pago.

Sin embargo, por muchas que habían sido las dificultades de mi paseo en carruaje, había yo precedido al faquín. Cuando, al cabo de mucho tiempo, llegaron á la fonda mozo, carreta y baúles, no callaré que en aquel pueblo, para mí

completamente extraño, me puse á charlar con gran complacencia el dialecto natal, para preguntar al mozo cuánto costaba el porte desde Boca á la fonda, de mi reducido equipaje.

—Tiene usted que pagarme ocho escudos, me respondió intrépidamente mi amable compatriota.

No pude menos de estremecerme al oir aquella cifra; el mozo juraba y perjuraba que era precio de amigo. Por último, muy convencido de que los mandaderos de la República Argentina deben de ser millonarios, consentí en darle siete escudos.

Cuando el mozo del equipaje se marchaba, observé que el amo de la fonda sonreía. Pre guntéle la causa, y él me dijo, sin circunloquios, quo el precio aceptado por mí no podía menos de producir risa.

—¿Y qué he debido hacer, le pregunté, si el hombre insistía con tal tenacidad?

—Pues ha debido usted decirle: «Eres un canalla, un tunante; te doy un escudo, y nada más; con que escapa. Vete ahora, pedazo de bribón, ó llamo á un vigilante.

—¿Y ese recurso hubiese producido efecto?

—Así lo hacemos siempre; se echa de ver que usted no conoce el país todavía.

Hice en mi pañuelo el nudo número mil para no olvidar la lección, tanto más preciosa cuanto más relacionada estaba con mi ministerio de hacienda.

CAPÍTULO XV

Usos y costumbres.—Las multas.—La Bolsa.—Las tumbas se abren.

La primera operación que hice en Buenos Aires fué dirigirme á un cambiante para cambiar mi moneda por papel argentino. A la sazón estaba el cambio al 50 por 100. El cambiante, con el cual había yo cruzado algunas bromas cuando eché de ver que éramos compatriotas, como notase que yo colocaba en mi cartera y con gran cuidado los billetes de Banco que él mismo me había dado, me repitió las palabras que son el estribillo invariable en la República Argentina:

—Ya se conoce que es usted nuevo en el país.

—¿Por qué razón? pregunté.

—Las costumbres del país, me contestó el otro, exigen que los billetes no se lleven en la cartera.

—¿Pues dónde voy á llevarlos?

—En el bolsillo, y con cierto desdén. Procurará usted no tener aquí mucho cuidado con el dinero, ó le tomarán por lo que en Italia llamamos un provinciano. Arrugue usted bien esos billetes, y como si fuesen una pelotilla que usted estuviese dispuesto á tirar á la cabeza del primero que encuentre en la calle, póngalo usted en el bolsillo del pantalón. Cuando haya usted de pagar alguna cosa, arroje usted el billete en el mostrador como una cosilla sin valor alguno, y esperando la vuelta finja usted que le importa muy poco, y no se detenga, como en Italia, á contarla céntimo á céntimo. Todo lo más, cuando esté usted ya fuera de la tienda, lance usted una ojeada para ver si está completa. Esta es la costumbre del país; estamos en América, ¿sabe usted?

—Le agradezco á usted muy de veras estos estos útiles informes.

—Y le daré á usted más. Procure no salir de casa con menos de ocho escudos en el bolsillo: es el precio medio de las multas.

—¿Las multas?

—A la vuelta de poco tiempo, aquí todos incurrimos en ellas. Usted, por ejemplo, disputa en voz un poco alta.

—Yo no disputo nunca.

—Pero aquí en América es necesario disputar. Usted, digo, disputa en voz un poco alta con un *quídam* que no quiere entenderlo; acaso para dar fuerza á sus argumentos, levanta usted el bastón un poco. Pasa un vigilante (en cada esquina hay uno), y sin dar ni quitar la razón á ninguno de los contendientes, ruega á los dos que le sigan á la comisaría; allí paga cada uno, sin apelación, su multa de *ocho nacionales* (en algunos casos hasta diez) y después de haber pagado, se van: el que no paga, no sale.

—Pues esa me parece justicia turca.

—No, argentina. Y es un hecho probado que aquí se mira uno mucho más en disputar y golparse en medio de la calle, que en nuestro país.

—De todas maneras, dije tranquilizándome, yo soy hombre pacífico.

—Pues aun así corre usted más peligro, porque eso significa que existirá en usted la tendencia del pacificador. Usted ve, por ejemplo, á dos que riñen y se golpean: corre á separarlos; le alcanza á usted un puñetazo. Por casualidad sobreviene un vigilante, y grita; «¡A la comisaría los tres!—Pero yo, dice usted entonces, intentaba poner paz.» El otro, sin detenerse en averiguar si es verdad ó no lo que usted

dice, repite la orden de seguirle á los tres, y amenaza, si no se le obedece, con silbar...»

—¿Silbar?

—Sí; los vigilantes de aquí tienen sendos silbatos; y es frecuente que los tengan también, por precaución, los ciudadanos particulares; suena un silbido, y aparece un vigilante, y á veces dos ó tres.

—Basta: hago otro nudo en el pañuelo; la colección es ya numerosísima; en la República Argentina no separaré nunca á una pareja que se aporree.

—Mañana, prosiguió mi valioso consejero, perdóneme usted que descienda á ciertas cosas, pero lo hago por su bien; mañana, obligado por una necesidad imperiosa y habituado á vivir en nuestros países europeos, donde se halla pronto donde satisfacerla...

—Bien; si incurro en eso, ¿qué me sucede?

—Usted cree que nadie le observa... Pues nada... surge un vigilante que le acechaba, porque estos individuos de la *primera policía del mundo* tienen una vista de tal modo perspicaz, que adivinan las intenciones casi antes de que hayan sido formadas y, por consiguiente, mucho antes de que se realicen, y aquél á quien se coge en tal acto, incurre en la multa, que ha

de pagar irremisiblemente, de seis nacionales, ó más, según la medida del delito.

—Pues bien: no incurriré en esas faltas.

—Advierta usted, no obstante, que el peligro existe precisamente cuando menos se espera. Usted, por ejemplo, se encuentra en la acera y lleva la derecha.

—Como es costumbre.

—Pues bien; adelantan en sentido opuesto, por la misma acera, dos señoras... aunque sean viejas, y observando que usted vacila en cederles el paso, bajándose de la acera, (y tenga usted presente que en algunas calles hay aceras que levantan un metro, y acaso más, sobre el nivel del resto de la calle); usted, digo, vacila en ceder su derecha, y las dos señoras le tratan de grosero; usted contesta como puede. Llega un vigilante, á quien llaman los señoras mismas, y usted no sale de sus garras sin pagar la multa.

—¿Conque las señoras disfrutan de tales y tan despóticos privilegios?

—No será nuevo para usted el aforismo: «La República Argentina es el paraíso de las mujeres, el purgatorio de los hombres y el infierno de los caballos...»

—Está muy bien; cuando encuentre en mi

acera una mujer, me precipitaré fuera del alcance de sus pies.

—Siga usted, siga usted haciendo nudos al pañuelo. Es seguro, segurísimo, que usted será convidado á comer en casa de algún conocido. Y, á propósito, tenga usted en cuenta que un convite no puede rechazarse, si no se presenta una certificación legalizada del médico, si la excusa es por enfermedad, ó una escritura pública, si es por asistir á un compromiso anterior. Usted, repito, va á comer en casa de alguno, y le hacen beber algo más de lo acostumbrado. Usted—dispense la hipótesis—sale de aquella casa un poquito alegre.

—Nunca bebo más de lo acostumbrado.

—No conoce usted el clima del país... En fin, que usted anda dando traspiés; un vigilante lo coge y lo lleva á la comisaría, donde permanece usted hasta que le pasa el trastorno. Después sale usted de allí, siempre que pague usted su multa, porque en la República Argentina la embriaguez está tolerada y es lícita en todas partes, menos en la vía pública.

—Aumentaré mi tesoro de anotaciones con esta advertencia. ¿Tiene usted alguna otra cosa que aconsejarme?

—¡Tantas tendría! Pero todavía nos vere-

mos, porque usted, necesitando hacer gastos, vendrá alguna vez á cambiar. Siga usted mis consejos si ha de pasar aquí algunos días.

—Pasaré algunas semanas.

—Entonces tome usted una ó dos habitaciones para dormir, y queda en libertad de comer donde quiera; en esas fondas lo que más cuesta es la habitación; lo demás, el alimento, es casi como *plus*, ó cuesta muy poco ó nada.

—¿Nada?

—¡Es claro! Porque, que coma usted, que no coma, el precio es el mismo. Es más, aun pagando sobre esta base, el fondista lleva muy á mal que su huésped vaya á otra parte á comer, y acaba por decirle que su presencia perturba y molesta.

—Llevaré, si ocurre, certificación de haber estado á comer con una familia. Entretanto doy á usted gracias de todo corazón por sus preciosas noticias.

—Mi deber...

—Y ya que estoy aquí, dije cuando m edespedía, cámbieme usted estos tres *marengos*... Dadas las condiciones de la policía argentina conviene ir provisto de *nacionales*.

—Entonces tiene usted mayor prima que antes, en lo que he cambiado hace un rato.

—¡Buena es esa! ¿Y porqué?

—Habrá usted observado que mientras nosotros hablábamos, un muchachuelo me ha entregado un papel. Era el último boletín del *Banco Nacional* sobre el precio del oro. Hace muy pocos minutos el *marengo* valía seis escudos; ahora vale seis y medio; mañana podrá valer siete ú ocho.

—Y dentro de un año, ¿cuánto podrá valer? pregunté impresionado por la oscilación del oro en la República Argentina, en tan poco minutos.

—Por caridad, no hablemos de esto, dijo, poniéndose muy serio, el cambista. Después, como si pensase en cosas menos tristes, continuó:—Basta; el ministro Varela ha prometido ahora poner un freno al negocio del oro.

—¿Y usted cree en realidad que logrará contenerlo?

—Desde la aparición de su decreto que prohibe los negocios sobre el oro en la Bolsa, vamos peor cada vez... Le aseguro que es mucho mejor no hablar de esto... Siga usted bueno, y sobre todo tenga prudencia.

—Hasta la vista.

Al salir de allí me encaminé á la *Bolsa de Comercio*, donde esperaba yo encontrar amigos

muy queridos y compatriotas. El edificio de la Bolsa de Buenos Aires es grandioso y, más que elegante rico. Tiene dos fachadas; la una, de estilo italiano del siglo XVI, está en la espaciosa plaza de la *Victoria;* la otra da á la *calle de la Piedad*, casi inmediata á la fonda en que yo paraba. Hay dentro y fuera de la Bolsa tal abundancia de columnas, que bastarían para levantar otros varios palacios. Entro en la parte de la calle de Piedad, y no bien piso el vestíbulo, hallo frente á frente un gran cartel, con letras de realce, en que se anuncia la venta de ramos de flores.

Pregunto el precio de uno, de regulares dimensiones, adornado con papeles y que entre nosotros valdría, á lo más, dos ó tres pesetas y oigo (no vayan ustedes á creer que exagero) que me piden diez escudos. *Volveré*, dije, y me dirigí al salón de contrataciones en la Bolsa; pero antes de llegar allí hay que sostener una verdadera lucha con los que nos acometen ofreciéndonos, además de los periódicos, unos papeles gratuitos. Tomo estos últimos, y leo en varios la palabra *remate*, seguida por acá y por allá de jeroglíficos que parecen indicaciones topográficas. Leyendo otros, llego á comprender por vez primera que *remate* significa la venta

de terrenos, ú otra cosa, en pública almoneda. Llego á saber por añadidura—y para esto hago uno más sobre los nudos en el pañuelo, con el propósito de referirlo en Europa,—que se va por *remate* á ciertas localidades algo apartadas, donde hay, por ejemplo, un terreno en venta, y con él otras cosas. En estos casos el reclamo dice muy clara y muy rotundamente que allí se da de comer y de beber á todo el que vaya... con tal que vaya. ¡Imagínese lo que se dará cuando se trate de elecciones de diputados ó de presidente de la República!

Hay muchos que van á los *remates* sólo para comer y beber de balde.

Otro de los folletos que me entregan en la puerta lleva al final muchas firmas de bolsistas, y advierte en el texto que Fulano está considerado como un bribón, que en su país tiene que cumplir algunos años de presidio, y conviene evitarlo y aun desterrarlo.

Me miro muy bien para cerciorarme de que ese Fulano nada tiene de común conmigo, y paso á examinar otro de aquellos documentos que me han regalado. Éste se halla bajo sobre. En él se ha escrito en castellano lo siguiente: «Honorable señor: No perderá usted seguramente su tiempo abriendo este sobre y leyendo

lo que en él se contiene.» Abro, leo y aprendo que el remedio más seguro para conservar la frescura y belleza de la piel...

Me convenzo pronto, sin leer más, de que perdería el tiempo en refrescarme y embellecerme la piel, y voy, por el contrario, á engolfarme en el ambiente de los negocios. En la entrada, los empellones, los terribles codazos, los pisotones en los callos están á la orden del día. Cuando estoy para entrar en la sala, un portero me detiene y me pregunta lo que busco.

—Busco á muchas personas, le respondo pensando en los muchos amigos que habría de hallar dentro. Y menté una lista de nombres que, por mi fortuna, eran también buenos hombres. Abrió entonces el portero la puerta de cristales, manifestando de esa manera el gran respeto que merecía quien á tanta gente conoce; entro en la Bolsa como en mi casa.

Busco ávidamente fisonomías de amigos, y no las hallo. Sin embargo, reconozco de pronto, entre las varias personas que hay en la división del centro, bajo la enorme claraboya que da luz al salón, á más de uno que en mi país no fueron seguramente, en lo relativo á negocios, unos santos. Hasta, lo diré todo, mientras estoy para acercarme, sin más espera, á uno á quien re-

conozco precisamente como compatriota, me acuerdo de que hace ya mucho tiempo el pobrecillo se ha suicidado, no sin cumplir correcta y regularmente con todo lo prescrito para estos casos, dirigiendo cartas á sus mejores amigos y al juez, etc., etc., cartas que publicaron los periódicos italianos. Lo creí muerto, y lo hallo aquí. En efecto, en América se resucita. De todas suertes, y de una manera ó de otra, la verdad es que el suicida se fué al otro mundo.

De repente, en medio de aquella algarabía ensordecedora producida por el cruzarse de tantas lenguas y de tan distintas palabras, y mientras oigo, dominando á todas las voces, la del pregonero de la Bolsa que publica nombres y operaciones, vuelvo la vista hacia la división que se halla á la derecha del punto por donde he penetrado, y reconozco á mi amigo de Génova Alberto Musso. Pueden ustedes imaginar si después de una travesía de seis mil millas me produciría efecto el ver por fin la cara de un amigo muy querido, con el cual he pasado hermosos momentos en la madre patria. Lancéme á su encuentro á fin de poder abrazarle en seguida; pero en el paso de aquella división, donde yo no vi ni siquiera indicio de vigilantes,

que eran ya mi único *bú*, siento que me asestan en la espalda un terrible puñetazo.

En cuestión de puñetazos, especialmente si la parte contraria es más débil, soy también muy abonado para contestar en toda regla. Mientras me dispongo á realizarlo así debidamente, siento que otro me agarra por el brazo, y haciéndome retroceder bastantes pasos, me entera de que durante las operaciones bursátiles no es lícito penetrar en aquel compartimiento, reservado á los corredores.

—Pudo usted decírmelo de una manera más parlamentaria, le digo; con tanta más razón, cuanto más lo merece quien, como yo, es nuevo en este sitio, y aun en este país. Interviene en nuestra conversación un tercero, y para darme una respuesta convincente, me dice:—*Aquí se estila eso;* tenga usted paciencia.

Con el propósito de reponerme algo de mi estupor, siento la necesidad de proveerme de un poco de aire menos cargado, y torno al vestíbulo, entre las flores y los repartidores de documentos gratuitos.

Oigo de repente la voz de uno que habla en italiano, en el cual se demuestra á cien leguas el genovés. Miro al que habla, y me convenzo de que no lo he visto en mi vida.

Eso importa muy poco; no bien advierto que su interlocutor, no genovés, se aleja, me acerco resueltamente al que ha quedado solo y le digo, con placer idéntico al probado por Dante cuando halló á Virgilio en la puerta del infierno: «Somos paisanos, si no me equivoco.» El otro me responde que no ha visto á Génova desde hace muchos años. Le contesté que yo he salido de allí hace tres semanas.

Me pregunta en seguida mil cosas de Génova y de los genoveses; no han transcurrido cinco minutos y ya somos verdaderos amigos. Cuando han pasado diez , durante los cuales se ha verificado el cambio de billetes, me dice con una cariñosa sonrisa: «Si usted quiere favorecerme hoy comiendo á mi mesa... mi casa es la suya.»

Me quedo... así como la estatua de Sara. Recuerdo en seguida la frase: *Aquí se estila eso*. Y para no crearme un enemigo, me concreto á decir que estoy ya convidado en otra parte. Cruzamos todavía algunas palabras, y nos despedimos. Apunto, entretanto, en mi libro de memorias el nombre de ese nuevo amigo; hecho lo cual, como si la impresión del puñetazo se hubiese borrado en el vestíbulo, vuelvo á la Bolsa muy decidido por esta vez á llegar, vivo

ó muerto, hasta mi amigo Musso. Antes de hallarlo encuentro á varios conocidos de Génova, los cuales me dicen que Musso me busca. Entonces pienso: ¿Qué? La noticia del puñetazo que por él he recibido, ¿puede haber llegado hasta Musso? Entonces sé que el corresponsal en Montevideo de los periódicos de Buenos Aires ha tenido, en el día anterior, la ocurrencia de telegrafiar que llegaría yo á la capital argentina en el *Duquesa de Génova*. De esto procedía el que ya estuvieran enterados los amigos. Duélome, entretanto, entre mis conocidos de Génova, del puñetazo recibido, y al pensar en él comienzo á resentirme de nuevo. Uno de los interlocutores me aconseja que me vengue, ya que puedo hacerlo, mandando bruscamente, como se manda á un criado perezoso, al mismo que me administró el puñetazo que vaya á buscar inmediatamente á Musso.

—¿Y si me propina otra puñada? pregunto en nombre de la prudencia.

Oigo entonces una vez más la eterna contestación: *Aquí se estila eso.*

Diríjome entonces, algo preocupado, hacia el hombre de la puñada: y cogiendo todo mi valor á dos manos, le digo:

—¡Llámeme usted en seguida al señor Musso!

El otro se levantó inmediatamente, y entremetiéndose entre la multitud de corredores, grita varias veces: «¡Sr. Musso!» Al cabo de tres minutos Alberto Musso y yo formábamos el gran cuadro plástico de la amistad: yo entre sus brazos, él entre los míos, y juntos salimos al vestíbulo.

Un amigo trae siempre otros amigos; y aunque yo, en lo relativo á los juegos bursátiles, no tenía más títulos que los de la renta turca, fué considerable el número de los conocimientos que adquirí aquel día en la Bolsa.

Ahora, y ya que con el sano propósito de buscar amigos he llevado á ustedes, antes que á muchísimos otros sitios, á la Bolsa, déjenme los hombres de negocios que les diga yo alguna cosa de sus ordenanzas. Sinceramente, y á pesar del puñetazo que me cupo en suerte, reconozco que la costumbre de tener, en el momento de las operaciones, los agentes de Bolsa completamente separados del público, librándolos de la eventualidad y la molestia de realizar sus transacciones entre la masa de los simples curiosos y de los desocupados, nada tiene de censurable; todo lo contrario. Y aun esta división de la Bolsa, que evita el contacto de los profanos mientras dura el curso de las operacio-

nes, sería muy conveniente establecerla en otras cosas.

Además, puede estar siempre á la vista de todas las variaciones diarias de los precios, porque no bien se ha convenido una operación, el encargado de los agentes la escribe en pizarras enormes, colocadas *ad hoc* en el compartimiento en que me había faltado poco para entrar ilegítimamente.

En el interior hay contiguas varias salas muy cómodas para que el que trabaja en Bolsa halle cuanto pueda ocurrírsele para anotaciones particulares, redacción de contratos, etc., con mesas provistas siempre de todo lo necesario. (En algunas Bolsas que yo conozco, toda la comodidad de los escritorios se reduce al libro de memorias que tiene cada cual en su bolsillo ó en la mano, ó en la rodilla, ó, en último resultado, en las espaldas de algún buen amigo que sirve de punto de apoyo para escribir) (1).

En el vestíbulo hay un casillero muy cómodo

(1) Hemos conservado esta alusión, por dos razones: primera para no faltar á nuestro propósito de traducir religiosamente el texto italiano; y segunda, porque, si bien la Bolsa á que Resasco se refiere, no debe de ser conocida de los lectores españoles, conocen éstos otras Bolsas á las que puede aplicarse lo que dice el autor.

(N. del T.)

para recoger sin tardanza notas y avisos de los agentes. En la Bolsa misma hay escritorios especiales para los agentes de más notoriedad. En los pisos superiores hay salas de conversación y un salón de lectura bien provisto de los diarios más importantes del mundo. En las paredes se ve escrita, en varios idiomas, la palabra *silencio*, y en los sitios en que se lee este vocablo no me parece que lo recuerdan bastante.

Ahora muy pocas palabras sobre el sistema reglamentario de liquidación en la Bolsa en Buenos Aires. A diferencia de tantas otras Bolsas en que el negocio de liquidación se ve aplazado á veces por varios días hasta fin de mes, aquí los trescientos corredores (son casi trescientos) están obligados, ineludible y rigurosamente, á último de mes, á tener hecha la liquidación de todos los negocios en que han intervenido, antes de las cuatro de la tarde. Cuando el mes termina en día festivo, en vez de retrasar hasta el siguiente día el saldo de los negocios, anticipan su arreglo definitivo el día precedente, porque se ha establecido como regla que el mes entrante nada tiene que ver con las operaciones realizadas en el saliente. Está prohibido el sistema de contrataciones fiduciarias El liquidador de confianza para toda la Bolsa

es uno sólo; y con retribución proporcionada, está obligado á resumir toda operación con los datos que cada uno de los corredores le proporciona. La remuneración de este liquidador único, es, ó al menos era en mi tiempo, el uno por quince mil del valor de las operaciones efectuadas. Es obligatorio el pago de cualquier deuda que resulte de una liquidación, en el término de venticuatro horas; pasadas éstas, el deudor es declarado moroso y expulsado de la Bolsa. Al que no paga en el plazo de ocho días se le declara quebrado. Liquidados los saldos de deudores y acreedores, es costumbre, en lo concerniente al sistema de pago, depositar—en la casa de banca de confianza para los interesados,—los *cheques* (1) correspondientes al importe de la deuda. Estos *cheques* están extendidos á favor del liquidador y los recibos han de serle remitidos á su oficina en la Bolsa. Antes del día único destinado á la liquidación, se procede á ella sobre la base de las operaciones contratadas; si suben, son vendidos los títulos

(1) *Cheque* es vocablo usual y corriente entre las gentes de la Banca; la Academia Española no le ha dado aún carta de naturaleza, como no se lo han dado todavía los hablistas en Francia, ni en Italia; pero no tiene sustitución posible, y no hay más remedio que emplearla. *(N. del T.)*

en pública subasta; si bajan, son comprados á cargo de quien no provee con tiempo para adquirirlos. Se han establecido multas progresivas para los responsables de estas irregularidades; si después se reconoce en ellas dolo, el que resulta autor es expulsado definitivamente de la Bolsa.

Este es, en sustancia, el espíritu de las disposiciones que durante mucho tiempo han regulado las operaciones en la Bolsa de Buenos Aires. Eran, sin duda, para tiempos de situación normal, disposiciones excelentes; ahora, en esta situación de crisis aguda, la regularidad de las negociaciones no tiene razón de ser, desde el momento en que se opera sobre una base tan azarosa y precaria para los negocios mismos.

Observen ustedes que mientras el reglamento y las costumbres de la Bolsa de Buenos Aires no pusieron jamás obstáculo alguno al que, siendo declarado en quiebra, procedía de otros centros bursátiles y lo admitía en la Bolsa de la calle de la Piedad, era al propio tiempo inexorable contra el que, aun siendo muy buenos sus antecedentes, en las primeras plazas, contravenía una vez á los reglamentos, ó, lo que es peor, faltaba á los propios compromisos. Hoy, sin embargo, van las cosas muy de otra

manera; los que parecían colosos indestructibles han caído en ruinas; la situación general de las cosas, más aún que el dolo ó la insolvencia de los negocios en orden á su inseguridad, produjo sus naturales consecuencias, entre ellas la de hacer que en un solo día faltasen á sus compromisos sesenta negociantes en Bolsa, en virtud de lo cual imagino que aquel famoso reglamento y aquellos sesudos contratos han recibido hoy tales golpes que no les queda más camino que el de entonar la antífona del *Pater Noster*: «*Et dimitte nobis debita nostra, sicut*... etc.» (Y perdónanos nuestras deudas, así como... etc »), al tiempo de negociar.

Entretanto si hoy se hubiera de expulsar de la Bolsa de Buenos Aires á los bolsistas que no se hallan en regla, sería menester echar de allí hasta las columnas.

CAPÍTULO XVI

La primera noche en tierra, después de veinte en el mar.—Calle Florida.—Los tranvías.—Los negocios.—Los ataúdes en el otro mundo.

Es hora ya de salir de los negocios y de pensar que el mío ha de ser, ante todo, un viaje de recreo. El señor Musso me toma bajo su pro-

tección, me considera como el más precioso, aunque del todo inútil, de sus títulos, y me amenaza con no concederme ni aun la facultad, reservada á todo mortal, de abrir mis baúles, sacar los trajes y reunir las cartas de presentación y recomendatorias.

Un paréntesis á propósito de las recomendaciones. Un sujeto á quien reconocí, como amigo antiguo, en la Bolsa de Buenos Aires me regaló, por cuenta propia, la advertencia siguiente:

—Usted tendrá de seguro cartas de presentación y recomendaciones.

—No las he utilizado, le respondí, porque el cariñoso apresuramiento de los amigos se me ha anticipado.

—Pues bien, por mi cuenta no me ocurre dar á usted mejor consejo que uno: «Es inútil presentarse con buenos informes.» No quiere decir esto que aquí sean preferidos los tunantes; pero en los negocios cada uno pretende probar á usted, en lo que usted valga, sin referirse á ningún antecedente; por eso, repito á usted, y hasta le aumento la dosis con un adverbio: «Principalmente, no presentarse con buenos informes».

No pude menos de sonreirme escuchando la

advertencia; pero observé que no viajando yo para negocios, las cartas de presentación y las recomendaciones que yo llevaba no podían perjudicarme en definitiva.

Y á propósito de recomendaciones, baste á ustedes saber—ya que estoy aquí, es preferible que aquí siga—que uno de los que, entre otros, me había provisto espontáneamente de recomendaciones para la República Argentina, era Edmundo de Amicis, cuya simpática efigie figura en Buenos Aires en mil escaparates, como la del autor italiano que goza de más popularidad y cuyas obras se hallan en todo establecimiento de libros traducidas á todos los idiomas para uso de aquel público compuesto de gente de todas las naciones.

Habíamos quedado, como ustedes recordarán, en que mi amigo Musso y yo nos dimos un apretado abrazo en la Bolsa. Repuestos ya, uno en pos de otro, de la emoción primera, establecimos nuestro programa. Yo acompañaría en carruaje á mi amigo hasta su domicilio, sito en la calle del Callao, dispensado del cumplimiento de aquellas reglas de buena crianza que enseñan á no presentarse en las casas con el polvo de un largo paseo y con vestidos peores que los de viaje; saludaría á sus tres hermanas,

á quienes había yo conocido cuando no levantaban tres palmos del suelo; desde allí iríamos á una casa inmediata para saludar á otra parte de la familia de Musso, á saber, una hermana casada con David Morro, un garibaldino de todas las expediciones. Todo esto lo haríamos para demostrar que cuando se trata de ver á tan caros amigos, se puede en todo prescindir de la etiqueta.

El programa anunciado fué cumplido en menos de dos horas. A las dos chiquillas que yo había visto en Italia, de dos palmos de estatura, en la simpática casa de Musso las hallé dos graciosísimas jóvenes. Sé que ellas no contaban, de seguro, con esta debilidad del cronista, como que me dieron acerca de esto órdenes prohibitivas y terminantes; pero, por una vez sola y ya que se trata de hablar de mi primera visita á los amigos de Italia, habrán de perdonarme. Pasando á saludar á los Morros, grandes y pequeños, torné á la fonda de Londres y me dirigí—ya era tiempo desde mi llegada—á llevar á cabo un examen de conciencia en mi alcoba.

Fué aquél mi cuarto de hora de Rabelais.

«Si duermo, dije yo al señor yo mismo, no como porque ya estoy avisado de que es necesario comer á la hora; si como á la hora, no duer-

mo. Debo escribir con urgencia, pero si escribo, ni duermo, ni como.» Parecen niñerías estas cosas, pero en la vida de los que viajan son hechos.

Llamo, por lo tanto, al camarero y le digo: tráigame usted algo para comer, para escribir y para dormir... Cualquier cosa basta.

La petición relativa al dormir se refería á las mantas que todavía no estaban puestas en la cama. Me preparo además á abrir, no solamente la maleta, sino mi terrible baúl, que desde Génovano se había abierto y que contenía... lo que talvez diré á ustedes en otro libro. Pero por muchos esfuerzos que hice, el tremendo baúl se resistió á ser abierto: esas sales marinas forman ciertos tropiezos pícaros en las cerraduras. Torné á tocar el botón eléctrico; tornó á presentarse el camarero, y le dije:

—Tráigame usted algo para abrir el baúl.

Los camareros de América son más inteligentes y casi siempre más bribones que en otras partes; no fué menester explicarle que me hacía falta algo para forzar una cerradura que se resistía.

Estos camareros de las fondas son realmente de una ligereza maravillosa, ¡habituados á servir á tanta gente que no puede perder el tiempo! En menos de diez minutos tuve allí todo lo que

había pedido; con que cerré la puerta. No acertaría yo á decir á ustedes lo que hice mientras ni mi cabeza ni mis piernas lograban convencerse de que no estaban todavía á bordo.

El hecho indiscutible es que en un momento determinado, mientras los manjares humeaban en la mesa, y mi baúl estaba todo revuelto, y en el escritorio había principiada una carta, me quedé dormido.

Apenas desperté, apresuréme á consultar mi reloj.

Aquel pícaro marcaba las tres; yo no comprendía del todo; ¿eran las tres de ayer, quiero decir, del día mismo de mi llegada á Buenos Aires, ó bien las tres de hoy... suponiendo que yo hubiese dormido hasta el día siguiente de ayer? No había mejor recurso que acudir al camarero velocípedo. Toco el botón, aparece mi hombre, y le digo:

—¿Son las tres... realmente de hoy, ó cuál es la hora verdadera?

—Son, ni más ni menos, las ocho de la mañana, respondió el otro.

Las distracciones del que hace un viaje largo se suceden y no se parecen. Mi reloj, siempre arreglado con regularidad, esperaba desde muchos días antes ser puesto en hora con el

nuevo hemisferio. Pero, en realidad, ¿que podía importarme, á bordo, el conocimiento de las horas, cuando había siempre dispuesta una campana para indicarme los momentos más interesantes de la vida ordinaria? El único que me preguntó cierto día qué hora llevaba, fué el ex-furriel, de quien no se habrán olvidado ustedes. Le respondí: «es la hora de retirarse,» y así salí del paso medianamente, como puede juzgarse.

Despedí juntamente al camarero y la cena no consumida del día anterior, generosidad esta última que no era un rasgo de Lúculo, toda vez que, consumida ó no, el precio del hospedaje era el mismo. Entretanto, y mientras esperaba el almuerzo, me senté á la mesa de escritorio para concluir algunas cartas.

No pueden ustedes imaginarse la sensación que produce, después de un largo viaje por mar, sentir bajo los codos una mesa que no se mueve, sentarse en una silla también quieta y ver las ventanas que dan á poblado.. Crean ustedes, no obstante, que esa normalidad se hace á la larga algo fastidiosa.

Escritas algunas cartas, con pulso firme, pero menos concluídas que de costumbre, después de abundantes abluciones de agua clara, después

de almorzar sin acostumbrarme del todo á ver aquellos platos que no oscilaban á mi vista, y después de vestirme de caballero, con sombrero de copa y todo, pues ya me habían dicho que en Buenos Aires lo que constituye principalmente la personalidad es su corteza, salí á reconocer la situación.

¡Cómo se siente en algunos casos estar del todo en el otro mundo! En el hemisferio de acá, el que sale a paseo procura permanecer en las arterias principales. En la topografía de Buenos Aires no hay arterias. Todos son músculos. Cortan ustedes cien calles de unos diez metros de longitud, próximamente, desde la orilla del río hasta la parte alta de la ciudad, que es donde más se ensanchan; cortan ustedes otras ciento que atraviesan perpendicularmente á las otras; aca y aculla establecen ustedes algunas plazas en las que desemboquen varias de esas calles; llaman ustedes *cuadros* á todos los solares resultantes en el tablero así formado, de unos 129 metros cuadrados cada solar; esto es la ciudad. Téngase por regla, al buscar esta ó la otra habitación numerada, que cuando se va hacia el río los números se disminuyen; y, al contrario, aumentan cuando se va hacia lo alto de la ciudad. En cuanto á buscar y encontrar una

calle, es cosa facilísima, sólo que es necesario recorrer varios kilómetros para llegar á ella. Pregunten ustedes al vigilante, con muy buenos modos, y él les dirá que sigan adelante hasta pasados diez ó doce *cuadros* y vuelvan después á la izquierda ó la derecha, con que se hallarán ustedes con la calle que buscan. Pero mejor que preguntar al vigilante, es que se provean ustedes de un plano topográfico en pequeño; plano que en la fonda suelen dar gratis, porque al fin y al cabo lo hacen pagar con creces en lo demás. En esos planos cada calle tiene su numeración ordenada.

De noche, lo mismo que de día, lo que viene á recordar que hay siempre vida en Buenos Aires es «*El ronco son de la tartárea trompa*,» ó más prosaicamente, de los cuernos de conductores de tranvías que incesantemente cruzan todas estas calles, ó como antes dije, todos estos músculos que en cada *cuadro* se cruzan. Para que tal aglomeración de carruajes no cause atropellos, el cochero está obligado á lanzar el toque de aviso, lo cual no impide que los atropellos y los choques de vehículos sobrevengan con una frecuencia escandalosa.

Al salir de la fonda me encontré con que las calles estaban completamente llenas de barro.

Pregunté cuándo había llovido. «Hace ya diez días,» me dijeron. Así se hace en aquel pueblo: basta que llueva una sola vez para que permanezcan durante semanas enteras los vestigios de la lluvia en el empedrado, que se compone de dados diminutos. Al terminar de cada cuadro, el ciudadano que en algo tenga la integridad de sus miembros, debe pararse, muy especialmente en los sitios más céntricos y de mayor movimiento de negocios y porque es tanto el cruzarse de carruajes públicos y particulares, de carros, de acémilas sin carro, de carretas y de transeuntes, cada uno de los cuales va que parece que se lo lleva el mismísimo demonio, que realmente no puede asegurarse si, para quien tiene prisa, es preferible ir en carruaje á ir á pie. En Buenos Aires, todos, incluso los mendigos, suben en tranvías. También lo exije así la costumbre; hay en el carruaje un pobre de pedir limosna; llega otro mendigo que es un amigo suyo; el primero, si no ha pagado aún, debe pagar por él y por el segundo: así lo dispone la etiqueta. No se da el caso de que habiendo en el carruaje dos conocidos, paguen ambos; el uno ó el otro paga por los dos.

En el tranvía nunca sabe uno cuánto dinero lleva en su bolsillo. Entra una señora conoci-

da en compañía de otras cinco ó seis; basta que ustedes conozcan á la una, para que paguen por todas, sin dejar que se lo digan.

Hay aquí también otras costumbres en los tranvías. Tenía yo, una vez, necesidad de hallar pronto una calle, cuya situación ignoraba; me puse en el tranvía en la plataforma del conductor; rogué á éste que cuando el coche llegase á la calle de que se trata me lo avisase; el cochero me respondió con mucha frescura y francamente, que si no le pagaba muchos centavos no me avisaría de ninguna manera.

Existe en Buenos Aires otra costumbre inveterada: la de mortificar á los caballos cuando no pueden más; martirizarles á fuerza de latigazos cuando las pobres bestias, medio muertas, jadeantes, mordiendo con los cascos el ingrato terreno, procuran inútilmente seguir adelante. ¡Cuesta tan poco un caballo en la República Argentina, donde es tan caro todo!

Aún no he dicho á ustedes si en aquella mi primera salida regular á la vía pública en Buenos Aires subí en algún tranvía. Sí, subí; pero bajé pronto. Pregunté cuál era la calle más notable por la magnificencia de sus establecimientos comerciales, y me contestaron que en todas había tiendas lujosas; pero que entre sus calles

céntricas la de la *Florida* estaba en primera línea. Vi, efectivamente, tiendas que parecían espléndidas calles cubiertas. Tómese por ejemplo la tienda de música de Hardoy; en ella el visitante se pierde; parece una ciudad dividida en calles que forman interminables hileras de pianos. Las confiterías, las pastelerías, las carpinterías, las zapaterías (ó mejor *calzaderías*), los establecimientos de coches, de muebles, de ropas... y por último los almacenes en que hay un poco de todo, reunen en algunos casos condiciones tales de ostentación y de magnificencia, que el forastero queda realmente maravillado. Sé de sobra que muchas de esas tiendas grandísimas andan ahora cabeza abajo.

También son muy dignas de verse las carnicerías, cuya grandeza está en el modo de valuar la cantidad de carne que se vende; allí la carne se mide, no se pesa; las criadas no van á comprar una libra ó más de carne, según la necesidad; la compran por palmos. El carnicero tiene mil cosas en que pensar y no se entretiene en hacer pesos; creo que ni siquiera hay balanza en su tienda.

Algún día, si tienen ustedes paciencia para seguirme, les llevaré al *gran matadero de Buenos Aires.*

Poco ha menté las confiterías. Tengan ustedes en cuenta que en la República Argentina las señoras no van al café; éste existe para los amigos de conversación, para los desocupados y también para los que han menester de acudir á esos sitios á fin de anotar algúna cosa, ó bien de almorzar ó tomar café; pero la señora no entra allí nunca; va á la confitería, donde hay una salita dispuesta adonde pasa el sexo bello: si algún hombre acompaña á la señora y pretende penetrar allí, puede hacerlo siempre que las otras señoras no protesten y lo expulsen: su entrada casi está sometida á votación.

Ya lo he dicho á ustedes: infierno para los caballos, purgatorio para los hombres, paraíso para las mujeres; sobre todo si las mujeres parecen ángeles.

A propósito. En esta mi excursión preliminar por las calles céntricas de Buenos Aires, encontré á una señora que había hecho la travesía conmigo en el *Duquesa de Génova*. La saludé; me detuvo.

—Usted se halla ahora en su paraíso, le dije, advirtiendo que estaba mucho más hermosa en tierra que á bordo.

—No me hable usted de este país, respondió la señora.

—Seguramente no ha tenido usted tiempo, la dije, para conocer la población lo bastante á formar opinión desfavorable.

—Yo, me contestó la señora, no puedo pasar por alto ciertas cosas... ni usted tampoco, estoy segura.

—Por mi parte, repliqué modestamente, poseo un estómago de avestruz, señora mía.

—Mire usted aquel escaparate, dijo entonces mi interlocutora, señalando hacia una tienda próxima.

Me aproximé y vi; la señora pretendía que yo me horrorizase como ella. ¿Qué había en aquellos escaparates? Pues bien, lo diré en seguida, lectoras de mi alma, si bien suplicando á ustedes que no se impresionen demasiado; había ataúdes, pero hermosos, muy bonitos; se lo aseguro á ustedes.

Ya el escaparate, por sí solo, era una cosa resplandeciente. Había, entre ataúd y ataúd, magníficas coronas de flores artificiales y naturales entretejidas con abalorios, de todas clases y formas. Aquellas cajas, lo repito muy en serio, eran bellas. Ya el argentino puede decir que sus muertos duermen bien y con toda comodidad. Había cajas de palosanto, con labores exquisitas de adornos y emblemas religiosos. Esto

en lo que respecta á lo exterior y á la tapa. En el interior, además de un blando mullido, con preferencia de raso blanco, había ya preparado un almohadoncito primoroso. La mayor parte de las tapas de estos ataúdes están provistas de un ojo de cristal, por el que la familia, y sobre todo el heredero, pueden á cada instante observar si el difunto se ha movido.

Miré, después de haber visto el escaparate, si la concurrencia correspondía á tal alarde de lujo. Todo estaba en la proporción misma. Vi en la tienda, y conmigo lo vió mi hermosa compañera de viaje, á varias señoras y señoritas que se hacían separar este ataúd ó aquél, como se haría en nuestro país con otros tantos sombreros.

Levantaban y bajaban las tapas para cerciorarse de que cerraban bien; después colocaban el ojo asesino cerca de la lente, pasando por debajo la manita, á fin de ver si se transparentaba lo bastante; palpaban después el mullido y por último, levantaban un poco la caja como para enterarse de su peso. Supongo que, arreglada la compra, el comerciante preguntaría: «Señora ¿á qué hora he de enviarle el ataúd á casa?»

La señora contestaría probablemente: «á la hora de comer,» porque en el paraíso de las mu-

jeres no hay obligación de encontrarse en casa sino precisamente á la hora de las necesidades imprescindibles.

—Pero bueno, dije después de mis observaciones á mi compañera de viaje: ¿qué hay en todo esto de extraño ó de desagradable?

—¡Bah! replicó la señora: no se *americanice* usted tan pronto: hay tiempo de sobra para eso.

Insistí en afirmar que el negocio de ataúdes de lujo y de pompas fúnebres en escaparates céntricos me parecía muy lógico. En nuestros países no fallece en el hospital un zapatero de viejo sin que la hermandad correspondiente, después de haberlo dejado morir de hambre, se considere ineludiblemente obligada á recoger su cuerpo, con una banda de música más ó menos desentonada, á la cabeza del cortejo, y á obstruir en seguida durante algunas horas las calles principales y de mayor tránsito en nombre de aquel desdichado que se había muerto sin saber acaso los céntimos que tenía en el bolsillo... ó quizás sabiéndolo demasiado.

Esto me parece bastante menos lógico que el lujoso ataúd que ocupa un escaparate, por la razón sencilla de que allí ha de ser donde la persona pudiente vaya á comprarlo.

—¿Y usted cree, dijo la señora, que no serán aquí aparatosos los cortejos fúnebres?

—Me han dado ya, contesté, algunos informes acerca de esto. Algunas clases tienen su cortejo fúnebre especial, tan largo como se quiera; pero al cementerio, ricos ó pobres, prosistas ó poetas, van siempre en carruaje y el cortejo correspondiente también. La marcha de *Jone* pierde siempre el pleito. Esto nos molesta mucho menos que el paso cadencioso de las comitivas mortuorias en nuestras ciudades, formada por acompañantes que, en la mayor parte de los casos, muy lejos de llorar, irán, después del solemne desfile, á reir alegremente á la fonda más próxima á la última morada.

La señora no me pareció muy convencida por estas razones, dejéla por lo tanto, indecisa, no sin decirle que en la República Argentina existe, en lo concerniente á muertos y ataúdes, otra costumbre en muchas familias indigenas; es á saber, la de que cuando muere un individuo de la familia, los amigos y parientes se congregan en torno del lecho mortuorio, con abundante y variado surtido de botellas de vino, para vaciarlas á la salud eterna, delante de los ojos, cerrados para siempre, del interesado.

CAPÍTULO XVII

Sobre todo no presentarse con buenos informes.

Entretanto, el consejo de aquel donFulano de la Bolsa, acerca de la suerte que en la República Argentina solía caber á las recomendaciones, zumbaba constantemente en mis oídos, como el zumbido molesto de un moscardón. Era tiempo ya de que yo, que tenía sobre mí bastantes recomendaciones, pensase en ir descargándome de algunas, poniendo á prueba la observación de mi paisano.

Veamos, pues, de frente esos resultados negativos de las recomendaciones. Comencemos por el número uno. Un mi amigo, Génova, persona de elevada posición, importante, atentísima y que tenía negocios de extraordinaria importancia en el país del Plata, me había provisto de una carta de presentación y de recomendación calurosa, para toda eventualidad, dirigida á su representante en Buenos Aires y en toda la República. La carta no podía ser más completa para el representante ni para el presentado, y considerada la importancia del que me pre-

sentaba y la de quien había de recibirme, no vacilé en clasificar con el *número uno* esta recomendación. Ahora bien: ¿cuál fué el resultado? Lo diré á ustedes sencilla y prontamente.

Presentéme por primera vez y con la expresiva carta en la mano, en la oficina correspondiente; pero no me fué posible entregarla porque me dijeron que mi hombre no se hallaba allí. Hasta aquí nada había de malo: nadie está obligado á hallarse presente siempre en la oficina. Pero me sucedió lo mismo otras *trece* veces, después de las cuales me decidí á escribir á mi hombre *inencontrable* que había estado en su oficina para presentarle la recomendación que le incluía adjunta. Mi hombre contestó á dicha carta, diciéndome, en sustancia, que confiaba en que sería más afortunado en mi visita décimaquinta. Y basta de esto.

Pasemos á la segunda recomendación. El marqués Durazzo Adorno me había dado una cariñosa carta de presentación para el cónsul general italiano, el caballero Chicco, y me había dicho: «Usted, hallándose en tierras tan lejanas, es muy capaz de cometer alguna imprudencia; su permanencia allí pudiera quizá despertar sospechas; mejor es que, para cualquier accidente posible, le provea yo de un buen para-

caídas, presentándolo á mi amigo el caballero Chicco, que fué camarada mío de colegio, y que en su condición de cónsul general italiano, podrá á todo evento atestiguar que usted no ha ido al país del Plata con intenciones perversas.»

Justo es decir que en este caso la afirmación del hombre de la Bolsa quedó desmentida, porqne habiéndome presentado yo en el consulado de Italia, calle de Alsina, núm. 1.441, y entregada que fué la carta de recomendación de Durazzo, el caballero Chicco me recibió con exquisita cortesía, y me dijo:

—Usted es súbdito italiano; por consiguiente, para cualquier asunto soy su cónsul. Además, viene usted recomendado por un amigo queridísimo; por lo tanto, usted es aquí lo mismo que sería él en persona, y mi casa es de usted.

Efectivamente, me presentó, poco después, á su bellísima señora; piamontesa como su marido, y como él dotada, entre otras condiciones envidiables, de un talento de buena ley que ameniza su conversación y les hace simpáticos á cuantos les tratan.

Debí además al señor Chicco la presentación de un hombre para mí muy querido, es á saber, el vicecónsul Adolfo Gradara, el cual, sin tantas

ceremonias, me dijo: «Cuando le ocurra á usted dar á cualquiera alguna molestia, démela usted con preferencia á mí, que ese es todo mi gusto; cuando necesite usted buscar á uno á quien no halle, venga usted á decírmelo; cuando esté usted de mal humor ó de bueno, venga usted á verme siempre... Cuando nada le ocurra, ni necesite nada, vaya usted con otro.»

Tuve muy en cuenta aquellos ofrecimientos, y el señor Gradara me fué sumamente útil en muchas circunstancias de la vida argentina.

En vista de que el negocio de las recomendaciones tomaba buen aspecto, continué con las restantes. Entre las cartas con que el ilustre Edmundo De Amicis me había favorecido, había una, dirigida al señor Esttadini, director aún por entonces de *La Patria Italiana*. Con aquel precioso autógrafo me encaminé á las oficinas del periódico, calle de la Florida, y fuí muy atentamente recibido. El más importante resultado de la presentación fué que al día siguiente anunciaba *La Patria Italiana* que yo había llegado á la República Argentina con cartas de recomendación muy cariñosas de un escritor que seguramente es, entre todos los nuestros, el más conocido y más popular en Sur-América. El reflejo del grande ayudó al pequeño:

La Patria manifestaba además, en aquella noticia, el deseo de que escribiese yo para sus columnas mis impresiones de viaje. Lo demás relativo á este asunto, ya lo sabrán ustedes en otra ocasión.

El honorable Berio me había dado también recomendaciones, tanto para Montevideo cuanto para Buenos Aires; sin embargo, estas últimas, por casos fortuitos que ocurren á veces, anduvieron perdidas antes de llegar á mis manos.

El amigo Roncallo me había dado una carta de recomendación preciosa para el doctor Boeri, pariente suyo, persona conocida en Buenos Aires como podía serlo en Roma el Cardenal Vicario. El doctor Boeri era el único italiano que formaba parte del Consejo municipal de Buenos Aires; á la sazón, algunas relaciones con la administración del municipio era lo mejor que podía yo apetecer. No obstante, la indicación del estudio del doctor Boeri tenía un número tan alto, que para ir allí desde el centro había que andar muchas millas. Fuí una vez; fuí otra vez, pero sin que nadie abriese las puertas. Después se me dijo que el doctor Boeri era un hombre tan abrumado de negocios, entre civiles, bancarios y profesionales, que difícilmente se

conseguiría hallarle en casa en hora determinada.

El recuerdo de la primera recomendación surgió en mi memoria, y renuncié á la conquista del doctor. Pronto verán ustedes cómo, por casualidad, el excelente doctor Boeri llegó á ser para mí lo más sencillo y más fácil de hallar.

CAPÍTULO XVIII

Un poco de historia para los que no la saben.

Había yo visto, á vuelo de pasajero, las calles de Buenos Aires; faltábame aún saber por dónde había de comenzar para ver los monumentos más notables.

Dirigíme para tomar noticias acerca de esto á un señor que trabajaba en Bolsa, el que me había dado aquellas útiles advertencias acerca de las recomendaciones en la República Argentina; el tal me contestó sencillamente con esta frase:

—Sería necesario conocer, antes que los monumentos, un poco de la historia compendiada de este país.

La frase me impresionó. Yo sabía un poquito de historia de la República Argentina, pero nada más que un extracto, peor que el de Lie-

big; resolví, pues, aumentar mis conocimientos históricos para hacerme digno de la situación.

Todo aquel día anduve al retortero de los vendedores de libros preguntándoles, como otro habría hecho por media libra de pan: «¿Puede usted venderme dos centavos de historia argentina?»

Averigüé que el historiador más moderno de la República es el señor Mariano Pelliza, el cual, á más de haber dado á luz en el año anterior una *Historia argentina* bastante detallada, había sido encargado por el Gobierno de llevar á cabo una compilación del libro titulado: *Manual de los inmigrantes en la República Argentina*; librito de propaganda que después fué traducido, por cuenta del Gobierno mismo, á todas las lenguas europeas; excepto la italiana.—Bien es que ustedes sepan que de algunos años á esta parte el Gobierno argentino tenía fijos sus ojos en la inmigración italiana, no por disgustos que le ocasionasen los inmigrantes, que después de todo eran los más laboriosos y los más productores, sino por sospechas mal disimuladas de las intenciones de nuestros Gobiernos, especialmente desde el día en que, en una discusión sobre política colonial, hubo de ser es

cuchada en pleno Parlamento italiano la imprudente declaración de que ahora, después de las proporciones tomadas por la emigración italiana á la República Argentina, estas tierras podían ser consideradas como otras tantas colonias de Italia. ¡Valiente servicio se prestó, al decir esto, á nuestros compatriotas residentes en el Plata! El Gobierno argentino, en vez de tranquilizarse ante los plácidos horizontes de las doctrinas de Monroe que ha proclamado una América para los americanos, se entregó por completo á crear artificialmente una concurrencia, lo más vasta posible, á la inmigración italiana, ya que no á combatirla directamente. Se originó de aquí aquella irrupción de los bárbaros de la agricultura en el Sur de América, que costó mucho dinero al Gobierno argentino; mientras la inmigración italiana, que era espontánea, natural, no era utilizada, y servía solamente para obstruir, no los campos, sino las ciudades de Buenos Aires, Rosario, Santa Fe, Córdoba, y otras, con haraganes, borrachines y pordioseros, porque el norte de Europa, mucho menos generoso que lo es la prolífica Italia, reservaba para sí los buenos agricultores y enviaba noblemente á la tierra de Belgrano y de Rivadavia el desecho de sus campos y de sus ciudades.

Adquiridos por mí aquellos céntimos de historia, me encerré muchas horas en mi cuarto con el señor Pelliza, que era en aquella época secretario general del ministerio de Estado, y con otros historiadores. Comencé á refrescar la memoria con el hecho de que, después del primer período de la conquista por parte de España de los pueblos limítrofes del Río de la Plata, los cuatro gobiernos del Paraguay, de Córdoba, de Tucumán y de Buenos Aires habían sido ordenados y puestos bajo la inmediata dependencia del virrey del Perú, cuya autoridad administrativa se extendía hasta el Cabo de Hornos. El rey de España constituyó algún tiempo después el virreinato de Buenos Aires, al cual agregó inmensos territorios, y nombró virrey al comandante general Pedro de Ceballos.

Desde aquella época se comenzó á reconocer que tenía excelentes condiciones para el cultivo toda la comarca comprendida desde el Río de la Plata hasta aquella enorme cadena de montañas á la que se da el nombre de *Cordillera de los Andes*. Todo aquello está favorecido por un clima excelente y por una extraordinaria y prodigiosa abundancia de ganados.

Por la creación misma del virreinato de Buenos Aires, según la Real ordenanza de 8 de

Agosto de 1776, la provincia de Cujo, cuyos confines se extendían hasta el Estrecho de Magallanes, fué separada de la capitanía general de Chile y anexionada al nuevo Estado, lo mismo que el gobierno del Paraguay, que se convirtió en provincia. Por consiguiente, ese Estado de nueva formación, que comprendía todo el inmenso territorio entre el Brasil, el virreinato del Perú y la Cordillera de los Andes hasta el Cabo de Hornos, fué dividido en ocho gobiernos ó intendencias, en las cuales, en nombre del Rey, mandaba un gobernador.

Estas intendencias eran: la de Buenos Aires, en la que se hallaban también comprendidas administrativamente Montevideo y las Misiones; Córdoba, que comprendía además las provincias de Mendoza, San Juan del Pico, San Luis de Loyola y Rioja; El Salto, que comprendía las provincias de San Miguel de Tucumán, Santiago, Jujuy, Cartamara y Tarija; el Paraguay, formado por el antiguo gobierno de Guagra; la Cochabamba, que se extendía á toda la provincia de Santa Cruz; la Paz, que comprendía las provincias de Lampa, Carabuya y Azangaro; La Palma, de la que formaba parte toda la provincia de Charcas; y, finalmente, la intendencia de Potosí, que comprendía las provincias de

Porco, Chayanta, Atacama, Lipe y Chachas.

En 1809 la provincia de Montevideo fué separada de la intendencia de Buenos Aires, y se formó con ella un gobierno aparte. En la fecha de 25 de Mayo de 1810, fecha solemnemente histórica, con que suelen titularse las plazas mayores y los monumentos más notables de la ciudad argentina, estallaba la revolución liberal de emancipación del dominio de España. á la sazón bajo el influjo napoleónico, y en 9 de Julio de 1816 esa revolución era sancionada, proclamándose la independencia jurada en el Congreso de Tucumán con representaciones de las ciudades más importantes. De aquel trascendental movimiento revolucionario fueron principales campeones el doctor Mariano Moreno, á quien en la inscripción del monumento nacional por el 25 de Mayo en la ciudad de Rosario, llaman nervio de la revolución de Mayo y alma del partido democrático; el general Manuel Belgrano, y D. Bernardino Rivadavia. Otros nombres de personajes que se ilustraron en el período de consolidación del nuevo orden de cosas, son los del general San Martín, Bolivar y Brown. Prescindo de los astros menores.

Sancionados en 1816 los hechos de la noche del 25 de Mayo, las provincias unidas comenza-

ron á trabajar seriamente en su organización política. La provincia del Paraguay se declaró Estado independiente en 1812, y las cuatro provincias del Perú alto, autorizadas en 1815 con leyes del Gobierno argentino, se constituyeron en gobierno provisional con el nombre de República Boliviana. Inmediatamente después de de éste y otros desprendimientos sucesivos, las tres antiguas intendencias de Buenos Aires, Córdoba y Salto pasaron á formar la República Argentina. En decreto de 1814, Montevideo había sido declarado provincia por sí mismo; y después de larga y empeñada lucha con el Brasil, proclamó su independencia, que fué sancionada y reconocida en virtud del tratado de paz de 1828.

En pos de gran secuela de guerras civiles y de una sangrienta dictadura, que duró muy cerca de diecisiete años, la República Argentina, compuesta de catorce provincias, pasó á constituirse bajo un régimen federal, que guarda cierta analogía con el de los Estados Unidos de Norte América, en que se deja á cada provincia la dirección y la administración de su régimen interior; teniendo al frente un gobernador elegido por los ciudadanos nacidos en la República Argentina, con exclusión de los extranje-

ros, los cuales, sin embargo, con su influencia y sus medios materiales no dejan de mandar bastante peso en estas elecciones, bien que no sean legalmente electores. En el Gobierno nacional, que tiene su centro en Buenos Aires, se resume la dirección de las relaciones diplomáticas con el exterior, el derecho de guerra, á más de la administración y la legalización nacional de las aduanas y otros impuestos de carácter general. En 1883 fué fundada la nueva capital de la provincia de Buenos Aires, denominada *La Plata*, y Buenos Aires continúa siendo la capital de la federación.

La Constitución argentina, formulada sobre bases liberales, sanciona en artículos especiales, además de los derechos del ciudadano argentino, la protección á cuantos extranjeros quieran habitar aquel territorio, labrar, y ejercer el comercio ó la industria en toda la República.

CAPÍTULO XIX

Los hipócritas del italianismo, y los hipócritas del argentinismo.

Bien repleto ya de historias sud-americanas, disponíame á la mañana siguiente para visitar los monumentos, ó, mejor dicho, para informar-

me de cuáles fuesen los más notables, cuando supe que había sido yo atacado...

«¿Atacado de qué? ¿de la viruela? ¿de la difteria? ¿del escorbuto? ¿de la escarlatina? ¿del cólera? Nada de eso, lector carísimo. ¡De una polémica!

¡Quién me hubiera dicho, del lado allá del Océano, que también vendría á luchar aquí, y con mis compatriotas! Si estas cosas no fuesen la prueba del feo vicio que llevamos, hasta á países extranjeros, de destrozarnos unos á otros, no habría para qué hablásemos de ellas.

Para corresponder á la galante invitación del diario *La Patria Italiana*, había yo principiado á darle mis impresiones de viaje. Comencé por las dificultades con que había tropezado en Génova para obtener el pasaporte. ¿Lo creerán ustedes? Esto provocó una protesta de veinte italianos; protesta que apareció impresa en el mismo periódico, y en que se me acusaba de falta de patriotismo. ¡Otro grave delito para esos italianos era encontrar hermosa la ciudad de Buenos Aires!

Cometí el error de contestar á esos hipócritas del italianismo, los cuales no dejaron de replicar. La polémica fué amenizada por un incidente de índole distinta.

Precisamente en aquellos días llegaba á la Plata un buque de vapor, *El Temerario*, de no sé qué razón social, más ó menos clandestina; ese buque, llevando á bordo más de cuatrocientos pobres emigrantes, había, por las deficiencias de la máquina y por el deplorable estado de toda la nave, empleado en el viaje *dos meses*,

Naturalmente, habían faltado los víveres, y aquellos emigrantes se hallaban en el último extremo de escasez, no eran pocos los que habían fallecido.

El buque se encontraba, amén de esto, en tal estado de suciedad, que las autoridades del puerto argentino se vieron obligadas á despedirlo como apestado. Arrojados de todas partes, aquellos pobres emigrantes fueron á concluir no sé en dónde. Los periódicos, incluso el que había publicado las protestas contra mi grave crimen de antipatriotismo, publicaban entonces artículos furibundos contra las autoridades de los puertos italianos, que habían autorizado la salida de un buque en tales condiciones, absolutamente negativas,

En esta ocasión, la susceptibilidad patriótica de mis veinte protestantes, calló. Todavíarecién llegado yo á la República Argentina, se me había ensanchado el corazón echando de ver

cómo aquella prensa italiana hablaba en tan alto tono del italianismo, á todas las horas y con toda clase de argumentos; al verla tan presta á rectificar en los otros periódicos no italianos la cosa más insignificante que les parecía poco atenta para el amor propio nacional de los italianos. Pero al propio tiempo pude observar cómo esos mismos periodistas italo-argentinos parecían competir en echarse al rostro lodo y cieno á la primera ocasión que se les presentaba, Por la cuestión más baladí, y á veces por celos del oficio, leíanse las expresiones más odiosas: como, por ejemplo: «El periodiquillo de la encrucijada de Portolongo...» ó bien: «un diario inspirado por las avanzadas de los presidios italianos, que es...» ¡Bonita manera de entender la dignidad de la madre patria! De muy distinto modo proceden los periódicos de otras nacionalidades en Buenos Aires, que alternativa y continuamente excusan entre sí todo insulto público, si bien se dan la satisfacción de publicar los requiebros con que se obsequian unos á otros los periódicos italianos.

Entre los italianos residentes en la Plata hay también hipócritas del argentinismo; y llegan á ciertos extremos que son tan repugnantes cuanto ridículos.

Muchos, habiendo hecho muy buenos negocios en América, se han enamorado de tal manera de su propia fortuna, que están influídos por el medio ambiente hasta los mayores extremos del exclusivismo. Para éstos, nacidos en Italia, nada hay bueno sino lo que está en la República Argentina; tal vez esta opinión, optimista en todo y por todo, sufrirá alguna modificación radical en estos últimos tiempos.

Sin embargo, en el año anterior, aunque las cosas iban bastante mal, los cortesanos del argentinismo perseveraban en sus ilusiónes optimistas, pues subsistía al mismo tiempo la creencia de que el mal, aunque rentísticamente demostrado cada día por el agio del oro, provenía, antes que de lo exhausto del Tesoro público, de un dique que el oro mismo quería imponerse para no emigrar más del país con la prodigalidad acostumbrada por un pueblo derrochador y espléndido como lo fué siempre el argentino.

Conocí, repito, argentinos de corazón, aunque italianos según la fe de bautismo, que cuidaban siempre, en todas las ocasiones que se les presentaban, de demostrar en cualquier corro, en cualquier fiesta, en cualquier reunión diplomática, que Italia es un país de pobres; que América no tiene más pecado que el de haber

sido descubierta por italianos; que la patria no es sino el país donde se hace fortuna.

Admito que al país en que se han realizado buenos negocios, se debe un poco de reconocimiento; es más, la ingratitud me parece una monstruosidad enorme, aunque sea un pecado muy extendido hoy. Pero no todos han logrado su fortuna haciendo buenos negocios, á menos que se denomine *negocio* á cualquier operación que sale bien: un buen matrimonio, por ejemplo. De esos negociejos conocerán ustedes, en tal caso, no pocos en la América del Sur. Pero á estos niquiscocios los llamaría yo magníficos rediles para el rebaño antropológico.

Conocí, verbigracia, al señor Taglierini, muy excelente persona, no lo niego, cuya muletilla obligada era siempre ésta:—¡Qué pequeños somos los italianos!—En realidad yo, seguía diciendo inmediatamente, en el fondo puedo llamarme hoy argentino, porque la familia que me he creado es argentina; de todas maneras... ¡qué pequeños somos!»

El tono de protección de este buen hombre para con nosotros los pequeños era cosa admirable; así que nos conocía, ya quería protegernos por fuerza, aunque quisiéramos evitarlo.

—Fíese usted en mí, decía siempre; tengo este país en la punta de los dedos; soy ultra-argentino, y más aún. ¿Quiere usted cenar esta noche con el Presidente de la República?

—No, por Dios, no; no se tome usted esa molestia, señor Taglierini: no aspiro á tanto.

—¿Qué es eso de no? Usted cenará esta noche con el Presidente: yo lo quiero.

Les daba á ustedes cita en sitio determinado; ustedes acudían á la cita, no con la esperanza ilusoria de cenar con el Presidente, sino con la curiosidad de ver hasta dónde se llegaba.

Por regla general, el señor Taglierini faltaba á esas citas. Lo encontraban ustedes en otra ocasión, ya por casualidad, ya ex profeso, y el buen señor les decía, con el tonillo habitual de quien protege:

—¿Pero cuándo nos vemos para aquel asunto?

—¡Pero si yo, respondían ustedes, acudí á la cita y usted, por el contrario, faltó á ella!

—¡Ah! perdóneme usted, perdóneme usted...; pero tengo tantos negocios...

Y en esto, dando resoplidos, decía:—Ya no hay en el mundo más país que el argentino para la abundancia de negocios; de los negocios... ¡Qué pequeños somos nosotros!

—Me parece, no obstante, se aventuraba us-

ted á responder, que también los italianos llevan á cabo algún negocillo.

—¿Qué quiere usted que hagamos nosotros? ¡Por Dios!... Cosas que dan risa.

El señor Taglierini no desaprovechaba ocasión para demostrar su argentinismo y su poco italianismo.

Hasta el espectáculo de caballos muertos, abandonados allí para que se corrompan al aire libre, que muy frecuentemente se ofrece á la vista y al olfato, en la campiña del país argentino, y por lo general á lo largo de cualquier línea de ferrocarril; hasta ese espectáculo nauseabundo, de que pienso hablar más adelante, daba ocasión al señor Taglierini para exclamar inmediatamente: ¡Ah! ¡Cuán magnífico es aquí todo!

Respondían ustedes:—Esto no es ya magnificencia, es sencillamente porquería... y de la buena y legítima.

—¿Qué saben ustedes de eso? interrumpía el señor Taglierini, robando, sin saberlo, su famosa muletilla al clérigo del *Duquesa de Génova*. Permítanme ustedes que yo se lo diga; nosotros somos demasiado pequeños, y éstos demasiado grandes... para pensar en estas menudencias.

—Menudencias que ofenden bastante á la higiene y al olfato.

—¡Pero qué pequeño es usted! decía el otro.

Yo replicaba, porque era yo mismo el interlocutor:—Reconozco que este espectáculo de cadáveres esparcidos á millares á todo lo largo de estas líneas de ferrocarril puede ser, desde el punto de vista del no enterramiento, una necesidad; pero no me diga usted, querido señor Taglierini, que es cosa agradable ni grandiosa; eso no; por eso no paso.

Y cada uno concluía pensando lo mismo que pensaba antes.

Un día el señor Taglierini, hablando en presencia mía con un hombrón extranjero que elogiaba la dulzura de la lengua del Dante, salió con esta tontería:

—Pero ¿qué lengua? Pero ¿qué Dante?

—¡Cómo! dijo el otro: ¿quiere usted negarme la belleza de esta lengua?...

—¡Pero si es una lengua muerta! replicó Taglierini.

—¡Muerta! gritó aterrado el hombrón.

—O por lo menos semiviva..., destinada antes de mucho á desaparecer, replicó el señor Taglierini.

—Usted, por consiguiente, observó el ex-

tranjero, ¿no se halla conforme con nuestro argentino el ilustre Mitre, que en estos días ha publicado una hermosa traducción del Dante en verso castellano?

—¡El español! gritó entonces entusiasmado el señor Taglierini: he ahí la verdadera, la eterna, la sola lengua.

—Sin embargo, el italiano... murmuró todavía el extranjero.

—Pues ¿qué cree usted? dijo entonces con mucha gravedad el señor Taglierini al otro, que, si no era italiano, tampoco era argentino ni español; también la lengua de usted es lengua muerta, ó por lo menos semiviva.

Entonces hubieran ustedes visto á nuestro egregio diplomático (era un ministro plenipotenciario) encolerizarse hasta el extremo de que tornó su rostro del color de una cereza muy se madura; clavó en su interlocutor dos ojos que parecían dos brasas, y le dijo, por último, en tono de buen diplomático:—Muerto lo estará acaso el sentido común en usted para hacerle hablar de ese modo: yo le aseguro que la lengua de mi patria se halla bastante viva para poder decirle por espacio de diez mil años, ó más si es preciso, que cuanto usted ha dicho es una solemne majadería.

En otra ocasión, y hablando con otros, y también con el diputado Berio, de las escuelas italianas en la República Argentina: de esas escuelas para cuyo sostenimiento se imponen voluntaria y anualmente sumas no livianas varios generosos y beneméritos italianos, se decía que si esas escuelas no hacen milagros, son siempre, sin embargo, útiles para los italianos.

—¡Qué es eso de útiles! gritó el egregio Taglierini, metiendo en la conversación su cucharada, como siempre: esas son escuelas... de juguetes; dan risa.

—Darán risa si usted quiere, dijo un caballero que contribuía con su dinero al sostenimiento de las escuelas, pero no puede usted negarme que son patrióticamente útiles estas escuelas que tienden á mantener en nuestros hijos un germen de sentimientos nacionales.

—¿Pero qué sentimientos nacionales, ni qué?... ¡Qué pequeños somos!... Si fuese yo Gobierno, suprimiría sin apelación estas escuelas que tienden á fecundar en nuestros hijos ilusiones de lo que no somos.

Por estas muestras pueden ustedes comprender lo imposible que era discutir razonablemente con el señor Taglierini. Permítanme ustedes que les ofrezca otra, y será la última.

Un día el diputado Ceballos, que últimamente fué ministro de Estado y presidente de la Cámara, me había enviado de regalo, y con cariñosa dedicatoria, su magnífico discurso dirigido á la Cámara, en pro del matrimonio civil.

En contestación á mis cumplimientos, el ilustre Ceballos me dijo:—También en esta ley de matrimonio civil hemos ido á la zaga de la Italia liberal.

El insigne Taglierini oyó la frase, y dijo:—¿Qué es eso de ir á la zaga de la Italia liberal? Nosotros vamos siempre detrás...

¡Cuando se empeña uno en cojear á toda costa, cojea! No crean ustedes que tengo yo mala voluntad al señor Taglierini; muy al contrario. Así y todo, es necesario reconocerlo, es muy buen sujeto; su defecto único es el argentinismo de que hace alarde; he presentado á mis lectores con toda fidelidad su retrato; no me pinta él á mí con la misma fidelidad. Cierto día oigo en una casa la voz penetrante de Taglierini que pronuncia mi nombre. Me enorgullezco extraordinariamente al comprender que puedo servir de asunto á una conversación para tan eximio personaje y (confieso mi indiscreción) me acerco al corro.

—¡Es un pobrecillo! decía refiriéndose á mí,

«Ahora ya sé con toda certeza lo que ha venido á realizar en América.»

—¿Y qué es ello? preguntaron los demás curiosos.

—Ha venido de Italia para hacer propaganda en pro de su partido.

—¿Qué partido?

—Pues el socialista. ¿No lo saben ustedes?

—No gaste usted bromas.

—Lo he bebido en muy buenas fuentes; pero creo que él mismo se convencerá pronto de que el terreno está mal escogido.

Recuerdo que, al oir aquella peregrina apreciación acerca de mi propósito, solté una ruidosa carcajada.

Entretanto, y conocido ya el tipo, convendrán ustedes conmigo en que este argentinismo, por exajerado que sea, resulta inofensivo. Pero ¿qué puede decirse de aquellos otros—y hallé bastante de éstos en Buenos Aires y en provincias—que cuando llegan á renegar de todo sentimiento italiano, dejan de usar el apellido con desinencia italiana y lo españolizan sin misericordia, aunque nacidos en Italia, para que sus hijos no soporten la vergüenza de un nombre que acusaría demasiado su nacionalidad italiana? Y estos no son cuentos ni extravagan-

cias, porque de tales tipos hallé más de uno, y más de dos, y más de tres. A tales extremos no ha llegado aún el señor Taglierini; conténtase en sacar cincuenta veces al día, de la vaina de su satisfacción argentina, la muletilla:—¡Qué pequeños somos los italianos! ¡Y pensar que somos más de treinta millones y que hemos construído el *Duilio*, la *Lepanto*, el *Dandolo* y la *Italia!*

Francamente: si estuviese yo en el pellejo del Gobierno argentino, crearía una condecoración para el señor Taglierini; pero en el pellejo del Gobierno italiano, no le enviaría la cruz. A propósito: he aquí que he murmurado un poco del señor Taglierini, sin quererlo mal, entendámonos.

CAPÍTULO XX

La nueva Babilonia y sus principales monumentos.

Cierto día pregunto á un hombre serio: ¿quiere usted decirme cuáles son los monumentos principales por los que debo comenzar mis visitas en Buenos Aires?

El hombre serio me respondió:—Los monumentos principales son los Bancos.

Poco satisfecho, repetí la misma pregunta á otro hombre, más serio todavía.

Éste me respondió:—La primera representación de una ópera importante.

Y un tercero me dijo:—Véngase hoy conmigo y enseñaré á usted algo espléndidamente monumental.

Tomamos un carruaje que nos llevó al jardín público nombrado Palermo, soberbia muestra de la más lujuriosa vegetación y al propio tiempo colección zoológica de valor inestimable. Pero el monumento que el hombre serio, muy serio, quería enseñarme no era aquél; nos separamos un poco del paseo público y nos dirigimos al recinto en que se verifican las carreras de caballos. En este punto nuestro carruaje hizo alto.

—¿Es este el monumento? pregunté algo mortificado al no descubrir más que una gran llanura, más ó menos herbácea; caballos que esperaban, gente de á pie, palos clavados en el suelo y señales de límites.

Mi hombre, más serio cada vez, me hizo acercarme á un grupo cualquiera, invitándome á prestar mucha atención, no solamente á la ca-

rrera de los caballos, sino también á las más bruscas acometidas de los grupos que se hallaban próximos.

Las carreras comenzaron de la manera misma que en el gran mundo del *Sport* comienzan y se llevan á cabo todas las carreras de este género.

Caballos de raza, que parece como si tuvieran alas en los pies; jinetes que caen; distancias que desaparecen; terreno que es devorado; nubes de polvo que se levantan.

Lo importante no estaba allí; se hallaba más próximo á nosotros. Aquí hombres pálidos, temblorosos, seguían los rapidísimos movimientos de los caballos. En cierto momento decía uno: «Pongo mil escudos por aquel bayo inglés;» otro replicaba: «apunto diez mil á favor de aquel negro.» Poco á poco las apuestas aumentaron de una manera prodigiosa; los escudos se convirtieron en libras esterlinas; las decenas de millar acababan por convertirse en centenas de millar.

Es maravilloso y es escandaloso; pero es verdad. Clamen ustedes, si así les place, contra esa *americanada*; pero no contra mí, que me limito á exponer los hechos. También yo creía soñar, y solamente asistía á realidades. Eso prescindiendo de que había por medio otro género de apuestas tácitas; las apuestas previa-

mente pactadas en las oficinas del *Sport*, en la ciudad.

Según adelantaban las carreras y las apuestas, todos aquellos rostros lívidos me parecían, poco á poco, transformados en fantasmas; cada caballo y su jinete parecían un solo y mismo cuerpo; imaginé que despertaba en plena mitología, por una parte, y por otra en medio de una orgía de Babel.

Mi acompañante me preguntó entonces: ¿No es éste un gran monumento para Buenos Aires?

Convine, como él quiso, en que aquello era un monumento; pero supliqué al hombre serio que no me obligase á presenciar en adelante escenas de aquella índole. Cada uno tiene su temperamento particular; conocía yo que todo aquello me hacía daño más que si hubiera presenciado una desgracia de un tren de ferrocarril, en el que, á lo menos, hay motivos para que vibre la cuerda de la piedad. En esto nuestro carruaje se alejó de aquel recinto. Por el camino dos caballeros saludaron familiarmente á mi acompañante; él les invitó á subir al coche; se habló mucho del punto de donde veníamos y del monumento de aberración que habíamos visitado.

Uno de los recién llegados dijo:

—Podríamos llevar al señor para que admirase otro monumento.

—De éste, en realidad, he visto bastante, respondí.

Los tres cambiaron entre sí algunas miradas de inteligencia, dieron una orden al cochero, y muy poco tiempo después se detuvo el coche delante de un recinto cerrado.

Yo dejaba hacer. Vi que uno de los tres se inclinaba delante de una ventanilla y adquiría billetes; observé, además, que pagaba aquellos billetes con muchos escudos, lo cual me molestó, porque no gusto de que otros paguen por mí. Penetramos en el recinto. Hay mucho gentío, en su mayoría muy elegante; hay también una considerable representación del bello sexo, el cual, en Buenos Aires, si es hermoso, es hermosísimo.

Tomamos buen sitio. Entretanto estudio yo la situación, el monumento, procurando no solicitar más explicaciones. Veo un gran espacio desocupado en forma de hemiciclo; veo, además, una tapia bastante elevada y lisa delante de ese espacio. A un tiempo penetran, recibidos con atronadores aplausos, cuatro hombres de admirable y vigorosa musculatura y en mangas de camisa.

Pregunto, entonces, quiénes son aquellos artistas tan aplaudidos previamente. «Estamos en el juego de pelota;» me responden. Y no se cuántas cosas más; me explican que aquellos son cuatro *pelotaris* (1) á quienes se ha hecho venir exprofeso de España y á un costo que no quieren decirme. Se susurra que con cuatro mil escudos al mes cada uno; pero la cosa me parecía una *americanada* (2).

Entretanto los cuatro pelotaris comienzan el juego.

—¿De qué modo juegan? pregunto.

—Pues bien lo ve usted, frente á la tapia, respondió el hombre serio.

—Pero á nosotros...

«Para nosotros» habría contestado seguramente el señor Taglierini, si se hubiese encontrado allí... «¡somos tan pequeños!»

Resumiendo: el famoso juego está reducido á tirar la pelota contra una tapia muy alta. Es

(1) El vocablo *pelotari*, para designar al que tiene por oficio ú ocupación profesional jugar á la pelota se ha generalizado de tal modo, que, aun sin la aquiescencia de la Academia, entiendo que puede y debe ser empleado.

(2) La Academia de la Lengua acepta y define la voz *andaluzada*; no hay razón para que no sea igualmente aceptada y definida su análoga *americanada*.

(*Notas del T.*)

necesario comprender el gran mérito de este juego como la filosofía de cierta música transcendental. Yo no quería engolfarme mucho; el profano sólo ve á cuatro individuos que van alternando en arrojar la pelota contra la pared; el inteligente, por el contrario, admira la sublimidad de esos movimientos, de esos *saques* ya de parte de uno ya de parte de otro, de la salida y la grandeza de dar, en ciertos momentos, una serie larga y no interrumpida de golpes; éstos comprensibles realmente, en toda su belleza, hasta para los profanos.

De la admiración á la alucinación no hay más que un paso.

Entre el público y hasta cerca de nuestro mismo sitio, comienza un cambio de apuestas en pro del uno ó en pro del otro jugador.

—¡Estamos otra vez entre apuestas! exclamo hastiado del segundo espectáculo.

Ahora hay, sin embargo, menos monotonía. En éste el público espectador se enardece más fácilmente; con el ruido de los golpes la satisfacción crece; el entusiasmo se desborda; levántase el público; aumentan los vítores; los brazos están en continuo movimiento. Los grupos que no toman parte en esta puja de entusiasmo, de delirio, son los de las partes que apuestan y

que depositan en terceros el importe de la apuesta; los otros, entretanto, gritan, aplauden con pies y con manos, arrojan á los jugadores cigarros y dulces; también he visto eso en las corridas de toros de España. Les arrojan los sombreros; esto también lo he visto en Madrid; por último, de una, de diez, de veinte manos, caen monedas que son á veces hasta libras esterlinas, y esto me estaba reservado verlo sólo en América.

Me tapo los ojos, lo juro á ustedes, al ver tal lluvia de monedas de oro por un lance de juego de pelota; en aquel momento todas las miserias de que he sido testigo durante mi vida se me presentan en la memoria; los exaltados, los pródigos del juego de la pelota se confunden en mi mente con los exaltados del *sport;* no veo delante de mí ni jugadores ni público; veo el oro por los suelos; cubriéndolos, dos veces, tres veces; y veo después, como en una nube que rodease á modo de círculo de sangre el cerebro, las desventuras de muchos que acaso no tienen pan que llevar á la boca; las familias cuyos individuos duermen todos, cinco, seis, ocho á veces, en un reducido cuartucho, sobre jergones que se caen á pedazos, con un poco de paja húmeda y corrompida. Veo a los mineros, los veo á centenares y

á miles, que arriesgan su vida en las minas de carbón de piedra; veo á los albañiles que trabajan sobre andamios mal seguros; veo á los maestros elementales que en nuestros pueblos gastan el pulmón durante seis ó más horas del día para arrancar reclutas al ejército numeroso de la ignorancia y para ganar miserablemente la vida propia y la de su familia; veo, por último, á los nómadas de un arte bastante más respetable que el de jugar á la pelota, que en mi patria hacen por la noche de reyes en comedias y dramas, para dividirse, al siguiente día, entre más de treinta, un pan muy escaso, si no prefieren como, el rey de nuestros *brillantes*, dispararse un revólver en la sien y terminar de una vez tantas miserias pequeñas y grandes.

Una idea me ocurre: si el impresionarme de aquel modo ante escenas de tal aberración, y al presentarse en mi espíritu, como contraste, tantas miserias, sería tal vez precipitarme en el socialismo. Si este es mi socialismo, querido señor Taglierini, estoy dispuesto á declarar que me jacto y alardeo de socialista; si bien sospecho que ningún colegio de la Romanía, ni de ninguna otra parte, querrá nunca enviarme por esto á representar en el Parlamento las ideas afines.

Para concluir: mucho me alegraría de no haber visto en la magnífica Argentina ciertas aberraciones, y hoy acaso allí mismo, con el agio del oro á muy cerca del trescientos por ciento, y el Banco Nacional algo valetudinario, puede ocurrir que alguno participe de mis opiniones.

CAPÍTULO XXI

Indígenas y aclimatados.—Las casas.—Las precauciones al entrar en ellas nunca son excesivas.—Las costumbres domésticas.—Las diversiones.—Los juegos.

No redunda en gloria mía, ni en mi descrédito, el que yo declare que comía con mucha frecuencia en casa ajena. Por algo me habían avisado á tiempo que el rehusar las invitaciones para comer está considerado en la República Argentina como uno de los pecados capitales.

En una de estas ocasiones me sucedió una aventura graciosa y característica.

La casa en que estaba yo convidado era precisamente de amigos, y situada en la calle del Callao, en un número bastante alto. Había yo estado allí una vez, en compañía del amo de la casa; había mirado muy distraídamente el nú-

mero, y observé el aspecto de la casa-palacio con dos pisos, como suelen serlo muchas otras, muy parecidas todas, en la misma anchurosa y magnífica calle, que en una de las mitades de su rectilínea y kilométrica longitud tiene el nombre del Callao, y en la otra mitad el de Entre Ríos.

Llega el día señalado para el convite. En seguída encuentro la calle; no tan fácilmente la casa, porque no recuerdo el número. ¡Percance muy grave es este de no acordarse del número en las ciudades sud-americanas! Pero doy por supuesto que el hallar á un importante hombre de negocios como era el que me había invitado, será cosa muy fácil. Pregunto en varias tiendas, y en ninguna me dan razón. Penetro, por último, en una zapatería; nombro la familia en cuya busca ando; el aprendiz, un muchacho bizco, salta con viveza y me dice que conoce perfectamente la habitación de aquella familia. Se me ofrece como guía; acepto: pasado que hubimos dos *cuadros*, el bizco, señalándome un palacito, y después una puerta, me dice: «Esa es la casa que usted busca.» Doy al zapaterillo algunos centavos de propinay sigo andando con el aplomo del que está seguro de ir á donde quiere.

Traspuesta ya la puerta de entrada en la casa-palacio, me encuentro delante de una puerta vidriera como las que suele haber á menudo en nuestros portales. Creo, al abrir aquella puerta vidriera, que me encuentro aún en los dominios del atrio. ¡Bárbaro de mí! He abiertol a puerta de una habitación con sólo dar vuelta al pestillo. Abrir aquella puerta, oir de pronto un horrible repicar de campanillas eléctricas en toda la habitación, después un estrepitoso aullar de perros, ver, por último, que se presenta delante de mí un *quidam* á quien en mi vida había yo visto, y oirle que me preguntaba en un español muy alborotado, qué hacía yo allí, fué todo uno. Pronuncio inmediatamente el apellido de la familia que busco; echo de ver muy pronto que las indicaciones del discípulo de San Crispín han sido equivocadas.

El del domicilio violado se me pone en jarras, y me mira muy fijo, con unos ojazos extraordinariamente abiertos, como quien se dispone á soltar una descarga de vituperios. Acométeme, efectivamente, con palabrotas mal sonantes; yo, al oirle las primeras, permanecí silencioso, escuchándole con mucha atención; pero, por último, en vista de que ni él ni su perro llevaban trazas de cesar en la tarea de

vomitar injurias sin dejarme espacio ni aun para dos palabras de excusa, y recordando el consejo de que en la República Argentina cuando uno grita muy fuerte es preciso gritar más fuerte que él, escojo al azar algunas palabras de mi vocabulario especial y las disparo contra el otro.

Dígole en sustancia, pero condimentado y aliñado con vocablos más expresivos: «Si un caballero, que desconoce el pueblo, ha abierto la puerta, no es esto razón suficiente para que entre usted y su perro deban tratarme así, pedazo de...»

Aquí un adjetivo calificativo.

Mi hombre, al oir de pronto aquella salida, se amansó un poco, si bien no dejó por eso de seguir diciéndome algunas tosquedades. Entretanto, la última parte de la escena se había verificado en la calle: veo entonces que se aproxima á nosotros un vigilante, negro por añadidura.—Nos ha visto casi agarrados, pensé, y ahora nos llevará á entrambos á pagar la multa de ocho escudos. ¡Buena comida! Al pensar esto me separo, sin decir una palabra más, de mi adversario, y dirigiéndome al vigilante le digo riéndome, en tanto que él procura en vano preguntarme qué disputa tengo con aquel otro:

«Nos chanceábamos amigablemente, con motivo de su perro, que quería morderme.» Subo de pronto á un coche del tranvía; procuro reponerme de mi emoción y por aquel día renuncio al convite, reservando para el día siguiente buscar y hallar el número de la casa.

¿Qué tal? Si van ustedes á América, no abran las puertas, aunque crean ustedes que son cancelas de una casa amiga. Toquen ustedes el botón, y dejen que el perro, si lo hay, les ladre desde su puesto.

Explicaré á ustedes ahora otra costumbre que hay en América cuando entran ustedes en casa de personas de suposición. Ustedes, naturalmente, colocan en la percha ó cuelgacapas su sombrero de copa, que allá, cuando yo estaba, si era de castor ó de otro género más fino, costaba unas sesenta pesetas. El mío me había costado dieciséis, porque lo adquirí en Italia. Abandonado en la antesala el sombrero, y ya en la sala de recibir, oirán ustedes de allí á muy poco tiempo así como el redoble de un tambor. En las antesalas se fuma, y cuando los fumadores se cansan de estar mano sobre mano ó mano sobre boca, toman, á la ventura, uno de los sombreros de copa, con preferencia el más nuevo y más relucien-

te, y gritan,—no ya *in odium auctoris*, sino para atenerse á un uso del país, ó de *paisanos* que son (en el sentido del dialecto ligurio (1): «Aquí hay un sombrero; lo rompo; lo rompemos...» —Una, dos y tres; el sombrero queda roto, y las sesenta pesetas se fueron á paseo. Guárdese bien el perjudicado, en casos como éste (no sé si ahora con el oro á trescientos sucederá así), guárdese bien, repito, de manifestarse afligido por esto; antes por el contrario, debe reirse de la ocurrencia, y si es preciso, dar en su propio sombrero un golpe de gracia, por añadidura.

Ya se comprende que en un país donde se arrojan libras esterlinas á jugadores de pelota, se debe dar muy poca importancia á esas pequeñeces. Debo decir á ustedes que también á mí me destrozaron, por broma, el sombrero. Yo discurrí inmediatamente otra broma: me dirijí á la *sombrerería* de que era parroquiano el autor de aquel desavío; mandé que tomasen medida de mi cabeza (que no es una cabeza como cualquiera otra), y quedé con el sombrerero en que éste enviaría el sombrero á casa de

(1) Lugareños, paletos... son los vocablos que con más exactitud traducen en este caso el pensamiento del autor. (*N. del T.*)

su parroquiano, á quien cobraría la cuenta en mi nombre. Una broma exige su desquite. Por lo que se refiere á los juegos al alcance de las familias, el que vi más en boga en los *patios* y en los salones de aquellas casas, además del ya sabido juego de romper el sombrero, suele ser: el de la pelota, el de las bolitas, y el más gracioso y lindo de todos, el del volante, en el que, con un poco de práctica y de habilidad, se envía y se devuelve, desde uno á otro jugador, el volante sin que caiga en tierra, hasta cuatrocientas ó quinientas veces consecutivas.

Para poder en todo caso hablar á ustedes de allí con conocimiento de causa, he estado alternativamente á la mesa de familias italianas y de familias argentinas; en la mesa de diplomáticos y en la mesa de amigos de confianza; nada hay que decir en lo relativo á la comida, conste: en la mesa, la costumbre es comer sin tanto cumplimiento, porque nadie se ocupa, como sucede en Italia, en decir el convidado: «Tome usted un poco más de tal ó cual cosa.» Los mondadientes están proscritos, á no ser que estén ustedes en familia y de confianza. Las flores como adorno de la mesa, son cosa de rigor en toda casa elegante. A veces en las ramas de las flores se colocan farolillos de cristal de colo-

res varios, generalmente tantos en número cuantos sean los comensales. El efecto no es desagradable; pero recuerda algo el Santo Sepulcro. Nada de botellas en la mesa: el agua y el vino son escanciados oportunamente por los las quesirven.

Los vinos predilectos en la época de mi excursión eran nuestro Chianti y los vinos fuertes españoles.

Los franceses se hallaban, á la sazón, un poco en decadencia para los paladares argentinos; pero cuando se trata de Champagne, nadie se fia sino del de Francia.

Durante la comida era de etiqueta hablar de cosas de lujo; muy poco ó nada de negocios. En estas mesas he conocido algún tipo gracioso de hablador, y podría decir también de avisador. Los vi en muchas familias: llegan precisamente en el momento de ir á la mesa y principian invariablemente así:

—Salud á estas señoras y á estos señores. He recibido su atenta invitación. Tenía otras cien más; pero he dado á ésta la preferencia. De modo que hoy falta uno en mi familia, porque, como ustedes saben, no tengo familia; pero en cambio tengo doce personas de servicio, la mayor parte parisienses.

—¿Ha estado usted hoy, señor Traparentesis, en el paseo?

—He estado en mi carruaje, recién llegado de París. Solamente en París saben hacer estas cosas. Pues... ¿y este traje? ¿creen ustedes que esta hecho aquí?... Nada de eso; tal cual ustedes lo están viendo, me lo envían desde París, hecho á la medida.

—Admiro ese alfiler...

—Comprado en París, como la corbata y todo.

—Y el perro que llevaba usted hoy en el carruaje, ¿es de París también?

—¡Oh! ¡Pues ya lo creo! es un perro parisiense. Cuando le digo á usted que no creo sino en París.

Tal vez hubiera creído de distinto modo en la época del sitio; entonces le habría sido necesario comerse á su propio perro.

Dejemos en paz otras debilidades del señor Traparentesis, ya que cada uno tiene las suyas.

Concluída la comida, las señoras que han ido al comedor apoyadas en el brazo de los caballeros, más que retirarse, huyen todas de una sola vez. Los hombres quedan solos y entonces dan rienda suelta á todas las murmuraciones y todas las maledicencias posibles, sobre

los individuos del género femenino y del masculino, y aun del neutro, si los hay. Hablan de todo, y si tienen precisión ó deseo, hasta de negocios. Se hacen servir otros vinos; beben y tornan á beber hasta la saciedad. Si á mano viene rompen también algunas copas; siempre por bromear, se comprende. Un millonario, por ejemplo, puede, bromeando siempre, echar la zancadilla á su criado, cuando éste lleva una bandeja con un primorosísimo servicio de porcelana, y hacerlo todo añicos. Después, naturalmente, revienta de risa.

Cuando, terminada la comida, los caballeros han estado solos un rato, pueden pasar si gustan á la salita donde están las señoras; también pueden, si así lo juzgan conveniente, salir de la casa sin entrar ni aun á despedirse, porque se comprende que no siempre el hombre que sale de una atmósfera de humo, después de repetidas y recientes libaciones, está para presentarse ante señoras.

Pocas noticias más acerca del traje de los convidados á comer. Si el que convida no advierte que se trata de comer en familia, la costumbre para los caballeros es acudir de etiqueta: frac y corbata blanca; en otro caso se asiste con traje negro. En las comidas á que los hom-

bres concurren de frac, van las señoras luciendo trajes vistosos, como los de una primera representación en la ópera. Al día siguiente de la comida, el convidado, á no ser que tenga gran confianza en la casa, envía á la señora un ramo... que, como ustedes saben ya, si es regularcito no cuesta menos de veinte ó treinta escudos. Yo me las arreglé siempre enviando flores de mi musa. De uno sé que, después de una comida espléndida, envió á la señora de la casa la flor... de la propia inocencia, impresa en un soneto en que decía: «no me queda otra.»

CAPÍTULO XXII

Entre diplomáticos.—Un periodista fustigado y el general Santos.—El duque de Licignano.

Es verdaderamente extraño cómo, en este mundo, suele uno conservar con preferencia las amistades íntimas con las personas que invariablemente son en todo de parecer contrario al suyo. Una de estas personas era para mí en Buenos Aires el cónsul general Chicco.

Decía yo blanco; él decía precisamente negro; manifestaba yo un deseo, exponía una opinión

política ó artística: él manifestaba y exponía todo lo contrario. Fué mi persecución contradictoria desde el primero hasta el último día de mi permanencia en Buenos Aires. «Quise huir de él; no me fué posible.» Venía á buscarme so pretexto de que yo le alegraba; en realidad de de verdad me buscaba para tener un preopinante con quien desahogar su espíritu de contradicción.

Preguntábame si quería ir á tal ó cuál fiesta, ó á cualquiera otra parte; le respondía que no; entonces urdía él una trama cualquiera para hacer que me invitasen á pesar mío, y era necesario ceder.

Habíame yo propuesto no poner los pies en los salones diplomáticos, pues no quería dar un paso más allá del consulado. Apenas el cónsul conoció estas mis firmísimas intenciones ,hízome casi de repente y sin que yo pudiera echarlo de ver, encontrarme con nuestro ministro diplomático en la República Argentina, el duque de Licignano.

Es el duque una persona amabilísima, que me dijo en seguida:

—Quiero muy de veras á todos los genoveses, porque me hacen rejuvenecer. Estuve muchos años en Génova agregado al ex-consulado

de las Dos Sicilias. Me parece que no han pasado ni tres días.

—Y habrán pasado, dije, treinta años, á lo menos.

—Más cerca está de los cuarenta que de los treinta, dijo el Duque, entristeciéndose un poco.

—¡Bah! no pensemos en estas cosas, dijo por último. Decía yo solamente que cuando veo á un genovés me rejuvenezco: llevo ya cerca de treinta años de vida consular y diplomática americana.

Aquí, dando muestra de una memoria prodigiosa, volvía á recorrer el Duque la vida en Génova, á través de los treinta años; refrescó los tipos más notables de entonces, las hermosuras, el censo, las modas, las aventuras, los duelos. Yo, aunque realmente no me rejuvenecía, creía que estaba tornándome pequeñuelo.

Mirándole bien, me recordaba el Duque, en muchos de sus rasgos, el tipo del autor de *Aida*,

A propósito de *Aida*, nuestro Ministro me dijo, después de haberme declarado que oyendo hablar de la vida en Génova solía ennegrecerse su barba y su cabello:—Debo ir á la *ópera*, porque el Presidente me ha enviado una invitación muy atenta para que asista esta noche, á

un estreno en su palco. Saludo á usted; he tenido mucho gusto en conocerle...

—El gusto ha sido mío y... del señor Chicco.

—Hasta la vista.

—Para servir á usted, Duque.

Al siguiente día fué el Duque á visitarme á mi fonda de la calle de Corrientes. No estaba yo en ella y me dejó su tarjeta de visita con una cortés invitación para que dos días después fuese á comer á su casa, calle de Santa Fe.

Me apresuré á darle las gracias, y en el día indicado me encontré en los salones de la legación, en los cuales, además del Duque, *hacía* admirablemente *los honores* de la casa su esposa, dama de exquisito trato y de maravilloso y fino ingenio, como debe serlo la mujer de un diplomático.

A propósito del cual surge en mi memoria el recuerdo de una anécdota de la que oí hablar en Montevideo, donde había residido anteriormente el Duque, que, como diplomático en América, había estado un poco en todas partes. La anécdota me fué referida por una persona que conocía muy bien las interioridades del ex presidente, general Santos. Había ya ocurrido el asunto de Riva, en el cual la prepotencia del Gobierno oriental en odio á los italia-

nos había debido pagarse con salvas de artillería y con multas, cuando he aquí que otro conflicto, aunque al parecer no de consecuencias políticas, vino á turbar el horizonte de las relaciones italo-uruguayanas, sin que, por esta vez, las comprometiese ostensiblemente. Un publicista de apellido y origen alemán, pero que había adquirido carta de nacionalidad italiana, además de ejercer su profesión en Montevideo en los periódicos de esta población, enviaba correspondencias á los periódicos italianos de Buenos Aires. Y si como formando parte del periodismo oriental era en extremo comedido, como corresponsal de los periódicos de la otra República se abandonaba algunas veces á las censuras más acres y á los ataques más violentos contra el general y presidente Santos.

Parece que el periodista aludido había penetrado algo en asuntos de carácter interior de aquel enérgico cuanto irascible Presidente. Parece además que éste lo había hecho decir que no se entremetiese en la vida del hombre particular. El periodista se hizo el desentendido, arreció en sus ataques y en sus revelaciones picantes acerca del Presidente y sacó á plaza ciertas anécdotas que, comenzando en la alcoba,

terminaban con escenas de celos en familia. Habló también de un altercado, con acompañamiento de golpes y de arañazos, entre la mujer y el marido. Cierto día detúvose una magnífica carretela delante de la casa en que vivía el periodista, bajó del carruaje un ujier que se dirigió á la habitación del mentado corresponsal, á quien invitó á presentarse inmediatamente en el palacio del Gobierno para entregarle una comunicación. El periodista, habituado como muchos otros á obtener de los mismos entrantes y salientes en Palacio noticias políticas de interés para sus correspondencias, y creyendo que en esta ocasión se trataría de alguna revelación más delicada, se apresuró á subir al coche.

No bien tomó asiento, el carruaje emprendió la marcha. Al llegar á determinado punto de la ciudad, echa de ver el periodista que han dejado atrás el palacio del Gobierno; hácelo observar al acompañante que se halla frente á él en el coche, y el compañero le suplica que reserve para después las observaciones. Como es natural, el periodista, que no está muy tranquilo en el fondo de su alma, se sobresalta, grita, quiere salirse del coche: el otro, por el contrario, le exhorta para que se tranquilice y se serene.

El carruaje entra, por último, en el palacio de Santos; allí ruegan al periodista que baje del coche y le ruegan tambien que tenga la bondad de subir á las habitaciones superiores, y al penetrar en el salón de recepciones, tiene la honra de oir anunciado, con toda pompa, su respetado nombre. Al entrar encontró al Presidente en conferencia con algunas personas; pero pronto halló el General modo de despedirse de todas ellas y quedaron los dos enteramente solos, el general Santos y el periodista. Éste, á decir verdad, no se consideraba en el momento más agradable de su vida, recordando las cosas algo indiscretas que él había publicado relacionadas con la vida particular del hombre en cuya presencia se hallaba.

El General invitó al periodista á que tomase asiento; reiteró con más energía su invitación, y después dijo:

—Señor mío, he apercibido á usted varias veces para que hablase cuanto quisiera de mí como Presidente, sin tocar á la vida privada. Usted no ha hecho caso alguno del apercibimiento.

—Es que yo soy un periodista libre, y... respondió en són de protesta el interpelado.

—Usted es... otra cosa muy distinta, gritó el

General. Y al propio tiempo, tomando un latiguillo que cerca de sí tenía, fustigó al escritor el rostro hasta hacerle brotar sangre.

El agredido protestó como pudo, y temiendo algo peor todavía, recordó al General que estaba acometiendo á un hombre inerme... á un padre de familia. El general, adoptando entonces una actitud caballeresca, dijo al otro: «Recuerda usted muy oportunamente la familia; también yo soy padre y me duele que usted se obstine en ofenderme en mi familia. Ahora ya nada tiene usted que temer de mí; he dado á usted lo que merecía.»

El general Santos llama en seguida á un criado y, con exquisita cortesía, hace que traigan al herido una vasija con agua fresca. Éste no deja de lavarse y enjugarse para disminuir el escozor. En seguida, no sin recibir un cortés saludo del Presidente, sale del palacio, sintiendo más viva cada vez la quemadura moral. Corre á la legación italiana, y le dicen que el Duque, nuestro ministro, está en el campo; envíale un telegrama participándole que necesita hablarle con urgencia para graves asuntos internacionales y le anuncia su visita. Se dirige á la casa de campo del Duque, lo encuentra, le refiere lo ocurrido, declarando que, como súbdito italia-

no, exige una reparación de tan brutal ofensa.

Cuentan las crónicas que el Duque, después de pensar un poco en el asunto, le dijo:—Fíjese usted bien, caballero, en que hay dos modos de resolver estos conflictos; ó á cañonazos... aunque sean de pólvora sola, ó de un modo más adecuado y más práctico, aunque menos ruidoso.

Para el primer medio, aquí está el Ministro; para el segundo, el hombre experimentado. ¿Quiere usted al Ministro, ó al hombre experimentado?

El otro, naturalmente, respondió:—Me pongo, en absoluto, en manos del hombre experimentado. Y el Duque terminó diciendo:—Está bien: déjeme usted hacer. Entonces, y después de haberse despedido del periodista, el Duque se fué á casa del Generalísimo, que le profesaba extraordinario afecto personal y que en muchos casos hasta se dejaba influir por el ascendiente del Duque; éste, no bien hubo encontrado al Presidente de la República, le dijo:

—General, me ha metido usted en una buena.

El General respondería probablemente:—No le he metido á usted en nada; he castigado á un pedazo de...

Y el Duque replicaría tal vez:—De todos modos, la ha hecho usted buena; pues ahora, el que rompió que pague.

Sea de esto lo que fuere, pues nadie presenció la entrevista, lo que se sabe con certeza, por relación de algunos que lo oyeron de labios del general Santos, es que éste, en determinado momento, como creyese que el Duque sostenía con excesiva tenacidad (en cumplimiento de su deber) los derechos del súbdito italiano que había sido víctima de la violencia, hubo de dar en el pupitre un puñetazo tal que había conmovido la mesa, y hasta, según creo, agitado la campanilla.

El Duque, que había comenzado su visita diciendo que iba á verle, no como diplomático, sino como un buen amigo suyo, ofendido por aquel terrible puñetazo, aunque solamente dado sobre la mesa, dijo:

—El amigo, señor Presidente, nada más tiene que decir.

Y á pesar de las protestas y los ruegos del General, salió del despacho.

El General, arrepentido del puñetazo y acaso también del latigazo, salió poco después del palacio, siguió los pasos al Duque, á quien no logró hallar hasta la mañana temprano, y muy de madrugada, en su cama.

El General, después de haber conseguido entrar, le dijo:—Es todavía el amigo quien viene á pedir á usted un favor: dígame que debo hacer para que este asunto quede acabado y no se hable más de él; proponga usted, yo escucho.

Es posible que el Duque respondiese:—No quiero tratar este asunto sino por la vía diplomática; y casi de seguro insistiría el Presidente, hasta que acabara el Duque proponiéndole una indemnización pecuniaria para el agraviado.

El General terminó diciendo: — Corriente; arregle usted como quiera esa indemnización: la pagaré.

Después de varias entrevistas, la indemnización se fijó en 20.000 francos.

La persona que me refirió aquel incidente, me dijo que el general Santos solía decir:—En mis momentos de arrebato he sido arrastrado á muchos excesos; pero ¡pobre de mí! si en esa proporción hubiera tenido yo que pagar todos mis excesos tan caros como aquellos dos latigazos y aquellas gotas de sangre vertidas... ¡Ah, señor Duque! este gasto me lo ato al dedo.»

Mientras refiero esta anécdota, llega la hora de la comida á que el Duque me ha invitado.

El embajador de Portugal ofrece el brazo á la Duquesa; otro diplomático se le ofrece á la señora de nuestro Cónsul; á mí se me advierte después, que debo ofrecérselo á la señora de M., flor y nata de la hermosura y gentileza argentinas, madre de un muchacha igualmente gentil y hermosa, y mujer, la madre se entiende, de un italiano. Todo esto va perfectamente: mi pareja luce un magnífico vestido de brocado verde, con enorme cola; yo, con la emoción de verme dando el brazo á una dama tan bella, y con el embarazo de ver la cola de mi frac al lado de la cola de aquella hermosísima dama, planto mi pie en ella y le doy una brutal sacudida. Si no caí como el cuerpo de un estúpido cae, es porque debe de haber algún dedo de Dios para los escritores que viajamos. Aquel fué, al fin y al cabo, mi solemne ingreso en las mesas diplomáticas.

El Duque, debo y quiero decírselo sin adulación, cuando está en un salón es muy agradable, y cuando está en la mesa lo es mucho más: come poco, bebe menos y habla de mil anécdotas picantes, muy especialmente de su antigua residencia en Génova, de un modo amenísimo.

Su casa, que es, como se comprende perfecta-

mente, la misma de la legación, es cómoda y espaciosa; tiene una majestuosa serie de salas; pero tiene un gran defecto en todas las habitaciones: la profusión de cuadros que tapizan todas las paredes.

No es culpa del Duque, sino del propietario de la casa, el cual, habiendo determinado residir por algún tiempo en París, le dejó en arrendamiento aquel magnífico palacio amueblado de la calle de Santa Fe; palacio que, ahora, habiendo solicitado y conseguido el Duque ser llamado á Italia, se habrá convertido de nuevo, y probablemente, en casa argentina.

Seguramente el propietario de la casa, comprando cuadros y más cuadros, creía, de buena fe, coleccionar obras maestras. Hay un cuadro de grandes proporciones que figura una escena trágica en un convento; está pintado al óleo... pero tengo para mí que estaría mucho mejor asado. En otra parte se ven unos perros de caza que son una verdadera perrería. Hay también una pradera que parece un lago, y un lago que semeja gelatina. El mejor buey de su establo... es un borrico; palabra de honor, es una magnífica cabeza, parece viva.

El Duque me perdonará esta libertad; pero, ya lo he dicho, no es suya la culpa. En lo que

respecta á lo demás, mobiliario, tapices, servicio... todo es suntuoso y digno de un representante de Italia.

Terminada la comida, torno á ofrecer temblando el brazo á mi hermosísima compañera, esta vez sin pisar su cola, y pasamos á la sala de conversación. Recae ésta, no sé cómo, sobre el chocolate; el ministro de Portugal sostiene que la mejor jícara de chocolate se bebe en Portugal; el caballero Ferrara de Dantia, secretario del Duque—que presento á ustedes—opina, por su parte, que el mejor chocolate es el de Nápoles; Gradara afirma que el chocolate preferible á todos es el chocolate con vainilla; yo, por último, asevero que no hay chocolate que pueda igualar al que se toma en Madrid.

Basta que yo diga esto para que el señor Chicco salga á contradecirme:—El mejor entre todos los chocolates posibles—dice el cónsul—sólo se toma en casa del Duque.—Enmudezco, porque no siéndome conocido todavía uno de de los términos de la comparación, no puedo contradecir el testimonio. Vienen después algunas otras personas á pasar la velada, como el diputado Ceballos, el ministro de España, el de Inglaterra, el de Francia, y llegado que es el momento de saborear el chocolate, véome cons-

treñido á confesar que, efectivamente, el chocolate del Duque tiene un no sé qué

que no puede apreciar quien no lo bebe.

Ustedes dirán que me entretengo con niñerías y vaciedades, admitiendo que una excelente jícara de chocolate sea una vaciedad, especialmente en los países donde es siempre una nota obligada como en España y en la América latina.

Acerca del chocolate del Duque escribí á los periódicos italianos de tal manera, que la fama del mismo llegó á oídos de mi respetable amigo el diputado Berio. Cuando éste estuvo por segunda vez en Buenos Aires, y se encontró conmigo en casa del Duque, dijo: —Probemos una vez más ese famoso chocolate.

La Duquesa, tal vez algo impresionada por aquella fama que empezaba á extenderse por ambos hemisferios, hizo servir, al poco rato, el chocolate, y presentó ella misma en persona la jícara al respetable Berio, el cual, como un Jurado de Exposición en el ejercicio de sus funciones oficiales, comenzó á saborear el líquido.

—¿Qué tal? le pregunté.

—¡Es un poema! me respondió mi amigo.

Pero vuelvo á la primera noche de mi cono-

cimiento con el chocolate del Duque. Aprovechándome de la buena ocasión, y á fuer de cronista impenitente, probé á sonsacar al Duque para conocer algunos pormenores del incidente periodístico-presidencial en Montevideo.

—Hábleme usted cuanto quiera, dijo el Duque, de mi chocolate; hábleme de la *Cattainin de l'gua amaa*, una hermosísima celebridad popular que recuerdo, como si hubiese sido ayer, haber conocido en Génova treinta y cinco años ha; pero déjeme usted de incidentes diplomáticos.

Eché de ver entonces que yo era todavía muy novicio en los ambientes de la diplomacia. Después, cuando se aproximaba ya la hora de la despedida, salí con el vicecónsul Gradara.

Cuando estuvimos en la calle como dos buenos vicemillonarios, tomamos el primer tranvía que pudiese llevarnos al centro. Éramos objeto de la general admiración pcr nuestros trajes severos y dc etiqueta, y sobre todo por nuestras formidables pecheras, cuando cátate que, en lo mejor de nuestras ilusiones, el coche en que íbamos descarrila violentamente y va á dar en el escaparate de una botica, escaparate que, como es natural, quedó hecho añicos. Tratábase de una cosa muy sencilla; un coche de tran-

vía, que desembocaba por una calle transversal y á todo correr, sin que el conductor hubiese tocado el clásico cuerno, había chocado con nosotros.

Muertos por esta vez, ninguno; medio muertos... de miedo, casi todos; heridos, los dos caballos, y además los oídos de los pasajeros por las horribles expresiones que cochero y conductor cambiaron entre sí durante largo rato, hasta que, habiendo llegado un vigilante, puso paz entre todos, haciendo que los dos le siguiesen á la Comisaría... y que nosotros siguiésemos nuestro camino.

En Buenos Aires no hay nunca seguridad completa de acabar bien el día, aunque sólo falten tres ó cuatro minutos para volver á casa.

CAPÍTULO XXIII

En casa de un diputado y ministro.—El doctor Ceballos.—Plaza Vittoria.—Museos y monumentos.

Como era de obligación, fuí, pocas noches después, á visitar al duque Licignano. Lo encontré precisamente en la escalera cuando se disponía á salir.—Siento mucho... me dijo

en el primer momento, verme obligado... Después, como si lo hubiese pensado mejor, siguió diciendo:—Pero no lo siento realmente; véngase usted también. Voy á casa del diputado Ceballos, que además de ser una personalidad política muy importante, como que ha sido Presidente de la Cámara, es un literato de gran valía.

—Yo, le dije, soy también un literato, aunque sin valía, y acepto con muchísimo gusto; porque ya sé que he de estar muy bien acompañado.

Fuíme, pues, á la calle de Belgrano, á casa de Ceballos, quizás la primera casa exclusivamente argentina en que tuve la suerte de encontrarme. El diputado Ceballos, que pocas semanas después fué nombrado ministro de Estado, nos recibió con mucha afabilidad, porque es muy amigo del Duque, y porque, entre los diputados argentinos, es uno de los que más simpatizan con el elemento italiano. Hallábanse sentadas en el saloncillo, en larga fila, muchas señoras y muchas señoritas, entre las cuales estaba la familia del señor Ceballos. En la parte opuesta estaban los representantes del sexo fuerte. El Duque había nacido para estar muy bien en la diplomacia; pero había nacido asi-

mismo para estar muy bien con las señoras.

—Duque, cuéntenos usted alguna cosa, dijeron de pronto al llegar nosotros, voces argentinas, pero argentinas por dos razones.

El Duque se vió obligado á sentarse en el sofá del centro, colocado entre las dos filas, y dijo en castellano:

—¿Qué he de contar á esta amable compañía? Que traigo conmigo á un curioso que recorre el mundo para ver si hay en él algo nuevo... Que estuve ayer noche en el *Politeama* para oir á la Patti, y que la he hallado... siempre nueva; que realmente no hay sino las italianas, las españolas y las argentinas para realizar estos milagros de juventud eterna.

Una señora, que no era ninguna de las tres cosas, manifestó algún disgusto en una lengua que yo no conocía... sino de vista; y el Duque le contestó en aquella lengua, y pudo acallarla con decir que también las mujeres de su país hacen milagros.

La señorita de Ceballos salía de vez en cuando de la línea femenina para presentar y ofrecer á todos un cartucho de dulces, acompañando al ofrecimiento con una amable sonrisa, más dulce aún.

—Como tampoco, continuó diciendo el Du-

que, ha de enojarse nadie si digo que los primeros dulces del mundo son los de Génova: tanto es así, que el papel en que se hallaba envuelto el dulce que esta señorita me ha ofrecido, indica esa procedencia.

Siempre da gozo cuando, un paisano—aunque sólo sea un dulce—logra sostener en el extranjero, á buena altura, el honor de la patria.

Invitóme el doctor Ceballos á pasar á su estudio, que puedo llamar con más exactitud su museo. Trátase de dos salas espaciosas reunidas, en las cuales el hombre de Estado ha coleccionado por su propia cuenta, una cantidad preciosa de recuerdos patrios; lo que equivaldrá á un museo nuestro del Renacimiento. Efectivamente, gran parte de esas colecciones se refieren á los acontecimientos americanos de 1850. Los retratos de todos los hombres notables de aquella revolución adornan las paredes; los bustos de Belgrano y de Moreno, bocetos de varios monumentos nacionales y además reliquias preciosas: una túnica del general San Martín, una espada que pertenecía á Belgrano, fusiles y proyectiles recogidos en el campo de batalla, banderas y trofeos, todo se encuentra reunido en aquellas dos salas.

Pero existe en el doctor Ceballos, además del

hombre político, el artista, y las artes italianas han tomado allí naturalmente el puesto de honor. Posee como especial preciosidad un retrato de nuestro artista dramático Ernesto Rossi. El intérprete de *Amleto* ha escrito al dorso de aquel retrato algunas frases de dedicatoria, felices por la forma y por el pensamiento.

Por mi parte, después de haber visto tal abundancia de hermosos recuerdos, no pude contenerme y manifesté la extrañeza con que veía que un hombre tan verdaderamente liberal como el doctor Ceballos, pudiera ser al propio tiempo tan empedernido conservador.

En los días siguientes á esta visita comprendí yo cada vez como más necesario el consagrar algunos días á la visita de los monumentos, según es costumbre hacer en poblaciones para nosotros desconocidas, y sin dejarme engañar por los amigos habituados á llamar monumentos á una aberración.

Por esta vez resolví adivinar los monumentos por inducción lógica, sin tomar lenguas de otros. Comencé por la plaza de la *Victoria*, la plaza mayor en que, como ustedes recordarán, desembocamos á nuestra primer llegada desde el puerto.

Del primer y más necesario monumento de

esta plaza, esto es, del magnífico palacio del Gobierno, he hablado á ustedes ya. El segundo monumento, casi casi de igual mérito artístico que el anterior, es la catedral, situada en el fondo de la parte de la plaza que flanquea por la derecha el palacio gubernativo. La fachada de este templo semejaría—como las usuales y repetidísimas dos gotas de agua—á la iglesia de la Magdalena en París, si, como aquélla, tuviera columnas á los lados, en vez de tenerlas solamente en la fachada.

En conjunto: estilo griego, ornamentación romana: cúpula relativamente pobre.

El interior de la iglesia no corresponde, ni por su magnificencia ni por su importancia artística, al exterior.

He visto también en algún retablo ropas y adornos que no habría querido tomar un ropavejero.

Tercer monumento de la plaza: *La Bolsa del Comercio*, al cual ya he acompañado á ustedes haciéndoles entrar al menos por la fachada que da á la plaza.

Monumento cuarto: un obelisco muy elevado, en cuya parte superior se levanta la estatua en bronce de la Libertad, con otras cuatro estatuas alegóricas en mármol en la base, y todo esto

cercado por un enverjado de hierro formando cuadrilátero.

Quinto monumento: á poca distancia del anterior, una fuente... suficientemente monumental, con cuatro estatuas en mármol, alegorías siempre de grandes y faustos acontecimientos nacionales.

Sexto monumento: un general de bronce, jinete en un caballo más de bronce aún; el general levanta su sombrero como si saludase al palacio del Gobierno; el caballo da algunas señales de vida, muy laudables, y parece como si también se inclinase á saludar á la casa del Gobierno. En realidad hay bastantes estatuas ecuestres peores que ésta.

Monumento séptimo: las palmeras que adornan la plaza: octavo, los asientos que hay en la misma; además, otro monumento digno de ser visitado, especialmente cuando llueve, los soportales de la plaza, coronados por una torre que tiene un mirador frente por frente del palacio, á una distancia semikilométrica.

Monumento décimo: la casa de Ayuntamiento.

Otro monumento había en esta plaza; el teatro de Colón, primer teatro para la *ópera;* ha desaparecido. Quien influyó más en esta des-

aparición fué ciertamente quien realizó mejores negocios en el terreno.

Otro monumento hermosísimo para esta plaza ha de ser la magnífica calle *Paseo de Mayo*, que está abriéndose aquí, con una anchura que no es la ordinaria, ni mucho menos, en Buenos Aires, y ha de cortar y hasta anular del todo no sé cuántas calles, prolongándose, siempre en línea recta, por una longitud de varios kilómetros.

Sin fatigarme demasiado, es decir, permaneciendo siempre en la misma plaza, encontréme ya en aquel instante suficientemente saturado de monumentos, á reserva de penetrar en distinta ocasión dentro del principal, esto es, el del palacio del Gobierno.

No muy lejos de ese palacio y paralelamente á él, pocos *cuadros* más abajo, en la calle del Veinticinco de Mayo, podría yo conducir á ustedes, para que la admirasen, á otra casa que tiene con ésta alguna relación; es á saber, el domicilio particular del actual presidente de la República, casa labrada en estos últimos años. Es una casa espléndida, á la que podríamos llamar con justicia palacio. En el interior se presenta en toda su expresión el lujo, tanto por la elegancia de las habitaciones, cuanto por la riqueza,

de lo que contienen en tesoros de arte, de mobiliario, de suntuosísimos cortinajes, alfombras y tapices: hay objetos por valor de diez millones. De un presidente que, pocos años ha, era tan solo un modesto leguleyo de Córdoba, bien puede decirse que *ha hecho carrera.*

Pasemos ahora á los monumentos de escultura en los jardines públicos, ó sea en las plazas, pues todas, cuál más, cuál menos, tienen algo de magníficos jardines. El general Lavalle, un mártir de la libertad hace ahora muy cerca de medio siglo, tiene en honor suyo, y en la plaza del mismo nombre, un monumento que consiste en una columna de mármol, y sobre ésta una estatua, no ecuestre; columna y estatua que se destacan en toda su blancura marmórea sobre un magnífico fondo de verdura: precisamente como el monumento consagrado en Génova á Mazzini, teniendo, para que la coincidencia resulte más extraña, por autor ambos monumentos á un escultor que se llama Pedro Costa. En realidad, no deja de existir el efecto; pero lo mismo en éste que en el monumento de Génova, puede afirmarse que al efecto contribuye mucho lo pintoresco del sitio.

Una estatua de Mazzini, obra de gran precio,

de Monteverde, elévase en el jardín próximo y no lejos de la estación central.

Una estatua ecuestre de bronce, dedicada al general San Martín—cuiden ustedes de no pronunciarlo como los franceses, porque aquí lo toman á mal,—levántase en la plaza del mismo nombre. Aquí también, el mejor monumento es la plaza misma: un verdadero jardín de aclimatación de las más hermosas, las más variadas y las mejor repartidas plantas.

En este concepto puede también ser considerado como monumento el Paseo de Julio, un paseo lleno de sombras deliciosas; la plaza del Seis de Junio, con sus inmensos plátanos; la plaza del Once de Septiembre, con sus flores paradisíacas, puesto caso de que en el Paraíso haya de eso; el paseo del Tres de Febrero, donde se muestran algunas calles y algunas plazas con pretensiones casi romanas; y la misma entrada de Recoletas. Descúbranse ustedes la cabeza.

En este punto nos hallamos á la entrada del camposanto, con el cual procuraré concluir en pocas palabras; con tanto más motivo, cuanto más exacto es que el Municipio ha dispuesto que cesen las inhumaciones. En éste, como en todos los camposantos, hay monumentos que, con

escaso respeto á los fallecidos, producen risa; así como hay también monumentos seriamente admirables. Aquí goza y se ensancha el espíritu del que esto escribe al narrar que entre los contados trabajos buenos se distinguen obras de genoveses, como Scanzi. Nuestro Sansebastiani colocó allí, en estos últimos meses, el magnífico y hermoso monumento dedicado al doctor Ayersa Torribio, un médico animoso que solía dar, con sin igual desprendimiento, á los pobres lo que en el ejercicio de su profesión ganaba con los ricos. Los amigos proyectaron elevarle un monumento por suscrición que ellos iniciaron y encargaron de ejecutarlo, por concurso, á Sansebastiani, que supo dar forma á una grandiosa apoteosis de la Caridad.

No he de abandonar el cementerio de las Recoletas sin llamar la atención de ustedes sobre la costumbre que aquí existe de considerar los sepulcros de familias como sendos estantes donde se colocan, al descubierto, cajas sobre cajas. Un hermoso monumento moderno es el Museo con biblioteca.

Debería yo tal vez hablar ahora de un monumento demasiado ramplón; me refiero á cierta gruta cruel, llena de caprichos demasiado grotescos, levantada en estos últimos años, con

tanto dispendio como mal gusto, en la plaza de la Constitución, y que, para decir la verdad, resulta un monumento bastante ridículo. En esta plaza misma se levanta la gran estación del ferrocarril del Sur, y ésta es, en su género, una estación monumental como hay pocas.

También estaría yo obligado, en conciencia, á decir que otros sitios de Buenos Aires están adornados con sendos monumentos, ya en mármol, ya en bronce; ora en forma de fuentes, ora de jardines, todos ellos dedicados á la memoria de los grandes hombres del país.

Algunos de éstos á quienes se han erigido monumentos, gozaron, según por aquí dicen, fama usurpada; otros fueron en realidad hombres notables. Sábese, además, que ni todas las roscas salen con agujero, ni todos los grandes hombres fabricados por las circunstancias y por la fecundidad monumental de los tiempos han poseído en realidad el germen de la grandeza; y que aun ellos mismos suelen ser los últimos que soñaran en acabar siendo grandes hombres. En muchas ocasiones eso de crear grandes hombres es una necesidad nacional.

CAPÍTULO XXIV

Apertura del Parlamento.—El presidente Juárez Celman.—Un Mensaje de color de rosa.

En el día 7 de Mayo se verificaba la solemne reapertura del Parlamento, con gran pompa militar, en la plaza de la Victoria, y con discurso, mejor dicho, Mensaje del presidente Juárez Celman. Antes que el Congreso mismo, me impresioné—no sé ocultarlo—en aquella manifestación de fuerza armada, viendo los cuerpos de caballería. En un país en el que se nace, por decirlo así, á caballo, no esperaba yo ciertamente ver caballería tan pesada como ésta. Aquellos hombres, aunque robustos y al parecer resistentes á las fatigas, vistos á caballo parecen soldados de plomo; caen en la silla de todas maneras menos de una manera elegante. En compensación, sin embargo, son, como ya he dicho, fuertes.

Tienen rostros de todos los colores; hasta el negro de humo. El soldado de infantería parece, por su traje, un soldado francés, algo españolizados en el modo de marchar.

Entremos en el Congreso. En la sala, coronada por altas y majestuosas galerías, me pareció contar unos ciento dieciséis diputados: entre éstos tampoco el color blanco es de rigor. Todos van, sin embargo, de frac y corbata blanca.

El Presidente, sin dar el puntapié tradicional al cojín propio de las sesiones regias, lee á los señores senadores y diputados un discurso que es, puede decirse así, una extensa Memoria económica y administrativa, una pintura de la situación, acerca de la cual empezaban á correr tantos rumores contradictorios.

¿Quieren ustedes, por ventura, que yo, antes de resumir lo que dijo el Presidente, les haga el retrato del mismo? Es hombre de mediana estatura, y tendrá alrededor de cuarenta años; su cara denuncia al leguleyo; rostro muy ovalado; barba rubia, cerrada, pero corta, y que termina en punta; perfil regular; mirada en que hay más de cariñoso que de presidencial, sobre todo cuando se fija en las señoras de las tribunas. Señas particulares: es un jefe de Gobierno que, contra lo comun, no tiene nada de marcial; se advierte en él la costumbre del mando, pero del mando, antes que otra cosa, curialesco. En conjunto, es hombre agradable, aunque no un

buen mozo; en los sellos es muy buen busto. Ha sido elegido por 133 electores en las 14 provincias.

Comenzó su discurso eon las frases de parabién y de plácemes que son habituales en casos análogos en los jefes de los Gobiernos europeos, porque el Estado está siempre en paz con todos los otros, y por consiguiente, en condiciones inmejorables para consagrarse por completo al desarrollo de los intereses nacionales; porque su gobierno ha de hacer lo posible para que los beneficios de la paz continúen asegurados. ¿No les parece á ustedes que se hallan en Montecitorio... ó en el Reichstag?

El Presidente, una vez leído este exordio, bebe un sorbo de agua, y pasa después á una fantasmagoría ferrocarrilera, estableciendo previamente, dentro del tema, cómo el porvenir económico de la nación, y al propio tiempo el progreso social, dependen del incremento incesante de las comunicaciones. Dice que los 7.706 kilómetros de ferrocarril que había en la República Argentina abiertos al servicio público, no bastan para satisfacer las necesidades del tráfico, en las proporciones reclamadas por el aumento de la producción. «Innumerables toneladas de mercancías, dice, están en los alma-

cenes durante meses enteros, esperando transporte para llegar, si Dios quiere, á su destino, cuando los géneros habrán sido deteriorados por la intemperie y por los demás perjuicios á que han estado expuestos, al aire libre, en la larga duración de su espera.»

Cada vez me parece más hallarme en Italia; también precisamente en el puerto de Génova, ante el conflicto eterno de que faltan vagones—justamente uno de los conflictos que ocasionaron mi emigración al Nuevo Mundo,—confiaba yo en que, por espacio de algunos meses, no oiría hablar de esas cosas. ¡Vana esperanza!

El Presidente dice que durante el año de 1888 los ferrocarriles de la República Argentina produjeron un ingreso de 21.218.132 pesos; los gastos de aquel ejercicio se elevaron en el mismo período á 12.372.189 piesos: con que el beneficio líquido vino á ser 8.835.943 pesos.

«Estas cifras, dice el Presidente, bastan para demostrar que no habían de ser el movimiento ni el tráfico los que faltasen.»

Aquí, sin que el Presidente lo diga, digo á ustedes que la mayor parte de los ferrocarriles argentinos están en manos de sociedades francesas ó inglesas.

Desde ese punto pasó el jefe del Gobierno á exponer una tétrica pintura que, andando el tiempo, pude ratificar en mi viaje por las provincias, de los desastres producidos en las líneas férreas por los desbordamientos de los ríos y por las terribles lluvias que habían roto puentes de gran resistencia; de un cúmulo de desgracias, en fin, que interrumpieron las comunicaciones é hicieron necesarios grandes gastos para reparación de averías. Dijo también que las subvenciones íntegras que la nación había de pagar á las varias líneas de ferrocarril ascenderían en 1890 á más de cuatro millones de duros, oro. Que cuando las últimas líneas cuyas concesiones se habían votado estuvieran concluídas, las subvenciones que por este concepto gravitarían sobre el Tesoro público ascenderían, por lo menos, al duplo de esa cantidad. Prometió que el Poder ejecutivo presentaría para esto un proyecto en el curso de aquella misma legislatura. Entretanto, aseguró que la República Argentina, para responder á las crecientes necesidades de las comunicaciones, causadas por el aumento incesante de la emigracion, ha menester de 20.000 kilómetros de ferrocarril, si se quiere que la producción agrícola se extienda y que el inmigrante abandone

los campos preferidos del litoral y se distribuya en el interior. Aquí el Presidente invocó el ejemplo de la gran República del Norte América, cuyo estado envidiable de prosperidad no comenzó hasta que la locomotora pudo atravesar los bosques, internarse en las vísceras de las montañas, cruzar los desiertos inmensos, sembrando por do quiera la animación y la abundancia.

Lo malo es, Sr. Presidente (ahora soy yo el que habla), que en esta bendita República Argentina un trazado de ferrocarril, antes de ser concedido, construído, reconocido y utilizado, ha de pasar por el cedazo de tantos hambrones (negociantes si se quiere), que la operación resulta ya por sí misma un desastre ferrocarrilero, rentísticamente hablando. Usted no tendrá la culpa...; pero me han dicho muchos que entienden bastante de estas cosas, que así sucede. Entretanto, hoy por hoy, el Estado se halla reducido á tal extremo, que sus ferrocarriles se han convertido en objetos de Monte de Piedad: y tan cierto es, que casi todos se empeñan á los ingleses.

Vuelvo á conceder la palabra al señor Presidente. Dice que en aquel año económico las obras públicas emprendidas por el Estado reci-

bieron un impulso considerable; que, sin embargo, aún quedaba mucho que hacer, porque, á consecuencia del estado de las vías y de otras causas, una gran parte de la población rural permanece, durante la estación de las lluvias, fuera de toda comunicación, y el tráfico se interrumpe. «Levantemos puentes, muelles y obras de defensa á lo largo de los ríos y del *Río*,» dice el Presidente.

Y prosigue, anunciando que para estudiar estas necesidades de las provincias serán nombradas sendas Comisiones.

Por el puerto de la capital el Tesoro pagó, durante el año económico, á los constructores, obras por valor de 2.505.448 duros en dinero contante. Para el puerto de Rosario se han gastado, desde 1885 en adelante, dos millones de pesos. El Mensaje enumera sucesivamente una cantidad considerable de muelles, depósitos de aguas, puentes, desviaciones de ríos, que aumentan el pasivo del Estado en un número considerable de millones de duros, en oro, porque de algún tiempo á esta parte parece que los contratistas de obras públicas no se fían gran cosa del papel moneda.

Entre las obras de arquitectura menciona el Mensaje el edificio para la policía y el cuerpo

de bomberos de la capital; el gasto para este palacio asciende á 337.734 duros; como noticiero antiguo, siempre que oigo una cifra, la anoto entre mis apuntes. En aquella fecha, ó muy poco después, se verificó la primera sesión en el Palacio del Gobierno nacional, y entonces los gastos de esa obra subían á 590.067 pesos. Un apéndice al Hospital de la Merced importa 34.015.

También habla el Mensaje presidencial del nuevo monumental palacio para Correos y Telégrafos. «Los fondos votados para esta obra, dice, fueron 50.000 escudos; pero será necesario aumentar considerablemente esta suma para que el edificio resulte en armonía con las necesidades del servicio. El coste total no bajará de 1.800.000 escudos.» Habla después de un edificio magnífico, destinado á las sesiones del Congreso Nacional, para el cual un proyecto de ley, aprobado ya, destina un espacioso terreno. Dice que una parte de esa tierra está ya comprada y que se halla en vías de adquisición la otra.

Aquí el Mensaje se pierde en espejismos de la Exposición Universal de París, que precisamente en aquellos días se inauguraba, y el Presidente se regodea con la espléndida figura

que la República Argentina ha de hacer en aquel esfuerzo de todo el mundo.

Acerca del servicio postal y telegráfico, dice que el movimiento general de la correspondencia en 1888 excedió en un 42 por 100 al del año precedente, y el envío de telegramas, en un 6 por 100.

Hace notar el Mensaje una disminución algo extraña en lo relativo al Estado: en el año 1887 habían sido remitidos 25.554 pliegos oficiales; en 1888 sólo se expidieron 12.443. No existiría seguramente una disminución como ésta en el reino oficinesco del Antiguo Continente. En un año se abrieron 212 administraciones nuevas de Correos: se construyeron 5.359 kilómetros de línea telegráficas; se hicieron reparaciones equivalentes á 5.082 kilómetros; en aquella fecha existían en construcción 3.814 kilómetros.

El Mensaje trata después de los servicios municipales de la capital. Desglosaré, para conocimiento de ustedes, algunos datos. Desde Mayo de 1888 al mismo mes de 1889, se colocó piso nuevo en 408 *cuadros* de vía pública. Dice que todos los hospitales de la ciudad fueron considerablemente ampliados, inclusos los manicomios.

Una idea del incremento en la construcción:

la oficina municipal técnica de Buenos Aires concedió, sólo en 1888, permiso para 6.000 construcciones. Los gastos municipales, que en 1887 habían sido 4.558.846 pesos, se elevaron en 1888 á 4.909.863.

En lo que respecta al servicio de policía, echa de ver que las detenciones fueron en Buenos Aires un 62 por 100. En la estadística europea el término medio no pasa del 54 por 100. Pero ya he dicho á ustedes que en la República Argentina se llevan á cabo detenciones por nada.

En lo relativo á beneficencia, dice el Mensaje que ha sido necesario dar mayores dimensiones á los hospicios para huérfanos, para enfermos, para niños y para locos. De estos últimos entraron, durante el año 1888, doscientos en el manicomio de Buenos Aires.

Pasemos á la Marina. Afirma el Mensaje que en el año 1888 habían entrado en el puerto de la República 95.245 buques—á los cuales pueden calcularse 8.420.044 toneladas—transportando 265.425 viajeros. El aumento con respecto al año anterior, había sido de 10.206 toneladas y 40.656 pasajeros.

Hablando del tema importantísimo de las colonizaciones, afirma que el desarrollo adquirido

en esto exige modificaciones radicales en la legislación vigente.

Sobre las relaciones con los demás países, el Presidente, volviendo á regocijarse por el estado perfecto de paz y de concordia con todas las naciones americanas y europeas, indica especiales tratados para mejor deslinde de límites que ahora existen con el Brasil, y probabilidades de que las prácticas necesarias conducirán á buen puerto sin que se turbe la paz... no europea. Viniendo después á las buenas relaciones con el Gobierno de Montevideo, alude á la próxima devolución de la visita por parte de aquel Presidente, y á las grandes fiestas que se preparan; de estas hablaré á ustedes á su tiempo.

Pasando á discurrir sobre la Hacienda nacional, el Presidente—lo mismo que es habitual en los ministros de Hacienda de otros países—afirma de nuevo que la fuerza económica de la nación continúa en su movimiento progresivo. Teniendo en cuenta los resultados de hoy, habría, no obstante, fundados motivos para dudarlo. He aquí ahora el párrafo más saliente del lirismo presidencial, y por cierto no podría reproducirse tan enfático en el Mensaje del corriente año. Oigan ustedes, oigan ustedes:

«Todo se halla en progreso: el valor del te-

rreno, la fabricación, la industria, el comercio, el crédito, la acumulación del capital, la renta pública y las riquezas particulares, y con la inmigración—que cada día se extiende más en nuestro fértil y fecundo país—progresan al propio tiempo la afición al trabajo y los esfuerzos de un pueblo que camina hacia sus grandes destinos.»

¡Destino de los pueblos! digo cuando ha transcurrido un año: el agio del oro á más de trescientos por ciento; los ferrocarriles pignorados; las obras públicas suspendidas; la miseria en la atmósfera, y la guerra civil.

Pero volvamos al discurso presidencial. En aquella fecha el valor de la propiedad inmueble en la República Argentina estaba valuado, sobre la base de las rentas y de las declaraciones censales de los propietarios, del siguiente modo:—Para Buenos Aires, extensión total en hectáreas, 18.141; valor total de esa tierra; 1.107.788 escudos; si comprendemos las provincias, la extensión en hectáreas se calcula en 269.429.841, y su valor total 2.720.822 escudos. El cultivo general para el año 1888 se considera del modo siguiente: trigo, 832.601 hectáreas; cebada, 824.055; plantas medicinales, 379 816; avena, 36.659; lino, 117.237; viñas,

2.697; caña de azúcar, 21.053; otros varios cultivos, 121.502; total de hectáreas cultivadas, 2.359.958. ¡Buenas cifras!... Pero no salvan.

Entremos ahora en la clasificación de los ganados.

El Mensaje calcula que en Mayo de 1888 existían en el territorio de la República: de ganado vacuno, 22.869.385 cabezas; caballos, 4 398.283; carneros, 70.453.665; el valor total de este ganado se calculaba en 369.561.607 escudos. En estos datos hallo la convicción de encontrarme, no en Europa, sino en América.

Las estadísticas comerciales del año 1885 hacen subir las importaciones y exportaciones en conjunto á 280.690.212. El comercio de importación propiamente dicho sometido á impuesto, alcanzaba en 1888 el valor de escudos 127.507.800.

El Mensaje se eleva siempre á los espejismos más risueños y más rosados cuando trata de la *Circulación bancaria*. Valen la pena de ser reproducidas *ad pedem litteræ* las siguientes palabras del discurso: «Con suelo fértil; con hombres apercibidos á las luchas por la existencia y que llegan aquí á centenares desde muy lejos; con el comercio que en pocos años se ha centuplicado; con los ferrocarriles que atraviesan los

desiertos y extienden por do quiera la industria, era necesario dotar al país—que no tiene capital acumulado—de un crédito equivalente al alcance del trabajo, y á este fin fué promulgada la ley sobre Bancos de circulacion garantizada.»

«Las necesidades del crédito—así continúa diciendo el Mensaje—se sentían de tal modo, que bastaron doce meses para que quince Bancos, con un capital que en conjunto asciende á 200.233.400 escudos en moneda nacional, aprovecharan los beneficios de la ley.» El Mensaje afirma que los Bancos tenían en aquella fecha una circulacíón de 151.170.496 escudos en billetes con reembolso, garantizados por igual suma en fondos públicos nacionales. Sobre esta circulación y las subvenciones y garantías correspondientes, se extiende el Mensaje en datos muy tranquilizadores; ¡pero que, no obstante, al cabo de un año han perdido bastante de su valor, si es que no lo han perdido todo!

El optimismo continúa dominando en el capítulo: *Ingresos y gastos públicos*.

El Mensaje dice que: «á pesar de la supresión de derechos sobre la exportación y la pérdida del producto de los ferrocarriles y de los trabajos de saneamiento, el rédito público continúa

aumentando durante el año y produciendo excedencia sobre los gastos ordinarios administrativos. En 1887 los ingresos fueron escudos 52.126.145, y en el de 1888—después de deducido el importe de los dos impuestos ya señalados—fueron los ingresos 57.651.111, y en el primer trimestre de 1888 se elevaban ya á 16.709.974. Los gastos satisfechos en el balance de 1888, unidos á la suma pagada por diferencia de cambios y comisiones (en escudos 4.807.300), aumentaron hasta 50.801.131, cifra en que va incluído un excedente á favor del ingreso de 6.350.800.»

El Mensaje presidencial afirma que estos resultados son más que satisfactorios.

Por lo que respecta á la Deuda pública, lo más claro será reproducir íntegro el siguiente período del discurso presidencial:

«En Julio del corriente año (1889) quedaron amortizados, con el procedimiento natural y ordinario de amortización determinado en la ley, el primer empréstito de 12.900.000 escudos contratado por la República después de su reorganización. Este empréstito, contratado en el año 1868 al 6 por 100 de interés y al 2 1|2 por 100 de amortización acumulada, se negoció al 72 por 100 de su valor nominal. Hoy,

veinte años después de aquella fecha, la riqueza pública ha aumentando de tal modo y el servicio relativo á la Deuda se ha cumplido con tan rigurosa exactitud, que aquellos que cotizaban tan bajo nuestro crédito, cotizan de todos modos el 5 por 100 argentino más que á la par, y el 4 1[2 casi lo mismo.»

El Mensaje dice, sin embargo, que hay motivos para esperar aún mayor mejoramiento. El valor total de la Deuda exterior emitida en nombre de la Nación y agregada á la Deuda que la nación tomó á su cargo á consecuencia del convenio con la provincia de Buenos Aires, se elevaba en 31 de Diciembre de 1884 á 191.135.037 escudos: calculando la libra esterlina en cinco escudos y cuatro centavos.

El valor total de la Deuda interior emitida por la nación ó á su cuenta, se elevaba, según el libro del crédito público, á 257.987.083, incluyéndose en esta suma la emisión de billetes de cantidad inferior á un peso y 137.549,872 escudos de fondos públicos al 4 y medio por 100, dados á los Bancos para garantizar la circulación de sus billetes. El Mensaje calculaba que la Deuda exterior, deduciendo el importe de los préstamos, que habrían de hallarse saldados ya al concluir el año, se habría reducido de

191.135.037 escudos que á la sazón importaba, á 87.705.807.

Sobre los bienes nacionales, el Mensaje, refiriéndose á una Comisión que en el año anterior tuvo el encargo de llevar á cabo un inventario detenido y minucioso de las propiedades nacionales, dice que en aquella fecha la Comisión llevaba en sus trabajos registrado un valor de 500 millones de escudos al curso legal.

«Los bienes, cuyo inventario se ha hecho—dice el Presidente, siempre en la fecha 7 de Mayo de 1889—permiten asegurar hasta ahora que nos hallaremos en estado de reembolsar nuestra Deuda pública en circulación, sin que nada quede hipotecado, fuera del 20 por 100 de los bienes nacionales.»

Como se ve, el Presidente se bañaba en un mar de delicias.

Por lo que respecta á las operaciones realizadas en la Bolsa de comercio, como el Mensaje habla de todo, el Presidente se dirige también aquí á los senadores y diputados, diciéndoles:

«Debo daros noticias de un hecho, cuya importancia no se escapará seguramente á vuestro entendimiento: el juego sobre las diferencias de las varias monedas no nacionales de oro y de

curso legal, lo mismo que sobre las operaciones de demora, habia alcanzado cifras fabulosas. Se realizaban ya operaciones á propósito, por más de mil millones en oro; este juego, como era natural, aumentaba de una manera extraordinaria la demanda de oro en el mercado, contribuyendo á la depreciación de los billetes de Banco con curso legal, hacían muy variable su valor y dificultaban las transaciones comerciales.»

Después de este exordio, que hoy por sí solo merecería ser meditado en todo aquel valor (demasido discutible) que pudiera tener, pasaba el Presidente á tratar de la absorción de los capitales pertenecientes á Sociedades particulares, que este juego producía, con los juegos del agio entonces, el 15 ó 18 por 100; al hondo resentirse de las industrias y del comercio y los Bancos del Estado que veían agotarse sus reservas.

Como es natural, después de esta pintura de tintas exclusivamente bursátiles, sin buscar otra causa de la subida del agio sobre el oro, el Presidente llega á tocar la medida famosa, adoptada por Varela, á la sazón ministro de Hacienda, y en virtud de la cual se prohibían en la Bolsa las contrataciones sobre oro y se cerraba la misma Bolsa por algunos días.

El decreto prohibitivo estaba á la sazón reciente, de poco más de un mes, y la Bolsa, después de haber permanecido cerrada por algunos días en cumplimiento del decreto mismo había conseguido poco antes de aquella fecha el permiso de abrirse de nuevo para contratar en los demás negocios. En la fecha del Mensaje subsistía aún en el jefe del Gobierno la ilusión de que, puestas en vigor aquellas rigurosas medidas sobre la contratación del oro en Bolsa, la llaga del agio se cicatrizaría. Los hechos demostraron después que estaba, por el contrario, adquiriendo mayores fuerzas, hasta el punto de que, cuando en el mes de Octubre sucedió á Varela el ministro Pacheco, con muy diferentes ideas en Hacienda pública, el agio llegaba ya al 200 por 100; del cual no volvió á descender, antes se encuentra hoy á más altura, después de lo cual no se concibe realmente que puedan sobrevenir situaciones más desesperadas. Entretanto, con motivo de esto que á la sazón parecía un simple conflicto de Bolsa y hoy ha llegado á ser una ruinosa, una abrumadora cuestión nacional, dice el Mensaje: «Para destruir de una vez y radicalmente el mal (esto es, el agio del oro), os será presentada una ley sobre las Bolsas de comercio.»

Desde aquí el Mensaje pasa á exponer la situación del *Tesoro Nacional*.

Dice que, en aquella fecha, posee la nación en depósito en los Bancos, las cantidades siguientes:

Con fecha 15 de Abril de 1889 habían sido depositados por el Estado en el Banco Nacional (aquel Banco que en Julio de 1890 debía suspender los pagos de sus dividendos), 32.084.745 escudos en oro; en el Banco de la provincia, en oro también, 2.825,603: total de lo depositado en oro, 34.910.409 escudos. Más por depósito en moneda de curso legal, en el Banco Nacional, 22.828.000 escudos; más aún, por depósito en el mismo Banco, cuenta de Tesorería, 2.100,000 escudos.— Total en moneda legal, ó sea en papel, 79.044.634 escudos.

Agrega el Mensaje que el Estado posee los siguientes valores, inmediatamente vendibles en aquel mercado mismo, ó en el de Londres: acciones del Banco Nacional, 180.000, que á la cotización de entonces, representaba 45.980.000 escudos; acciones del ferrocarril del Centro que, dice el Presidente, calculadas más bajas de su actual valor en moneda de curso legal, representan 9.100.000 escudos. Otras acciones de los ferrocarriles centrales, en número de 78.404,

que pueden ser calculadas, en moneda legal, en 1.870,000 escudos; total de estas acciones: 56.950,000 escudos.

Dice después que el Tesoro Nacional debe recibir por trabajos subastados, relativos á obras de higiene y nuevos ferrocarriles, un total de 30.000.000 en efectivo que, en papel, representarán también 46.500.000 escudos.

Y este capítulo presidencial termina con las palabras que á continuación copio:—«Pongo término á este párrafo sobre la Hacienda nacional, haciéndoos saber, con gran satisfacción mía, que la riqueza pública ha aumentado de un modo considerable (¡!); que el comercio y la producción nacional han adquirido un rápido y vigoroso impulso; que el crédito dispone entre nosotros de elementos que no existían antes.»

Y aquí cierro, sin más comentarios, el escarceo lírico del Presidente, sobre el capítulo del Tesoro.

En el párrafo que concierne á la Justicia, el Mensaje elogia, entre otras cosas, la magnificencia del nuevo edificio en que el Tribunal Supremo de la nación y las salas de la justicia federal han de ser instaladas.

En lo que respecta á la Justicia de las provincias, dice el Mensaje que solamente los loca-

les de La Plata y de San Luis corresponden á la importancia que le son propias; en cuanto á los otros Tribunales funcionan en locales que no son en manera alguna convenientes; por lo cual «creo que es indispensable dotar á todos los Tribunales de la nación de edificios proporcionados á la majestad y al respeto debido á la Justicia.»

Respecto á los asuntos del culto, el Mensaje, sentando previamente con cuánta lealtad es observado el precepto constitucional que dispone la protección del catolicismo, afirma que le es muy grato manifestarles de qué modo una parte de las autoridades eclesiásticas han mostrado la más perfecta sumisión á las leyes.

Solamente hay en el discurso un cumplimiento especial para el obispo de Córdoba: «que administra en su diócesis con una prudencia evangélica y un tacto digno de sus grandes condiciones.»

De pronto no consigo explicarme este fenómeno especial de orden eclesiástico, aunque sé que el Presidente es precisamente de Córdoba, provincia de que es Gobernador un hermano del mismo. Después, en mi viaje á Córdoba, reconociendo hasta la evidencia que en aquella remota provincia manda casi exclusivamente

el clero, siendo en ella el sacerdote árbitro en las elecciones y poseyendo acaso tantas iglesias y conventos cuantos existen en el resto de la República, pude explicarme aquel fervor extraordinario en pro del obispo de Córdoba.

Pasa en seguida á la instrucción pública. En realidad, si ha de juzgarse por los locales para escuelas que en Buenos Aires y en otras provincias son verdaderos monumentos de arte, la instrucción pública no podía ser tratada con mayores consideraciones ni con más respeto.

Demuestra el Mensaje que las dos Universidades de la nación continúan marchando por el camino del adelantamiento. Deplora, sin embargo, que estos dos ateneos, autónomos, no tengan otra analogía entre sí que la resultante de la analogía de sus estatutos, y que en lo relativo á la enseñanza no se encuentren en perfecta armonía, lo cual echa de ver, á su costa, el alumno que, habiendo principiado sus estudios en una de estas Universidades, debe terminarlos en otra. Y acerca de esos estudios superiores, el Presidente afirma que «el progreso y la civilización del país reclaman la creación de una facultad de *Filosofía y Letras.*»

En lo relativo á la instrucción secundaria y normal, el Mensaje declara que las reformas

introducidas en ella dieron resultados excelentes. La República Argentina poseía en aquella fecha 34 escuelas normales, dos de las cuales se hallaban en la capital, cinco en la provincia de Buenos Aires, tres en la ciudad de Córdoba y dos en cada una de las otras provincias. Estas escuelas en 1888 contaban 758 profesores y 11.375 alumnos; en el año siguiente el número de profesores se elevaba á 927, y el de los alumnos se había elevado en muy cerca de una tercera parte.

El Mensaje se felicita después muy especialmente del progreso de la instrucción primaria; elogia á los Gobernadores de las provincias por haberse consagrado á esto con ardor; enumera 133 escuelas públicas primarias para la capital, con aumento de 17 sobre las que existían en el año anterior. El Consejo de educación que vigila sobre estos estudios, disponía en aquella fecha de 73 edificios, y además de seis solares destinados á la construcción de otras escuelas. En conjunto existían en la República 438 edificios consagrados á la instrucción primaria; había además en construcción 62; 20 en Santiago del Estero y ocho en Córdoba (dos de los cuales eran verdaderos palacios), 18 en Mendoza y 16 en la provincia de Buenos Aires. A la

construcción de los locales para escuelas primarias habían dedicado algunas provincias fondos especiales: Tucumán, 500.000 escudos; Salto, 150.000; Santa Fe, 100 000.

En resumen, las escuelas primarias, así de niñas como de niños de todas clases, llegaban en la provincia de Buenos Aires á 630, con 47.908 alumnos y 1342 profesores; en todas las provincias el total de estas escuelas era 2.253 con 175.237 alumnos y 4 744 profesores. El Mensaje, aduciendo datos comparativos con el estado de la instrucción primaria en los años precedentes, felicita al país por el actual pro greso.

Y á propósito de este progreso, no sé abstenerme de señalar un hecho del cual me he cerciorado por mí mismo. Tuve en mis manos algunos libros de las escuelas primarias argentinas, en que existe una mezcla de elementos de instrucción geográfica, astronómica, aritmética é histórica con buen golpe de ilustraciones. Hay allí, entre otras cosas, las armas «de todos los Estados en que se subdivide el mundo.» Pues bien: entre estas armas ó insignias de los Gobiernos que se reparten el mundo, figuran las armas pontificias. No me parece mal que esas armas, geográfica é históricamente

hablando, tengan un sitio algo separado, aunque sea en una categoría especial de Estados; esto es, en los Estados espirituales; pero clasificarlos entre los Estados temporales después del 20 de Septiembre de 1870, no es lógico. Tampoco en las noticias históricas de aquel libro (libro de texto para las escuelas primarias) aparece Italia tratada con aquel grado de verdad y con la importancia que corresponde á un Estado que, en la fecha de la lectura del Mensaje, contaba cerca de 800.000 ciudadanos esparcidos en las regiones del Plata.—No es, ciertamente, amigo de Italia el que confeccionó aquel librito de texto con ilustraciones.—A menos que no haya sido precisamente la razón del excesivo número de compatriotas nuestros residentes en la República Argentina la que, después de haber inducido al Gobierno al artificio de una inmigración de las razas del Norte de Europa para contrabalancear la italiana, pueda haber inspirado la idea de publicar libros de texto elementales en los cuales la importancia histórica y geográfica de la nación italiana aparezcan tan empequeñecidas.

Después del párrafo de la instrucción, viene el dedicado á la destrucción, quiero decir, el de la guerra.

El presidente de la República canta las alabanzas de la lealtad y de la honra del ejército argentino; manifiesta grandes esperanzas para el porvenir, pero se abstiene de aducir cifras á este propósito. Yo las expondré á su debido tiempo, desde la cruz á la fecha, con ocasión de las magníficas revistas por las fiestas del 25 de Mayo y la entrevista solemne de los dos Presidentes. Entretanto el Mensaje presidencial indica la necesidad de nuevos cuarteles en varios puntos del territorio nacional, y muy especialmente en el Chaco.

Acerca de la Marina, el Mensaje declara que se han adoptado y continuarán adoptándose todas las medidas necesarias y posibles para colocar la Marina argentina á la altura que le corresponde. Habla de viajes de instrucción; de exploraciones científicas á las costas y por los ríos del interior; hace mención especial del viaje de instrucción de la corbeta *Argentina* á las costas del Pacífico, llevando á bordo á los alumnos que recientemente habían terminado sus estudios en la Escuela Naval. Habla además del envío del acorazado *Almirante Brown* á Europa, para un viaje de instrucción, agregando que se aprovecharía este viaje para hacer en la nave las necesarias reparaciones.

El Mensaje, afirmando en este punto que ha trazado «con la más perfecta exactitud» el cuadro de la situación general de la República Argentina, y agregando que nada quiere decir acerca de la política interior, afirma que, en aquella situación conservadora del Gobierno, á los partidos viejos sin objetivo ni bandera no les queda más recurso que disolverse. No sé ciertamente si la afirmación era bastante explícita; el Mensaje, de todas suertes, concluye así: «Señores senadores, señores diputados: que Dios os ilumine en la tarea que váis á comenzar.» Y declara abierta la nueva legislatura.

Terminado el discurso, además de los aplausos de la Asamblea, estalla un estrépito ensordecedor, producido en la plaza de la Victoria por el disparo de morteretes, en tanto que las bandas militares alternan en dar al aire sus armonías, entre las cuales predomina el himno argentino. Los balcones del palacio del Gobierno y la azotea frente al Río, se pueblan de caballeros de frac negro y sombrero de copa; los alguaciles de la República sirven profusamente helados; yo, desde el fondo de mi corazón, doy tácitamente un millón de gracias al jefe del Gobierno por haberme iluminado con su discurso, no sólo acerca del estado de la República,

sino también sobre la medida de las ilusiones de su Gobierno.

CAPÍTULO XXV

En los teatros.—La Patti.—Su recibimiento puesto en cuadro.

Cuando se dice que todo parece extraño en el mundo argentino, se expresa solamente la quinta parte de la verdad; queda por decir que todo toma proporciones kilométricas, en la medida del Mensaje presidencial, para todo lo que que en aquel día ó aquella noche adquiere categoría de *actualidad*. Así ocurría, por ejemplo, con Adelina Patti en el *Politeama* argentino; cuando la famosa *diva* había de cantar, solamente este acontecimiento estaba á la orden del día.

Recuerdo que, en una de las primeras noches de mi estancia en Buenos Aires, viniendo yo de la última de las calles del Callao para internarme en la de Corrientes, quedé sorprendido ante el espectáculo de una procesión interminable, cuya característica, en medio de la oscuridad, eran las linternas. Nuevo yo en aquella si-

tuación, pregunto de qué se trata, y me responden que está para terminar la función del *Politeama* argentino, con la Patti que canta *La Traviata;* los carruajes particulares comienzan á ponerse en fila. Era otra cosa: ¡aquello no era fila! Se trataba, y no exagero en verdad lo que digo, de centenares y centenares de carruajes dispuestos en dos hileras, no sólo en la calle de Corrientes, sino en las que allí desembocan y están alrededor del *Politeama.* Los precios de estas representaciones, como en general los precios de las funciones de ópera, son tan elevados para los palcos, butacas y galerías, que todo el que asiste al teatro, fuera de los que concurren al *gallinero* (1), puede ser considerado como un gran señor.

Los vigilantes prestan en tales noches un servicio en que se compendian los trabajos de Hércules. Cuando el carruaje, al comienzo del espectáculo, se detiene delante de la puerta del teatro, entrega el vigilante una contraseña al

(1) El vocablo *Piccionaia*, que el autor emplea, significa *palomar;* pero como la idea que en el original se expresa no queda fielmente traducida con esa voz, me ha parecido más propio sustituirla con la palabra *gallinero*, que en lenguaje familiar significa lo mismo que *ignominia*, *paraíso*, que es el sitio más barato en nuestros espectaculos teatrales.

(N. del T.)

cochero, y una contraseña—con el número correspondiente—á las personas que se apean. Al terminarse la función, á medida que la gente va invadiendo el vestíbulo, el vigilante recoge de las que se hallan más próximas á la puerta de salida la contraseña; mira el número, después sale á la calle para gritar la cifra, que de un vigilante á otro vigilante va repitiéndose hasta que llega á oídos del cochero á quien se dirige la llamada. Digo á ustedes que esto ya, por sí sólo, es un espectáculo. No exagero ciertamente si afirmo que en las noches de función de la Patti, la longitud de la línea de coches que esperaban á las gentes del teatro—si los carruajes se hubieran puesto en fila—habría pasado de un kilómetro.

Fuí, después de la *Traviatta*, á oir á la Patti en una representación de *Linda de Chamounix*, en la cual no había yo oído á la *diva*. La Guerrina Fabbri, mi hombre mujer de Barcelona, desempeñaba la parte de Pierotto; padre de Linda era el barítono Marescalchi; Marqués de Boisfleury, E. Reggiani; Vizconde de Sirval, C. Lamfredi; Prefecto, E. Marcassa; madre de Linda, la Fiorio Poli. En la puerta del teatro se distribuía gratis una hoja de anuncios, que contenía acto por acto el argumento de la

ópera; género de publicidad de buen resultado siempre en América, de resultados problemáticos en otras partes, y de ninguno absolutamente en Italia.

El precio de la localidad que se ha pagado para esta representación, no es calculable fácilmente, porque el billete respectivo pasa desde el primer comprador por tantas otras manos de explotadores, que el espectador ha de adquirirle pagando, cuando menos, cuarenta escudos, si se trata de una butaca.

El público se componía, en su mayor parte, de caballeros de frac y de señoras con trajes deslumbradores. Yo, sin embargo, no había acudido al teatro para presenciar el espectáculo *extra*, sino por lo sustancioso del mismo. Habían transcurrido justamente diez años desde que había yo oído por última vez á Adelina Patti, y tenía curiosidad de saber si aquel timbre maravillosamente suave conservaba todavía su encanto, y si la *diva*, ciertamente en buena edad aún, pero conocida en la escena en todo su esplendor hacía ya un cuarto de siglo, se encontraba ahora entre los astros que se toleran ó entre los que brillan todavía. Antes que la voz misma me sorprendió su porte: Linda se me apareció en toda la sencillez de la moza

montañesa que su majestad el Amor había colocado al nivel de las más grandes heroínas del sentimiento.

La Patti no solamente conserva todo el encanto de la voz, sino también el de la figura, porque, principalmente en el acto primero, era muy difícil convencerse de que aquella figurita esbelta como cabritilla montés, real y verdadera en todos los actos de la enamorada campesina, flor de gracia y de naturalidad en todas aquellas escenas, ya resueltamente cómicas, ya vigorosamente dramáticas, fuera la misma que, va para treinta años, llena el mundo con su fama como artista y como mujer, y que fué un día llevada á la pila bautismal del arte por el mismo Joaquín Rossini.

¡Cuántos años y cuántos recuerdos! Un día, creadora, no superada aún, de Margarita, de Rosina, de Amina y Lucía, cuando el cerebro del mundo no tenía á menos conceder sus aplausos y sus millones al *Teatro de los Italianos*, después, en un viaje que puede ser llamado de *reconsagración* lírica, atravesó todas las capitales del mundo Violetta, actriz insuperable, cantante peregrina; Violetta hacía recibir con el segundo hechizo de la novedad la creación más sentimental de Dumas y la ópera más po-

pular del moderno teatro melodramático; finalmente, después de tantas historias de arte y de no arte, otra vez en París no ya cantante de los *Italianos*, sino de la Opera Francesa, interpreta *Romeo y Julieta*, de Gounod.

Pues bien: allá, en el Nuevo Mundo, en aquel barracón enorme, más ó menos delicadamente convertido en teatro gracioso, oí á la Patti, que producía entusiasmos iguales á los que había excitado diez, veinte años antes, en otra parte del mundo; la veía revestir siempre de un modo magistral la esencia del personaje que representaba. La parte que debía ella reproducir aparecía á mis ojos con todo aquel encanto de juventud y de sinceridad, tan querido para el poeta eterno de las grandes ilusiones, el público. En aquellas veladas del *Politeama* argentino vi á muchos maestros de capilla sentados en sus respectivos sillones, que se deleitaban escuchando aquella lluvia brillantísima de notas picadas, de *grupetos*, de *síncopas*, de gárgaras, como las llamaba en cierta ocasion un profano. Pero estas maravillas, estos prodigios de la garganta de la Patti, eran ya sabidos. Lo que maravillaba aquella noche en Adelina era, sobre todo, el modo perfecto de idealizar el tipo de la protagonista.

En el acto último de *Linda* agregó á su parte, á más del andante suavemente amoroso de *Marta*, que es la inspiración más hermosa de Flotow, un aria, con letra inglesa, de gran efecto en aquel público, y que los espectadores hicieron repetir muchas veces.

Terminada la ópera, con no sé cuántas llamadas á la *diva*, pasé al atrio para felicitar al empresario Ciacchi por el brillante éxito de la cantante y de la taquilla. El caballero Ciacchi, ese hombre eminentemente diestro, que tiene de empresario todo menos la figura, la cual semeja más la de un gran señor conquistando muchachas, hallábase en aquel momento meditando quizás la colocación de una nueva piedra en aquel recinto de sus glorias. La primera lápida fue puesta por él en aquel atrio cuando, diez años antes, Ernesto Rossi iba á inaugurar con una serie de representaciones el *Politeama* argentino.

La segunda piedra vino cuando la Patti, *la primera artista lírica del mundo*, como la nombraban los anuncios, cantaba por primera vez en el *Politeama*. Cuando presentó en escena, *á todo coste*, el *Otello* de Verdi, Ciacchi no puso lápida alguna para enseñanza de la posteridad, porque en aquella contienda famosa entre el teatro de

la Ópera y el *Politeama* argentino, el de la Ópera con Tamagno, presentó un *Otello* legítimo, mientras el otro ¡pobrecillo! hizo del moro una figura algo bastardeada. Verdad es que, según dice el proverbio, los bastardos tienen á menudo muy buena suerte. Pero en esta ocasión no era el proyecto de colocar lápidas para la Patti lo que el inteligente empresario meditaba en el atrio de sus propias victorias; pensaba en un sencillo cuadro. Terminada aquella serie de cerca de veinte representaciones, en las cuales la Patti se presentó en *Traviatta*, *Semiramide*, *Romeo y Julieta*, de Gounod, *Dinorah*, *Linda*, *Lucía* y otras óperas que no recuerdo, el empresario Ciacchi quiso maravillar al público con algun recuerdo más deslumbrador, en aquellos días en que la prima dada al oro tocaba ya al 200 por 100. En el cuadro que se colocó en el atrio, se admiraba sencillamente la acogida dispensada á la Patti dirigiéndose á la casa de Ciacchi; una suma de *trescientas mil liras esterlinas*, pagada toda en dinero contante y sonante.

Si el señor Taglierini hubiese oído la exclamación que lancé cuando leí en el atrio aquel prodigioso ingreso, que representaba veinte representaciones, ó muy pocas más, habríame

acusado otra vez de no sé qué lucubraciones contra el capital. Y al pensar que quien hacía llover aquella bendición de Dios era una artista del canto italiano, hija de italianos, acaso hubiera prescindido por esta vez de su muletilla: *¡Qué pequeños somos los italianos*!

Supliqué á Ciacchi que me hiciera el favor de felicitar en nombre mío á la insigne artista. Precisamente diez años antes había yo recibido, como grato recuerdo, un retrato de fotografía con dedicatoria. Ahora recibo otro, con dedicatoria igual, ó, por mejor decir, con dedicatoria un tanto variada, porque en el retrato de 1879 hay escrito: «Al señor... fulano de tal, Adelina Patti;» el de 1889 lleva estas líneas: «Al señor... fulano de tal, recuerdo de Adelina Patti Nicolini.» Sería yo adulador si dijera que el retrato de 1889 me conservó las ilusiones que la avispada figurita, que poco antes admiré, cuando lanzaba trinos y gorjeos de amor en *Linda*, había despertado en mi espíritu. El retrato es admirable y de prodigioso parecido; y confrontando la fascinadora figura del retrato de 1879 con el retrato de 1889, vése uno obligado á exclamar involuntariamente: «¡Cómo se cambia en diez años... aun siendo *diva!*»

Existe siempre, sin embargo, y puede adver-

tirse en el último retrato:—«Aquel fuego eterno en este tipo de artista, cada vez más entusiasta por el arte.»

Durante aquellas representaciones en Buenos Aires, Nicolini no se presentó más que una sola noche en *Lucía*. Es cierto que la voz del cantante no era ya aquella que oí en Roma y en el teatro de *Apolo*, cuando por primera vez se representó *Aida*, durante la temporada de 1874 á 1875, en que la insigne Stolz se presentaba por última vez en la obra maestra de Verdi, y Nicolini entusiasmaba en su papel de jefe guerrero de los egipcios, hasta el punto de ser llamado al final del acto tercero aquel número interminable de veces consecutivas que en las crónicas del arte podrían llamarse *llamadas para uso de la Patti*.

Antes de poner punto á este relato sobre las impresiones de *Linda* en Buenos Aires, debo felicitar á mi compañera de viaje, Guerrina Fabbri, que fué un Pierotto aplaudidísimo, al cual la proximidad del astro máximo no hizo pasar inadvertido.

En el arte hay puesto para todos; para todos los buenos, por de contado.

Mientras Ciacchi, el empresario, hacía colgar en el atrio del *Politeama* argentino el cuadro en

que aparecía el *chalet* que la Patti y Nicolini habían tenido alquilado durante su permanencia en Buenos Aires (en el punto más risueño y más perfumado de la capital), se procedía á la venta en pública subasta de los muebles y efectos que habían servido á la *diva Adelina Patti*, como decía un anuncio profusamente repartido por la ciudad. Renováronse entonces aquellas pujas para la adquisición de preciosos recuerdos que, muy especialmente en los pueblos en que la excentricidad es lo habitual, producen á las veces verdaderas locuras.

CAPÍTULO XXVI

La fiebre de los negocios en la víspera de los desastres.

Así como la hermosa ciudad de Montevideo—ya se lo dije á ustedes paladinamente—no me produjo la impresión de una ciudad de negocios (acaso por error mío), en Buenos Aires, por el contrario, por muy grande que fuese el aturdimiento producido en mi espíritu por el incesante espectáculo de lujo y de aberraciones en la ostentación, conocí que me hallaba, cada vez

más, en el ambiente de los negocios por excelencia.

En la capital argentina ha invadido á todos, hasta ó los músicos callejeros y organillistas, la fiebre del negocio. En el teatro mismo, entre una ovación y otra ovación de las tributadas á la diva, no dejaba de exclamar el espectador que ocupaba la butaca próxima, y de exclamar en italiano, ó en español, ó en francés, ó en ingles, ó en alemán:—¡Ah! si... ¡la Patti es un buen negocio!

Los jardines de aclimatación, un buen negocio; porque hay en ellos mercancías que, ya en estado de plantas, ya en el de semillas, han tenido que viajar, han constituído comercio, y por lo tanto, negocio. Un hermoso bosque, negocio magnífico..., especialmente desde el punto de vista de la corta. Una mujer hermosa, aunque sea muy honrada, buen negocio; porque está admitido y consentido en todo el mundo civilizado que, con la intervención de la mujer jovén y guapa, se realizan los mejores negocios.

Un buen caballo, negocio... ¡y qué negocio! sobre todo en las carreras. También un perro puede ser un buen negocio. De los pájaros nada quiero decir; en Buenos Aires eran muchas ve-

ces un *negociazo*, y de sobra sabe esto un comerciante de la calle de Corrientes. En Buenos Aires oí muy raras veces la pregunta:—¿cómo está usted?—Pero en desquite, escuché muchas veces esta otra:—¿Cómo le van á usted sus negocios?—Ya he dicho á ustedes que en la mesa el negocio estaba proscripto como tema de conversación pero que muy á menudo la comida misma era un buen negocio. Cualquiera que se halla á punto de ultimar un negocio ó quiere concluirlo, invita desde luego y con la insistencia necesaria, á comer al sujeto que, para la combinación del negocio, le hace falta En la mesa no se habla de ello; pero la mesa sirve, por decirlo así, de vehículo para que, entre los vapores del vino y una vez terminada la comida, se dé también la última mano al negocio, cuando las señoras se retiran al salón, justamente para dar ocasión y oportuuidad de tratar el negocio, que á veces suele ser una boda.—En esto, sin embargo, ¡cosa extraña por cierto! no existe el negocio verdadero é inmediato, como en la cuestión de matrimonios ocurre tan á menudo en nuestros países europeos, porque aquí no está en vigor la dote.

—¿Hay algo que no se convierta en negocio en la República Argentina? ¿El nombramiento

de Presidente y Gobernadores de las provincias? ¡No es preciso decirlo!... Es como si se repitiera que el río lleva agua. Los que luchan encarnizadamente en esas elecciones, en las cuales la primera materia, quiero decir el elector votante exclusivamente indígena, es lo de menos, no son los partidos políticos; los que lo hacen todo, ó la mayor parte, son los grupos, las masas, las falanges de los hombres de negocios, de todos los partidos y de toda la nación; el manipulador, el negociante lo hace todo; el elector hace lo demás.

¡Los brazos de los faroles del alumbrado! También esto puede ser un negocio, sin contar, por supuesto, con el negocio de su instalación ni con el contrato hecho para procurárselos y colocarlos. A un fulano de tal, que anda por ahí, por esos mundos de Dios, á la husma del negocio, le ocurre un día que conviene suprimir en las columnas de los faroles todos los ringorangos menos indispensables para su sostenimiento, y colocar, en cambio, un cuadrito de anuncios, pagaderos á mayor ó menor precio, según que sea la calle más ó menos acreditada en lo referente á negocios. Obtiene del Gobierno la patente de privilegio de invención, y en seguida vende el privilegio á otro; éste lo

revende á un tercero, y así, de reventa en reventa y de cesión en cesión, al cabo de uno ó dos años, se realiza el negocio también para el público, el cual ve al fin en los huecos de aquellos sustentáculos de los faroles los cuadros de anuncios de que se ha hablado tantas veces. ¡Qué cúmulo de negocios directos é indirectos, inmediatos y mediatos, representa aquel cuadro de anuncios! Los adornos del alumbrado, he dejado de decir esto, habían sido ya anteriormente llenados de elegantes porta-anuncios. Teníanlos hasta los troncos de los árboles en los paseos públicos: en cada arbol un poco notable un cuadrito de anuncios.

¿Qué diré á ustedes de los negocios sobre terrenos?

Aquí se halla la gran fantasmagoría en que se manifestaron tantas aberraciones; aquí donde de la nada surgieron tantas fortunas y donde se hundieron tantas otras; aquí precisamente se tocaron los límites de lo increíble.

Justamente en los días que pasé en Buenos Aires fué cuando el negocio sobre terrenos llegó al grado máximo del paroxismo. Por parte de los que distribuían hojas volantes, parecía aquello una inundación; no ya solamente en las inmediaciones de la Bolsa, por toda la ciudad

se repartían anuncios de *remates*. Agréguese á esto las oficinas públicas; además los reclamos en aquellos locales de piso bajo, en los que aparecían enormes pizarras cuajadas de cifras y planos de terrenos que se sacaban á subasta. La mayor parte de los anuncios impresos encabezaban sus alocuciones con estas frases, de la orden del reclamo: ¿QUIERE USTED SER RICO? *Compre usted un lote de los terrenos que remata...* (aquí el nombre del rematante, el sitio, la fecha, la extensión del terreno, la base del precio de cada lote); y terminaba con esta pregunta conmovedora:

—¿QUIÉN NO ES PROPIETARIO?

En la Bolsa los títulos más nombrados no eran ni las acciones del *Banco Nacional*, ni las de Bancos de las provincias, ni las famosas cédulas hipotecarias al 8 por 100 de interés. La palabra más constantemente repetida era ésta: *terrenos*. ¡Y cómo y cuánto se abrían los ojos ante esa expresión, mágica un año ha, y hoy ridícula! *Terrenos*, se oía por la calle; *terrenos*, en las oficinas de correos, donde hasta entre los empleados ínfimos había muchos apasionados por ese negocio; *terrenos*, en las oficinas de telégrafos, en los cafés, en las tiendas, en los buques, en ferrocarril, en los coches del tranvía.

A mí, la antítesis del hombre de negocios, me dijeron muchas veces con la expresión del más sincero asombro:

—Pero... ¿cómo? ¿saldrá usted de la República Argentina sin haber hecho ni una sola operación sobre terrenos?

A lo cual yo respondía siempre:

—De muy gana compraría yo un carro de este precioso terreno para llevarlo á mi país; pero está allí la aduana con cien ojos, y produciría una molestia al Parlamento el inventar un vocablo nuevo para el arancel.

Si dijese á ustedes que hasta los criados, las planchadoras, las fregatrices, habían interesado los propios ahorros en algunas operaciones sobre terrenos, no les diría nada exagerado, sino un hecho muy común también en estas clases. Que fué éste el período culminante de aquella locura universal en pro de las operaciones sobre terrenos, me lo aseguraron personas que de mucho tiempo atrás vivían en Buenos Aires en medio de los negocios. Pero si aquel era el período febril de las ilusiones, el de las verdaderas fortunas hechas sobre terrenos había ya pasado. El aumento rapidísimo de la población, muy especialmente durante el último decenio; la apremiante necesidad de nuevas

habitaciones en Buenos Aires y, como consecuencia, el ensanche del perímetro de la ciudad hacia terrenos que en otro tiempo no se habían considerado propios para edificaciones, vino á dar valor extraordinario y mucho precio á solares perdidos antes en la inutilidad del espacio. De aquí el infiltrarse en todos, después de aquellas rápidas cuanto inesperadas fortunas, la convicción de que el más insignificante pedazo de terreno era el germen probable de un fortunón.

También los grandes trabajos de ferrocarriles, las nuevas líneas construídas en localidades hasta entonces casi despreciadas, fueron causa, en ciertos sitios afortunados, de grande y rápida fortuna para algunos que sólo habían sido propietarios de última escala ó compradores de última hora.

Entonces se realizaron algunos golpes de fortuna maravillosos. En Buenos Aires, algunos terrenos que en el año 1886 se vendían al precio de setenta *miserables centavos* por metro cuadrado, se revenden dos años después (en 1888) á dieciocho escudos el metro cuadrado. Un fulano de tal tenía contra un desdichado cierto crédito de doscientos *nacionales;* el deudor, por exigua que fuese la deuda, no se ha-

llaba nunca en estado de solventarla. Un día, fatigado de las persecuciones de su acreedor, el deudor abandonó á la discreción de aquél un pedazo de terreno que aún poseía, resto de antigua fortuna, y realmente le pareció que arrojándole aquel hueso se libraba por casi nada de un implacable mastín. Por una de aquellas extrañas combinaciones que ocurrían entonces en lo relativo á los terrenos, la superficie abandonada llegó á ser, transcurridos cuatro años, tan preciosa, que el acreedor, ya dueño de su haber con aquel *hueso hueco*, sacó por ella sesenta mil escudos. Conocí personalmente á los dos interesados en aquella deuda: el uno, en carruaje propio; el otro, pobre y desarrapado. Especuladores listos, más diré, administradores excesivamente mañosos y muy astutos, pensando á tiempo que un trazado de ferrocarril atravesaría dentro de algunos meses determinado campo, hasta entonces inútil en poder de otro, supieron adquirirlo con la oportunidad necesaria para ganar en el trato cien mil escudos limpios.

Justo es decir que en la República Argentina la fortuna tiene esos caprichos raros y esa ceguedad para elegir, en muchas otras cosas que no son terrenos, ni jugadas de Bolsa. Algunos

desesperados, no sabiendo á qué Santo encomendarse, se hicieron mancebos de botica, y una vez adquirido un poco de crédito, abrieron oficinas de farmacia por su propia cuenta, sin poseer título de ninguna clase, y realizaron grandes fortunas por haber comprendido al público y conocido la localidad. Supe de otros que por haber establecido en Buenos Aires boticas con un capital llevado de Europa, y con otro capital mayor en títulos y en conocimientos profesionales, se arruinaron y acabaron muy desdichadamente, siendo criados y practicantes de sus mancebos.

Pintores de género llegados á la República Argentina, precedidos de envidiable fama, hubieron de tornar á Europa no comprendidos y con mucho... hambre. Otros, y muy medianos. llegaron á ser por algún tiempo, no se sabe cómo, artistas de moda, y por dejar simples bocetos se hacían pagar espléndidamente. Quien adivinó, en lo que respecta á pintura y durante varios años, al Sud-América, donde poco ha nadie se curaba de cuadros, fué nuestro Michette, con sus cabezas famosas...; las que no son apócrifas, se entiende.

Sujetos que en Europa gozaban reputación de hombres de negocios muy expertos, llega-

dos á Buenos Aires realizaron algunos tan negativamente, que tuvieron que volverse á Europa entre las rechiflas de todos.

Otros que ya no creían poder en su vida realizar mejor negocio que tirarse al río de cabeza, establecieron, antes de proceder á ese desenlace, un *almacén*, y se encontraron convertidos en capitalistas de arraigo.

En determinadas épocas, cocineros de la última categoría, por haber logrado un poco de fama con algún pastelillo á la moda, hicieron una buena fortuna. Desde una ciudad italiana parte cierto día un infeliz que, á fuerza de vender por la calle la *única diversión para los niños*, juguete que consistía en un muñeco en traje de payaso y que se movía no sé de cuántos modos, estaba muriéndose de hambre. Llevó á Buenos Aires una caja llena de esos juguetes. Quizás pensó, más que en realizar un buen negocio, en que el cajón, ya que no su contenido, podría proporcionarle, vendiéndole bien, con que comer uno ó dos días. Llega á Buenos Aires; coloca bajo el brazo una docena de aquellos juguetillos que en Italia no querían ya ni los hijos de los pobres; después, moviendo aquellos maravillosos cachivaches, comienza á recorrer las principales calles; y pensando

que, cuando menos, podrá sacar lo necesario para pagar su posada, grita hasta desgañitarse: *¡Unica diversión para los niños!* Amontónanse en rededor del buhonero párvulos y adultos; se enamoran del juguetillo; muy pronto se arma una verdadera batalla para comprarlo; la primera edición quedó inmediatamente agotada. Vuelve á la venta con la segunda, que agota también, aunque á mayor precio; en muy poco tiempo logra ver el fondo del baúl, y al ajustar cuentas, comprende que ha realizado un negocio excelente. Había llegado en un día propicio para los vendedores de juguetes. Si yo, ó ustedes, hubiésemos ido para ejercer de comadrones á Buenos Aires, de seguro no habría nacido nadie.

Véase, por ejemplo, lo que se significa al decir lo de que hay que ser, en tiempo oportuno, alcalde ó droguero afortunado. No creo ciertamente todo lo que se dijo en los periódicos de Buenos Aires acerca del gran almacenista que desempeñó la alcaldía de aquella ciudad, antes de Seeber, ese alcalde reparador... demasiado tarde.

No creo, lo repito, en todo lo que he leído sobre la administración de aquel alcalde, por la sencilla razón de que no he tenido en mis manos las pruebas. De todas maneras vi las esta-

dísticas: ahora vean ustedes lo que dijo, y lo que imprimió también en documentos oficiales, la administración reparadora.

En un solo balance se encontraron inscritos por gastos de impresiones 1.273.965 escudos; parecerá increíble; pero no... soy yo quien ha publicado esa suma. En el mismo balance constaban como gastados en drogas para proveer el Hospital Mayor 115.000 escudos. Eso siendo alcalde un droguero... lo cual significa que, á lo menos, habrá sabido cerciorarse de si las drogas eran de buena calidad. Siempre en el balance mismo y en igual concepto de provisiones, se hallaron en comestibles por valor de 347.961 escudos. Había para alimentar, no ya á enfermos ni á convalecientes, sino á todo el ejército de sanos de Artajerjes.

Convengan ustedes conmigo, después de todo, en que hubo una gran época de negocios y de niquiscocios en Buenos Aires.

CAPÍTULO XXVII

Fiestas por la visita del Presidente del Uruguay.

—¡Oh!... ¿Qué veo? Señor Pierino... ¿Usted por aquí?

—Nada hay de extraordinario en que usted

me vea aquí. Juntos hemos llegado á América.

—Es verdad. Usted está ocupado en ver plantar palos.

—Ya comprenderá usted que tengo algunas otras cosas en que ocuparme; pero no me desagrada ver qué hacen.

—Pues bien se ve; hacen solemnes fiestas; ó, mejor dicho, las preparan.

Estas palabras de color... claro había cambiado conmigo mi excelente, atento y prudentísimo compañero de viaje, hacia el Veinte de Mayo. Lo hallé en una de las aceras centrales de la plaza de la Victoria, mientras con la boca abierta estaba viendo plantar los palos para los trofeos, banderolas y otros emblemas de festejos por la solemnidad nacional del 25 de Mayo, ó, mejor aún que por ésta, por la visita oficial del Presidente de la República Oriental, general Tajes, al Presidente de la República Argentina.

Así como, en el año precedente, el señor Juárez Celmán había sido recibido con gran pompa en su visita al Uruguay, había ahora un verdadero empeño en recibir más pomposamente al personaje que con un acompañamiento de cerca de cuatrocientas personas, entre civiles y militares, venía á devolver aquella visita. Y ciertamente la pompa y los suntuosos feste-

jos de Buenos Aires superaron con mucho á cuantas solemnidades se habían celebrado en Montevideo con motivo de la visita de Juárez Celmán.

En esta contienda de visitas y de recepciones triunfales, debe buscarse siempre el aspecto político. La República Oriental fué en otros tiempos parte del Estado Argentino, como dije ya en capítulo anterior; Estado pequeño, pero de bastante importancia por su posición de centinela avanzado de la embocadura del Plata, es ahora un bocadillo igualmente acariciado por sus dos rivales poderosos, los cuales le miman, no tanto para comérselo, cuanto para tenerlo como amigo. Los dos poderosos rivales son el Brasil y la República Argentina. En los tiempos á que me refiero, la parte del rival más afortunado correspondía al país del Plata. Es, en efecto, mucho más fácil la inteligencia entre Presidentes de República que entre Jefes de nación, de los cuales el uno es electivo, y por lo tanto preparado siempre á ceder el puesto; y el otro, por el contrario, como lleva corona, se adhiere, cuanto le es posible, á su trono en nombre del derecho divino. Jefe del Brasil era todavía á la sazón el emperador D. Pedro, que de seguro no preveía el tiro que le estaban preparando des-

pués de medio siglo de imperio. El hecho es que, en aquellos días, el Estado más bien quisto en Montevideo era el argentino.

Los preparativos, no solamente en la plaza de la Victoria, sino en el puerto y en toda la ciudad, eran cuanto bastaba á maravillar á un hombre tan ignorante como yo en las esplendideces del nuevo mundo. Cuadrillas de operarios en movimiento por todas partes. La verdadera fachada del palacio del Gobierno había desaparecido del todo bajo tal abundancia de farolillos de cristal de colores distintos, colocados en forma de emblemas y de alegorías de todas clases, que ciertamente si ha de entenderse de este modo espléndido el deber de quien en una gran población quiere recibir bien á un huésped, valdría más abolir todo monumento; ya que, con ocasión de solemnidades semejantes, el que visita las grandes metrópolis ve suprimida toda estética arquitectónica y escultural bajo los aparatos de las iluminaciones y los trofeos de papel.

En cada calle había un incesante levantar arcos para los aparatos de gas, de los cuales habían de proyectarse torrentes de luz casi meridiana. No se hablaba de otra cosa que de las funciones.

En el día 25 de Mayo el sol quiso mostrarse en todo su esplendor argentino. El Presidente del Uruguay llegó en la noche del 24 con sus cuatrocientos de comitiva, y fué saludado al presentarse en el *Riachuelo* con todas las salvas y todos los cañonazos que eran del caso.

Para los alojamientos de tantas personas habían sido tomadas las mejores y más céntricas fondas de la ciudad. En Buenos Aires llovían los forasteros. A más de los cuatrocientos del séquito oficial, habían ido muchísimos ciudadanos de la República Oriental.

Bandas de música, cañonazos, descargas de morteretes oí tantos en aquel día 25 de Mayo memorable, que todavía tengo atronados los oídos. El himno argentino, que en aquella ocasión habré oído, echando por corto, doscientas veces, no es por cierto ni el más marcial ni el más valiente de los himnos nacionales; pero oído en aquel sitio no carece de vida.

En las primeras horas de la mañana se cantó en la catedral un *Tedéum*, con asistencia de los dos Presidentes. El jefe del Gobierno oriental, un hombre de mediana edad, de semblante reservado, pero muy expresivo, bastante alto y bastante delgado, vestía muy dignamente el uniforme de militar; calzones blancos, ca-

saca estrecha de color oscuro, con grandes entorchados bordados de oro, charreteras brillantísimas y muchas condecoraciones. Fué recibido con ruidosas muestras de simpatía por parte de la inmensa muchedumbre de pueblo que se agolpaba á su paso, y con los honores de costumbre por parte del ejército.

Los dos Presidentes presenciaron el desfile, concluída la revista, desde los balcones del palacio del Gobierno, en que había una multitud prodigiosa de caballeros con frac y con uniformes militares, predominando entre éstos los sombreros con plumas. No pudo verificarse, para esta solemnidad, el cumplimiento á la europea, que consiste en que el jefe de un Estado vista el uniforme de un regimiento regalado por el otro Estado y viceversa, porque en América no hay la costumbre de regalar cosas inútiles, y nada más inútil que el regalo de un regimiento, cuando el obsequiado con él ni puede ni tiene intención de llevárselo.

Además, como el abogado Juárez Celman, Presidente civil y aun burgués, no hubiese estado muy horro vistiendo un uniforme uruguayo, el Presidente general Tajes, que en este momento en que yo escribo ha vuelto á ser un simple ciudadano, se habría hallado como en

ascuas, metido en el frac de su egregio amigo el Presidente de la Confederación argentina, con quien hubo de cambiar, en aquella ocasión, tantos y tales besos, que no se habrían cambiado, ni más en número, ni mayores en vehemencia, entre dos antiguos amantes.

Exceptuando la banda, de azul argentino, que el presidente Juárez Celman llevaba en aquella ocasión, como se lleva el tahalí, echábase de ver en estas solemnidades la absoluta ausencia de cruces y de cintas en los ojales del frac, que en una recepción europea, de índole análoga, habría parecido indudablemente lo que la falta de queso en los macarrones. Por otra parte, es sabido que en la República Argentina, lo mismo que en otras muchas Repúblicas de América, la falta de Ordenes de caballería es uno de los resultados de las doctrinas de Monroe.

Aseguro á ustedes que disfruté, con mucho contentamiento mío, de la revista y del desfile de las tropas; desfile que presenciaron, como ya he dicho, ambos Presidentes desde el balcón de Palacio.

Para aquella solemnidad el Presidente había hecho concurrir de las provincias argentinas la mayor parte posible del ejército de la Repú

blica. Aun puede decirse que en tan grandioso aparato de fuerza aquel ejército era casi todo el ejército.

No lo consideraré, ciertamente, como objeto de censura ó de sátira si, después de tantos esfuerzos reunidos, consiguió el Gobierno argentino presentar á su no poderoso, pero sí simpático aliado, poco más de cuatro mil hombres, entre infantería, caballería, ingenieros... y marina. Soy partidario decidido de la paz; de la paz no armada, se entiende, y prefiero que un Gobierno disponga, como sucede al argentino, de un buen número de guardias de orden y de seguridad públicos, que allá se llaman—como ya he dicho á ustedes—en su conjunto *primera policía del mundo*, á ver esquilmado al infeliz contribuyente para el sostenimiento de ejércitos poderosos, en nombre, por supuesto, de la conservación de la paz.

Lo que menos me agradó en la revista del 25 de Mayo, es que para un desfile de poco mas de cuatro mil hombres, hubiese, amén de una cantidad de altos oficiales suficiente para formar por sí sola un cuerpo de ejército, tantas bandas militares; á treinta y seis llegaban, al menos á mí me pareció que esas había contado; están en proporción de una banda por cada 112 hombres.

Recordé entonces, lo confieso, cierta revista burlesca que vi en París, en una comedia de magia representada en otro tiempo y con mucho éxito en uno de aquellos teatros: se anuncia en determinadas escenas, con gran toque de campana, el desfile del ejército argentino; pasa un general, pasan dos generales, pasancien generales: atraviesan, además, la escenabandas de música, banderas, tambores, y, finalmente... pasan dos soldados, dos solos; uno de los cuales es negro y cojo y apenas si puede llevar su caaabina.

Reconozco que la broma es algo picante; reconozco también que esos soldados argentinos, pocos en número y ninguno de ellos, como todos ustedes saben, procedente de sorteo ó quinta, son en su mayor parte gente robusta, de una resistencia admirable para las fatigas y las privaciones. No me pidan ustedes, sin embargo, que les dé yo el tipo del soldado argentino: uno es alto como nuestros coraceros; otro, que está inmediatamente próximo al primero, bajo y escuchimizado; uno blanco, otro amarillento; éste de color de chocolate con vainilla, aquél bronceado, el de más allá, en fin, de varios colores á un tiempo. En los tambores se admite de todo, hasta hombres patizambos; en aquella revista vi muchos.

Los uniformes me parecieron copias en que se había tomado un poco de todos los ejércitos europeos, principalmente del francés. Es muy de notar en este punto que el ejército argentino, con detrimento grave del presupuesto que ustedes conocen, estaba vestido en 1889 casi todo de nuevo y con uniformes reformados por aquí y por allá. El que puede lo gasta, y para algo es uno rico.

La caballería me produjo peor efecto que en la parada de la reapertura del Parlamento; caballos flacuchos y, si puedo explicarme así, melancólicos, y jinetes bien alimentados, fornidos y siempre de buen humor. Las bandas tienen de todo; las unas estaban bien entonadas; las otras, y ciertamente demasiadas, parecían bandas de sociedades democráticas é independientes en Italia.

En aquel mismo día se verificó un solemne banquete en el palacio del Gobierno, con brindis internacionales, eso por de contado. Por la noche hubo iluminaciones para deslumbrar á los ciegos; y músicas en la plaza para aturdir á los sordos; funciones de gala en el nuevo teatro de la Ópera, en Corrientes, como también en el *Politeama* argentino.

En aquel rebullicio de una ciudad, mejor

dicho, de una nación en jolgorio y fiesta, hallé al egregio Taglierini en la plaza de la Victoria, de la cual podía decirse que era un ascua de oro.

—¡Qué país! ¡Qué país! gritaba mi hombre dando muestras de la más honda y más ruidosa satisfacción.

—El país de los *cucañas*, pretendí agregar á su exclamación; pero él pasó rápidamente y le perdí de vista: no podía oir ciertas cosas.

Así, entre bulla, bailes oficiales y populares, revistas, banquetes, iluminaciones y funciones de gala, pasó el primer día de aquellas fiestas de Mayo verdaderamente memorables.

El entusiasmo crecía por instantes y subía siempre, y para no quedarse atrás en este general regocijo, también el agio sobre el oro tuvo entonces un alza notabilísima.

CAPÍTULO XXVIII

En la posesión «La Armonía».—Un particular que da un almuerzo de 40.000 escudos.—Una fiesta estupenda.

Uno de los mayores atractivos de las fiestas de Mayo, si no el máximo de su clase, había de ser una fiesta particular á que serían invitados

los dos Presidentes y un millar de personas más. Quiero aludir á la fiesta matinal en la Escuela y posesión *La Armonía*. por convite del Sr. D. Gregorio Torres que, como comprenderán ustedes fácilmente, era uno de los más opulentos capitalistas de Buenos Aires. Su posesión nombrada *La Armonía*, se halla situada á unas dos horas de ferrocarril de la capital argentina, y á muy poca distancia de la nueva ciudad *La Plata*.

En los programas de las fiestas de Mayo se hablaba, como de cosa excepcional, de esta fiesta; porque realmente no sucede todos los días que un particular esté dispuesto á desprenderse de cuarenta mil escudos para festejar á dos Presidentes de República que se abrazan;—se decía, además, que no siendo el señor Torres de los más entusiastas por el elemento italiano, muy pocos, ó casi ninguno de nuestra colonia, figuraría entre los convidados, aunque hubieran de ser mil, entre los cuales no eran para olvidados los casi cuatrocientos que el Presidente del Uruguay se había traído consigo. Sin embargo, yo no puedo quejarme. El Sr. D. Carlos Calvo, la cortesía personificada, me proporcionó oportunamente una invitación para aquella fiesta; otra invitación llegó á mí por conducto de la

legación italiana; yo era, por consiguiente, un par de convidados en uno solo.

Los billetes de convite, extendidos en primoroso papel vitela, contenían las siguientes líneas:

«*Gregorio Torres y señora, tienen el honor de invitar al señor... á la bendición de la capilla é inauguración de la escuela en la estancia* La Armonía, *el día 27 del corriente mes.*

»*El tren expreso partirá de la estación Central á las nueve y cuarto de la mañana, y regresará á las cuatro de la tarde.*»

En la hora indicada, bajo la cubierta de la Estación Central, agitábase una mezcla de uniformes brillantes, de señores brillantes y de burgueses menos brillantes, para quienes, como se trataba de un viaje al campo, no se había indicado traje alguno de mañana. Era la primera vez que me ocurría estar confundido en un núcleo de personas en que se hallaban perfectamente representadas la riqueza, la hermosura y la posición. Entre esas tres cosas yo prefiero realmente la de en medio: el elemento femenino era en aquella ocasión casi exclusivamente indígena. Las mujeres argentinas tienen muchos puntos de semejanza con nuestras hermosas matronas romanas. Échase de ver en ellas, en for-

mas exquisitas, lo que suele nombrarse la belleza plástica; la mujer eminentemente hermosa, belleza que es menos duradera que la otra; pero que mientras dura fascina.

Oí cómo charlan con animación las hermosas argentinas; vi cuán nerviosamente se consagran al tripudio. Oía yo, preponderando constantemente las palabras: ¿Cómo no?—¿Está muy bueno el día?—¿Cómo no?—¡Este señor Torres parece un gran hombre, de mucha iniciativa!—¿Cómo no?—¡Los dos Presidentes deben estar agradecidos por tan fastuoso obsequio.—¿Cómo no?—Lo mismo que todos los salmos concluyen con *gloria*, en la conversación argentina puede concluir todo con el *¿cómo no?*, que en los labios de una dama hermosa adquiere casi siempre indecible gracia. Quien no oye en la República Argentina el *tic tac* del *¿cómo no?*, ha de oir, por lo menos, las palabras: *es claro*.—Dicen ustedes, por ejemplo:—Sería de desear que no lloviese hoy; y el interlocutor les contesta: *es claro*.

Mientras los expedicionarios esperaban en la estación Central el tren expreso para la fiesta de *La Armonía*, oí muchas veces en los labios carmíneos de aquellas simpáticas invitadas la exclamación:—*¡Hombre!* Empezábase diciendo:—Este dichoso tren expreso se retrasa exce-

sivamente.—¡Hombre! contestaba alguna hermosa impaciente; yo—no parece sino que era ese mi destino,—en cierto momento tuve la desgracia de enredar el pie en el vestido de una señora, vestido del cual sospecho que arranqué un pedazo.—¡Hombre! gritó la señora como si le hubiese pisado la cola. No acerté á contestar sino con un vulgarísimo: ¡Dispense usted! Poco después un *quidam*, que llevaba zapatos de campo, me dió un tremendo pisotón en un pie, y yo, en el momento de ver las estrellas, grité:

—¡Re... hombre!

En determinado momento llegó un ungido del Señor, es á saber, el arzobispo de Buenos Aires, el pastor más contrahecho que he visto en mi vida; un hombrecillo de aspecto vulgar, con una cara de carpintero aburrido, que no inspiraba aquel respeto ni aquella consideración que un Arzobispo suele despertar con sola su presencia.

Poco después que el arzobispo llegó, con más de una hora de retraso, el tren especial. Entonces partió de todos nosotros un gran suspiro de satisfacción. Los dos Presidentes se habían ya preparado en una sala de la estación, y apenas hubo llegado el tren salieron para ocupar el sitio preferente que les correspondía. Díjose

que asistiría también á la fiesta Adelina Patti. Llegó en lugar de ella el empresario Ciacchi, que llevaba á la fiesta de la Armonía y precisamente á la bendición de la capilla, el tributo de las gargantas de muchos de sus cantantes, entre ellos el tenor De Lucía que había de cantar el *Ave María*, de Lunzzi.

Por último el tren se puso en marcha, arrastrado por una locomotora que parecía una prendera vestida de domingo, con multitud de banderas argentinas y orientales entrecruzadas.

Creo firmemente que han de necesitarse muchos años de viajar por los ferrocarriles argentinos para habituarse á mirar con indiferencia el espectáculo que, á cada paso, se presenta de cuadrúpedos muertos y abandonados allí para que se corrompan al aire libre. De modo que cualquiera otra vez que viaje yo en ferrocarril, mientras aquí me encuentre, no dejaré de hablar de esto mismo.

Después de dos horas de viaje detúvose el tren, no en una estación, sino en medio de una inmensa llanura cubierta de hierbas. Había allí como doscientos carruajes esperando á los convidados. Allí bajamos para volver á subir inmediatamente á los carruajes y dirigirnos á la posesión (*estancia* la nombran). Los carruajes

son tomados por asalto de una manera completamente americana; sobrevienen violentas separaciones de familias. Allí donde ha tomado sitio una doncella tímida esperando al papá ó la mamá, de paso un poco perezoso, suben de repente dos ó tres jovencillos, á quienes la muchacha no conoce ni ha visto nunca; el cochero, como ve lleno su carruaje, arrea sin más explicaciones y adelante. Del mismo modo en todos los demás carruajes se entra á empujón limpio, mezclándose los conocidos con los desconocidos; medias familias, altos dignatarios del Estado, astros de la Bolsa, de la Ciencia, etc., se confunden del mismo modo.

Tócame en suerte la compañía de un viejo que gruñe constantemente y rabia como un desesperado cada vez que el carruaje en aquel terreno desigual da alguna sacudida poco agradable; pero tócame, asimismo, acompañar á dos elegantes argentinas, á quienes veo por primera vez. Una de las dos va vestida de negro, la otra de rosa; la primera es bastante gruesa y de seno alto y abultado; la segunda muy delgada, pero en cambio tiene una gracia inefable.

Ambas conocen al anciano, que es también argentino; ambas ríen á cada sacudida del carruaje, y notando la furia del viejo dice la delga-

dita, con una boca pequeñuela, que pide besos: *¿Usted no tiene vergüenza?* (1)

Termina, á Dios gracias, el espectáculo de caballos muertos á uno y otro lado del camino, y al adelantar los carruajes hacia la posesión es sustituído por el de un terreno en que aparecen diseminados corderillos, cabras y algunas vacas, pobres animales que, á su vez, esperan más digna sepultura. Comienza á dibujarse mejor la *estancia* en este trayecto, no corto, que se recorre en coche. Admírase el robusto y espeso arbolado; se ven acá y allá numerosos prados en que están reunidos bueyes y cabras: por todas partes gran número y variedad de habitaciones de colonos; algunas de ellas situadas muy pintorescamente.

Hétenos, al fin, en el centro de la *estancia* donde ha de verificarse, además de la función que ustedes ya saben, el formidable banquete de más de mil convidados. Al apearnos del coche sigo todavía por un rato á mis graciosas

(1) En el original italiano se halla esa frase así, en español. Es lo más probable qne Resasco no oyese bien, ó recordase mal las palabras de la joven argentina, que acaso preguntara en son de broma al compañero de viaje: *¿Pero no le da á usted vergüenza de asustarse tanto?*

(N. del T.)

compañeras; aquí se nos presenta, como la cosa más magnífica de aquella fiesta, una preciosa casita rodeada por un jardín delicioso, residencia de los amos de aquel sitio, cuando quieren proporcionarse el vagar de una verdadera vida de campo lejos de las molestias del mundo. Al cabo de unos instantes las dos graciosas niñas que me preceden á dos ó tres pasos, se detienen de pronto como ante un majestuoso espectáculo y las oigo exclamar: ¡Maravilloso! ¡Estupendo!

No deben parecer extrañas estas expresiones. La mujer argentina no se detiene nunca á la mitad del camino cuando quiere exponer sus propias impresiones ante un espectáculo digno de elogio ó de todo lo contrario. Cuando se presenta á su vista una cosa mediana, no se da por satisfecha nombrándola así; dice que es *horrible*.

Si ustedes le dicen que tal ó cual cosa no parece muy bella, les coge á ustedes la palabra para denominarla *monstruosa*. Si un espectáculo las impresiona agradablemente, no se contenta con llamarle *lindo* ó *muy lindo*, lo declara *maravilloso*; *estupendo*, en el sentido más entusiástico. La mujer argentina lleva la ampulosidad encarnada en su propio carácter.

Entretanto, ¿qué era lo que tan hondamente impresionaba á mis compañeras de carruaje? Nada más que el espectáculo de las mesas preparadas; verdaderamente era un espectáculo sorprendente; había allí, con prodigiosa profusión, trofeos y banderas, sin excluir los colores italianos, circunstancia que observé con gran contentamiento. Las mesas se hallaban colocadas en forma de un cuadrilátero muy grande; la usual forma de herradura estaba excluída allí, acaso porque los caballos y sus herraduras sean cosas excesivamente vulgares en la República Argentina.

Todas eran mesas de honor, pues yo, que ocupé un sitio en la primera que se me ofreció á la vista, me encontré muy próximo á los embajadores y tenía enfrente á personas de las consideradas allí como importantísimas. Sin embargo, en un tabladillo un poco más alto, además de un aparato que parecia la embocadura de un teatro, había preparadas mesas especiales para los dos Presidentes, los Ministros y los más principales funcionarios, ya civiles, ya militares, además del arzobispo.

Poco después de haber llegado, y mientras contemplo casi desvanecido lo mucho que había logrado preparar un particular en aquel de-

sierto, se me acerca mi cónsul, mi constante antagonista, y me dice:

—Con que sepamos, ¿qué chocolate es el que usted conceptúa mejor en la República Argentina?

—El chocolate del Duque —respondí sin necesidad de reflexionarlo mucho tiempo.

—Venga usted ahora á probar éste, me dijo entonces.

Le sigo alejándome del recinto del banquete, pues aún no nos habíamos sentado á la mesa, y me encuentro delante de una especie de mostrador enormísimo. Empleo estos adjetivos un poco pomposos, porque cuando hablo á ustedes de un mostrador destinado á los refrescos (ó no refrescos) de los convidados que acababan de llegar, deben ustedes tener presente que esos convidados son más de mil, y todos, cual más, cual menos, nos hallábamos sedientos á consecuencia de las dos horas de ferrocarril y de la media horita de coche.

—Pero bien, ¿dónde está ese chocolate? pregunto al cónsul.

—No espere usted, dijo el señor Chicco, que vengan á servirle á usted como á una señora, ó se expondrá usted á esperar un buen rato, porque los camareros están aquí, sobre todo y

ante todo, para las señoras. Sumerja usted eso ahí—siguió diciendo el cónsul, y me señaló sucesivamente un cucharón desmesurado y un colosal recipiente de hierro,—sumerja usted en esa vasija el cucharón y vierta usted el contenido en una taza.

Me parece prudente el consejo, me apodero del mango, sumerjo el cucharón, le saco, y con el contenido lleno la taza que á prevención tengo en mi mano izquierda.

Una mano lindísima se introduce inmediatamente entre mi persona y la taza, se apodera de ésta y oigo que el ama de la manita y ahora del chocolate, me dice:

—*Mil gracias, caballero.*

Menos mal: me deja sin chocolate; pero es atenta y agradecida.

Era la tal una señora muy hermosa, eso sí; pero ninguna de las dos que habían sido mis compañeras de carruaje, y que, por haberlo sido, acaso tenían algún derecho á que les sirviese yo el chocolate.

Saludo á la señora; tomo de nuevo el cucharón; lo sumerjo en la enorme chocolatera; me apodero de una segunda taza, y la lleno de sabroso líquido.

Otra mano, ni menos bonita ni menos linda

que la anterior, se entremete entre la taza y mi persona, se lleva la taza, y oigo otra voz que me dice: *muchas gracias*, suprimiendo lo de *caballero*.

Vuelvo á saludar; después me figuro que podré ya realizar la operación por cuenta propia; nada de eso; esta vez es una anciana, muy elegante, la que, sin darme siquiera las gracias, toma la taza y se sorbe el chocolate.

Aquello comenzaba á parecerse al suplicio de Tántalo, del cual habrán ustedes oído hablar muchas veces. El señor Chicco, alma generosa, habíase compadecido de mi suerte y se había alejado, no pudiendo sin duda resistir tan triste escena.

Otro convidado que estaba mirando mis operaciones, me dijo:

—Abandone usted ese mango y ese cucharón, que no son de mando, sino de servidumbre, y haga lo que yo hago.

Y diciendo y haciendo, mi interlocutor sumergió sin cumplido su taza en la chocolatera. Lo confieso: hice lo mismo, y así logré por último saborear el chocolate, que talmente parecía puesto para mí solo. Donde hay indiscretos, lo mejor es echar por el atajo.

Entretanto alternaban las piezas de música

religiosa, y los que lograron hallar sitio habían penetrado ya en la reducida pero elegante capilla de la *Estancia* y asistían á la ceremonia de la bendición. Yo permanecí un poco fuera, por causa del excesivo calor, pero pude oir las suaves notas de De-Lucia, el cual me parece que estaba diciendo al Omnipotente:—«¡Un ciento de estas jiras de campo, Dios mío!»

En tanto que aún parecía como si el tenor emitiese con unción admirable un *si bemol*, mi constante antagonista vino á decirme:

—No esté usted aquí ocioso y váyase á ver cómo se hace el *asado*.

—¿Qué es el asado?

Hasta entonces yo lo conocía solamente de oídas y no había querido comerlo nunca porque lo desconocido se me indigesta.

Pero en la fiesta de la estancia *La Armonía* pude quedar, y quedé, suficientemente enterado.

El asado se hace así: primera materia, un gran fuego, un fuego casi infernal; materia segunda, un buey muy grande, ó cualquiera otra res de buen tamaño; tercera materia, una buena cantidad de hierros aguzados y clavados en la tierra en forma de círculo en rededor del fuego. Se toma la víctima; se la descuartiza; se di-

vide en pedazos; se clava cada pedazo en un hierro de los que hay en rededor de la hoguera; se untan de cuando en cuando aquellos pedazos de carne con un poco de manteca; lo demás se hace por sí mismo; la carne se tuesta, se envuelve y está hecho el asado.

Aquel á quien le gusta, vuelve á comer: si no agrada la primera vez, no gusta nunca. Yo prefiero los cuernos del buey á todo lo demás asado, que puede comerse con el cuero.

En medio de todo era imponente, fantástico (espantoso habría agregado una argentina), ver en toda la longitud del campo contiguo á la inmensa cubierta, elevarse tanta hoguera y contemplar á los criados colocados en rededor para que se tostasen las reses con regularidad.

En aquella estancia en que era asado el buey ¡cuántas otras operaciones se habían hecho en odio suyo! Sobre todo, y en aquella *estancia* misma, lo de haber reducido el buey... á eso, á lo que es. Nada más característico ni más digno de verse que la caza con lazo de un toro hasta entonces libre y bravo corredor de los campos. A los ojos del inocente becerro, el futuro buey, se degüella á la madre cuando ha dado ya la leche suficiente... De aquí la frase *llorar como un becerro*. ¿Parece á ustedes que un hijo pueda

presenciar impasible el asesinato de su madre?

Existen posesiones *(estancias)*, muy especialmente en la línea del Rosario, donde la abundancia de ganados adquiere tales proporciones, que se ve desde las líneas de ferrocarriles, como un inmenso campo negro, agitarse, donde se hallan amontonados millares de cabezas de ganado vacuno y millones de animales más pequeños; no se cuenta entre éstos lo que podría denominarse *el ganado de pluma*, porque hay otros campos extensísimos que sirven para vivero y cría de avestruces.

Pero vamos á la mesa, que ya es hora; la ceremonia de la consagración de la capilla ha terminado; los dos Presidentes, el Cuerpo diplomático y cuantas personas han podido hallar puesto, han asistido; el arzobispo ha echado una bendición de esas que atraviesan siete paredes ó más; los artistas que llevó Ciacchi han cantado; todos han desfilado, por último, bajo la enorme cubierta; es una invasión que impone; un ruido que ensordece; los uniformes argentinos, los orientales, los vestidos alegres de las señoras, los trajes variados de los caballeros, los camareros que acuden á enjambres, forman una deslumbradora confusión de colores.

Los platos se suceden sin interrupción: pasa

una *mayonesa de langosta*, á la que rinden parias muy especialmente los altos funcionarios de la República del Sol; *las chuletitas de Villeroy, con guisantes*, son recibidas con fruición expresiva por los funcionarios de segunda fila; los *bocadillos con ostras*, merecen la aprobación de los diplomáticos viejos; las *lonchas* de *vaca*, parecen muy del gusto de las señoritas lindas; *las pavas con trufas* y *gelatina*, constituyeron el plato predilecto de los jóvenes galantes; *los tostones á la marinera*, admiran á los galanteadores ya maduros; una *ensalada rusa*, obtuvo el aprecio ostensible de los orientales, y unas *Genovesas históricas*, fueron objeto de veneración para el que escribe estas líneas.

Toda la comida fué rociada con *Jerez (Néctar)*, *Chateau-Iquem-soraluce*, *Grand Saint-Julien*, *Portais*, *Calvet*, *Oporto*, *Duque 1847*, y, por último, *Champagne Luis Rœderer*.

Poco á poco gran parte de los convidados salían al aire libre á fin de ver los grupos de caballos y de toda clase de ganados que se habían agrupado para concurrir á aquella inusitada batahola en el centro de la *Estancia*. Los colonos nos miraban asombrados, suponiéndonos quizá otros tantos presidentes de Repúblicas microscópicas. Para no distinguirse de los demás,

los Jefes de ambos pueblos dejan también su mesa de honor y van á pasearse, de bracero, por los jardines que rodean el recinto del grandioso banquete.

Y viene al fin el terrible, pero inevitable momento de los brindis. Brindan y se abrazan los dos Presidentes; otro tanto hacen los Generales del uno y del otro Estado; los diplomáticos, las señoras. Mientras se trata de brindis al alcance de todos y de común interés, nada ocurre. Pero llega un brindis desmesurado; aquello no era brindis, sino un *discurso-ministro*, y lo pronuncia el señor Varela. Entra de lleno en el tema del agio sobre el oro, que para él ni es tema ni conflicto; toma á dos manos el valor preciso para afirmar que es un problema que se resolverá por sí mismo; brinda por la República Argentina, por el Uruguay, por todos los pueblos, y por último, hasta brinda por su decreto famoso prohibiendo en la Bolsa las operaciones sobre el oro. Amontona números sobre números. El presidente de la República del Uruguay parecía como si dijera lo mismo que Gennaro en *Lucrezzia Borgia*: «*Dormiré; despertadme cuando haya concluido.*» Realmente aquel en que podía exponer sus razones en presencia de representantes de todos los paí-

ses, debía de ser un hermoso día para el Ministro panzudo. Pero entretanto las mesas van quedando desocupadas; las señoras se ausentan y sólo quedan en el recinto del banquete los números que el ministro de Hacienda prosigue amontonando con una convicción digna de mejor sitio. Los que bendicen aquel discurso interminable son los músicos de la banda que, en tan largo intervalo, pueden comer tranquilamente.

Justo es decir, por de contado, que el discurso de Varela no molesta á nadie, porque nadie piensa en hacerle caso; cada cual se ocupa en lo que le acomoda; inclusos los dos Presidentes, que hablan entre sí.

Aprovéchanse los carruajes numerosos para realizar excursiones por los alrededores, hundiéndose muy frecuentemente alguna rueda en aquel terreno demasiado virgen aún para carreteras.

Final de la fiesta: regresamos todos al ferrocarril; el tren expreso aparece en la vía; volvemos á Buenos Aires con el nombre de Gregorio Torres y señora en los labios, y los números del ministro de Hacienda... en los bolsillos. Indudablemente el señor Varela había entendido demasiado literalmente que allí se inauguraba una escuela.

CAPÍTULO XXIX

Solemne fiesta en el Palacio del Gobierno.

Lo culminante de las funciones hubo de ser *El gran baile en honor del Excmo Sr. Presidente de la República Oriental del Uruguay*: copio el título *ad pedem litteræ* del mismo billete que me enviaron, y que conservo. Se verificó en la noche del 29 de Mayo, esto es, dos días después de haberse verificado el famoso almuerzo de la *Estancia de la Armonía*. El Palacio del Gobierno parecía en aquella noche un edificio de fuego; todo iluminado; la catedral, la Bolsa, las boca-calles. Los organizadores de aquella fiesta no habrían podido expresar más luminosamente sus sentimientos en aquella anhelada ocasión. La hora indicada para comenzar eran las diez; pero también en Sud-América los bailes preparados para las diez comienzan á media noche.

Si tal era el brillo exterior, imaginen ustedes lo que en el interior habría.

Internándose en aquel recinto, todo él de un evidente gusto arquitectónico del siglo pasado,

se ven adornadas las mesas centrales de la sala capitular; la galería que rodea esta sala semeja una maravilla de flores, de luces, de emblemas y de colgaduras.

Da acceso á la galería superior una escalera soberbia, en cada uno de cuyos descansos, magníficos pajecillos de bronce, con ropa á lo Cellini, sostienen riquísimos candelabros. Una parte de la galería superior se halla ocupada por el ambigú. Así en las salas de baile como en las de paso, el lujo toma proporciones asiáticas. Uno de los salones ha sido completamente transformado á la turca; hasta en el techo hay un reverbero de media luna que inspira las ideas más orientales.

Pasan los criados y arrojan con prodigiosa profusión en aquellos divanes, aquellas sillas y aquellas mesas sobre las que resplandecen enormes espejos, elegantísimas y primorosas tarjetas para el baile.

En tanto que admiro desde el grandioso balcón el espectáculo de fuera, oigo voces de señoras en la sala y llegan á mis oídos las exclamaciones:—¡Admirable! ¡Estupendo! ¡Extraordinariamente lindo! Es indudable que ha penetrado allí alguna señora argentina.

Todos los salones van llenándose poco á

poco. Me fijo muy especialmente en la entrada de la oficialidad oriental, porque si los calzones blancos pueden producir en una calle ó en una parada cierto efecto, en una sala de baile, entre aquel flujo y reflujo de hombres vestidos de negro, me parece cosa de quien no ha concluído de vestirse.

Muchos empleados de las legaciones visten uniforme; el convidado inglés semeja una figurita de Sevres. Nuestro Ministro lleva frac negro y la encomienda de Italia. El Presidente de la República Argentina, viste, como de costumbre, su frac negro y una banda de los colores argentinos: el Presidente del Uruguay luce su uniforme de siempre.

Las mujeres hermosas se siguen, y no se parecen sino por los reflejos de luces vivísimas que sus diamantes, lo mismo que sus ojos, envían. Bajo mi palabra lo afirmo, no son nuevas para mí estas fiestas y estas recepciones de gala, y, sin embargo, no he visto nunca, no he soñado jamás tanta profusión de diamantes.

No he de indicar á ustedes, siempre en lo que respecta á las señoras, que aquellos senos descubiertos, aquellos hombros tan visibles, aquellas espaldas y aquella lluvia de diamantes sobre las carnes delicadas y blancas, representaran

siempre lo estético. Pergaminos descotados habíalos también en bastante número; demasiados.

El Presidente de la República Argentina cambia muchas veces de dama: ahora una rubia; luego una morena; después una de color de paraíso. Le veo también dando el brazo á la señora del Presidente del Círculo italiano. El Presidente del Uruguay es caballero muy atento, pero más fiel, porque lleva siempre del brazo á la misma señora.

En el salón más espacioso del piso alto la orquesta toca para que se baile, y alguno asegura que logró bailar en medio de aquel gentío. Es una afirmación atrevida.

En el ambigú es de temer que ocurran escenas lastimosas: las pastas son devoradas, engullidos los helados; corren por allí verdaderos ríos de vinos espumosos. Parece realmente que muchos de los convidados sólo han ido á eso. El circular por aquel sitio empieza á ser un problema de solución dificilísima.

Los convidados de forma esférica conviértense en objetos de execración: bienaventurados los flacos, porque de ellos es el reino de las salas de baile. Al principio, cuando la muchedumbre era menos numerosa, alguien hubo de excla-

mar:—¡Hermosa fiesta! Ahora la exclamación de circunstancias es:—¡Qué calor! ¡Qué función más molesta!

Empiezo á creer que el diablo se da algunas veces á sí mismo el gusto de celebrar espléndido bailes en su casa, para atormentar con mayor refinamiento á los condenados.

En la galería alta que es donde está más apiñada la multitud, algunas señoras que no pueden dar un paso ni hacia adelante ni hacia atrás, están próximas á desmayarse:—"¡Un poco de agua! ¡Un poco de aire!„—gritan de una manera que oprime el corazón.

El aire no es cosa fácil de obtener allí inmediatamente. En cuanto al agua y otras bebidas afines, los caballeros, para poder suministrar la más pronto, recurren al expediente empleado en los incendios: forman entre todos una cadena que comunica con el ambigú. Esta cadena, un poquito apretada á veces, suele prolongarse en alguna ocasión por bastantes metros: yo fuí, durante algunos minutos, un anillo de esa cadena para la extinción... de la sed.

Comenzamos á respirar, cuando á eso de las dos llegó el primer turno de la cena. Correspondieron los honores de la primacía, como era lógico, á los dos Presidentes, y además á los

miembros del Cuerpo diplomático y á las personas más principales. Al mismo tiempo la orquesta (gran orquesta) dirigida por Marino Mancinelli, comenzó la sinfonía de *Semíramis* que fué magistralmente ejecutada. Después de la cena presidencial y diplomática, se verificaron sucesivamente otras en el mismo recinto central. En la conquista de los sitios ocurrieron escenas de cierto color y de cierto olor; pero todo el que tuvo la paciencia de esperar, vió, por último, que llegaba su vez, y para muchos, digámoslo sin rodeos, esto de la cena, después de los formidables asaltos al ambigú del piso alto, era el *busilis*.

Un mi amigo que se había detenido algunos instantes para presenciar los estragos del ambigú, muy impresionado por aquel incesante destapar Champagne, por aquellos asaltos inexorables á los pasteles y á toda clase de golosinas, y poco menos por los estragos causados en la cristalería y en las riquísimas porcelanas, hubo de exclamar:—¡Este es el Waterlóo de los ambigúes!

Exclamación verdaderamente oportuna, sobre todo si se tiene en cuenta lo que supe después por el propietario del *Café de París*, el afortunado proveedor de aquel servicio de comestibles

y de refrescos; díjome éste que solamente por los destrozos ocasionados en la cristalería y en la vajilla de porcelana había pagado la nación más de cien mil pesetas. La cifra es enorme; pero en la República Argentina todo era y... todo es posible. En esta ocasión sí que habría podido repetir con oportunidad el señor Taglierini, su clásico estribillo: «¡Qué pequeños somos!»

Pero se preparaba otro Waterlóo, no á expensas del Erario público, sino á costa de los convidados. Existe un proverbio que dice: «El peor paso es siempre el de la salida.» Y así ocurre en el sentido recto de salir para no volver á la casa.

Aproximándose á su término las danzas, las cenas y las embestidas al ambigú, la multitud comenzó á clarear un poco, y entonces se averiguó que lo del guardarropa, encargado de devolver los abrigos, los sombreros, las pieles de las señoras, los bastones y los quitasoles, no había sido sino una burla horrible de la presidencia. Y después de muchos empellones perdonados, sucedió precisamente esto: el que había entrado con un abrigo viejo, salía con uno nuevo... ¿por qué? pues por aquello de *Beati primi!* O como dicen por España: «Al que madru-

ga Dios le ayuda;» ó «quien da primero da dos veces.» A los últimos les tocaron los desechos, verdaderos andrajos, y hubieron de apechugar con ellos, aunque con protesta de que aquello no era suyo, so pena de exponerse, con el traje ligero de baile, y casi en pleno invierno, á los rigores de la brisa nocturna.

Aún peor que lo sucedido con los abrigos, fué lo que aconteció con los sombreros, pues se vieron burgueses pacíficos salir del baile con su traje civil y su sombrero de tres picos en la cabeza, y viceversa, ví á bastantes oficiales de alta graduación, entre los cuales los había de la comitiva uruguaya, encasquetarse un sombrero de paisano.

No quiero reproducir aquí los ayes de tantas infelices señoras, á quienes era entregado, en sustitución de su magnífica capa de pieles hermosas, un saco impermeable de cochero.

Esta odisea del guadarropa en la gran fiesta de la Presidencia, hacía pensar: «Si en las mismas barbas del Gobierno, dentro del mismísimo Palacio, se pierden tan fácilmente y con tal impunidad los abrigos, calcúlese las cosas que se perderán por ahí; por ejemplo, en tal ó cual Monte, que también en América realizan muy buenos negocios.

CAPÍTUO XXX

Después del Carnaval, la Cuaresma —Visitas á las tabernas de la Boca y á otras partes.

¿Qué punto de contacto puede existir entre la desventura y las fiestas? Lo diré á ustedes inmediatamente, por si lo ignoran todavía. La desventura, en el momento de concluir, da á conocer la dicha. Y en lo que respecta á las fiestas un poco prolongadas, sucede lo mismo, en el momento en que terminan.

¿Pero quién nos obliga á concurrir á las fiestas? Nadie y todos; muchas veces vamos quizás con la ilusoria esperanza de que nos agraden. Lo menos malo que puede lograrse es atrapar un resfriado ó cambiar de abrigo ó de sombrero.

Acabados los fuegos de artificio; los almuerzos de cuarenta mil escudos; las cenas de cien mil pesetas de vajilla rota; las iluminaciones que quemaban media ciudad, envié una carta circular á los amigos y enemigos diciéndoles á todos: «No me conviden ustedes por ahora á sus fiestas; estoy á dieta y medicinándome con rui-

barbo: ya hablaremos cuando me haya curado, si es que no tienen ustedes que asistir á mis funerales. Soy de ustedes... etc., etc.»

Hice después este profundo examen de conciencia: «Llevo más de un mes en esta población. ¿Puedo decir hoy que conozco, *intus et in cute*, la vida de Buenos Aires?»

La conciencia me contestó que no, por unanimidad.

Habia yo conocido la vida elegante, alegre; la buena; pero la fea, la ordinaria, que es la más importante para el viajero, no la conocía ni aun de vista. Busqué, pues, á un literato siempre disponible, y le pregunté:

—¿Dónde y qué se podría comer, para comer un poco mal?

El literato me contestó en seguida:

—Recorra usted, á lo largo, las calles más próximas al río, y las de más arriba; allí encontrará usted para comer bien y para comer mal; á su gusto. En las calles de en medio no es conveniente fiarse; podría usted comer mal, aun pagándolo bien.

—Pero yo busco las fondas de los desespeperados.

—En ese caso, entréguese usted al itinerario que le he trazado á la ligera. Distinguirá

usted de las demás las fondas de los desesperados por las fisonomías mismas de los parroquianos.

Habiáseme atragantado cierto párrafo de una carta publicada en el número 124 de *La Patria Italiana*, que era una confutación de las *impresiones de viaje* escritas por mí en el periodico mismo; el período á que me refiero, decía así: «...Hay pocos optimistas y privilegiados que visitan y estudian la República Argentina en los salones dorados de la opulenta sociedad *porteña* ó en los *coches salones* puestos á su disposición por el Gobierno, ó, por último, en las mesas sardanapalescas, servidas por *nababs* italianos, que tratan de pescar alguna condecoración.»

La alusión de cariñoso compatriota, era indudablemente para mí. En lo que se refiere á los *coches salones*... hablaremos de ellos á su debido tiempo; cuando trate de mi viaje á las provincias; y de lo que se refiere al optimismo de mi fabricación, libre Dios de él aun á los perros; de las condecoraciones diré solamente que soy uno de los diez ó doce que no han hecho la Italia, y no pertenecen ni aun á la Orden de caballería de la Oca; y, por último, en lo relativo á las mesas sardanapalescas, no he de negar

que, en efecto, fuí recibido en muchas casas aseadas y limpias.

Esto no obstante, ahora, después de las funciones oficiales de Mayo quería yo imponerme á mí mismo una temporada de Cuaresma, con sus abstinencias correspondientes.

Próxima la noche, me encaminé hacia la calle de la Reconquista, la segunda de las inmediatas y paralelas al río, y ojeé algunas fondas: cuando hube visto una con los bancos más sucios y olido el penetrante aroma de aceite refrito, penetré.

Era una fonda internacional, si he de juzgar por el hecho de haber oído entre los que allí *banqueteaban* una mezcla de alemán, de italiano, de inglés, y aun alguna palabrota... turca. Habíanme dicho que era necesario estudiar estas fondas, y yo las estudiaba; pero no separaba los ojos de la cadena de mi reloj, porque aquellas fisonomías no me inspiraban la mayor confianza: aun deploré no haber dejado en casa los objetos inútiles.

Aquellos comensales ¡pobrecillos! tenían, por lo que vi, hambre para dar y tomar. Tomo asiento á una mesa muy oblongada; es decir, creo tomar un asiento, pero sin notarlo he tomado tres, porque cuando sobrevinieron otros

parroquianos, entre los cuales había uno que llevaba chaqueta al hombro y los demás iban en mangas de camisa ó peor, el camarero, que está dispuesto siempre á maltratar los idiomas de todos los países, me gritó: *¡largo!* y donde creía yo tener sitio sólo para mí, se acomodaron tres.

Lanzo una ojeada á los manteles; llevan escrita con notas que no dejan lugar á duda la fecha de su última lejía... que se remonta, nada menos, á un par de semanas. La vajilla, al fin y al cabo, puede pasar: las he visto peores.

—¿Qué hay de comer? pregunto al mozo, á quien podía confundirse con un tipo de carcelero. El mozo no me contesta y sigue su camino. Repito la pregunta, y entonces me responde muy incomodado:

—Todavía no es hora: ¿entiende usted?

Dirijo entonces la palabra al comensal que tengo á mi lado; compañero que italianiza medianamente el tudesco, y aprendo entonces que el servicio no principia hasta que dan las seis.

—¿Y no se pide aquí lo que cada uno quiere? pregunto con ingenuidad.

El otro me respondió que de vino se podía pedir la clase que se quisiera; por supuesto

siempre que fuese vino muy malo. Efectivamente, el camarero me pregunta cuando llega el turno:

—¿Cómo quiere usted el vino?

—De uva, contesté impertérrito.

El otro gritó entonces:

—Un cuartillo de vino francés.

Alguno de los comensales bebía cerveza muy mala; lo adiviné por el olor, y aun lo vi más por el color.

Entretanto algunos de aquellos tipos de aspirantes á la nutrición miraban con avidez hacia la cocina. Un ama de gobierno estaba sentada en un banco y observaba á todos, sin molestar á nadie.

Por fin aparece y se aproxima un pinche con gran mandil azul oscuro y una olla muy grande; precédele un camarero empuñando un cucharón, y con la gravedad de un jefe de semana, vierte en nuestro plato un caldo gelatinoso. Un consumidor qne estaba colocado frente á mí, después de haber bebido algunos sorbos de aquel líquido sospechoso, puso la mano sobre su estómago y tuvo el valor de decir:

—¡Qué perfectamente sienta en el estómago un poco de caldo caliente!

El camarero vino muy pronto á retirarnos

los platos, aun los de aquellos consumidores que no habían concluído; tornó á entrar después, seguido del pinche, con otro plato. Es un pedacito de carne que parece hervida. Tal vez sería cosa comestible; pero las fracciones eran microscópicas. Con prodigiosa rapidez el camarero sirve después y sucesivamente otras muchas cosas que, ya parecían un pedazo de rabo de cualquier animal doméstico, ya una escama de pescado revisado y corregido en comidas anteriores, ya, en fin, un poco de verdura muy triturada. Así y todo, mi vecino de la izquierda se mostró tan satisfecho, que quiso repetir. Pero el camarero se encogió de hombros y le dijo:

—¡Bah! ¡La verdura cuesta muy cara, amigo mío!

Después de seis ó siete platos de estos que sucesivamente fueron presentados, le llega el turno á un dulce rojo como una remolacha; después tres nueces por barba constituyen el postre, y á este sigue la cuenta.

—¿Cuánto hay que pagar? pregunto al camarero, mientras discurro á qué fonda podría yo ir en seguida para comer seriamente.

—Espere usted su turno, me gritó aquel árbitro de la situación.

Efectivamente, después de haber comenzado desde una de las cabeceras de la mesa le llega á cada uno la vez de pagar veinticinco *centavos*, que viene á ser una peseta y veinte céntimos; lo cual no es mucho realmente si se tienen en cuenta la abundancia de platos y el país. Con este género de comida el parroquiano adquiere hábitos de frugalidad y de economía; me pareció que alguno, para no desperdiciar nada de lo que le correspondía, recogió en la mano las migajas esparcidas por el mantel y se las metió en la boca.

Cuando salí, el camarero se dignó dirigirme un amistoso:

—Hasta la vista.

Yo respondí por lo bajo:

—¡Nunca!

Porque acerca de aquel linaje de fondas internacionales estaba ya suficientemente instruído.

Al día siguiente, permaneciendo fiel á mi nuevo programa democrático, paso á otro orden de ideas: voy á comer á la Boca. Después de haber pasado por no sé cuántas fondas, veo, por último, una en la cual reconozco á muchos compatriotas en efigie, á saber: Garibaldi, Mazzini, Víctor Manuel, el actual rey Humberto y la reina Margarita.

—Aquí, por lo menos, dije para mi sayo, hay patriotismo que vender.

Un personaje barrigudo está de pie á la entrada; en el saludo que dirige al recién llegado denuncia en seguida su procedencia napolitana. Díjome de pronto:

—Buenas noches, patriota.

Aquí no estamos ya en la mesa disciplinada, porque cada uno puede comer por su propia cuenta en las varias mesitas que por acá y por allá están dispuestas. Hay mantel, aunque está de incógnito, porque su color se ha asimilado casi al de la mesa.

—¿Qué quiere usted? viene á preguntarme, con acento marcadamente napolitano el mozo.

—Algo que esté pronto.

—Hay sopa de macarrones, pero no está pronto.

Pido entonces un caldo con huevos y pan.

—¡Sopa á la italiana! gritó el mozo, y poco después me sirve una cosa que se aproxima algo á lo que he pedido.

Aquí se come evidentemente mucho mejor que lo hice en el día precedente. Pareciéndome entonces que percibía un olor á estofado, pregunté:

—¿Hay puesto al fuego algún animal?

Explicóme el otro que tenía á mi disposición un guisado de carne, zanahorias, cebollas, patatas, perejil, clavo y otros comestibles. Dígole:

—Traiga usted de eso.

Y grita el mozo:

—¡*Un Florencia!*

Quedé arregostado y pedí un trozo de carne prensada y frita; el mozo gritó:

—¡*Un Milán!*

Después—mi apetito se había despertado—pedí carne con setas, y grita mi hombre:

—¡*Un Génova!*

Por último, viendo que un parroquiano que se sienta frente á mí aliña una ensalada enorme de tomates, judías y remolachas, una lechuga y no sé cuántas otras cosas, digo á mi camarero, señalando hacia aquel sitio:

—Otra igual.

El mozo, más chillón que nunca, vocea:

—¡*Una garibaldina!*

El escenario ha ido, poco á poco, llenándose de tipos variadísimos. Han entrado muchos hombres, casi todas figuras vigorosas de calabreses ó de romanos; son hombres de la playa, mozos de cuerda, obreros, maquinistas, mercaderes y tenderos vulgares. Sentándose á las mesas esparcidas por aquel espacioso local,

adoptan actitudes titánicas, y acaso también algo tiránicas; con la una pierna bajo la mesa y la otra saliendo hacia delante como para obligar al primero que llega á separarse; con el codo apoyado en la mesa, el sombrero sobre las cejas, la cabeza levantada como en actitud de preguntar, lo mismo que si esperasen que el patrón fuera á hacerles una cortesía. ¡Extraño contraste entre esta amplia ocupación de sitios y la apretadísima del día anterior, en la otra fonda de la calle de la Reconquista! En ésta los parroquianos comen mucho.

—¿Cómo estamos, señor Pascual? preguntó al barrigudo que se halla en la puerta, un romano.

—Hay salud; lo demás ya vendrá si la Virgen quiere, respondió el napolitano.

—¿Y la señora Rosa?

—Algo molestada.

—¿Es usted, señor Pascual, quien la molesta?

—Eso no le importa á usted, compadre.

—Y los negocios, ¿que tal van?

—Así, así; entre caballeros y desesperados vamos viviendo.

—Ya se comprende, dijo el romano poniendo cuatro *erres* en cada sílaba, que los desesperados somos nosotros; y, sin embargo, nuestro

dinero vale tanto como el de los caballeros.

—¡Por Dios, que si vale! dijo desde el fondo de un plato en que estaba pescando no sé qué cosa, un tipo bastante feo, de color de café con leche, que me hizo casi retroceder cinco lustros, tornándome á la época famosa del bandolerismo.

—Y nosotros valemos tanto como los caballeros, prosiguió un tercero, acentuando la frase con tono terrible.

Realmente aquellas provocaciones á los caballeros comenzaban á molestarme más que la comida á la aguada del día precedente; porque no había necesidad de que aquellos señores, al desahogar su furia contra los caballeros me miraran más ó menos de reojo; el que esto escribe no presumió nunca de tener aspecto de caballero, y además estaba suficientemente disfrazado.

—¡Tráeme á mí también una *garibaldina!* dijo el romano al camarero, señalando hacia mi ensalada.

—De estas ensaladas ha comido Garibaldi también cuando estuvo en América, dijo uno.

—Entonces tenía otras cosas que hacer, replicó un *adlátere*.

—Sí, otra cosas que ensaladas.

—Ensaladas de curas.

—Esas se las comió después.

Hasta aquí nada había que oponer. Exponía cada cual su opinión política. La escena se había hecho animadísima: el único silencioso, como verdadero advenedizo, era yo.

—¿Hay fruta? pregunté entonces al camarero.

—Hay nueces y naranjas: ¿quiere usted?... me dijo.

Contesté negativamente.

—Pascual, dijo entonces el romano, mirándome á mí, en vez de mirar al fondista; haga usted que traigan una higuera de su país.

—Y algunas ananas, gruñó otro.

—Porque si no los caballeros, continuó diciendo el anterior, irán después desacreditando la fonda de usted.

—Estamos ya, dije para mí, en el caso de enviar los padrinos á ese romano, si quiere tener algo conmigo. Pero llevaba yo en el bolsillo cierto chisme de seis bocas, que me aconsejaba tener prudencia.

Entran de pronto dos muchachos napolitanos, *violinistas*, sucios y desarrapados hasta lo indecible. Acompañábales una chiquilla flacucha y macilenta, encargada de la parte vocal. Levantóse inmediatamente extraordinario vocerío

en rededor de los recién llegados. «Canta esto, toca aquello,» y se improvisó un poco de desconcierto vocal é instrumental. Pero la clamorosa reunión no se dió por satisfecha hasta que la muchacha hubo cantado unas coplillas obscenas, de las cuales no daré á ustedes idea, ni aun á grandes rasgos. Parece que aquellas *canciones* eran la sal y la pimienta para aquel congreso, que tributó á los artistas una ruidosa ovación.

Después, las mejillas de la muchacha fueron acariciadas por cincuenta dedos, y, por último, á petición general del público, se tocaron varios himnos patrióticos. Yo continuaba dedicado á oir y á callar. El romano, tornando á mirarme fijamente, y pidiendo la repetición del himno, decía:

—Estos son los cantos de nuestra Italia, para hacer rabiar á los jesuítas que no pueden sufrir estos himnos.

—Ya comprendo, dije para mí; si permanezco aquí algún tiempo, voy á ser el padre Becker en persona.

Entretanto, el provocador continuaba mirándome con más fijeza cada vez.

—Los jesuítas, cuando oyen el himno, fingen estar indiferentes; pero bien pica.

¿Ustedes creerán que al oir esto me lancé so·

bre el romano? Nada de eso; yo no había ido á la Boca para derramar sangre. Además, tenía preparada ya una escena de gran efecto, algo parecida al acto de desabrocharse el General en la conclusión del drama *Los dos sargentos*.

El mozo me había llevado entonces la vuelta de mi cuenta pagada, en moneda menuda y un cuarto de nacional. Dejo las monedas menudas de propina para el mozo, y después, obrando de manera que la mano derecha sepa lo que hace la izquierda, doy el cuarto de nacional á la chiquilla que se acercaba á pedirme.

Hubo asombro general. ¿Parece á ustedes poco? Cuando salí de aquella fonda debían de decir todos:—Éste no puede menos de ser un inglés... disfrazado.

Aquella fué una de mis generosidades máximas; uno de mis grandes momentos en la República Argentina.

CAPÍTULO XXXI

Expediciones á «La Floresta» y á «El Tigre.»

Habíanme dicho que *El Tigre* era un sitio delicioso; breve el viaje y grandísima la diversión: una hora y diez minutos de ferrocarril, á

partir de la estación Central, tomando la línea del Norte. *El Tigre* es hijo legítimo del risueño Municipio de San Fernando.

Yo no podía partir de Buenos Aires sin haber visto *El Tigre*, lo cual es peor que dejar á Génova sin haber visto la posesión Pallavicini, en Pegli. Pero á *El Tigre* no se puede ir sin un guía, sin un compañero que conozca algún propietario de aquellas islillas encantadas.

Gradara, el atento vicecónsul, me acompañó á casa del Sr. D. Juan Mondelli, presidente de todas las Sociedades italianas posibles en Buenos Aires, caballero de la acostumbrada Corona y propietario, entre otras cosas, de una islilla en *El Tigre*, y de mucho vino. D. Juan Mondelli se puso á nuestra disposición para otro mes, porque en el corriente estaba abrumado de ocupaciones. Vamos, por consiguiente, en busca de otro que extienda también sus dominios propios hasta *El Tigre* y que no tenga demasiadas ocupaciones en el mes de la fecha,

En el camino saluda Gradara á un caballero; después dice de pronto:—He ahí el hombre que deberá sacarnos de apuros; tiene en su mano la mitad de Buenos Aires; [el único concejal italiano, el doctor D. Juan Antonio Boeri.

—Tengo mucho gusto... le digo después de las fórmulas de presentación; y después, recapacitándolo mejor, agrego:

—He tenido un verdadero disgusto en no poder aprovechar antes una carta de recomendación que tengo para usted, de su pariente Roncallo...

—Ha hecho usted mal, muy mal en no haberla aprovechado, dijo entonces el doctor Boeri.

—¿Qué quiere usted? le digo: al llegar á Buenos Aires me habían hecho anotar en mi libro de memorias la máxima:—«Sobre todo nada de buenos informes; nada de recomendaciones.»

—No hay regla sin excepción, replicó Boeri. Sepa usted, entretanto, que en Buenos Aires conozco algo á todos; desde el Presidente de la República hasta el Presidente del último Banco; desde el primero de los capitalistas hasta el último de los obreros.

—¿Conoce usted, por casualidad, algún propietario de cualquiera islilla de *El Tigre*?

—Conozco al propietario de un castillo en *La Floresta*, uno de los puntos extremos y en el término de Buenos Aires; ese propietario soy yo. Vayan ustedes allí mañana temprano; les convido á almorzar.

—Perdóneme usted; pero *El Tigre*...

—*La Floresta* puede ser perfectamente el vehículo de *El Tigre;* téngalo usted por dicho; mi casa es de usted.

Y cuando un indígena, ó un aclimatado, dice á ustedes esto, no hay que replicar; su casa es de ustedes.

Nos despedimos dándonos cita para la mañana siguiente. Durante la noche no dejé de pensar en que el castillo del doctor Bocri era cosa mía.

¡Pensar que este señor partió para la República Argentina sin tener más que castillos... en el aire! Comenzó en los peldaños más inferiores de la escala social y subió hasta hacerse labrar castillos verdaderos.

Estudió medicina y fué, durante algún tiempo, el doctor á la moda. Pero los médicos buenos y de moda concluían muy pronto, en aquel país, de ejercer la medicina, para convertirse en hombres de negocios, en especuladores de casas y de terrenos, administradores de Bancos. Esta es una profilaxis distinta; pero el *quid* para realizar buenos negocios es precisamente tener muchas y muy buenas relaciones. ¿Y qué relaciones más fáciles ni más extensas que las de un médico en boga? Cuando llegué á Buenos Aires el

que fué, en otro tiempo, el médico de moda, señor Boeri, no tomaba más pulsos que los del presupuesto municipal en su calidad de individuo del Ayuntamiento, que llevaba dos años ejerciendo de Alcalde; y, además, los pulsos de varios Bancos de antigua ó de moderna formación.

En las primeras horas de la mañana siguiente, viajaba yo hacia *La Floresta* otra localidad situada al Oeste de Buenos Aires. Los caballos se resistían un poco á moverse; pero, á fuerza de latigazos, llegaron.

Pocos años antes, nadie habría sospechado que aquella localidad tan apartada del centro de Buenos Aires llegaría á contar tantas edificaciones, fuera de las casas de campo esparcidas por aquel sitio.

Precisamente en los días mismos de mi estancia en Buenos Aires se estableció, con toda felicidad, en el núm. 7 de la calle de la Florida, una *Sociedad anónima edificadora de La Floresta.* A estas horas probablemente habrá entregado su alma á Dios; si vive todavía, lo celebraré; *La Floresta* tendrá siempre gran porvenir.

En *La Floresta* abundan las flores, los árboles, los castillos y los pájaros que se dignan ponerse al alcance de nuestras escopetas; en *La Floresta*

abunda, además, la cortesía del doctor Boeri y de otros—los llamaremos así—señores feudales.

Una vez en los límites de sus dominios, el doctor Boeri ordenó á su criada que fuesen sacrificadas, en obsequio nuestro, dos gallinas; mostrónos después, en su extenso jardín, la gran familia de las plantas, entre las cuales se ven todas las variedades de pensamientos que la imaginación del botánico pueda concebir. El doctor Boeri habla de todo... de todo lo que no sea medicina; á la sazón apenas si la conoce de vista; declara, sin embargo, que si caigo enfermo en Buenos Aires, él, como amigo, será el encargado de rematarme.

Mientras las gallinas sacrificadas hierven en la sartén, el doctor nos hace pasar á su biblioteca. Falta el Dante; pero, en compensación, hay varias ediciones *Oporto*, *Jerez*, *Lácrima Christi* y hasta de *Barolo*.

Los volúmenes cogidos en aquella biblioteca son colocados en la mesa, después de abrir su primera página con el sacacorcho. Entonces el doctor Boeri me ofrece un magnífico regalo: es á saber, una hermosa escopeta de caza, recién salida de la fábrica y comprada para mí aquella mañana. Véome obligado á confesar que yo no sabría matar ni siquiera una mosca; queda con-

venido, por consiguiente, que aceptaré la caza sin la escopeta.

Después de un sabroso almuerzo, se enganchan los caballos á su carruaje de campo,

Tras una media hora de viaje, entramos en un recinto reservado; el doctor Boeri gritó:—¡Ah de casa! ¡Buenas gentes!

—¡Se juega! respondieron algunas voces.

—¿Se jugará á los bolos? pregunté.

—No; á la *pelota*.

Al oir estas palabras, mis cabellos se erizan; me dispongo á retroceder, cuando un hombre de fisonomía abierta y simpática se presenta y dice:

—Señores, adelante; mi casa, mi posesión son de mis amigos, y de los amigos de mis amigos.

A esto sigue la presentación.

—El Sr. D. Félix Marana, genovés por parte de padre y por parte de madre, pero argentino de nacimiento.

Somos paisanos, por consiguiente, ó muy poco menos, digo á Marana, que me tiende cordialmente la mano.

—Me honro mucho en ser su conciudadano... sin el poco menos, contestó en buen dialecto el señor Marana; amo á Italia más que á mí mis-

mo, porque en realidad yo no tengo más que una patria sola: Italia... Si ustedes me lo permiten, voy á concluír una partida.

Mis compañeros hacen saber al señor Marana que detesto de corazón la *pelota*. Replico que no es precisamente el juego lo que me parece detestable sino las aberraciones á que da ocasión, y las cuales he presenciado.

—Aquí no se juega más que vino, dijo el señor Marana, y está prohibido arrojar libras esterlinas á los jugadores, como también cualquier otro proyectil.

En estas y en las otras hemos llegado á la plazoleta, que termina, como campo digno de tal juego, en un elevado murallón. Tres jugadores, en mangas de camisa y bien remangados y sudorosos, están esperando á proseguir la lucha, que deb e de ser empeñada.

Reanúdase el juego, y no viendo yo esta vez signo alguno de aberración entre los espectadores, encuentro también, por lo que respecta á los actores, que el juego de *pelota*, desde ese punto de vista, puede agradar y hasta robustecer á los que juegan.

Los cuatro jugadores poseen aquel tórax amplísimo, aquellos musculosos brazos de hierro, y en toda su persona aquella evidencia de

fuerza que no se adquiere sino desarrollándola mucho con vigorosos ejercicios. En el tórax, en el brazo y en el cuello de Marana, hay algo del Hércules; sus *saques* se conocen por lo poderosos; más que una pelota, es un proyectil de arma de fuego lo que envía su mano al murallón. ¡Quién sabe cuántas ovaciones habría obtenido *trabajando* en presencia de numeroso público, y cuántas libras esterlinas habría ganado! Él, por el contrario, regalaba su vino.

No bien oyó que deseábamos pasar una mañana en *El Tigre*, exclamó Marana:

—En *El Tigre* tengo yo cinco islas, y el que quiera ver *El Tigre* no tiene más que disponer de mi persona, de mi barco y de mis islas; en fin, está dicho: de todo yo.

Al día siguiente por la mañana Marana, Gradara y yo estábamos en la estación central, y de allí nos dirigimos á San Fernando.

En San Fernando el señor Marana puede considerarse como un reyezuelo. Medio San Fernando, risueño y fértil municipio asentado cerca del Río, es propiedad suya. Los ciudadanos lo saludan con esa deferencia que denuncia las relaciones entre el inquilino y el propietario. Todos le quieren bien, inclusos los tenderos, bateleros y pescadores.

Preparado se hallaba en la corriente del Río un vaporcillo en cuyas entrañas se escondía, á más del carbón, un almuerzo que había de ser consumido en medio de*El Tigre*.

La excursión á *El Tigre* fué para mí la primera página de poesía en Sud América; poesía de los sitios, poesía de la amistad que sólidamente se ata y que ninguna vicisitud de la vida extingue después.

¡Qué hermoso día! ¡Qué aguas tan tranquilas! En *El Tigre* todo respira amistad: cara de amigos son las de los burgueses; fisonomías de amigos las de quienes viajan cerca de nosotros; rostro amigo hasta el del timonel.

¡Y aquellas islillas que comienzan á desfilar delante de nosotros! Nada más amistoso. Ven ustedes las avispadas muchachuelas escondidas detrás de la espesura, y que al mirar á ustedes pasar delante de sus islas, les sonríen.

En otras circunstancias, ustedes se burlarían de eso; en este caso, por el contrario, piensan ustedes que en *El Tigre* todos los semblantes han de ser amigos y sonrientes como el lugar mismo, como el cielo, como las ondas, que parecen sonoras.

El primer mérito, si *El Tigre* es una localidad encantadora, hemos de dárselo al Supremo

Hacedor que la ha creado así y la ha distribuído de ese modo en islillas. Pero el segundo mérito corresponde al hombre: en muchas ocasiones su mano viene á estropear la naturaleza; pero aquí todo es bello, equilibrado, armónico: el puente bajo el cual nos deslizamos; la cabaña rústica que aparece allá en medio de tres palmos de isla; el kiosco elegantísimo que se eleva en otra: aquel palacio, aquella torre, aquel árbol, aquel cañaveral, aquella barquilla que aparece; aquellas otras que se alejan; los pajarillos que gorjean entre las ramas; las cabras que nos contemplan desde la orilla; el misántropo que pesca solo en aquella ribera; todo encanta, enamora todo. ¡Oh! ¡Cuán bello es *El Tigre*!

Mientras contemplaba aquellas maravillas, el señor Marana extendía un gran mantel sobre la mesa, á la cual servían de apoyo cajas y barriles: descuartizaba un ánade; dividía en trozos pequeños algunos pollos; trinchaba el asado; aderezaba la ensalada; cortaba en lonchas la cecina; destapaba botellas; mondaba naranjas; cascaba nueces y almendras.

Viendo tal aparato, pregunté:

—¿Está lejos de aquí el regimiento?

—¿Qué regimiento?

—El que va á consumir esas vituallas.

—El regimiento somos nosotros, dijo Marana; nuestros aliados son los bateleros. *El Tigre* abre el apetito.

—¡Me comería este *Tigre!* exclamé con la más franca expresión de mi entusiasmo.

En este momento nuestra barca se aproximaba á una islita más graciosa que las demás; bajo un árbol merendaba una colección de señoritas, casi todas hermosas; cerca de la islita había una barca.

—¿Qué reunión de ángeles es esa? preguntó Gradara.

—Yo, dijo Marana, debería saber quiénes son, porque están en mi casa; pero no las conozco. En *El Tigre* acontecen así las cosas: el sitio es del *primo occupante*. Presumo que si me acercara á esa islilla, aun siendo mía, me despedirían...

En esto uno de los barqueros se permitió mezclarse en nuestra conversación, asegurando que sería muy difícil que en las islas de otros propietarios se llevasen á cabo tales invasiones. Solamente en las islas del señor Marana se atrevía cualquier reunión á merendar, porque era por demás conocida la cortesía del propietario.

—Además, observó Marana, á mí me basta tener la satisfacción de la tala.

—¿De la tala? pregunto asustado.

—Seguramente, me respondió el atento señor feudal; en determinada época del año hago una tala de todos esos árboles y me produce muchos millares de escudos.

Ante argumento tan convincente de patria potestad, hube de quitarme el sombrero.

Después nos acercamos á otra islilla en cuya margen estaba sentada una aldeanita, graciosa como casi todas las aldeanas, sentadas á la orilla de un río.

—También ésta es mía, dijo Marana.

—¿La aldeana, ó la islita? pregunté en seguida.

—Ambas, si usted se empeña; porque siendo mío el colono, mía pudiera ser la derivación. Pero soy un señor feudal sin exigencias. Vivo y dejo vivir.

Y con esto saltamos á la islilla.

La aldeanita dirigió un saludo gracioso al señor de aquel sitio; después, viendo que había allí profanos, fué á ocultarse. Marana halló modo de hacerla volver, indicándole los restos de las vituallas que habían quedado en el bote.

Seguimos paseando, ya bajo los árboles, ya alrededor de una cabaña; siempre admirando lo muy variado y muy hermoso que se ofrecía á

nuestras miradas. Por mi gusto no hubiera abandonado nunca aquellos sitios; pero Marana nos advirtió:

—Si á ustedes les parece, volveremos otra vez; ahora tenemos que partir, si no queremos que el tren se nos vaya.

Aquel variadísimo *Tigre* preparaba, para nuestro regreso, nnevas sorpresas y nuevas sensaciones. Como el vaporcillo tomase para su vuelta rumbos distintos en aquel archipiélago de encantos, vimos nuevas islas, nuevas orillas y nuevas hadas. En una islilla de árboles muy raros y alfombrada de verde, fué para nosotros agradable vista la de una pastorcilla que por allí erraba y cantando se hacía seguir por numeroso rebaño... Digo á ustedes que expediciones como aquélla no se repiten... sino en sueños.

Entrada la noche, estábamos ya de regreso en Buenos Aires. Convínose en acompañar al señor Marana á su casa en la calle de la Defensa; convínose en quedar como sus prisioneros de guerra durante la velada, y fué para mí digno coronamiento de tan hermoso día conocer á una familia que vive aún y vivirá siempre entre mis más preciados recuerdos. Si el señor Marana es el prototipo de la persona simpática, lo es asi-

mismo su esposa, señora argentina, y lo son igualmente sus dos hijos: una niña angelical y un niño al que no puedo desear nada mejor sino que herede las condiciones de su padre.

CAPÍTULO XXXII

De mundo á mundo.—Los Bancos.—El general Mitre.

No, queridos lectores—vosotros los que no hayáis estado nunca en América,—no os sorprenda la rapidez con que aquí se forman las amistades, se penetra en la intimidad y se establece una competencia de galantería.

En lo que respecta á la rapidez en ganar hondas simpatías, si á mí, americano de paso, me alcanzaron los perfumes de la cortesía, á otros que aquí se establecieron les tocaron las bienandanzas. No quiero ciertamente hablar de la índole de los italianos en Italia, ó de los europeos en Europa; pero es un hecho que se transforman, en lo relativo al corazón y á los sentimientos, cuando se trasladan á América. Dígaseme, en honor á la verdad: ¿hay algún país en Europa donde se profese por sistema

el principio de acoger bien y estimular eficazmente en sus tentativas al que pretende establecer ó fundar honrados y buenos negocios de cualquier índole? Entre nosotros se dice, de los amigos y de los enemigos, que la base primera, lo indispensable para plantear una cosa cualquiera, es el dinero contante; de otra manera no es posible pensar sino en los empleos consabidos; agrégase también que el reino de los negocios no es el del hombre que solamente sea rico en honradez, en buenas ideas y en buenas intenciones.

En el Sud América, por el contrario, cuando existía dinero sonante y contante, para los negocios parecía hecho, y antes que para otra cosa, para permitir á los recién llegados acometer negocios nuevos. El crédito de particulares á particulares no ha sido nunca ni en parte alguna tan alta y tan noblemente entendido como entonces en la República Argentina. Muchos de los que fueron al Sud-América, y que son más que millonarios, y, lo que es más importante, ya de vuelta en su patria, debieron los comienzos de su propia fortuna á una simple cuestión de confianza de quienes, viendo que tenían amor al trabajo, les facilitaron recursos para establecer negocios provechosos, y que

después no tuvieron ciertamente motivos para arrepentirse de haberles ayudado. La mayor parte de las boticas, que hoy producen un dineral, fueron establecidas en Buenos Aires sobre la base de un capital fiduciario.

También en la República Argentina, los Bancos han especulado, jugado y hecho tabla rasa de todo, quizás peor que entre nosotros; pero la verdad es que han ayudado y han estimulado á todos los que de la nada aspiraron á ser algo.

En el capítulo anterior me han visto ustedes contrayendo répidamente amistad con un hombre que en realidad tenía para mí la mayor predisposición á la simpatía. La fuertísima tendencia del espíritu de un hombre á quien encontré por casualidad, á un leal y cariñoso afecto, hízome pensar profundamente.

Pues bien; digo á ustedes un hecho que acaso explica mejor ese carácter: en los días que inmediatamente siguieron á mi hermosas excursiones á *El Tigre*, muchos conocidos míos me vieron andar siempre con este nuevo amigo que hasta mi partida no quiso abandonarme. Uno de mis conocidos tuvo ocasión de decirme un día algo que valió para aumentar mis simpatías por Marana, mucho más que las atenciones que le debí en *El Tigre* y en otras muchas partes.

—Este señor Marana, me decía el conocido á que me refiero, es un hombre extraño; tipo singular como hombre, como amigo y como filántropo. Como hombre, puede usted juzgarle con sólo saber que idolatra á su familia y que es siempre correcto, probo y digno en sus tratos. Como amigo, baste decir á usted que no habrá distancia ni tiempo que basten á borrarle á usted de su memoria. Como filántropo, tuvo, sin embargo, amargas desilusiones.

—¿Cuáles?

—Durante mucho tiempo se había constituído por sí solo y silenciosamente en centro de socorros para los pobres emigrantes de Italia. Desembarcaban á montones infelices, sin más caudal ni más alegrías que sus esperanzas. Él, como un curioso cualquiera, acudía á presenciar esos desembarcos; se mezclaba con los recién llegados; procuraba estudiar á los más menesterosos, á los más débiles, y de su propio bolsillo distribuía socorros que, en junto, ascendían á sumas enormes. Después tornaba modestamente al sitio de donde había venido, como quien ha logrado, en compañía de su propio corazón, realizar una acción laudable. Un día, después de haber hecho esto durante muchos años, advirtió con tristeza que en algu-

nos casos había sido sorprendida su buena fe.

—¿Cómo?

—¡Es claro! Lograron muchos hacerle socorrer necesidades que no existían; de aquí el que el hombre de corazón se considerase algo burlado y resolviese cambiar de camino en el ejercicio de su filantropía.

De estos modelos de verdadera, de nobilísima caridad, tuve ocasión de conocer más de uno entre los italianos de la República Argentina. Allí me fueron señalados hombres que habían llegado hasta arruinarse, cuando se hallaban en el colmo de la fortuna, por haberse envuelto en las desdichas de amigos desgraciados y ahogádose con ellos. El sentimiento de amistad, lo repito, tiene en el Sud-América su tabernáculo sagrado.

Otro sentimiento, que no es muy común en pueblos esencialmente comerciales, y que aquí, por el contrario, parece ingénito en el país, es el sentimiento de la gratitud. En otras partes, agradecimiento suele ser equivalente á molestia; en América el ingrato queda inexorablemente señalado por la pública indignación; aquí serán pródigos, derrochadores, jactanciosos, todo lo que ustedes quieran; pero al desagradecido se le aborrece demasiado para que pueda alternar

con nadie, y no vale, para excusarlo, el decir que en el comercio es preciso no pararse en escrúpulos.

Otra hermosa prerrogativa en el Sud-América es que los que han subido tienen á honra y á gala la humildad de su origen; cada cual considera como un título de nobleza que sepan todos como debe su fortuna al propio trabajo. Muy difícilmente oirán ustedes aquí á nadie que se enorgullezca de lo que le dejará ó le ha dejado su padre.

Tampoco sucede en América, sino en casos muy excepcionales, que haya hombres que deban su fortuna únicamente al casamiento con muchachas ricas.

Naturalmente un amigo como Marana fué para mí, durante mi permanencia en Buenos Aires, un *cicerone* precioso para tantas y tantas cosas que yo no había visto todavía, ó había visto de un modo incompleto.

Que el mercantilismo sud-americano, tan cuidadoso de las apariencias, hubiese procurado deslumbrar al público con soberbios edificios bancarios, con escalinatas magníficas, con espléndidos salones en la planta baja, ya lo había yo visto desde el primer momento, y dije en seguida á esos edificios:—«Lo que es á mí no

me pilláis aunque me esté aquí treinta años.»

Después, á consecuencia del estudio en conjunto, me fué dado conocer el resto.

El Banco más importante debía ser el Nacional, y lo es de hecho; es el custodio oficial de la riqueza del Estado, propagándose por todas las catorce provincias; de aquí la inmensa sensación que, á principios del mes de Julio próximo pasado, produjo en el mercado la noticia de que el Banco Nacional había suspendido sus pagos; noticia que fué luego desmentida.

En cuanto á la apariencia, el Banco Nacional resulta oscurecido en Buenos Aires comparado con el lujo del Banco de Provincia, por la sencilla razón de que en la época de mi estancia en Buenos Aires el Banco Nacional ocupaba provisionalmente un local condenado hoy, hallándose en construcción, con todo el lujo inherente, *los nuevos edificios* en la calle de la Reconquista y Ribadavia, cerca de la plaza de la Victoria.

No quise detenerme mucho en mi visita, en compañía de mi amigo Marana, al Banco Nacional, desde el momento en que aquel edificio estaba ya condenado.

Aun por el movimiento aparente de los negocios, el Banco de la Provincia, aunque in-

trínsecamente menos importante que el Nacional, se presenta mucho más animado y más ruidoso. Mu otrosy son aquí también los intereses para el público de menor cuantía. La fachada, de estilo italiano del siglo décimosexto, está constituída por dos grandiosos órdenes de columnas. Hállase dominada por una torre majestuosa, en que se echa de ver el gusto del siglo décimoctavo.

Se penetra en un atrio, al que prestan majestad admirable soberbias columnas de mármol y los airosos atractivos de las artes decorativas, que aquí se prodigan con profusión asombrosa,

El que por vez primera penetra en aquella majestuosa mansión, después de admirar la magnificencia del atrio, transpone (titubeando un poco, bien así como si temiese violar los misterios de aquel templo consagrado á Mercurio) el umbral, desde el que se ve un salón enorme que tiene algo de recinto de Parlamento, de templo, de teatro, de gran Tribunal Supremo, todo reunido.

Hállanse aquí, á la vista de todos, en la primera parte de la sala, facistoles muy cómodos, que sostienen voluminosos libros registros, que los interesados hojean y consultan incesantemente. El centro del salón está ocupado por

las oficinas que han de hallarse en continuo contacto con el público, donde, en la sala misma, verán ustedes un continuo desfile, desde la una á la otra ventanilla, de personas ocupadas y presurosas,

En aquella majestuosa galería del dinero ven ustedes grupos de trabajadores de la tierra que han surcado el grande Océano para reunir una fortuna. He dicho ven ustedes, pero hoy sería más exacto decir veían ustedes; porque como se han convertido en ironías tantas cosas en aquella América de los negocios, como lo fué Buenos Aires, aquellos billetes, titulados de curso legal, han perdido mucho de su prestigio.

Pero entonces, en la época á que yo me refiero, ¡qué espectáculo más imponente, en lo que se refiere á negocios, ofrecía el majestuoso Banco de la Provincia! Allí, sin cesar un momento, delante de centenares de ventanillas, aldeanos que llegaban á entregar dinero con la legítima soberbia de quien está en vías de ser capitalista; allí, viejos que se arrastraban dificultosamente para recoger el importe de sus rentas vitalicias; allí, gentes que iban á depositar montones de monedas y de papel, y otros á recogerlos. Impresionaba mucho, y muy especialmente en la sección de Caja, ver á los emplea·

dos colocando en los asientos altísimas torres de billetes, atados en montón con balduque. Pero por aquellas ventanillas corría aún el oro á ríos.

Para dar á ustedes un idea más clara de lo que se refiere al flujo y reflujo en las ventanillas del Banco de la Provincia, me bastará decir que, en la fecha de mi visita, aquellos voluminosos registros, de que hablé poco ha, contenían los nombres de unos cuarenta mil imponentes, de los cuales eran italianos veinte mil. Yo mismo vi aquellas cifras anotadas.

El señor don Nicasio Duarde, jefe de las oficinas, aunque se hallaba abrumado de quehaceres, tuvo la delicada atención de acompañarme hasta las entrañas, hasta el ovario, si así puede decirse, de aquel Banco de la Provincia; condújome á un corredor, que yo bautizaría con el calificativo de infernal, para diferenciarlo bien de todos los otros corredores que yo había visto y atravesado hasta entonces; quiero decir, un pasadizo largo y estrecho, en que es de hierro todo: desde el pavimento hasta el techo, desde las tapias hasta los anaqueles, los asientos, en fin, todo.

Allí se encuentra encerrado y custodiado cuanto el Banco tiene de más valioso en efectivo, registros, papel; garantizado todo de cual-

quiera eventualidad de incendio y de cualquier conato de robo. Próximo á este corredor de hierro hay un patio; un vigilante debe pasar cada media hora, lo mismo de día que de noche, por aquel sitio, cerciorarse de que nada de extraordinario pasa, oprimir, por último, un botón eléctrico, y seguir adelante.

Oprimiendo en aquel botón produce en una esfera de reloj colocada en otro sitio, una señal correspondiente al número del vigilante que en la media hora determinada debe oprimirlo. El vigilante que haya faltado á esa metódica obligación se acusa por sí mismo, pues faltando la señal, adviértese claramente que el vigilante no ha cumplido su deber; lo cual, precisamente por esa razón, no sucede nunca.

También otros Bancos, cuál más, cuál menos, representaban algo muy importante en el reino de las maravillas bancarias. Así, por ejemplo, el Banco Hipotecario, otro edificio soberbio, con fachada de verdadero efecto teatral, de estilo de nuestro siglo décimosexto, más correcto aún que el Banco de la Provincia: pero, ya lo he dicho, hay más de teatro que de Banco en aquella pompa de interminables columnatas que desde la base del edificio se eleva hasta coronar en toda su amplitud la magnífica

cornisa. Este es el Banco de emisión de las famosas cédulas hipotecarias que, en los tiempos honrados y felices, no disfrutaban menos del ocho por ciento de interés, en oro.

Otra cosa muy notable, tanto por su elegancia externa cuanto por su intrínseca importancia, es el *Banco Itálico* y *Río de la Plata*, fundado sobre envidiable base de oro y enemigo del papel—á juzgar por lo que la fama cuenta—como el diablo es enemigo del agua bendita.

Otros modelos de elegancia bancaria son el Banco Inglés y el Francés. También tenemos Bancos particulares, como el de Caravassa, en la calle de la Piedad. Bancos cuya belleza es lisa y llanamente monumental, y cuya importancia, en cuanto á negocios, fué extraordinaria Es el de Caravassa, un Banco que tuvo modestísimos principios.

A un orden importantísimo de institutos, si no por la magnificencia de los locales, por la extensión de sus negocios, pertenecía la sociedad *Italia Reaseguradora*, en el núm. 491 de la calle de San Martín; esta sociedad fué fundada en Junio de 1888, con un capital de cuatro millones de escudos.

Encontré en aquellas oficinas muchos conocidos cariñosos de mi patria y entre los admi-

nistradores al doctor Boeri y al señor Marana, que pertenecen á otras muchas Sociedades, á los cuales deseo que la crisis argentina sea ligera.

Otros centros de negocios en cuya entrada hallé siempre aquel incesante flujo y reflujo de público que, para mí, constituía ya por sí solo una maravilla, fueron el Nuevo Banco Italiano, en la calle de la Reconquista; el Nuevo Banco Comercial, el Instituto de Seguros y varios otros que, á la sazón, me abstenía yo de llamar secundarios, cuando pensaba que mientras en nuestros establecimientos de crédito (me refiero á los principales) el individuo que va ó viene para sus negocios encuentra constantemente y á todas horas el paso libre, y en las puertas de esos establecimientos de Buenos Aires, lo mismo principales que de segundo orden, la afluencia de público recordaba en todas las horas de oficina la frase del Dante:

Cual salen las ovejas del aprisco...

Y como, lo mismo en Buenos Aires que en las provincias, lo que hallé siempre, en cuanto se relaciona con las apariencias al más alto nivel de lo monumental, fueron los establecimientos de crédito, he llegado á presumir que para

aquellos Bancos prevalecía esta máxima: «La vista quiere su parte; lo demás poco importa.»

Ahora que hablo de mi visita á los Bancos, que es la jornada más fatigosa para mí de estas excursiones, con aquellos estímulos del apetito que puede originarse con haber respirado tantas atmósferas bancarias, voy á comer á una pastelería sita en la calle de San Martín. De repente, entre un asado y otro asado, llegan á mi oído los ecos de una charanga; veo desfilar multitud de jóvenes argentinos; oigo después que se detienen bajo las ventanas de una casa de la misma calle de San Martín y que lanzan clamorosos gritos y vivas y *palmadas con ellos*. ¿Qué será? ¿Qué no será? Me asomo á la puerta del establecimiento y veo en seguida una figura venerable que da las gracias; oigo después algunas frases vigorosamente dirigidas por el vitoreado á la multitud que le vitoreaba. Era el vicepresidente, general Mitre, el historiador popular, el traductor del poema del Dante, el publicista que había fundado—y dirigido durante mucho tiempo—el más autorizado periódico argentino, *La Nación*, y que era entonces objeto de una manifestación de simpatía de la clase escolar porteña. Después de tantos Bancos fuí á terminar el día cerca de un gran poeta, pasando

desde las no menos eficaces causas de tantas ruinas hasta los vítores tributados á un ex presidente que tiene el tan envidiable como raro privilegio de hallarse completamente puro de cuanto con estas ruinas se relaciona.

CAPÍTULO XXXIII

En el Matadero de Buenos Aires.—El colmo de la carnicería.

En la mañana siguiente á mis expediciones bancarias, díjome el amigo Marana: —«Hoy sería necesario ir al Matadero.»

Aquel nombre evocó en mí algunas reminiscencias de las corridas de toros en España, y mi respuesta fué un tanto indecisa.

—¡Ir al Matadero!.. ya sé... alguna reproducción compendiada de las corridas que he visto en la plaza de toros de Madrid.

—Pero ¿qué corridas ni qué Madrid? interrumpió mi amigo: el Matadero de verdad, el grande, el imponente, el... repugnante, no lo hay más que aquí, en Buenos Aires.

—¿Repugnante? dije. Hoy he menester de lo horroroso; iré con mucho gusto.

Se toma un carruaje y se va al Matadero.

Se va, está dicho muy pronto; la cuestión es llegar.

Marana despide por aquel día su carruaje propio, y me dice:

—Para subir hasta el Matadero necesitamos caballos de instintos más sanguinarios que los instintos de mis caballos.

—Caballos... shakesperianos, dije.

—Y por hoy, me dijo Marana, antes de tornar—después de nuestra visita al Matadero—á presentarnos á las gentes, procuraremos purificarnos; vamos, como quien nada dice, á nadar en sangre.

—¡Pues haya sangre! grito ferozmente,

Nos dirigimos á la plaza de la Victoria; tomamos un carruaje de dos caballos de pelo oscuro, el color que más se adapta á la meta de nuestra excursión. En Buenos Aires todos conocen á Marana, y el cochero le saluda por su nombre; oyendo que vamos al Matadero, me mira como quien está perfectamente convencido de que se las há con un cortador de oficio que se ha vestido de fiesta. Los caballos, como si aspirasen ya el olor de la sangre, partieron á todo galope, atravesando por la calle de Bolívar; después, arriba por las plazas de la Independencia y de la Constitución y por calles que, en cuanto á

pendientes, se dejan muy atrás á las mismas de Génova. Los dos caballos se ríen de estos caprichos de las alturas, pues tienen ya aprendido de memoria el aforismo de que Buenos Aires es el infierno de los caballos; pero cuando, pasada la plaza de la Constitución, se trata de subir hasta el extremo Sudoeste de la ciudad, aquellos pobres animales comienzan á sudar que es un suplicio hasta para el que los ve y para el que los guía.

Pasado el edificio del grandioso Parque de Artillería, surge, en dirección contraria á la que nosotros llevamos, y de retorno ya, una procesión interminable de carros de carne muerta, que alternan con los vehículos que van como el nuestro; la multitud es tal, que en aquella horrenda confusión de armatostes cargados de animales descuartizados, de pieles, de sangre y de toda materia inmunda, ni aun el más experto bachiller en *automedontismo* habría logrado salir airoso.

Mi caballo... de San Francisco, para citar alguno, habríase aturdido en medio de aquel espectáculo inacabable de sangre que subía hasta los ojos. Lo que hacía daño á nuestros caballos no era por cierto su impresionabilidad, porque aquellos pobres animales están acos-

tumbrados á verlo allí todo de un mismo color; asustábales el tropezar con tanto carruaje en cada una de los cuadros, y el inevitable chocar de unos con otros.

En un sitio determinado, nuestro carruaje quedó tan maltrecho á consecuencia de la embestida de un carro que á toda carrera atravesaba la calle, al desembocar nosotros por la misma esquina, que las ruedas posteriores quedaron destrozadas, y nosotros arrojados al suelo más ó menos violentamente. Hago á ustedes gracia de las blasfemias del cochero: miraba á mi amigo como para decirle:

—¿No ha tenido usted por hoy más infierno que escoger que éste?

Me miraba después á mí, como para agregar:

— Y este otro carnicero, ¿no podría haberse ido á pie, ó mejor aún en uno de los carros destinados al servicio?

—Con los juramentos no se remedia nada, dijo Marana, pagando al contado al cochero. Este proseguía renegando de Dios y de los hombres, por lo menos de dos de ellos, y entonces fué cuando Marana me dió, así como de pasada, un espectáculo de ejercicio de fuerza, porque cogiendo por un brazo al auriga, y sacudiéndole, le dijo:

—O acabas, ó te planto sobre uno de esos carros que vuelven.

El cochero, lanzando ayes á consecuencia de la poco agradable sacudida, dijo:

—Vamos, deme usted el dinero y no se hable más del asunto; con usted no es posible discutir.

Y á buena cuenta, después de pagar la carrera bastante más cara de lo estipulado, tuvimos que proseguir á pie la subida.

—Aquí es menester que nos cuidemos de nosotros mismos, dijo Marana, porque si se nos estropea alguna rueda, como no se ve por aquí ni sombra de carruaje, no nos quedaría más remedio que meternos, confundidos y en montón, con las carnes que esos carros llevan á la ciudad.

—¡Y pensar, dije entonces, que en todos los pueblos del mundo civilizado, si se exceptúa algún nido de pitagóricos, se consume carne muerta y que, sin embargo, no habría yo podido imaginar ni en sueños un espectáculo semejante en ningún punto de la tierra!

—El espectáculo digno de un poema terrorífico, me contestó Marana, no lo verá usted sino en el recinto mismo del Matadero.

Y menos mal que éste se hallaba ya á muy

poca distancia. Abriéndonos paso entre un cruzar, cada vez más difícil, de animales, de carros y de carreteros, dificultad que en algunos sitios adquiría proporciones increíbles, llegamos, por último, delante de aquel inmenso prisma cuadrangular que se denomina el Matadero.

En este punto conviene advertir que el espectáculo único presentado por el recinto que se destina á la matanza de reses en la República Argentina, no está en relación solamente con las necesidades de una población de medio millón de habitantes, todos, cuál más, cuál menos, eminentemente carnívoros, sino también con una respetable porción que se reserva diariamente para la exportación á *ultraciudad* y á ultramar.

Es verdad que un *profano* que asista á un espectáculo de matanza como aquél, puede perder para algún tiempo las ganas de comer *bisteque*, fritura de sesos, chuletas y todo lo demás que enviaba en cantidad grande aquel excelente Gargantúa.

Entramos con las costillas intactas en el Matadero, y éste es ya un buen paso. Andábamos sobre una horrible laguna de sangre; respirábamos una atmósfera de sangre que habría pro-

ducido vértigos á un rinoceronte. Al desembocar en la enorme nave en que son degolladas reses de todos tamaños, es indispensable quedar maravillado ante aquel excepcional, si bien repugnante espectáculo de sanguinaria grandeza.

Viéndome quedar con la boca abierta como para digerir aquella primera impresión, mi amigo, cogiéndome por un brazo con uno de sus famosos apretones que hacen ver las estrellas y casi arrancándome á la embestida de un carro que estaba á punto de echárseme encima, me dijo:

—Aquí es necesario dejar las meditaciones para los frailes, y pensar que, en no estar con los ojos muy listos, nos puede ir la piel nada menos.

Sorteo como me es dado no recuerdo ya cuántos otros carros, y además huyo el cuerpo á un hombre de armas que adelanta con extraordinaria rapidez y empuñando una cuchilla enorme, con la que parece amenazar á media humanidad doliente, hasta que mi compañero y yo logramos encontrarnos en una parte del inmenso recinto algo menos... puedo decirlo así, algo menos bestial.

—Mírese usted el calzado y la parte baja del pantalón, me dijo Marana.

El primitivo color de ambas prendas había desaparecido: evidentemente reconozco en mí un hombre que acaba de vadear un río de sangre.

—¡Deje usted paso á ese caballo! me grita Marana. Efectivamente, veo que por uno de los lados adelanta á todo galope un bucéfalo, sujeto por una larga cuerda y como en actitud de huir.

—¿Degüellan también caballos en un pueblo de tantos bueyes? pregunto impresionado á mi compañero.

—No: el caballo es el que degüella, ó, mejor dicho, hace degollar á los otros animales, me contestó mi amigo. Venga usted conmigo hasta aquel alto, y veremos mejor.

Sigo á mi guía; subo bastantes peldaños de granito, muy empinados, hasta que llegamos á estar como en la barda de una pared maestra.

—Y ahora, dijo Marana, mire usted ahora á derecha y á izquierda, siempre hacia abajo.

¡Nuevo espectáculo, y también espantoso! En dos naves vastísimas se hallan presos centenares de bueyes y de terneras, esperando éstos y aquéllas el último suplicio. Todos parecen animales muy pacíficos; uno de los empleados da del hecho una explicación satisfactoria.

—Los animales que se hallan en esa nave, nos dijo, no han comido hace ocho días.

Esto, lo digo con franqueza, me parece muy mal. Que degüellen á los animales, lo concedo, y hasta lo aplaudo; en otro caso, tendría que renunciar á mis hábitos de alimentación, aunque parca. Pero el que los maten después de haberlos hecho sufrir un largo martirio de hambre, me parece asunto bastante para agregar un canto al poema de *El Infierno*.

Sobre una especie de pedestal, como á diez pasos de nosotros, un hombre que tiene una cuerda con lazo preparado en su extremidad, lanza dicha extremidad con lazo, como á la ventura, sobre el ganado que espera su última hora; el lazo se ciñe á los cuernos, ya de un buey, ya de una vaca; el hombre del pedestal fustiga entonces, con su látigo bastante largo, al caballo que está muy bien atado á la cuerda y que tiene á su disposición todo el espacio de dicha vía hasta el centro del Matadero. El caballo comienza entonces á trotar; el buey á quien ha tocado la suerte, comprende pronto que todo ha concluído para él; abre cuanto puede los ojos inyectados en sangre, mientras el tirón inexorable que el caballo sigue dando le obliga á resbalar hasta el pie de la altura en que un hombre, ensangrentado hasta los pelos, le introduce el cuchillo entre la cabeza y el cuello; el caballo,

que se ha detenido, vuelve á ponerse al trote y lleva al animal herido á la parte ancha, para que allí se agite por algún momento entre los espasmos de la agonía.

Uno de los encargados del servicio libra muy pronto los cuernos de la res degollada del lazo y lanza el cabo de la cuerda al sitio que ocupa el encargado del degüello. Todo esto se lleva á cabo con una celeridad y con un *dominio de la escena* verdaderamente admirables.

Prescindo, en gracia de la brevedad y por consideración á ustedes, del clamor de mugidos y de balidos que se eleva en aquellas inmensas naves, pues mientras entre las dos que yo descubro son sacrificados sin cesar bueyes y terneras, y hasta muchas vacas preñadas, y otras son partidas y descuartizadas, en otras partes son destrozados cabritos, ovejas, corderos, que quedan reducidos á cuartos y cargados en cientos de carros que entran, al propio tiempo que salen otros tantos, ya cargados de sobra.

Si en aquel día hubiese yo perpetrado un crime, habría tenido en mi favor todas las circunstancias atenuantes, porque me hallaba dominado por la fuerza irresistible de la sangre, que sentía subírseme hasta la garganta.

Después de haber presenciado durante otros

quince minutos la hecatombe taurina y de haber visto en la nave central desollar una larga hilera de aquellos pobres animales que poco antes había visto agrupados, con mis propios ojos, si no llenos de vida, porque estaban hambrientos, animados de un mutuo afecto fraternal, pasé á presenciar la matanza de las reses pequeñas.

Era aquello una degollación de los inocentes, y en verdad no pienso ver en mi vida otra más desgarradora. Aquí, una cuadrilla de cortadores, ante los cuales los mozos van arrojando de dos en dos, ó de tres en tres, ovejas, corderillos, carneros y cabras, éste agarrado por el cuello, aquél por la cola; el uno por ambas patas delanteras, el otro por una sola pata. Los matarifes, inclinados uno cerca del otro, los despachan con sendas cuchilladas y los arrojan en seguida á una distancia de varios pasos, para que allí concluyan de dar las boqueadas últimas. Los descuartizadores van dividiendo una por una aquellas reses pequeñas; la matanza, realizada con admirable rapidez, toma en poco tiempo proporciones fenomenales.

De todos modos, tanto la matanza grande cuanto la pequeña matanza, acabaron por cansarme; pues, pensase lo que quisiera nuestro

cochero de aquella mañana, no soy de la madera de los matarifes. Vuelvo á ver entretanto á mi amigo Marana, que había ido para preguntar al director del Matadero si podría yo obtener la honra de celebrar con él una entrevista. Por su conducto supe que en aquella mañana habían sido sacrificados en el Matadero de Buenos Aires, 1.200 entre bueyes y vacas; 500 terneras; 2.000 entre ovejas y borregos; 1.500 corderillos, y cerca de 14.000 entre carneros y otras reses menores ¡Imaginen ustedes, si pueden, todo ese estrago en un solo día!

Preguntóme sobre mis impresiones acerca del espectáculo, y me hizo saber que el Municipio de Buenos Aires estaba ya apercibiéndose para la construcción de un Matadero más acomodado á las presentes necesidades, y, por de contado, más monumental. No sé si este pensamiento se ha realizado posteriormente: lo dudo.

Por lo que se refiere á mis impresiones, le dije que eran excelentes en lo relativo á la celeribridad maravillosa con que eran destrozadas tantas reses. Hice, no obstante, mis reservas en lo concerniente al régimen dietético que se imponía á los candidatos á la matanza, como expresé mi extrañeza de que se matase á tantas vacas en cuyas entrañas había yo visto le-

gítimo fruto, que resultaba muerto antes de nacer, con tan fuertes emociones.

—Aquí es costumbre eso, me dijo el Director por toda respuesta; y, en efecto, también esa era una razón.

CAPÍTULO XXXIV

Otra serie de representaciones del «Otello», de Verdi.—Una gran velada en la Opera.—Las oficinas postales y los sellos de franqueo.

Dos días después de aquel baño de sangre, mi habitual y excelente compañero me buscó para decirme:

—Hoy, siempre para el mejor éxito del viaje de usted, es necesario concurrir á otro espectáculo.

—¿Otro espectáculo espantoso? le pregunté.

—No tanto, porque el espectáculo se titula el *Otello*, de Verdi, en la Opera, por el tenor Denegri.

Durante el año anterior, Buenos Aires había tenido la honra de ver dos *Otellos*, armados uno contra otro, y ambos de Verdi; uno, sin embargo, el de la Opera, cuyo empresario era Fe-

rrari, fué el hijo legítimo de su padre, y tuvo, por decirlo así, en toda regla la sanción de la casa Ricordi; el otro, al revés, el del *Politeama* Argentino, cuyo arrendador era Ciacchi, un *Otello* de contrabando. Protagonista del primero había sido Tamagno; del segundo... acaso para dar el consonante, Stagno. Naturalmente, el triunfo mayor fué para el *Otello* legítimo; si Verdi, por su nueva creación, fué elevado al séptimo cielo, Tamagno no tuvo motivos para quejarse, porque lo levantaron hasta las estrellas.

A la sazón Marana estaba allí para demostrarme que si yo faltaba al *Otello*, representado por Denegri, cometería un imperdonable pecado, por omisión. Mi amigo dió más fuerza á su peroración—aunque en realidad predicaba á un convertido—regalándome uno de los dos billetes del abono que él tenía á dos butacas de la Opera. Si no hubiera sido por Marana, me hubiera visto obligado á pagar por un asiento en aquel *estreno* cuarenta ó cincuenta escudos.

Quise aprovechar entretanto la mañana para escribir algunas cartas á Italia, porque en el mismo día justamente salía de allí uno de los más rápidos vapores-correos.

Los reglamentos de aquella oficina, situada

en la calle de Bolívar, dicen que hay tiempo de depositar correspondencia para el extranjero hasta el toque de la una.

Poco antes del toque me encontraba yo en aquellas oficinas postales con un paquete de cartas para mis amigos y mis enemigos de Italia. La administración de Correos de Buenos Aires, en lo que concierne á la magnificencia de su instalación, está muy distante de ocupar el mismo nivel que muchos edificios que allí se destinan á servicios públicos; tiene, empero, algo de grandeza, como debe suceder necesariamente cuando se trata de una ciudad cuya población numerosísima tiene precisión de expender, en su mayor parte, cartas muy frecuentes, ya para negocios, ya para dar noticias á parientes que viven lejos.

Este capítulo ha sido encabezado, si así puedo decirlo, con el *Otello* de Verdi; pero ya que estoy aquí, permítanme ustedes que les dé más exacta y mejor idea de estas oficinas de Correos; con tanta más razón, cuanto más verdad es que alguna relación tiene el asunto con la partitura verdiana, como ustedes verán muy pronto.

Ya he dicho á ustedes que es tiempo hábil para depositar la correspondencia para el ex-

tranjero todo el que precede al toque. Los buzones que rodean al edificio son muchos, y no solamente para la usual separación entre las cartas y los impresos. Hay un buzón especial para la correspondencia del interior de la ciudad; otro para las cartas que no salen de las provincias argentinas; otro para las cartas que se dirigen al Uruguay; otro, en fin, para la correspondencia que va á cualquíera de los paises extranjeros.

Esta subdivisión no se detiene aquí: existe también la invención de los buzones de primera hora y del buzón de última hora. Este es, sin rodeos, el buzón embuste.

Es para ustedes de urgencia remitir una carta á Ultramar, y llegan fatigados, jadeantes, sin aliento, cuando el toque fatal no ha sonado aún. Esto no impide que muy frecuentemente, por un capricho de los agregados al servicio ó por cualquiera otra causa, el buzón se halle cerrado antes de la una. Entonces no queda á ustedes otro recurso que depositar su carta en el buzón de última hora, previa (por de contado) la colocación en el sobre de doble franqueo, porque para el buzón embuste se paga la multa del duplo.

De todas maneras —hay que convenir en

esto—es una ingeniosa invención rentística la de este buzón de última hora; ¡lástima grande, verdaderamente, que no haya sido suficiente para salvar del desastre la Hacienda argentina!

Pues si este buzón resulta beneficioso para el Gobierno, hay en otras partes algunas disposiciones especialmente útiles para el público; aludo á voluminoso, enormes cuadros registros que, expuestos siempre en el patio del edificio, contienen, con todas las diarias variaciones que son del caso, todas las señas de las cartas dirigidas á la *lista de Correos*, dispuestas en orden alfabético y que permanecen expuestas allí durante un mes. Este sistema está en uso en todas las oficinas de Correos de las principales ciudades argentinas, con lo cual se evita en ellas el suplicio del encarnizado buscador en la lista de Correos de cartas que no llegan nunca, el cual se acerca, en cada media hora, para mortificar al encargado de ese servicio con la eterna pregunta:

—¿No hay nada para mí?

El molesto se limita en la República Argentina á molestarse á sí mismo ante el fatídico cuadro, y puede permanecer allí un día entero sin mortificar á ningún empleado público.

Había yo quedado, como ustedes recorda-

rán, con mi paquete de cartas en la mano y en actitud de acercarme á varias ventanillas detrás de las cuales, y defendidos por una reja, se hallan otros tantos empleados, con respetable traje negro, todos encargados de la venta de sellos de franqueo. Llego en el momento en que el público se halla discretamente amontonado, en tanto que los empleados—de los cuales, ninguno atiende á su obligación, que es servir al público—se acaloran y exaltan en una discusión muy animada.

Casi más que el remitir mis cartas, me urgía á mí averiguar la causa de tal discusión entre aquella media docena de empleados. De todas maneras, permanecí esperando pacientemente, como otras personas del público, que aquellos señores se arreglasen entre sí, y después, cuando creyesen que había llegado el momento, se pusieran bondadosamente á nuestras órdenes.

Pude entonces averiguar que el tema de la discusión era el *Otello* de Verdi. Discutíase, no ya sobre los méritos de la ópera que, como he dicho, había alcanzado uno de esos triunfos que no admiten discusión, sino acerca de si podría darse un *Otello* tolerable siquiera en la misma ciudad en que Tamagno-Otello había triunfado anteriormente. De aquellos empleados, los unos

sostenían encarnizadamente que sí, los otros que no. Oíanse frases que podrían ser traducidas de este modo:

—Que pueda haber un *Otello* tolerable después de Tamagno, es pura y simplemente imposible.

—Te digo que Denegri es un tenor precedido de fama tal, que seguramente podrá resistir la competencia.

—¿Qué resistir? Sucumbirá; no tiene más remedio; ésta es una petulancia suya.

—Es decir, que faltando Tamagno, ¿ya no se puede oir el *Otello*?

—Precisamente. Ese señor Denegri no puede ser, si con Tamagno se le compara, más que un mosquito.

—Al revés; un animal muy grande en vez de un animalillo, replicó otro de los empleados.

—¿Y dónde dejáis la fama de ese artista? preguntaba un tercero.

—Las famas las fabricamos nosotros.

—¿Y el público de otras poblaciones?

—Ese no me importa. Las otras poblaciones no habrán oído á Tamagno como nosotros lo hemos oído, con cerca de doscientos mil escudos de sueldo por la temporada...

Echando de ver que la discusión se prolon-

gaba demasiado, y notando que la hora fatal se aproximaba, me decidí á dar algunos golpes en el banco próximo al ventanillo para llamar la atención de aquellos empleados que tan completamente olvidaban los derechos del público.

¡Nunca lo hubiera hecho! El empleado más próximo me dirigió esta frase seca y fría como citación de comparecencia:

—¡Cuando hay personas que hablan no es conveniente importunarlas!

—Pero yo, respondí con humildad suficiente, necesito depositar estas cartas antes de la una.

—¡Qué cartas, ni qué!... me respondió el atento funcionario; espere usted su turno.

Dicho esto, mi hombre reanudó con más empeño su discusión y me dejó plantado, mientras murmuraba yo:

—¡Bonita manera de servir al público!

Es bien que tengan ustedes presente que la venta de los sellos de franqueo no se verifica en Buenos Aires en las expendedurías de tabacos; es necesario comprarlos por fuerza, ó en esta oficina, ó en las sucursales de las diferentes estaciones. Continúo, pues, con mi paquete de cartas en la mano, como los demás individuos del público; suena el toque; corro para ver si hay todavía tiempo para depositar aquellas car-

tas sin multa; precisamente en aquel momento en el buzón ordinario me dan con la puerta en las narices, y no me queda más recurso que la última hora con el franqueo complementario.

Torno á las ventanillas del franqueo; la controversia prosigue, y precisamente en aquel momento se oye la voz tonante de un longobardo, de *pura sangre,* que se dirige á los discutidores con esta frase disparada:

—Ya me habéis... fastidiado bastante con vuestra charla, pedazos de asnos, que servís al público lo mismo que muñecos.

Los aludidos, cerrando los puños, amenazan al impaciente; pero él, encogiéndose de hombros, se aleja de allí con sus cartas, diciendo:

—Iré al infierno á comprar los sellos.

Y creo que así habrá sucedido.

Entonces fué cuando aquellos empleados se dispusieron á servir al público, pero demasiado tarde; tuve que pagar mi sello de alcance.

Y hablemos ya del *Otello* propiamente dicho, no sin hacer observar que, también en los cafés, en las fondas, en los almacenes, el asunto más interesante y casi único de la conversación fué, durante el día si Denegri sabría y podría resistir el recuerdo de Tamagno.

¡Cómo estaba el teatro aquella noche! La sala

de la *Ópera*, el nuevo teatro de la calle de Corrientes que ha sustituído al antiguo Colón, destruído hoy, de la plaza de la Victoria, era lo más espléndido que pudiera imaginarse. Los lectores de nuestros países, acostumbrados á ver centralizado todo el lujo posible, la pompa de los tocados, el provocador encanto de la hermosura en los palcos, imagínense esa pompa, ese encanto, esas estrellas de primera magnitud esparcidas en todo el teatro, en palcos lo mismo que butacas, en casi todo aquel elegantísimo recinto. En la platea, lo mismo que en los palcos: provocadores descotes; miradas asesinas; esplendorosos collares de brillantes que proyectan vivísimos reflejos, rodeando aquellas gargantas esculturales, ondulando sobre aquellos senos de mármoles de Paros.

Y la *cazuela*, esa localidad que en los teatros del Sud-América está reservada á las señoras que tienen un hombre dispuesto á sobrellevar el gasto del teatro, pero no á dejarse ver con ellas, la *cazuela*, digo, ¿qué otra cosa parecía en aquel *estreno* del *Otello* sino una bombonera... en música?

Por su parte, el Presidente de la República tenía siete de aquellas diosas para acompañarle en su doble palco proscenio. Parecía una cigüe-

ña entre una bandada de palomas; y perdóneme, su excelencia, la comparación.

En todos los ámbitos del teatro tan completamente llenos, advertíase el ansia, la inquietud por el grande problema que estaba próximo á resolverse.

El tenor Denegri apareció en escena como si fuese un acusado: la sonora frase de entrada fué dicha por él con aquel fuego que conocen perfectamente ustedes los que frecuentan el teatro régio de Turín, ó el de Carlo Felice de Génova: pero el conato de aplauso de algunos fué inmediatamente reprimido, porque la piedra de la comparación fué desde el principio arrojada inexorablemente en la balanza y no ayudó al artista.

Pero al sucederse unas escenas á otras; pasando desde la frase de entrada al desafío; de éste á la escena de amor, y después del primero, al segundo acto, al tercero, y, por último, á ese poema de acción y de arte que constituye el acto cuarto; ¡cómo empezaban á poner en duda su propia infalibilidad muchos que creían ya sinceramente haber sancionado la imposibilidad absoluta de un nuevo *Otello!* Tamagno siguio indudablemente firme en su pedestal; pero no faltó á Denegri la aprobación del público.

En la escena final del segundo acto con Yago; en los momentos de potentísima acción del tercero; en las sonoras frases y en la terrible mímica del cuarto, Denegri me dió ocasión de conocer al gran público porteño en las máximas manifestaciones del propio entusiasmo. Diré á ustedes, además de esto, que Desdémona era la Theodorini; Yago, Battistini; director de orquesta, Mariano Mancinelli, lo cual basta para formar una idea de la importancia de la ejecución. De la orquesta y de las masas corales en general, diré á ustedes que en algunos pasajes me pareció que escuchaba lo perfecto, que es tan dificultoso en el arte.

Si agregase algo sobre los precios que se pagaron por aquella velada, me gritarían ustedes que era una exageración. Figúrense ustedes que cualquier asiento, de reventa en reventa, llegó á costar á última hora más de cien escudos, y algunos palcos más del décuplo de esa cantidad.

Aquella representación señaló mi primer paso en la prensa propiamente argentina, porque como me diese el capricho de enviar un artículo de crítica artística á *El Nacional* que, contando ya la edad de treinta y ocho años, es el más venerable de todos los periódicos del Sud-Amé-

rica, tuve la satisfacción moral de ver, á los dos días, mi artículo, traducido al castellano, impreso en el sitio del artículo de fondo. ¡Tan cierto es que la segunda serie de representación de *Otello*, de Verdi, con el nuevo protagonista, se consideró, por entonces, como el acontecimiento más importante del día!

CAPÍTULO XXXV

La torre Eiffel en Buenos Aires.—El gran repartidor de las aguas. — El paseo de Palermo.

Cierto día mi cónsul, como hablásemos acerca de monumentos, me dijo:

—Oiga usted, se está preparando uno de verdad, al cual daría yo el nombre de la torre Eiffel de Buenos Aires. Es el nuevo depósito para la distribución de las aguas. Verá usted una ciudad de hierro, y quedará asombrado.

Resolvimos ir en aquel día mismo. El señor Medici, ese curador de tantas obras públicas de la República Argentina, y sobre todo de las obras de higiene y saneamiento, nos proveyó de un pase rayo, en el cual se contenía además la

recomendación de darnos las explicaciones y noticias que son del caso.

Pasadas las horas de oficina, esto es, después de las cuatro de la tarde, Gradara y yo subimos á un coche de tranvía, que nos llevó directamente al cuadro comprendido entre las calles de Córdoba, Río Bamba, Ayacucho y General Viamont; esto es, en el punto más alto de Buenos Aires. Transpusimos la entrada del inmenso y férreo depósito de las aguas con la tranquilidad y el aplomo de quien va provisto de la suprema de las recomendaciones.

Pero, ya se lo he dicho á ustedes: «sobre todo, nada de recomendaciones.» ¿Qué mejor recomendación en aquel importante recinto que la tarjeta de Medici? Un operario, á quien vimos en un puesto, que podía considerarse como del guarda, después de examinar el talismán que el señor Medici nos había dado, manifestó que nada tenía que decir; pero que él, como no sabía de lectura, debía pasar, sin otra cosa, á la orden del día en todo lo que allí se podía contener. De todas maneras, nos invitó á que siguiésemos, si lo deseábamos.

Pero... ¿seguir? ¿pasar? ¿por dónde? Por todas partes nos parecía aquello una cárcel celular en construcción más que la entrada de un monu-

mento maravilloso de la industria moderna. «Además, indicó uno de nosotros, deseamos hallar alguna persona que nos sirviese aproximadamente de guía, de luz ante obra tan excepcional, sobre todo, llevando una recomendación del principal...»

Pasó en aquel instante un sujeto de mirada algo fiera y que llevaba, muy adecuado por cierto, el nombre de Aquiles. El guarda nos dijo: «Ese señor es el que conviene á ustedes; es uno de los ingenieros,» y él mismo le suplicó que escuchase «á estos señores, que traen una carta del señor Medici para visitar los trabajos y ser enterados de todo...»

—¿Y á mí qué me importa? preguntó Aquiles, hijo de Peleo.

—Lo que sucede es—dijo entonces Gradara—que como usted ve en esta carta, estamos recomendados como individuos que celebrarían enterarse algo en la visita á los trabajos.

El hombre fiero echa, como de paso, una ojeada á la carta, y dice en seguida:

—Pues bien, eso no me importa;—y se va.

Afortunadamente, pasó entonces otro ingeniero, que acaso tenía más tiempo disponible y era más atento y mejor educado, y después de oir nuestros deseos, sin mirar siquiera la carta

de recomendación, se nos ofreció en seguida, y en la más atenta forma, como *cicerone*, y lo fué realmente, para honra suya y contentamiento nuestro; nombrábase Bateman-Sarsonsy, y era francés, como ya lo indica su nombre.

Subimos los peldaños que debían conducirnos á las entrañas del coloso que empezaba á nacer, y que ahora se eleva majestuosamente sobre todos los edificios de Buenos Aires.

Pasando desde la parte mampostería, construída con arreglo á los planos de Morarini, al depósito propiamente dicho, que es por completo y de todo en todo de hierro, y viendo aquella imponente masa metálica, pregunté á nuestro atento y cortés *cicerone* cuánto pesaría, aproximadamente, todo el hierro empleado en aquella obra colosal.

El ingeniero me contestó que, calculando en el peso hasta los clavos, vendría á resultar de diecisiete mil toneladas. Esta enorme construcción metálica fué adjudicada en subasta pública á tres casas belgas.

Preguntándole después acerca de la otra parte de la obra, que es de albañilería, supe que, por entonces, se calculaba que habían sido colocados veinte millones de ladrillos de los tejares fundados por la misma dirección de los tra-

bajos en la localidad de San Isidoro. Aquella sólida obra de fábrica, destinada á encerrar el monstruo metálico, tenía realmente en sus cuatro amplísimas fachadas una grandeza monumental. El efecto será aún mayor cuando se lleve á cabo el elegante revestimiento con tierra cocida, rodeado por un zócalo de granito, que se elevará dos metros desde la base. El edificio se rodeará después —para atender á exigencias de la estética—de cinco metros ó más de terreza destinado á jardines.

Pasemos á lo intrínseco: esto es, al verdadero y propio depósito de aguas. Los recipientes están repartidos en cuatro secciones para cada uno de los tres pisos en que el edificio se subdivide; de suerte que vienen á resultar doce compartimentos, que se comunican entre sí por medio de tubos conductores, provistos de sus correspondientes válvulas *ad hoc* y otros aparatos para la rápida transmisión de las aguas y su filtración adecuada á fin de que resulten límpidas.

Aquella colosal armadura metálica—ya por sí sola imponente espectáculo—se halla sostenida por ciento ochenta columnas, cada una de las cuales tiene un espesor constante de diez centímetros; por el interior de esas columnas se ve-

rifica el paso de las tuberías conductoras del agua, de modo que este líquido no se halla jamás en contacto con lo que constituye el material sólido de sostenimiento de las columnas. Todo se halla ingeniosamente previsto y arreglado en tan prodigiosa conducción de aguas, contra los efectos de las variaciones termométricas. Allí, en el fervor del trabajo, admiré el sistema perfecto con que se procedía en la unión de varias piezas metálicas, por medio de pernios, en que se combinaban las perforaciones efectuadas y las piezas que habían de unirse. Este trabajo, llevado á cabo por medio de la máquina de Allan, de aire comprimido, resultaba de precisión tal, que hacía imposible toda filtración indebida de agua por las distintas partes del empalme.

Este gran depósito para distribución de aguas es, sin disputa, la más gigantesca obra pública existente en Sud-América, aunque con material llevado solamente de Bélgica; es de una capacidad de 90.000 metros cúbicos de agua, lo cual equivale á una masa líquida de 78.000 toneladas.

Tal cantidad de agua sería más que suficiente para una población mayor que el doble de la de Buenos Aires. El primer piso del gran depósito, con las cuatro subdivisiones ya menta-

das, se eleva á unos doce metros y medio del suelo, y está destinado á proveer de agua la parte más baja de la ciudad, como La Boca y Barracas; los otros pisos, cada uno de los cuales tiene de altura seis metros y medio, están destinados al servicio de las otras partes de la ciudad, gradualmente más elevadas. Además, un depósito superpuesto, que denominan de auxilio, tiene, por sí solo, una capacidad de ochenta y seis metros cúbicos de agua, y se eleva á una altura de treinta y dos metros, hallándose destinado al servicio de agua en casas de vecindad, con presión bastante para impulsar el agua por encima de las más altas construcciones de Buenos Aires.

Nada diré á ustedes del estrépito infernal que nos ensordecía, entre el constante machacar de los martillos, los mazazos, el ruidoso transporte de masas metálicas desde un punto á otro. Advirtiendo que clavaban con gran prisa, hube de preguntar al ingeniero algunas otras cifras.

—Los clavos—me contestó después de consultar su libro de memorias,—los clavos empleados en esta mole metálica, para uniformar y consagrar á un fin único y solo tantas piezas distintas, pueden calcularse en un millón setecientos mil. Bélgica había sido en esto, como en

todo lo demás, la única abastecedora. Hasta para tener clavos es indispensable acudir á Europa.

Después de haber admirado tal magnificencia de trabajo, salimos verdaderamente asombrados, tanto por la grandeza de la obra nueva, cuanto por lo estrepitoso de la ejecución, en cuya parte directiva no deben ser puestos en olvido los nombres de los ingenieros Bateman, Parsons y Scholes, además del no menos famoso del subdirector de todas aquellas obras de salubridad en Buenos Aires, el señor Cronwell.

Inmediatamente después de esta visita quise ir, como quien desea indagar el origen de una cosa, al sitio en que se hallan instaladas otras máquinas para recoger aquella enorme masa de agua y transmitirla á los depósitos. Esta localidad, que por el fin á que está destinada se llama antonamásicamente *La Presa*, está cerca del jardín público denominado Palermo. En realidad, esta visita produce en el ánimo asombro menor, pero es siempre imponente el pensar cómo aquellas máquinas enormes, con fuerza de 1 500 caballos y constantemente en movimiento, envían, á cada vuelta de su volante, tres toneladas de agua al depósito; agua cuya presa

se verifica á muy cerca de seis kilómetros de distancia, en medio del río, y pasa filtrándose por arena transportada casi desde Montevideo.

Al salir aproveché la circunstancia de ser día día festivo para presenciar otro espectáculo, único en su género: el desfile de los carruajes, á la hora del concierto, en el jardín público.

En un espacio relativamente reducido, como es el trozo de paseo en que dan vueltas los coches mientras dura la música,ví elegantísimos trenes, á cientos, digo poco, á millares. Sería aquello increíble para el que no lo hubiese visto con sus mismos ojos, al menos en los hermosos tiempos en los cuales reinaba en Buenos Aires el florecimiento ó la ilusión del florecimiento. Los coches en que lucían trajes de teatro las señoras de la ciudad, desfilaban ante mí en seis ó siete filas compactas. Un concurso de troncos soberbios, como en mi vida he visto en ninguna parte: un desfile de carretelas deslumbradoras, procedentes de los constructores más famosos de París, de España, de Alemania y hasta, si Dios quiere, de Italia. Lo cual no es mal ingreso para aquel Gobierno, que recarga la introducción de esos vehículos de gran lujo, con impuestos elevadísimos, inverosímiles.

En rededor y por los paseos del soberbio jar-

dín, veía yo desfilar los coches de cuatro y hasta de seis caballos; y no eran pocos.

¡Cuántas ilusiones sobre estas magnificencias se hallan reducidas hoy á todo lo contrario, á consecuencia de las vertiginosas vicisitudes rentísticas de aquel país, que por algún tiempo había sabido conservar la fama de *concha de oro* de América!

CAPÍTULO XXXVI

En el Hospital italiano.—Conocimientos de á bordo.

Otro de mis imprescindibles deberes, antes de abandonar á Buenos Aires, era el de visitar el Hospital italiano en una ciudad en que los italianos, en la época de mi visita, no bajaban de ciento setenta mil. Supe también que, á consecuencia del número excesivo de enfermos, se pensaba en construir un Hospital italiano más grandioso. Esto, sin embargo, no me dispensaba de visitar el sitio donde los italianos, relativamente pocos, empezaron á sostener los gastos de esa institución consagrada á disminuir los padecimientos de nuestros enfermos pobres,

y sobre todo, en un centro de mucho trabajo, y de causas tantas de infortunio.

Y no se crea que hablo de un edificio pequeño, por el hecho de estar destinado á tener un grandioso sucesor. Es una gran mole de cuatro frentes, edificada hacia el extemo de la calle de Bolívar, entre las de Caseros y Brasil, y casi enfrente del Hospital inglés. Consta de ocho cuerpos de fábrica: está construída en dos pisos muy altos y perfectamente ventilados. La arquitectura, sin revestir el fausto que se advierte en tantos otros establecimientos públicos de Buenos Aires, es de líneas elegantes, sencillas y severas, como deben serlo en un instituto en que lo importante ha de hallarse en lo intrínseco. Arquitectura sencilla, he dicho, pero buena. Escuela de Palladio. El primero que lanzó la idea de este Hospital, fué un genovés, el reverendo Arata, en una reunión de italianos, celebrada en 1852. En 1858 el propósito tendía á convertirse en realidad; en 1862 comenzó á funcionar, pero en condiciones muy reducidas si con las presentes se comparan. El actual edificio que para aquellos tiempos pudo parecer el *non plus ultra* de lo soberbio, y que hoy parece muy pequeño, fué inaugurado en 1872.

Se labró con el óbolo particular de los italia-

nos y, además del ya mentado reverendo, figuran entre los beneméritos, por su eficaz cooperación, el entonces cónsul general de Italia, Alejandro Negri, que supo dar vigoroso impulso á la noble idea. Como sucede en casi todos los hospitales del mundo, existen en el atrio y en la escalera lápidas con inscripciones que recuerdan los nombres de los principales bienhechores, á que se ha debido, no sólo la fundación, sino la importancia cada vez mayor adquirida por este Hospital.

Observé, por ejemplo, que un Juan Cademartori, de San Colombiano, simple recadero, fallecido en 1866, dejó á este establecimiento benéfico 1.766 escudos. Juan Berisso, de Cogorno, que antes había contribuído con 5.000 escudos á la fundación del Hospital, moría en 1874 atacado de viruelas, á bordo del *Pampa*, y dejaba al Hospital otros 35.000 escudos. Nicolás Mazzini de Lavayne, muerto en 1885, dejó 30.000 escudos. José Dichero dejó, en 1879, 25.000 escudos. El señor Talfaner, el mismo que poco después se hizo notable en Italia en asuntos electorales, dejó al Hospital 5.000 escudos.

Hay cabida en el Hospital para 300 camas; pero en estos últimos años la necesidad impe-

riosa ha hecho subir á muchos más los asilados.

Cuando me presenté en la entrada, preguntóme el portero quién era el enfermo que iba yo á visitar, y si tenía yo pase.

—Los enfermos, le respondí, porque yo deseo visitarlos á todos; pase no tengo.

Esto no fué óbice para que el director, don José Solari, me recibiese muy cortésmente, y me acompañase él mismo en la visita. Y cuando se dice visitar, se quiere decir que nada se dió al olvido, ni aun la cocina y la despensa, porque habiéndose agregado á mi autorizado guía el jefe de la Facultad de Medicina, el secretario Pompeyo Castiglioni, el jefe de sanidad, el médico D. Juan María Massardi y la hermana superiora, que, si no recuerdo mal, se nombraba sor Luisa; ésta insistió vivamente desde el principio en que no me olvidase de visitar la cocina, la despensa y el... *huevo.*

Siguiendo á mis atentísimos guías, vi inmediatamente aquellas primeras señales que caracterizan propiamente un Hospital cualquiera; son á saber: un atrio espacioso, algunas figuras pálidas, con gorro de algodón, que se asoman para curiosear por esta ó por la otra puerta; después un patio, en el cual este género de apariciones era más numeroso; después escaleras

cómodas, cuyas paredes se hallan casi del todo cubiertas de lápidas que recuerdan los bienhechores de la obra piadosa. Por último, penetro en la primera enfermería.

En Buenos Aires se ven pocos viejos por los paseos; en mi visita á este Hospital, lo mismo que á otros de los cuales me interesa menos decir algo, por cuestión de nacionalidad, adquirí la certeza de que en la República Argentina están propiamente en su casa... en el Hospital. Algunos están allí años y años esperando no se sabe qué curación, que sin embargo no es un secreto para nadie. Las enfermerías ordinarias tienen, por término medio, veinte camas. Hay además cuartos de distinguidos—y son bastantes,—que se reservan á los que pagan una cantidad diaria. También en esas salas vi bastantes ancianos. Había uno, casi acabando, acartonadito ya, pero en la plenitud de sus facultades mentales y con una mirada que se clavaba en todo y en todos con una viveza extraordinariamente extraña en el estado á que se hallaba reducido. No bien alcanzó á ver al director de la casa, lanzó un gran suspiro, diciendo con el hilillo de voz que le quedaba:

—¡Cuánto tiempo sin vernos, señor Director!

—¡Nos hemos visto esta mañana! respondió

el director estrechando la mano de esqueleto que el viejo le tendía.

—Muchas horas, muchas horas sin vernos, replicaba el pobre viejo.

—Pero, vamos á ver: ¿puedo servir á usted en algo, mi excelente amigo? preguntaba el señor Salari con toda dulzura. ¿Tiene usted acaso que darme alguna queja sobre el servicio?

—Necesito ver al señor director, replicó el otro; su vista me hace renacer. Usted me ha prometido, seguía diciendo el viejo entretanto que estrechaba la mano del señor Salari, me ha prometido que todavía podré ver mi hermosa Italia.

—¡Pues ya lo creo que volverá usted á verla!

Al decir esto, el señor Salari procuraba inútilmente desasirse de la nerviosa mano del enfermo.

—¡Ver todavía una sola vez mi querida patria! dice con insistencia el enfermo; después, una vez pisado aquel suelo bendito en que nací, en que fuí educado, donde he pasado tan hermosos años de mi vida, el morir no me importará nada.

Y la voz del pobrecillo viejo repetía muchas veces:

—¡Ver aún otra vez mi Italia!

Me alejé de aquella cama muy conmovido. Es un caso naturalísimo; pero ¡es tan triste! Más triste, porque bastaba ver aquellos restos de un vivo para estar seguro de que no vería su patria sino en sueños.

En las salas de heridos encontré, además de otras infelices víctimas de varias desgracias del trabajo, unos cinco individuos que en los dos últimos días habían sido llevados al Hospital con las piernas rotas, á consecuencia de caídas en la calle. A uno de estos desventurados le había sido amputada una pierna pocas horas antes. Luego vi sobre la mesa de las amputaciones aquella pierna: ¡espectáculo más triste que el de un muerto!

El piso de Buenos Aires, húmedo casi siempre, llega á ser en algunos días un verdadero riesgo para los transeuntes. Basta que llueva un día, para que durante otros diez ó doce se llene de lodo escurridizo.

También en las salas de mujeres es enorme la preponderancia del elemento viejo. Menos mal que un hermoso rayo de sol se me apareció en un cuarto donde hallé metida en el lecho á una hermosísima joven italiana, con el semblante más rosado y más florido que he visto en mi vida. Jamás tropezarán mis ojos con un enfer-

mo... más sano. Y no obstante, al lado de la enferma se hallaba una Hermana de la Caridad, y en la mesita de noche había formados buena cantidad de artículos farmacéuticos, que daban calofríos.

El Director me dijo que aquella enferma se hallaba, hacía ya dos años, con muy raras interrupciones, de cliente del Hospital italiano, y era muy apasionada por el establecimiento.

—¿Y qué enfermedad padece, que tan poco se revela en el exterior? pregunté.

—Una enfermedad contra la cual la ciencia puede muy poco, ó no puede nada, me respondió el doctor Massardo. Esta señorita vive en la creencia de que está mala y que necesita muchos cuidados.

—¡Ah! ¡Si yo tuviera veinte años menos! murmuré al alejarme.

Pasamos á la enfermería donde el olor de los ácidos y un horrible montón de desinfectantes advertía que se trataba de algo excepcional. En aquellos días, sin que la disoluta Buenos Aires lo advirtiese casi, apretaba el tifus, y aquella era la espaciosa enfermería de los hombres. Sin duda por aquel entonces habrían sucumbido bastantes, y á la sazón estaban desinfectando un poco.

Al pasar por otras enfermerías, todas ellas en el estado más satisfactorio de aseo y de cuidado, vi, entre otra porción de viejos, uno cuya fisonomía no me pareció desconocida. Detúveme para buscar en mi memoria dónde y cuándo había visto yo al anciano aludido, que por su parte había también comenzado á mirarme con fijeza, como á un conocido.

Busca y rebusca en los desvanes de mi memoria, vine á reconocer un compañero de travesía. ¿Adivinan ustedes quién? El padre de Luisa; el padre de la enamorada de Pablo. Me apresuré á preguntarle algo sobre su mal. No era grave.

—Este clima, así me respondió, no es para mí, como no lo es, por regla general, para los viejos; estuve entre sí y no varios días; pero ahora ya estoy decididamente en vías de curación, y espero que dentro de poco podré dejar la cama.

—Hable usted poco, decía el doctor Massardo.

—Permita usted un momento, doctor, dije yo deseoso de satisfacer alguna curiosidad; permita usted que este buen hombre, compañero mío de viaje, me dé algunas otras noticias.

Después pedí noticias de Luisa... de Pablo.

—El joven, respondió el inflexible jardinero, no podía dar de sí cosa buena.

—Pero... ¿qué ha hecho? pregunté con cierta ansiedad.

—Ni ha hecho ni hará nunca nada, respondió el jardinero, porque ese hombre no había nacido sino para echárselas de gran señor. No he conseguido quitármelo de mi lado. Estamos en un país donde dando ruido perdemos todos. Pablo había hecho creer á mi hija que, una vez en América, él realizaría milagros de actividad, y que en muy poco tiempo se colocaría en situación de reirse del tío que le había desheredado. Yo no acaricié jamás tales ilusiones. ¿Quiere usted más? Pablo fingió buscar trabajo.

—Creo que lo habrá buscado realmente y con toda seriedad, interrumpí con benevolencia; porque á seis mil millas de la patria y de todos los tíos posibles, no hay motivo ni humor para chancearse.

—Pues bien, replicó el viejo, pongamos que ese joven es solamente un desdichado; mi hija y yo, para desdichados, somos muy bastante. Era menester que á toda costa se cortasen esas relaciones; yo había venido aquí para trabajar, y no para perder mi tiempo vigilando locos.

—Y en resumidas cuentas, ¿qué hizo usted?

—Un día, sin decir palabra á mi hija, habiendo tenido certeza de hallar una buena ocupación con una familia de Córdoba, partí con Luisa para aquella ciudad.

En lo que á mí se refiere, estuve muy poco satisfecho en la población, porque lejos de halagar mi amor propio en un hermoso jardín confiado á mis cuidados, me vi sometido á un aldeantote que, dicho sea con perdón de usted, no era digno siquiera de limpiarme las botas. Me cansé muy pronto de aquella vida y torné á Buenos Aires, adonde había sido además llamado por una carta.

—¿Y la hija de usted?

—En lo que concierne á Luisa, fuí más afortunado; Córdoba es la ciudad de las monjas, de los frailes y de las iglesias; hablé á un sujeto del peligro á que se hallaba expuesta mi hija; yo la quiero con cariño inmenso; pero ahora estoy contentísimo por haber logrado colocarla en un retiro, donde se encuentra perfectamente, y sin sacrificio alguno de mi parte, porque está muy bien colocada y de balde.

—¿Y cuándo saldrá? pregunté muy solícito.

—Cuando hayan mejorado los tiempos.

El médico renovaba sus recomendaciones de

silencio, y callé un momento; pero estimulado siempre por la curiosidad, pregunté:

—¿Y de Pablo no ha vuelto usted á saber nada?

—No por cierto, y no tengo motivo alguno para acordarme de él. Ahora mi hija está perfectamente guardada... y cuando sea tiempo saldrá.

Mi curiosidad había abusado realmente de la situación. Tanto fué así, que el médico se aproximó resueltamente para decir al enfermo que le retiraba la palabra.

—No hablo más, contestó el viejo; y se volvió hacia la pared.

Yo, verdaderamente, sabía ya lo bastante.

Debí aprovechar después la cortesía de la hermana superiora que, haciéndome pasar á la despensa, en la que hallé de todo lo mejor, destapó en obsequio mío una botella de Champagne.

Aquello era, sin duda, á fin de predisponerme bien á la visita al *huevo*. El señor Salari rogó á la monja que me ahorrase aquella molestia. La superiora respondió:

—Dejaré al señor que sea juez, y me diga si no se trata de un *huevo* graciosísimo.

Terminado el almuerzo—fué aquella la pri-

mera vez que recibí algo de monjas—nos dirijimos á una capillita, que verdaderamente podía ser considerada como parte infinitesimal de una iglesia. Un altarito, muy poquitos cuadros, pocos bancos, muchas reliquias y una infinidad de ex-votos colgados; mil cosillas, en fin, amontonadas en un recinto muy reducidito, pero lindo.

—¿Qué dice usted ahora de nuestro *huevo?* me preguntó la superiora.

—Estoy ya sobornado por el Champagne para que hable mal, le dije; pero de todas maneras me parece que esto es muy bonito.

—Y milagroso, dijo de pronto la superiora.

—¡Bah! Lo de siempre, murmuró el director.

—Pero, replicó la superiora, los hechos no se discuten.

—¿Qué hechos? ¿Dónde están esos milagros? pregunté; oigámoslos, veámoslos.

Entonces la monja tomó de un rincón una redomita con aceite, y seguramente de muy buena fe, quiso hacerme tragar que aquel aceite, un elixir, había curado no sé cuántos tullidos, ciegos y mudos, sin contar con varios reumáticos, algunos gotosos y muchos tísicos.

Pregunté si aquel bendito aceite había resucitado á los muertos.

—Me alegro, dijo á la superiora el señor Sa-

lari, de que usted vea cómo su aceite despierta en todos la misma hilaridad.

Afirmé que, por el contrario, estaba perfectamente convencido de los prodigiosos efectos de aquel aceite, y que sentía mucho no padecer alguna dolencia crónica para realizar en mí mismo la experiencia de su virtud curativa. Manifesté deseos de llevar una provisión; pero la hermana Luisa me dijo que fuera de allí no producía efecto.

Entretanto, y después de dar gracias al director, al secretario, al doctor, á los enfermeros por su cortesía para conmigo, me despedí deseándome á mí mismo, para otro viaje mío al Sur de América, una visita al Hospital italiano de Buenos Aires, en local más cómodo, si bien aquél era ya muy suficiente para dejar al visitante satisfecho.

CAPÍTULO XXXVII

Un gabinete de química.—El doctor Arata.—Las escuelas italianas.

Parecióme un día que había yo penetrado en el laboratorio de Nostradamus redivivo. Recibióme un hombre alto, rubio, joven aún; po-

día considerársele entonces como Nostradamus mozo, ó bien como un hijo de Nostradamus. El olor del recinto era de ácido elevado á la sexta potencia.

El nigromante por quien yo había sido recibido era nada menos que el doctor Pedro N. Arata, una de las más sólidas reputaciones científicas de la República Argentina, profesor de Química en la Universidad de la capital y director del Laboratorio Químico Municipal, cuya fundación se remonta al año 1886. Precisamente en ese laboratorio me hallaba.

Acompañábame otro doctor, el doctor Boeri. Mientras estábamos todavía eu la primera sala, menos química que las otras, el doctor Arata, en quien adiviné al instante un hombre ocupadísimo, padecía—además de la nuestra—las visitas de otras personas que, á diferencia de nosotros, iban para hablarle de negocios. El doctor Arata departía con uno en inglés. Y, efectivamente, á primera vista el señor Arata me pareció el verdadero tipo del *gentleman*. Oí que hablaba con otros en francés, y en alemán con otros; lo cual demuestra evidentemente que el laboratorio químico de Buenos Aires tiene una importancia, puede decirse, cosmopolita.

Pero ¡cuál no fué mi asombro cuando, des-

pués de haberme presentado el doctor Boeri como un genovés que se hallaba allí de paso, oí al doctor Arata dirigiéndome la palabra en el más correcto y más puro dialecto genovés para pedirme noticias de Génova, de sus calles, de sus palacios, de sus casas de campo, como quien conoce perfectamente aquella ciudad! Me preguntó asimismo por Sottoripa y por la Pescheria.

El director del laboratorio químico de Buenos Aires es en realidad hijo de genoveses; ó más exactamente, de padre nacido en Fontanbuona, el pueblo de las criadas hermosas y robustas; pero el doctor ha nacido y ha crecido en la República Argentina.

Mas no ha olvidado la patria de sus padres, diferenciándose de tantos otros que, siendo italianos de nacimiento, cuando adquieren algunas riquezas reniegan de su patria, de sus tradiciones, de todo, en fin; sin perjuicio de valerse, cuando llega el caso, de la protección italiana, siempre que esta protección pueda aprovecharles.

Al doctor Arata y á su autoridad como químico, autoridad que en Sud-América es indiscutible, debe principalmente Italia el crédito adquirido, de algunos años á esta parte, por sus

vinos que principiaba ya, con motivo de esa exportación, á proporcionar utilidades á nuestros productores, y principalmente á los de Toscana y de Nápoles, de cuyos vinos se hacía muy abundante envío al Plata, en tanto que iba menguando el favor casi exclusivo que allí gozaban los vinos franceses. Sin embargo, esta predilección por nuestros vinos, ó, mejor dicho, los beneficios que esa predilección enológica produjo, fué de corta duración; porque si bien el crédito de los caldos subsiste y aun tiende al aumento, ha llegado la malhadada crisis económica á paralizar muchas transacciones.

Se dedicó el doctor Arata á proclamar solemnemente, bajo la responsabilidad del laboratorio de Química dirigido por él, y con artículos publicados en varios periódicos y con opúsculos numerosos, la superioridad higiénica de los vinos italianos por él analizados, sobre los vinos de los demás países; la garantía ofrecida por hombre tan competente produjo impresión y—como he dicho—hubo un bienio de verdadero entusiasmo por los vinos de Italia.

Pero echo de ver que, con mis digresiones, he dejado mucho tiempo al lector en medio de la primera sala del laboratorio. En ella vi, además de la biblioteca, una colección de los más

variados aparatos de química. Examiné, en aquella respetable exposición científica, el gran barómetro normal; varios microscopios, entre los cuales se hallaba el máximo de Reichart y todos los instrumentos necesarios para trabajos micrográficos; vi micrómetros, micrótomos, útiles para los análisis cuantitativos más minuciosos, ya con gas, ya con petróleo.

Encerrados cuidadosamente en varios estantes, vi y admiré con la boca abierta: el *Polariestrobómetro*, de Wild, el espectro polarímetro de Feischl, el espectróscopo de Gerardt. Si estos nombres resultan para ustedes un poco enrevesados y algo indigestos, no tengo yo la culpa; mi obligación es demostrar que para algo he visitado el laboratorio y gabinete de química.

La segunda sala ofreció á mis ojos aparatos más importantes todavía. En el centro había una mesa grande para trabajo, muchos mecheros de gas y todos los utensilios necesarios para las manipulaciones. Otra mesa, arrimada á la pared, contiene, á más de una batería de reactivos, el aparato Körting para las filtraciones rápidas. Una chimenea, construída con arreglo al modelo que existe en el laboratorio de Roma, sirve para la evaporación de gases

nocivos y para la destilación á mayores ó menores presiones que las ordinarias.

Un estante gigantesco encierra colección innumerable de productos químicos: no los especifico á ustedes porque de seguro les molestaría.

La tercera sala está principalmente destinada á la bacteriología, y allí existen muchos instrumentos y aparatos necesarios para el análisis del aire, del agua y de todos los líquidos, así como las tierras, y para las investigaciones fisiológicas sobre los animales. También allí hay, además de esto, aparatos para fotografiar las preparaciones microscópicas.

La sala inmediata está destinada á la exposición permanente de los artículos secuestrados á los revendedores que han incurrido en castigo por contravenir á las leyes ó á las ordenanzas municipales.

Sigue á ésta un laboratorio para el personal extraordinario agregado á los análisis volumétricos y de los gases.

Otra sala, ya cerca del patio, más rica que las demás en luces y en ventilación, con una extensa claraboya en el techo, sirve para las operaciones en que se producen grandes desprendimientos de gas ó de vapores.

Atravieso también la sala mayor de todas,

sala en que trabajan casi todos los empleados del establecimiento; la cámara oscura para la fotografía y las observaciones espectroscópicas ó polarimétricas; otra sala en que las chimeneas para la evaporación están á pares. La sala especial para destilaciones se halla, entre otras cosas, provista del aparato de Landman para la determinación exacta de los grados alcohólicos. Esta es la sala donde nuestros vinos italianos, sometidos á los ensayos más crueles, después de la prueba, ya bastante cruel, del paso de *la Línea*, lograron gran honra y conquistaron por todo Sud-América tan envidiable fama.

Para dar á ustedes una idea de las secciones importantísimas en que se hallan coleccionados los aparatos de cristales de todos colores, de todas formas y de varias dimensiones, como tubos, copas, embudos, objetos de las formas más extravagantes, de los zig-zags más caprichosas, les diré que es una colección de más de setenta mil vasijas.

No las conté una por una; pero solamente el verlas en correcta formación, casi me causó miedo, y torné á la idea de Nostradamus y de sus cien mil recetas encerradas en matraces, retortas y alambiques.

Sirve todo lo dicho, en conjunto, para con-

vencc- á ustedes de la grandeza é importancia del laboratorio químico de que se halla dotada la ciudad de Buenos Aires desde 1885.

Terminada la visita, el doctor Arata me dijo: El que quiera venir á comer conmigo, me hace siempre un grandísimo favor; aquí no doy á los que me visitan nada de bueno, sino una taza de café verdadero y genuino, porque someto con la lente del avaro á las depuraciones más escrupulosas, así el café como el azúcar y el ron, ó cualquier otro líquido alcohólico, si ustedes lo quieren por añadidura.

El doctor Boeri me aseguró que el café Arata era el colmo del café higiénico. Acepté esta invitación y me excusé del convite para comer, por hallarme en la víspera de emprender mi viaje, ya de antemano prefijado, á las provincias. Del café que el doctor Arata me hizo beber, no diré á ustedes más sino que me pareció digno de contraer matrimonio con el chocolate del duque de Licignano.

Abandonado el laboratorio con las felicitaciones y parabienes que eran del caso al doctor oriundo de Liguria, aunque químicamente argentino, me dediqué, acompañado por el doctor Boeri, á una rápida excursión á las escuelas italianas.

En lo que atañe á instrucción pública, ya he dicho á ustedes que la República Argentina ha dedicado verdaderos monumentos, no sólo para las escuelas superiores, sino para las más elementales. No es aquí seguramente donde podrán ustedes hallar, como en ciertos países... muy conocidos nuestros, relegadas las escuelas á locales privados de luz, á cuchitriles sin ventilación que se destinan á contener, durante varias horas al día, sesenta ó cien alumnos (1).

No esperen ustedes, en Buenos Aires, lo monumental, lo majestuoso en los locales de las escuelas italianas, para las cuales se ha hecho lo mejor que se ha podido, si se tiene en cuenta que, fuera de una subvención modestísima del Gobierno italiano—cosa de muy pocas pesetas—se hallan sostenidas por los esfuerzos generosos de aquel grupo de bienhechores y bien intencionados italianos entre los cuales encuentro, como siempre y en todo, á mi buen amigo Marana. Ninguno de ellos, con la rarísima excepción de Boeri y uno ó dos más, figura entre

(1) El autor, dirigiéndose á lectores italianos, alude evidentemente á escuelas de Italia; pero, por desgracia, nosotros, que tenemos muy poco que envidiar en este punto á los países *más favorecidos*, podemos, sin inconveniente, recoger también la alusión. (*N. del T.*)

aquel ejército de simples caballeros y de comendadores que nuestro Gobierno ha juzgado dignos de ser condecorados en Ultramar.

Las escuelas italianas que en Buenos Aires he visitado, si no son monumentos como sus hermanas las escuelas argentinas, donde, según ya dije, las armas del Papa están clasificadas todavía entre los emblemas de los poderes temporales, responden, sin embargo, muy bien á las exigencias de la higiene.

En las de niños particularmente he hallado buenos maestros y discípulos precoces.

Me impresionó de manera muy especial, en medio de su aparente modestia, una escuela sucursal italiana en la Boca del Mar; escuela que tenía, en la época de mi visita, unos 170 alumnos y muy cerca de 70 alumnas. Encontré allí un profesor muy animoso y experto en el napolitano Ignacio Martignetti. El maestro quiso que preguntase yo á cualquiera de sus discípulos sobre alguna página importante de la historia italiana que á mí me pareciese.

Este examen no pudo menos de agradarme. Yo, que no conozco otra página importante de la historia de Italia que la del emperador Arrigo IV... de Alemania, por haber tejido sobre ella el plan de un drama que ningún director de

escena ha tenido nunca agallas para representar, interrogué á los niños acerca del hecho de Canosa. Y confieso á ustedes que algún pequeñuelo acertó á responder de tal manera, que habría hecho ruborizarse á mi susodicho drama. Después hice como que les preguntaba algo sobre otros varios puntos *de omni re scibile*, y eché de ver que aquellos chiquillos sabían más que yo.

Vi, por fin, en la Boca, en muchos de aquellos infelices niños, de trajes un poco rotos y un mucho remendados, claridad de ingenio verdaderamente maravillosa.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE, Y DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

EL EMBARCO Y LA TRAVESÍA

PARTE SEGUNDA

MONTEVIDEO Y BUENOS AIRES

Páginas.



